

LOS PAPAS DE LA EDAD CONTEMPORÁNEA

por Javier Paredes

Profesor Titular de Historia Contemporánea.

Universidad de Alcalá

Pío VII (14 marzo 1800 - 20 agosto 1823)

Pío VI, cautivo de los revolucionarios en Francia, para facilitar la elección de su sucesor había establecido que el más antiguo de los cardenales podría convocar la reunión del sacro colegio en cualquier ciudad bajo dominio de un príncipe católico. De acuerdo con esta disposición, el 3 de octubre de 1799 el cardenal decano Giovanni Francesco Albani (1725-1805), refugiado junto con la mayoría de los cardenales en Venecia —que en esa fecha era posesión austríaca—, convocó allí al resto de los cardenales. Tras no pocas dificultades el cónclave se abrió el 8 de diciembre. Los escrutinios se sucedieron durante más de tres meses sin que nadie consiguiera ser votado por los dos tercios de los cardenales asistentes. Por fin, la intervención del secretario del cónclave, Ercole Consalvi (1757-1824), desbloqueó la situación y el 14 de marzo fue elegido por unanimidad Barnaba Chiaramonti, que adoptó el nombre de Pío VII, como homenaje a su predecesor. En su primera encíclica, *Diu satus* (1800), el nuevo sucesor de san Pedro reconocía el heroico comportamiento de Pío VI y se refería a las disposiciones especiales que había adoptado para que se pudiera reunir el cónclave, gracias a las cuales se remedió el estado de sede vacante.

Desde la elección del nuevo papa, pasaron casi tres meses hasta que Pío VII pudo trasladarse a Roma, lo que no sucedió hasta el 3 de julio. Celoso de mantener una plena autonomía en sus actuaciones y para no caer en la órbita austríaca, no cedió ante los requerimientos de Francisco II (1792-1806) que le invitó reiteradamente a que fijara la sede del papado en uno de sus Estados, por lo que a pesar de las dificultades se empeñó en ocupar su sede legítima; asimismo, tampoco cedió ante las sugerencias que se le hicieron para que nombrase como secretario de Estado a un cardenal del agrado de Austria. Personalidad y carrera eclesiástica. El nuevo papa (J. Leflon, *Pie VII Des abayes bénédictines á la Papauté*, París, 1958), hijo del conde Escipión Chiaramonti y de la marquesa Chini, había nacido en Cesena (14 agosto 1742). De niño fue educado en el Colegio de Nobles de Rávena, para después ingresar a los catorce años en el monasterio benedictino de Santa María del Monte, cerca de Cesena. Recibió una sólida formación y fue profesor en varios monasterios de su orden. En 1782 fue nombrado obispo de Tívoli y tres años después fue designado titular del arzobispado de Imola y cardenal. Ocupó la sede arzobispal entregándose ejemplarmente a su oficio de pastor y manteniendo una exquisita independencia frente al poder civil en el que se sucedieron tres regímenes políticos: el pontificio, el de la república cisalpina y el del Imperio austríaco. Cuando en 1797 los franceses invadieron su territorio mantuvo una actitud de entereza y reserva a un tiempo; sin doblegarse ante los franceses defendió los derechos de la Iglesia. Se hizo famosa entonces su homilía del día de Navidad, que fue publicada (D'Haussonuille, *L'Eglise romaine et le premier Empire*, t. I, pp. 355-71) y muy difundida: «La forma de gobierno democrático en manera alguna repugna al Evangelio; exige por el contrario todas las sublimes virtudes que no se aprenden más que en la escuela de Jesucristo. Sed buenos cristianos y seréis buenos demócratas.» Al conocer este texto Napoleón (1769-1821) escribió: «el ciudadano cardenal Chiaramonti predica como un jacobino».

El nuevo papa, además de una amplia y sólida formación cultural, tenía una marcada personalidad sobre la que se levantaban las virtudes teologales, entre las que destacaba su fe. Era prudente, amable, sereno, ponderado en sus juicios y de espíritu conciliador, pero a la vez firme, realista y tenaz, por ser capaz de distinguir con rapidez lo importante de lo accesorio (A. F. Artaud de Montor, *Histoire de la vie et du pontificat de Pie VII*, París, 1836). Por fuerza tenía que estar en posesión de todas estas virtudes humanas y de muchas otras más el pontífice que iba a demostrar una irreductible resistencia frente a Napoleón, empeñado en someter a la Iglesia hasta convertirla en una pieza más de su mosaico imperial. Desde el principio se comportó más como pastor que como administrador de los Estados Pontificios. Sin abandonar sus funciones como soberano temporal, Pío VII dejó claro que la defensa de los bienes espirituales ocupaba el lugar preeminente de sus afanes; y que, en definitiva, los bienes materiales y las relaciones políticas cobraban sentido si se ponían al servicio del fin sobrenatural de la Iglesia. Por eso, con claridad y firmeza se expresaba como pastor en su encíclica inaugural e invitaba a todos los obispos a conservar la integridad del «depósito de Cristo, integrado por la doctrina y la moral». Empeño en el que Pío VII estaba seguro que no iba a fracasar, ya que —como decía al principio de su primera encíclica— la permanencia de la Iglesia después de la persecución de los años anteriores y a la que los revolucionarios dieron por extinguida, era una prueba de la asistencia permanente del Espíritu Santo a esta «Casa de Dios, que es la Iglesia construida sobre Pedro, que es "Piedra" de hecho y no sólo de nombre, y contra esta Casa de Dios las puertas del infierno no podrán prevalecer».

La paz religiosa: el concordato de 1801. Pero mientras se desarrollaba el cónclave de Venecia, tenían lugar en Francia decisivos cambios políticos. El Directorio había dado paso al Consulado. Una nueva Constitución (13 diciembre 1799), refrendada masivamente en plebiscito (7 febrero 1800), reconocía como primer cónsul a Bonaparte que se había convertido en el dueño de Francia desde el golpe de Estado de Brumario (9 noviembre 1799). Liquidada la Revolución, el general victorioso se impuso la tarea de la pacificación interior de sus dominios, en los que sin duda la política religiosa de los revolucionarios había provocado gravísimos conflictos en la nación que hasta entonces se reconocía a sí misma como *filie ainée* («hija primogénita») de la Iglesia. La Revolución francesa no sólo había apartado a muchos católicos de la fe, sino que también había provocado un cisma en una parte del clero francés, en el más afecto al galicanismo que había jurado la Constitución Civil del Clero (12 julio 1800); pero por otra parte, esa misma Revolución francesa había sido ocasión para que no pocos católicos —clérigos y laicos— demostraran su fidelidad a Roma aun a costa de sufrir una

auténtica persecución religiosa que llegó hasta el derramamiento de sangre de numerosos mártires. Pues bien, normalizar todo este estado de cosas fue el primer reto de Pío VII, al que Napoleón iba a prestar una colaboración interesada. Por su parte, Napoleón, al comprobar que en Francia la mayoría de la población deseaba seguir siendo católica, por puro pragmatismo paralizó la persecución religiosa con la esperanza de controlar posteriormente la influencia del clero en beneficio del Estado. De acuerdo con los esquemas de Bonaparte, no fueron las motivaciones religiosas, sino su interés por aumentar su prestigio ante las potencias católicas, lo que le movió a promover la pacificación religiosa de Francia y a restablecer relaciones con el papa.

Napoleón, aunque bautizado, era un agnóstico y de hecho no practicaba. Es cierto —según su propio testimonio— que le emocionaba la lectura de *El genio del cristianismo* y que se estremecía al oír el repique de las campanas de Rueil al toque del Ángelus. Pero ese sentimentalismo religioso es algo muy diferente a la fe. Con razón, F. Masson (*Napoleón, futil croyant?*) ha escrito que todo su credo se limitaba a un espritualismo fatalista donde su estrella reemplazaba a la Providencia divina. A su juicio, como él mismo declaró al Consejo de Estado, cualquier religión podía ser un elemento de utilidad para dominar a los pueblos:

Mi política es gobernar a los hombres como la mayor parte quiere serlo. Ahí está, creo, la manera de reconocer la soberanía del pueblo. Ha sido haciéndome católico como he ganado la guerra de la Vendée, haciéndome musulmán como me he asentado en Egipto, haciéndome ultramontano como he ganado los espíritus en Italia. Si gobernara un pueblo judío, restablecería el templo de Salomón.

Como en 1800 debía conquistar la paz interior de Francia, y descartado que el arreglo pasase por un entendimiento con el clero juramentado, sus objetivos apuntaron hacia Roma (Melchior-Bonnel, *Napoleón et le pape*, París, 1958). Así es que inmediatamente después de la victoria de Marengo (14 junio 1800) inició las negociaciones para la firma de un concordato.

En los primeros días de julio, poco después de que Pío VII tomara posesión de la Ciudad Eterna, que le entregaron los napolitanos, y cuando en la corte papal se esperaba la inminente invasión de los Estados Pontificios tras la victoria de Marengo, se recibió con una lógica sorpresa la propuesta de Napoleón. Por lo demás, las intenciones de Napoleón eran adecuadas al llamamiento que ya había hecho el papa en su primera encíclica: «Comprendan los príncipes y los jefes de Estado que nada puede contribuir más al bien y a la gloria de las naciones que dejar a la Iglesia vivir bajo sus propias leyes, en la libertad de su divina constitución.»

Una de las primeras medidas de Pío VII fue nombrar a Consalvi cardenal y secretario de Estado. Consalvi era diácono —nunca llegó a ser ordenado sacerdote— y aunque no era la persona mejor colocada para ese cargo, acabó demostrando unas cualidades excepcionales que le convirtieron en el gran colaborador de Pío VII durante todo el pontificado. De este modo, el papa pudo desentenderse de las ineludibles gestiones políticas a las que está obligada la Santa Sede, para centrarse en las cuestiones más específicamente doctrinales y pastorales. Las cualidades de Consalvi puestas al servicio de la Iglesia sobresalen aún mucho más si se considera que en esos años tan difíciles defendió sus derechos y sorteó las presiones políticas frente a personajes dispuestos a hacer lo que fuera por colocar a la Iglesia a su servicio, aun a costa de desvirtuar su misión espiritual. Consalvi supo sustraer a la Iglesia del sistema napoleónico y mantuvo la misma actitud respecto a las potencias de la Santa Alianza a partir de 1815. Y lo hizo con elegancia, porque su participación en el Congreso de Viena fue juzgada como intachable por todos los diplomáticos allí reunidos. Castlereagh (1769-1822), representante inglés, llegó a manifestar con admiración: «Es el maestro de todos.»

Su primer gran éxito consistió en rematar las largas y difíciles negociaciones en París para que se pudiera llegar a la firma del concordato (15 julio 1801). Si el concordato tenía una importancia capital para la vida interna de los católicos franceses, era todavía mucho mayor lo que representaba. Por primera vez la Iglesia llegaba a un acuerdo con un régimen surgido de la Revolución, lo que ponía de manifiesto que la Iglesia no estaba necesariamente vinculada a ningún régimen político y que su objetivo no era otro que la *salus animarum* («salvación de las almas»). Fue un auténtico mentís a la prensa que juzgó que con el Antiguo Régimen desaparecía también la Iglesia (J. de Viguierie, *Cristianismo y Revolución*, Madrid, 1991), la misma prensa que había anunciado la muerte del papa anterior en los siguientes términos: «Pío VI y último.» El concordato de 1801 fue igualmente el primero de toda una serie de acuerdos que se firmaron posteriormente con varios Estados. Y significó al mismo tiempo el reconocimiento por parte de la Iglesia de aquellos valores de los cambios revolucionarios que, aunque diferentes y contrarios al sistema del Antiguo Régimen, no atentaban frontalmente contra el depósito de la fe.

El concordato de 1801 con Francia venía a sustituir al suscrito en 1516, y salvo pequeñas interferencias estuvo vigente hasta la ley de Separación de Combes de 1905. El Estado francés declaraba al catolicismo no como la religión del Estado, sino como la religión de la mayoría de los franceses; el papa, por su parte, reconocía la República. Pío VII renunció a reclamar los bienes eclesiásticos que habían sido vendidos durante la Revolución como bienes nacionales y en contrapartida Bonaparte se comprometió a asegurar la subsistencia del clero mediante «una remuneración decorosa» a los obispos y a los párrocos. Uno de los acuerdos fundamentales tenía que hacer referencia por fuerza a la situación de los obispos franceses. En adelante serían nombrados por el primer cónsul y, naturalmente, investidos por el papa. Y en cuanto a la situación anterior, dado que los obispos constitucionales habían ocupado las sedes de los prelados legítimos que habían tenido que emigrar por defender su fe, se acordó que tanto unos como otros renunciaran. Pío VII logró la dimisión de todos los legitimistas, salvo un pequeño grupo de la región lionesa que dio lugar al cisma llamado de la «Pequeña Iglesia»; Bonaparte tuvo más facilidades para cesar a los obispos constitucionales, si bien es cierto que en las nuevas propuestas de obispos presentó al papa como candidatos a doce de los antiguos obispos constitucionales. De momento, Pío VII tuvo que ceder y aplazar la solución; más tarde, su presencia en París con motivo de la coronación —como veremos— serviría entre otras cosas para liquidar esta cuestión. En cualquier caso, la renovación del episcopado francés

diluyó las tendencias galicanas, de las que estaban afectados no sólo los obispos constitucionales, sino también los legitimistas.

Y en cuanto a las cesiones que las dos partes tuvieron que hacer respecto a la situación anterior, Napoleón perdía «su» Iglesia constitucional, y por su parte el papa no pudo restaurar los órdenes religiosos ni impedir el laicismo del Estado de la legislación francesa.

Pío VII y el Imperio napoleónico. Pronto surgieron las críticas al concordato en el entorno político de Napoleón; tanto Talleyrand (1754-1838) como Fouché (1763-1820) consideraban que habían sido excesivas las concesiones hechas a los católicos. Para aplacarlos, y de un modo unilateral Napoleón publicó el concordato (8 abril 1802), conocido en Francia como Convención de 26 de Mesidor del Año IX, junto con los «77 Artículos Orgánicos», inspirados y en parte copiados al pie de la letra de la declaración galicana de 1682. Era todo un preludio sintomático de los planteamientos napoleónicos en los que la religión debía subordinarse al engrandecimiento del Estado, ya que en la consideración de Bonaparte la religión sólo era un fenómeno sociológico y por lo tanto susceptible de ser controlado políticamente. De nada sirvieron las protestas de Pío VII, que de nuevo tuvo que ceder para ganar tiempo con el fin de consolidar la nueva situación, tras la desaparición del cisma de la Iglesia constitucional. Cierto, que no eran pequeñas las cesiones del pontífice, pero era igualmente verdad que se había avanzado muchísimo: el papa pudo nombrar al cardenal Giovanni Battista Caprara (1733-1810) como legado a latere en París, que se convirtió en un nexo entre el sumo pontífice y el clero francés; en 1802 pudieron volver los sacerdotes emigrados, que paliaron la escasez de sacerdotes de Francia, y se inauguraba a partir de 1801 una tregua de paz religiosa en Francia todo lo defectuosa que se quiera, pero que al menos ponía fin al enfrentamiento de la etapa anterior.

Pero prosiguieron los cambios políticos en Francia. El 4 de mayo de 1804 el Tribunado se adhirió a una moción de Curie para modificar la Constitución del año X e instauraba el Imperio en la persona de Napoleón a título hereditario y concentraba en el emperador los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Bonaparte se apresuró, y sin esperar siquiera a que se pronunciase el Senado-consulta manifestó a un estupefacto Caprara sus deseos de que el papa estuviese presente en su coronación. De inmediato comprendió Pío VII la imposibilidad de negarse y sopesó las consecuencias que reportaría. Así pues, Consalvi se encargó de preparar la comprensión de las potencias europeas hacia esta decisión del papa, a la vez que luchó por conseguir las máximas seguridades por parte del emperador en lo referente al protocolo y al desarrollo de los actos de la ceremonia. En contra de la tradición, el emperador no sería coronado por el papa, sino que Napoleón se autocoronaría y a continuación él mismo coronaría a Josefina Beauharnais (1761-1814) de rodillas, como inmortalizó el cuadro de Louis David (1748-1825). Sólo en un punto se mostró intransigente el papa, al negarse que se incluyera en la ceremonia religiosa el juramento constitucional del soberano, que se realizaría después de haberse retirado el pontífice mientras se despojaba de sus ornamentos en la capilla del tesoro. La ceremonia quedó fijada para el 2 de diciembre en Notre Dame de París.

Justo un mes antes de esa fecha, Pío VII salió de Roma. Previamente había tomado la precaución de dejar su abdicación al secretario de Estado, para que la hiciese pública en el caso de que fuese hecho prisionero en Francia. Tanto durante el trayecto de ida como en el de vuelta, el sumo pontífice recibió sobradas muestras de sincero afecto por parte de las gentes sencillas. Cuando Fouché le preguntó por el viaje y cómo había encontrado Francia, Pío VII contestó: «Gracias a Dios la hemos atravesado en medio de un pueblo arrodillado», lo cual no deja de ser un hecho realmente insólito en la cuna del galicanismo y una muestra de que a todas luces el galicanismo se debilitaba en Francia. En las recepciones oficiales no hubo un mal gesto, sino más bien todo lo contrario, el Senado, el cuerpo legislativo y el Tribunado se presentaron ante el pontífice como organismos superiores del Estado; uno de sus representantes, Francois de Neufchateau, ex jacobino y ex ministro del Interior, se refirió con respeto a la hija primogénita de la Iglesia. Cuando la noche anterior a la ceremonia Pío VII supo que el matrimonio con Josefina sólo era civil, ante la actitud del pontífice el emperador, en la misma madrugada de la coronación, contrajo matrimonio canónico. Pero sin duda, el mayor éxito del viaje de Pío VII fue conseguir la sumisión a las decisiones de la Santa Sede de los seis obispos constitucionales que todavía permanecían irreductibles en Francia. No consiguió, sin embargo, los dos objetivos más importantes que se había propuesto, como la supresión de los Artículos Orgánicos y el restablecimiento de los órdenes religiosos. En cuanto a los Artículos Orgánicos, ni siquiera pudo atenuarlos y en lo referente a las congregaciones religiosas, Napoleón no quiso ni escucharle. El emperador sólo permitió que volvieran los órdenes femeninas dedicadas a la enseñanza, los Hermanos de las Escuelas Cristianas y los paúles, además de autorizar algunos institutos misioneros en función de la utilidad que podían prestar en la expansión colonial, que ya por entonces pergeñaba. Como veremos, dichos institutos misioneros fueron controlados directamente por Napoleón. Pío VII había permanecido cuatro meses en París y regresó a Roma el 4 de abril de 1805.

El bloqueo continental y el cautiverio de Pío VII Poco duró la calma. En 1806, con el pretexto de unificar los manuales de la enseñanza de la religión, Napoleón ordenó publicar el Catecismo imperial. El propio emperador intervino personalmente en la redacción del Catecismo imperial, único y obligatorio en todo Francia, con el fin de inculcar a los niños el respeto a su autoridad, la sumisión a su poder, el acatamiento de los impuestos y sobre todo la fidelidad al reclutamiento, puntos todos ellos que se incluyeron en la redacción del cuarto mandamiento con una extensión abusiva. Un decreto de 19 de febrero de 1806 fue aún más lejos, al instaurar la fiesta de San Napoleón, santo hasta entonces desconocido, al que se le asignó la fecha del 15 de agosto para su celebración, desplazando así la festividad de la Virgen. La tensión estaba llegando a un punto máximo. Tras las batallas de Jena y Auerstadt (14 octubre 1806), Napoleón entraba en Berlín. Sometidos los aliados de Gran Bretaña, sólo faltaba dominar las islas. Ante la imposibilidad de hacerlo por las armas, se propuso hundirla económicamente, por lo que decretó el bloqueo continental (decretos de Berlín, 21 noviembre 1806, y Milán, 17 diciembre 1807), de modo que las manufacturas de las industrias inglesas no pudieran tocar puertos europeos. Acatado el bloqueo en los países sometidos o aliados, para que fuera realmente efectivo, Napoleón tenía que

imponerlo por la fuerza en los países neutrales, y ése era precisamente el estatus internacional de los Estados Pontificios. De entrada, en noviembre de 1806 Napoleón manda a sus tropas ocupar Ancona y exige al papa que expulse de Roma a todos los ciudadanos de las naciones que están en guerra contra Francia, a lo que Pío VII se niega, así como a colaborar en el bloqueo contra Inglaterra. Tampoco separó a Consalvi de la Secretaría de Estado como había solicitado el emperador. El enfrentamiento ya es abierto y los ejércitos franceses ocupan los territorios del papa. A principios de enero de 1808 invadieron el Lacio, la única provincia pontificia libre todavía. Un mes después, el 2 de febrero, las tropas francesas del general Miollis (1759-1828) entraron en Roma y desarmaron a las tropas pontificias, que tenían órdenes expresas de Pío VII de no resistir, y ocuparon el castillo de Sant'Angelo. Un cuerpo de ejército rodeó el palacio del Quirinal, residencia del papa, y se colocaron diez cañones apuntando hacia las habitaciones del pontífice. A partir de entonces, Pío VII es de hecho un prisionero en su palacio y el gobierno de los Estados Pontificios pasa a los franceses. Ante el forcejeo y bajo la presión de las tropas, Alquier, el embajador francés, solicitó del papa su incorporación a la Confederación italiana, ante lo que Pío VII respondió en los siguientes términos: «Antes me dejaría desollar vivo, y respondería siempre que no al sistema francés. En el tiempo de su prosperidad, mi predecesor tenía la impetuosidad de un león. Yo he vivido como un cordero, pero sabré defenderme y morir como un león» (J. Leflon, *La Revolución*, en A. Fliche y V. Martín, *Historia de la Iglesia*, t. XXIII, Valencia, 1975). El 19 de mayo de 1809 los Estados de la Iglesia son incorporados al Imperio.

A partir de entonces los hechos se precipitaron. Un decreto de 10 de junio de 1809 declaró a Roma ciudad imperial libre y desposeyó a Pío VII de todo poder, a lo que el papa respondió con una bula (11 junio 1809) castigando con la excomunión a quienes se comportasen violentamente contra la Santa Sede. La orden de Napoleón de apresar al papa fue fulminante, de modo que en la madrugada del 5 al 6 de julio el general Radet tomó el palacio del Quirinal, las tropas asaltaron sus muros y derrumbaron las puertas. Radet encontró al papa en su escritorio, sentado y vestido con roquete, y le ordenó que renunciase a su soberanía temporal. Ante su tajante negativa, media hora después fue hecho prisionero y en coche cerrado acompañado sólo por el cardenal Bartolomeo Pacca (1756-1844), fue conducido fuera de Roma. No se le dejó coger ni su hábito, ni su ropa interior y mucho menos dinero. Sólo un pañuelo por todo equipaje.

Pío VII, además de la humillación y el sufrimiento moral, se encontraba enfermo. Padecía disentería y con el mal estado del camino se le desató una crisis de estangurria. Radet (1762-1825), que se sentía orgulloso de tenerle «enjaulado», no consintió ni en aminorar la marcha, ni en multiplicar las paradas. Para agravar más la situación, el coche volcó en una curva y se rompió cerca de Poggibonsi; prosiguieron inmediatamente con otro vehículo requisado sobre la marcha hasta llegar a Florencia, de aquí a Grenoble, para bajar después por Avignon, Arles y Niza hasta llegar a Savona. El viaje había durado cuarenta y dos días, casi ininterrumpidos, hasta llegar a esa última ciudad, donde permaneció tres años. Pío VII se comportó en Savona como un prisionero: rehusó a los paseos y a la pensión asignada, cosía él mismo su sotana y repasaba los botones, vivió entregado a la oración y a la lectura sin poder dirigir la Iglesia. En expresión suya, vuelve a ser el pobre monje Chiaramonti. Por otra parte, mientras mantiene aislado al papa, Napoleón ordena trasladar los archivos vaticanos a París, convoca a los cardenales y a los superiores de las órdenes religiosas y acondiciona el arzobispado de París para residencia de Pío VII, pues en su proyecto el papa y el emperador deben residir en la misma ciudad.

Esperaba Napoleón que el cautiverio ablandara la voluntad de Pío VII. No fue así; el papa utilizó la única arma que disponía, ya que durante todo este tiempo se negó a conceder las investiduras episcopales. El problema alcanzó dimensiones considerables, pues llegó a haber hasta 17 sedes vacantes. Bonaparte piensa que lo que le niega el papa puede conseguirlo mediante dos comités eclesiásticos convocados en 1809 y 1811, y en los que fracasa. Lo intenta de nuevo, para lo que convoca un concilio nacional en 1811 que acaba por volverse contra él, al manifestar los asistentes su adhesión al papa, a la vez que aconsejan al emperador que emprenda la vía de las negociaciones, por lo que él mismo disuelve el concilio y encarcela a los principales oponentes.

El 9 de junio de 1812 se ordena el traslado de Pío VII de Savona a Fontainebleau. En esta ocasión, el comandante Lagorse le obliga a vestir de negro, teñir sus zapatos blancos y viajar de noche para que nadie le reconozca. Su enfermedad se agrava durante el camino y en Mont-Cenis se teme por su vida y solicita que se le administre el viático. Lagorse, que tiene que cumplir órdenes estrictas, ordena reemprender el viaje e instala una cama en el coche que le prestan en el hospicio de Mont-Cenis. Por fin llegan a Fontainebleau el 19 de junio, donde semanas después Pío VII consigue recuperar las fuerzas. Fue allí donde tuvo lugar el encuentro personal con Napoleón a lo largo de varios días, desde el 19 al 25 de enero de 1813. A solas con él y por medios desconocidos, consiguió su firma en un documento en el que además de renunciar a los Estados Pontificios a cambio de una renta de dos millones de francos, cedía ante la fórmula propuesta sobre las investiduras. La posterior retractación del papa consiguió que Napoleón no lo pudiera sancionar como ley imperial. La marcha de la guerra acabó por facilitar la liberación de Pío VII. Cercada Francia por los aliados, un decreto imperial autorizaba a Pío VII el regreso a Roma, a donde llegó el 24 de mayo de 1814.

La derrota de Waterloo (15 junio 1815) supuso para Napoleón y su familia un comprensible repudio en todas las cortes de Europa, por lo que contrasta todavía más la actitud que mantuvo Pío VII hacia su antiguo carcelero, al que a pesar de lo sucedido siempre le reconoció que hubiera hecho posible la firma del concordato de 1801. Napoleón fue confinado en Santa Elena hasta su muerte en 1821; cuando el papa tuvo noticias de que reclamaba un sacerdote católico, Pío VII intervino para que le acompañara en su confinamiento el abate Vignoli, que como el desterrado también había nacido en Córcega. Tras la caída del emperador, Pío VII también protegió en Roma a su madre, María Leticia, por lo que pudo instalarse en el palacio de Piazza Venecia, donde moriría en 1836. Además, el romano pontífice acogió en Roma al tío de Napoleón, el cardenal Joseph Fesch (1763-1839), y a sus hermanos Luciano y Luis. Este último había sido rey de Holanda y vivió en Roma con su hijo Luis Napoleón (1808-1873), que acabaría convirtiéndose en 1852 en emperador de Francia con el nombre de Napoleón III.

La Iglesia en la Europa de la Restauración. De regreso a Roma en 1814, Pío VII encontró sus territorios ocupados, en una

situación muy semejante a la de 1800 tras la celebración del cónclave veneciano. En el norte, los austríacos habían ocupado las legaciones, y en el centro y sur los napolitanos se habían asentado sobre Roma y las Marcas. De nuevo, el secretario de Estado, Consalvi, será el encargado de hacer valer los derechos y la independencia de la Iglesia, por lo que tendrá que mantener un equilibrio difícilísimo. Pues del mismo modo que en la etapa napoleónica tuvo que luchar para que la Santa Sede no fuera supeditada a la razón de Estado, igualmente durante la Restauración se tendrá que enfrentar a los intereses de los Estados contrarrevolucionarios que pretendían hacer otro tanto.

Consalvi viajó a París, donde pudo comprobar que Luis XVIII (1814-1824) destruía el concordato de 1801 y retrocedía hacia las posiciones galicanas de antaño. Como en otros tiempos, tuvo que negociar con un antiguo conocido como Talleyrand, ahora ministro de Asuntos Exteriores de Luis XVIII. Y es que la alianza entre el trono y el altar, fórmula con la que se definía el régimen restaurado, que proclamaba en el artículo VI de la Carta Otorgada que el catolicismo era la religión del Estado, aunque en versión contrarrevolucionaria, se apropiaba de la Iglesia para supeditarla al servicio de la monarquía, sin entender que pudieran existir ámbitos de autonomía. Ésa fue la ideología de los conocidos «ultras» franceses, equiparable a la de los tradicionalistas de otros países, que bebían en las fuentes de Joseph de Maistre (1753-1821), Louis de Bonald (1754-1840), Francois Rene Chateaubriand (1768-1848) o el Felicité de Lamennais (1782-1854) de la primera etapa. Así las cosas, Luis XVIII no devolvió ni Avignon ni el condado venesino e incluso su jefe de gobierno, duque de Richelieu, propuso a la Cámara una revisión del concordato para hacer prevalecer los Artículos Orgánicos, lo que provocó las protestas de Pío VII.

Durante su permanencia en el Congreso de Viena, tampoco se alineó Consalvi con las monarquías autoritarias. Rehusó participar en la Santa Alianza, precisamente por su sospechosa santidad, inspirada en el misticismo sentimental de la consejera del zar Alejandro I (1801-1825), la baronesa Krudener, que en suma proponía un cesaropapismo tan próximo al josefinismo de Viena, ambos coincidentes en someter a Dios en beneficio del César. No obstante, Consalvi supo jugar con los intereses de las potencias allí reunidas para que Napoles y Austria pospusieran sus intereses sobre los Estados Pontificios; consciente como era el secretario de Estado de que la fidelidad de aquellos católicos soberanos al papa no incluía el respeto a los territorios pontificios, desató sobre ellos las presiones políticas de Francia e Inglaterra, que no estaban dispuestas a consentir que Austria se fortaleciera en Italia. Según los acuerdos de Viena, Avignon y el condado venesino quedaron incorporados a Francia, Nápoles devolvió las Marcas y Austria reintegró a la Santa Sede los territorios usurpados salvo las legaciones al norte del Po, que se incorporaron al reino de Lombardía, dependiente de Austria. Por tanto, Consalvi recuperó las legaciones de Rávena, Bolonia y Ferrara, como recogen los acuerdos del acta final, y regresó de la capital austríaca con un enorme prestigio, que le valió el elogio del representante inglés anteriormente mencionado. Desde estas posiciones de no alineamiento en los años sucesivos se siguió una política tendente a establecer concordatos y acuerdos con distintos países europeos.

Por medio de un motu proprio (6 julio 1816), Pío VII dio una nueva organización administrativa a los Estados Pontificios, que quedaron divididos en diecisiete circunscripciones territoriales, llamadas delegaciones. Se produjo una unificación legislativa y judicial, de modo que quedaron abolidos los usos del Antiguo Régimen, como los derechos señoriales, la tortura o los privilegios de las ciudades, las familias y los individuos. En cualquier caso, la reforma no fue completa ante las resistencias internas y el gobierno civil siguió en manos de eclesiásticos. Paradójicamente, la tendencia de Pío VII hacia la despolitización en las relaciones de la Iglesia con las potencias europeas, no se dejó sentir con la efectividad deseable en los propios Estados de la Iglesia. Las consecuencias de esta situación se dejaron ver con toda su gravedad años más tarde, durante el proceso de unificación italiana. Era evidente que el papa no podía ser subdito de ningún soberano y por los tanto necesitaba mantener una soberanía temporal para garantizar su independencia; ésa fue la finalidad por la que Pío VII reclamó los territorios pontificios que habían sido usurpados durante el período revolucionario.

La vida interna de la Iglesia. El relato de las enormes sacudidas políticas a las que se vio sometido el pontificado de Pío VII nos ha impedido referirnos con más detalle a la vida interna de la Iglesia (G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, t.1), que durante esta etapa verá el restablecimiento de las órdenes religiosas como la de los jesuitas, autorizada de nuevo en 1814 en toda la Iglesia universal. Y a la vez que se reforman las antiguas, aparecen en estos años —y sobre todo en Francia— muchas nuevas congregaciones. Estos son los años en que surgen personalidades como las de Juan Claudio Colin (1790-1875), que en 1816 funda la Sociedad de María, o maristas, dedicada a la educación y a las misiones; de Magdalena de Canossa, fundadora de los Hijos y las Hijas de la Caridad, o canosianos; de Marcellin Champagnat (1789-1840), fundador en 1817 de los Hermanitos de María, o hermanos maristas, organización formada no por sacerdotes, sino por religiosos no ordenados (los hermanos) dedicados a la educación de los niños; de Guillermo J. Chaminade (1761-1850), fundador de la Sociedad de María, o marianistas, para trabajar en escuelas, orfanatos y asociaciones de la juventud; del redentorista san Clemente María Hofbauer (1751-1820); de san André Fournet (1752-1834), fundador de las Hijas de la Cruz; de santa Vicenta Gerosa; de santa María G. E. de Rodat, fundadora de la Santa Familia de Villafranca; o del sacerdote francés José Eugenio Mazenod (1782-1861), que fundó en 1816 los Oblatos de María Inmaculada para predicar el Evangelio a los pobres, atender la formación del clero en seminarios, educar a la juventud, prestar atención espiritual a los presos y trabajar en las misiones.

Pío VII, durante los últimos años de su vida, también trató de reorganizar las misiones, pues de acuerdo con el carácter universal de la Iglesia, el mensaje evangélico debía traspasar las fronteras de los países católicos. Los años de revolución habían repercutido negativamente en las misiones, empezando porque las guerras imperiales y el bloqueo continental habían interrumpido las comunicaciones intercontinentales. Napoleón, que entendía las misiones como un medio más de expansión militar, separó a los vicarios apostólicos de la congregación De Propaganda Fide para hacerles depender del arzobispo de París y en definitiva de él mismo, saldándose la operación con un formidable fracaso, pues ni progresaron las misiones ni se expandió Francia. Además, la supresión de tantas órdenes religiosas había privado de misioneros a los

países extraeuropeos. Y a todo lo anterior añádase que la apropiación de los bienes eclesiásticos había sustraído a los misioneros los recursos económicos más indispensables para su trabajo.

Por todo ello, tras el regreso de su cautiverio, Pío VII no tuvo tiempo más que de sentar las bases para un futuro desarrollo de las misiones (S. Delacroix, *Histoire des missions catholiques*, Monaco, 1959) que él no vería al morir en 1823. En este sentido, la restauración de los órdenes religiosos y particularmente de los jesuitas, comenzó por ser uno de los primeros remedios a toda esta situación. En 1822, Paulina María Jaricot (1799-1862) fundaba la Obra de la Propagación de la Fe, que en los años siguientes realizó una impresionante recogida de recursos para las misiones. Salvo América y China, en el resto hay muy pocos establecimientos misioneros. En cuanto al continente africano, se comienzan entonces a poner los cimientos cara al futuro, y no deja de ser paradójico que el propio Pío VII busque la alianza de Inglaterra para promover una serie de acciones frente a las monarquías católicas de Francia, España y Portugal para que supriman la trata de negros. La salud quebrantada del pontífice y los 80 años que tenía en 1822 obligaron a instalar una cuerda en las paredes de su apartamento a la que se tenía que agarrar para sostenerse en pie. El 6 de julio de 1823, aniversario de su secuestro por Radet, al romperse la cuerda y caer al suelo, Pío VII se fracturó la cabeza del fémur. Salvo aliviar su sufrimiento, nada se podía hacer sino esperar el desenlace. Luis XVIII se apresuró a enviarle desde Francia una cama metálica recientemente inventada. Consciente de su gravedad, se preparó con entereza y sencillez para morir, ayudado por su capellán Bertazzoli, al que motejaba con humor como «el piadoso inoportuno», cuando le fatigaba con sus exhortaciones espirituales. Dicen que entre sus últimas palabras dirigidas a Dios al entregar su alma, susurró los nombres de Savona y Fontainebleau, reviviendo así el sufrimiento de su cautiverio. Falleció el 20 de agosto de 1823, a los 81 años de edad y casi veintitrés años y medio de pontificado.

León XII (28 septiembre 1823 - 10 febrero 1829)

Personalidad y carrera eclesiástica. Annibale Della Genga, hijo del conde Della Genga, nació el 22 de agosto de 1760, cerca de Espoletto, en el castillo de su familia. Cursó estudios en la Academia Romana de Nobles Eclesiásticos. Recibió la ordenación sacerdotal en 1783. Pío VI le nombró camarero secreto en 1792, y al año siguiente fue designado titular del arzobispado de Tiro. A partir de 1794 desempeñó funciones diplomáticas como nuncio en Colonia y en Munich y participó en las negociaciones para la elaboración del concordato germano en la Dieta de Ratisbona, pero debido a las guerras napoleónicas tuvo que trasladarse a Augsburgo y a Viena. Las presiones de Napoleón le obligaron a retirarse de la carrera diplomática y se recluyó en la abadía de Monticelli.

Al ser restaurado Luis XVIII (1814-1824) en el trono francés, reaparece en las negociaciones diplomáticas de París, como comisionado de Pío VII. Pero bien porque no comprendiera la trascendencia de su misión, o bien porque actuase con negligencia, lo cierto es que viajó con tanta calma que llegó a la capital de Francia un día después de la firma de la primera Paz de París (30 mayo 1814). Al no haber ningún representante de la Santa Sede que hiciera valer sus derechos, los franceses se adjudicaron Aviñón y los austríacos las legaciones. Se ganó por ello un durísimo reproche de Consalvi (1757-1824), que como secretario de Estado tuvo que reclamar la soberanía de esos territorios durante las conversaciones de Viena. A pesar del incidente de París, Pío VII le nombró cardenal y obispo de Senigallia en 1816, en consideración a sus cualidades y a los méritos contraídos durante su permanencia en Alemania. En 1820 el papa le designó su vicario en Roma. Como nuevo sucesor de san Pedro, eligió el nombre de León XII por veneración a san León Magno (440-461).

Los acontecimientos revolucionarios, ante los que ninguna nación europea pudo permanecer indiferente, marcaron con más claridad la línea divisoria entre las dos tendencias existentes en los Estados Pontificios: los zelanti y los políticsanti. Los zelanti («celosos») pueden identificarse con los prelados más intransigentes de Roma; capitaneados por los cardenales Bartolomeo Pacca (1756-1844) y Agostino Rivarola, eran partidarios de mantener la organización social y política del Antiguo Régimen, por lo que frente al liberalismo mantenían posiciones de un radical enfrentamiento. Por lo mismo que el radicalismo revolucionario había intentado construir un nuevo orden haciendo tabla rasa del pasado, los zelanti, a tono con la época de la Restauración, defendían la postura de que nada debía cambiar. Enfrentados a este sector se encontraban los políticsanti, que admitían la posibilidad de modificar la organización social de los Estados Pontificios; es más, de hecho pensaban que el desmoronamiento de las estructuras de los Estados Pontificios, provocado por la política napoleónica durante los años de ocupación, se presentaba como una magnífica e irrepetible oportunidad para levantar unos nuevos Estados Pontificios reformados administrativamente. El personaje más representativo de los políticsanti era, sin duda, el cardenal Consalvi.

Pues bien, al comenzar el cónclave (2 septiembre 1823) todo parecía reducirse a un pulso entre los zelanti y los políticsanti. Por lo demás, en 1823, triunfante el sistema de la Restauración en toda Europa que se había propuesto la reposición del absolutismo político, la opinión pública en los territorios de la Iglesia se había vuelto contra Consalvi, al que no se le perdonaba que durante el pontificado anterior hubiera introducido medidas «revolucionarias» en los Estados Pontificios, como la supresión de los derechos feudales de la nobleza o la abolición de los privilegios de algunas ciudades. Quienes promovían esta campaña contra Consalvi, presentándose como patriotas italianos, le acusaban además de haberse vendido a Austria, de modo que los zelanti consiguieron que el anterior secretario de Estado entrara en el cónclave sin posibilidad alguna de ser elegido. Ahora bien, por plantear esta estrategia, a su vez los zelanti se granjearon la enemistad de la corte de Austria y acabaron siendo vetados, «no por la rigidez de sus principios —como escribe el que fuera ministro de Asuntos Exteriores francés, Chateaubriand—, sino por ser demasiado italianos para ella».

Lo cierto es que el nombre del cardenal Della Genga no figuraba en los pronósticos previos al cónclave. Como escribió el cardenal Wiseman (1802-1865)

(*Recollections of the Last Four Popes*, Londres, 1858) al describir el desfile procesional de los cardenales en la entrada del

cónclave, «nadie quizás se fijó en una figura alargada y demacrada que caminaba débilmente y llevaba en sus rasgos la palidez de un hombre que parece no salir de una enfermedad sino para ponerse de cuerpo presente». Desde luego que el cardenal Della Genga por ser vicario de Roma desde hacía tres años debía haber gozado de una enorme popularidad, sin embargo era un perfecto desconocido entre los fieles de la Ciudad Eterna, porque debido a su precaria salud había permanecido muchos más meses convaleciente en la cama o en su habitación que en activo. En consecuencia, concluye el cardenal Wiseman, «a Della Genga una elección más elevada que la voluntad de los hombres le había destinado a un trono». El 28 de septiembre, 34 de los 49 electores le dieron su voto. Eran suficientes para que hubiese papa. Sólo faltaba saber si el elegido iba a aceptar; pues, al conocer el resultado, Della Genga fue el primer sorprendido y justificó las dudas que tenía manifestando con toda sencillez: «Habéis elegido a un cadáver.» Pero tras unos primeros momentos de incertidumbre, la insistencia de sus electores le acabaron por convencer.

El gobierno del Estado pontificio y las relaciones diplomáticas. Una de las primeras medidas de León XII fue sustituir en la Secretaría de Estado a Consalvi por el cardenal Giulio Maria Della Somaglia (1744-1830), quien a todas luces tenía graves inconvenientes para desempeñar ese cargo: 80 años, carencia de dotes de gobierno y falta de experiencia. Debido a sus características y por pertenecer Somaglia a los zelanti, su nombramiento se interpretó como una maniobra de ese grupo para situar a un personaje manejable, y en el mismo sentido se entendió la constitución de una congregación de Estado integrada por cardenales para gobernar los Estados Pontificios y la Iglesia en una dirección intransigente.

Tales presagios se confirmaron por lo que se refiere al gobierno interno de los Estados Pontificios, donde los tribunales, el gobierno de las ciudades, la recaudación de impuestos y la administración volvieron a ser muy semejantes a los de la etapa del Antiguo Régimen. Sin duda, la política intransigente de los zelanti en los Estados Pontificios quedó patente en la lucha contra el bandolerismo y la represión contra los carbonarios en la Romana. La ejecución en 1825 de dos de los carbonarios más influyentes, como Targhini y Montanari, culpables de homicidio, desató una campaña de críticas contra el papa en una parte de la prensa francesa e inglesa. Por otra parte, la política represiva no sirvió para acabar con las actividades de esta sociedad secreta. Al contrario, incitó a un levantamiento de los carbonarios en la Romana y para sofocarlo tuvo que ser enviado el cardenal Agostino Rivarola, como legado extraordinario del papa. Apoyándose en la contrasecta de los sanfedisti, se empleó con mano muy dura. Condenó a 513 personas al exilio o a la prisión y firmó siete penas de muerte. Los carbonarios respondieron con represalias, en una de las cuales cayó asesinado el secretario de Rivarola, el canónigo Muti. Rivarola fue entonces sustituido por Internizzi, que tampoco fue capaz de imponer la calma, de modo que el bandolerismo y la agitación de los carbonarios se convirtieron en los dos problemas más graves de orden público en los Estados Pontificios.

Los primeros momentos del pontificado de León XII, sembrados de vacilaciones, fueron bien diferentes al mandato de línea segura de su predecesor. Con un papa al pie de la tumba y un secretario de Estado octogenario e inexperto, se agitaron más de lo debido los círculos clericales, de ahí que hiciera fortuna en esos primeros meses la frase de uno de los pasquines aparecidos en Roma, que decía que en la Ciudad Eterna todo se había vuelto «ordini, contrordini, desordini». Por las características del papa elegido daba la impresión que se hubiera querido trasladar el verdadero gobierno de la Iglesia al grupo de los zelanti, y que León XII estaba destinado a ser sólo un instrumento en sus manos sin reconocerle capacidad de iniciativa. Ahora bien, esta trayectoria zigzagueante inicial de órdenes y contraórdenes no era tanto la manifestación de la debilidad de un papa anciano, como el reflejo del esfuerzo que León XII comenzó a realizar, una vez nombrado, para librarse de la tutela de los zelanti.

Los partidos se esfuerzan —se llegó a escribir entonces— por todo tipo de medios en elevar a los puestos a los hombres de su elección; pero una vez llegados a ellos, éstos encuentran un horizonte que les abre nuevas posibilidades. Ven con nuevos ojos y gobiernan con nuevas miras. Los amigos surgen entonces y les instigan. Un hombre honesto en semejante situación se aflige, pero no duda de la elección que debe hacer. He aquí el porvenir de la historia del papa que hoy tenemos (J. Leflon, *La Revolución*, en A. Fliche y V. Martín, *Historia de la Iglesia*, t. XXIII, Valencia, 1975).

En efecto, sobre todo a partir de 1825, León XII iba a dar sobradas muestras de que disponía en su conciencia de un ámbito libre de influencias para decidir por sí mismo. Para ese mismo año, anunció la celebración de un jubileo, el primero después de cincuenta años. El papa tomó esta decisión a pesar de la hostilidad de la mayor parte de la curia, contra la oposición frontal de los monarcas absolutistas, que entendían que el engrandecimiento de la figura del papa empequeñecía la suya, y frente a las protestas de los liberales radicales que, por reducir la religión a un sentimiento del interior de cada conciencia, no estaban dispuestos a permitir manifestaciones públicas del hecho religioso. En la bula de promulgación, el papa justificaba esta iniciativa para «despertar el sentido del pecado y sus responsabilidades [...] liberar a las almas del yugo del demonio y sacudirse su dominio a fin de conseguir la verdadera libertad, la de los hijos de Dios, con la que Dios nos ha gratificado». En efecto, no fueron pocos los obstáculos que le salieron al paso al sumo pontífice, pero frente a las noticias que le llegaban sobre tan variada oposición, León XII mostró una energía inesperada y una y otra vez contestaba invariablemente: «Pueden decir lo que quieran —repetía a los mensajeros—; el jubileo se hará.»

Y, en efecto, se celebró el jubileo; fue un éxito y acudieron a la Ciudad Eterna multitudes de fieles de toda Europa a pesar de las deficientes comunicaciones de aquella época. La afluencia a Roma de tantos peregrinos sirvió para estrechar todavía más los lazos de unión entre los fieles católicos y la cabeza visible de la Iglesia. Durante las celebraciones se pudo contemplar al pontífice en la silla gestatoria muy en tono «restaurador», como inmortalizara Horace Vernet (1789-1863) en su famoso cuadro, que de un modo plástico refleja la mentalidad tradicional de León XII; pero también quienes acudieron a Roma pudieron apreciar otras facetas del romano pontífice, como por ejemplo que a pesar de su deficiente salud y sus muchos años siguiese las procesiones con los pies descalzos.

Pues bien, si existe un León XII tradicional que rompió con la línea de su predecesor Pío VII en ciertos aspectos del gobierno interno de la Iglesia, sin embargo en otros puntos la continuó, como sucedió con la reactivación de la política

concordataria. En diciembre de 1823 León XII, como reconocimiento de la valía del anterior secretario de Estado, llamó a Consalvi, que vivía retirado en su villa de Porto d'Anzio, y le nombró prefecto de la sagrada congregación De Propaganda Fide. Sin embargo, ninguna ayuda le pudo reportar al pontífice este nombramiento, pues Consalvi falleció pocos días después, en enero de 1824. En 1828, reemplazó a Somaglia en la Secretaría de Estado por el cardenal Tommaso Bernetti (1779-1852), que había sido la mano derecha de Consalvi. De modo que su política exterior prosiguió la línea independiente trazada por Pío VII para garantizar un ámbito de autonomía, imprescindible para llevar a cabo la misión sobrenatural de la Iglesia.

León XII impulsó las negociaciones ya iniciadas en el pontificado anterior para firmar un concordato con los Países Bajos, según el mapa de Viena integrados por el territorio protestante de Holanda y la zona católica de Bélgica. Su monarca era Guillermo I (1815-1840), de la casa Hannover, un rey de religión protestante y dependiente de Inglaterra. Guillermo I, a pesar de no ser católico, pretendía reservarse el nombramiento de obispos, alegando que era prerrogativa suya heredada al ser sucesor del rey de España. Otro de sus empeños consistió en controlar la formación del clero, sometiéndolo al monopolio de la universidad. Sin embargo, según lo aprobado en el concordato de 1827, retuvo sólo el derecho de veto, ya que la propuesta de obispos recaía en los cabildos, el obispo a su vez controlaría los cargos en sus diócesis y el Estado se obligaba a dotar de sueldo fijo al clero, que en contrapartida estaba obligado a prestar un juramento de fidelidad. El concordato suponía un balón de oxígeno para la población católica belga, que lo consideró como un auténtico triunfo, pero el rey de Holanda torpedeó la práctica de los acuerdos que muy pronto quedaron en papel mojado. Las últimas consecuencias del incumplimiento del concordato no las pudo ver León XII. Toda esta situación provocó la reacción de los belgas que, unidos a los protestantes liberales y con el impulso a su favor del ciclo revolucionario del verano de 1830, acabaron por segregarse de Holanda.

Respecto a Inglaterra, León XII prosiguió la táctica iniciada por Consalvi de apoyarse más en la diplomacia que en la intransigencia de los católicos irlandeses. Sólo por un par de meses la muerte le impidió ver los resultados. Ésta fue también la línea y los objetivos que se trazó Daniel O'Connell (1775-1847) al restablecer en 1825 la Asociación Católica: reforzamiento de los comités diocesanos y parroquiales para la recogida de firmas y organización de mítines para cambiar la opinión pública. Así las cosas, en 1828, y a pesar de que por ser católico no se lo permitía la ley, O'Connell se presentó a las elecciones en el condado de Clarke, donde obtuvo un excelente éxito sobre su rival, e incluso intentó ocupar su escaño en el Parlamento. Los torios comprendieron la estrategia de O'Connell: o atendían las demandas de los católicos o con sus votos podrían derribar su gobierno. Ante esta disyuntiva, Wellington (1767-1852) forzó al rey, Jorge IV (1820-1830), para que concediese la emancipación de los católicos en abril de 1829. Así pues, se aprobaba esta reforma por puro pragmatismo, más que por el respeto al derecho que asistía a los católicos. A partir de entonces se restringía en las islas el juramento de obediencia sólo al aspecto civil y se reconocía a los católicos sus derechos políticos y civiles, por lo tanto podrían ser también candidatos en las elecciones y ocupar cargos en la administración, salvo algunos que permanecieron vetados a los católicos hasta el siglo xx.

También en Iberoamérica León XII prosiguió la línea de su predecesor. Hasta la independencia de las naciones americanas, los titulares de las diócesis eran peninsulares nombrados por el rey de España (P. de Leturia, Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica, t. II). Tras la independencia, se duplicaron las injerencias, de modo que ante los intentos de control en el nombramiento de los obispos tanto por parte de los gobiernos de las naciones independizadas como por parte del rey de España, Fernando VII (1808-1833), en 1826 el papa nombró a Mauro Cappellari (1765-1846) —el futuro Gregorio XVI—, prefecto de la congregación De Propaganda Fide, y puso bajo su gobierno las comunidades cristianas recién independizadas, para proceder al nombramiento de obispos sin consultar a nadie. Sin embargo, las presiones de Fernando VII —que también asentaba su reinado sobre la alianza del trono y el altar— entorpecieron de tal manera los proyectos de León XII, que fue necesario volver al antiguo sistema del nombramiento de vicarios apostólicos para no violar el patronato regio, lo que provocó un auténtico caos en el gobierno de los católicos del continente americano en los años sucesivos.

Los problemas doctrinales. No quedaría completo el boceto del pontificado de León XII sin una referencia a los problemas doctrinales de estos años. Con la bula *Quod divina Sapientia* (1824) el papa reorganizó los planes académicos en las siete universidades de los Estados Pontificios (Roma, Bolonia, Perugia, Fermo, Ferrara, Macerata y Camerino), donde se impulsaron los estudios de apologética, derecho canónico, liturgia y arqueología. En su primera encíclica, *Ubi primum* (3 mayo 1824), trató de hacer frente a los errores que amenazaban a la fe. Este documento comenzaba con unas recomendaciones a los obispos, con el fin de que la buena doctrina se asentara sobre el buen ejemplo. En este sentido, recordaba a los sucesores de los apóstoles sus obligaciones de residir en sus diócesis y de realizar las visitas pastorales, así como a esmerarse en la elección de candidatos dignos y preparados a la hora de conferir el sacramentó del orden sacerdotal. A continuación llamaba la atención sobre el indiferentismo y sobre todas las corrientes de pensamiento que coincidían en «enseñar que Dios ha dado al hombre una libertad absoluta, de manera que cada uno pueda sin peligro para su salvación, abrazar y adoptar la secta y la opinión que le convenga según su propio juicio». Y concluía la encíclica haciendo un llamamiento a todos los obispos para que, reaccionando frente al galicanismo y al josefinismo, cerraran filas junto al papa.

Y en cuanto a los aspectos doctrinales durante este pontificado, también hay que volver a referirse a Francia. Tanto durante el reinado de Luis XVIII (1814-1824) como en el de Carlos X (1824-1830), León XII tuvo que enfrentarse a las tendencias galicanas de estos dos monarcas absolutistas. Además de interferir en las competencias sobre el nombramiento y la disciplina de los obispos, Carlos X reclamó la concesión de su plácet, impidiendo la comunicación directa del papa con los prelados franceses. Carlos X llegó incluso a prohibir la exhortación de León XII dirigida a los cismáticos de la Pequeña Iglesia para que volvieran a la unidad.

No obstante, aunque personificado en un clérigo, un nuevo problema se estaba gestando entonces en Francia, que estallaría con toda virulencia en el pontificado de Gregorio XVI (1831-1846). Dicho clérigo adquirió una notable notoriedad ya en la etapa de León XII. Se trataba de Felicité de Lamennais (1782-1854), bretón converso en 1804, ordenado sacerdote en 1816, y apóstata desde 1834, que murió separado de la Iglesia. Hombre de un temperamento radical y escasa formación teológica, era sin embargo un buen polemista. Se hizo popular al publicar en *Le Conservateur*, *Le Défenseur* y *Le Drapeau Blanc* sus escritos ultramontanos «en perpetua exageración —según se ha escrito— que pone la lógica al servicio de su pasión, o más bien, que toma su pasión por la lógica misma». Su prosa hiriente habitualmente atacaba a las personas; y así se refería a Lainé y Corbin como «continuadores de Enrique VIII», al abate Clausel de Montáis le apodaba el «Marat del galicanismo» y a los jesuitas les llamaba «granaderos de la locura» (J. Leflon, *La Revolución...*). Lamennais elaboró los argumentos de estos años con el entramado del fideísmo y del tradicionalismo, manifestando un llamativo desprecio hacia la razón humana, a la que llegó a calificar de «débil y vacilante luminaria». Su primera fase ultramontana queda reflejada nítidamente en una de sus máximas: «Sin papa, no hay Iglesia; sin Iglesia, no hay cristianismo; sin cristianismo, no hay sociedad» (G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, t. I). Al final del pontificado de León XII cambió de postura, y si hasta entonces pensaba que la Iglesia debía ser necesariamente tradicionalista, a partir de 1829 defendió que con la misma necesidad y exclusivismo debía abrazarse al liberalismo. A pesar de tan espectacular cambio, el clérigo bretón mantuvo inalterable su radicalismo, hasta exigir que sus tesis personales se convirtieran en doctrina oficial de la Iglesia. La indiferencia y el silencio de la Santa Sede ante semejante pretensión le fue alejando de la Iglesia hasta romper formalmente con ella. La ruptura se produjo durante el pontificado de Gregorio XVI.

En efecto, León XII no veía el desenlace ni de ésta ni de otras muchas cuestiones, que se habían iniciado durante su pontificado. En el invierno de 1829 sufrió otra de las muchas recaídas de salud, quizá una de las más cortas, pues ésta que fue la definitiva sólo duró cinco días. Cumplidos los 68 años y tras cinco años y medio de pontificado, consumido como estaba desde hacía tiempo por las enfermedades, tuvo una corta y tranquila agonía. Falleció el 10 de febrero de 1829.

Pío VIII (31 marzo 1829 - 30 noviembre 1830)

Personalidad y carrera eclesiástica. Francesco Saverio Castiglioni nació (20 noviembre 1761) en Cingoli, cerca de Ancona. Pertenecía a una familia noble, emparentada con el papa san Pío V (1566-1572). Cursó los primeros estudios en el colegio de los jesuitas de Osimo. Desde muy joven dio muestras de unas excepcionales dotes intelectuales en disciplinas como la arqueología y la numismática, pero sobresalió ante todo en el estudio del derecho canónico, cursado en Bolonia y en Roma. Colaboró con monseñor Giovanni Devoti (1744-1820) en la compilación de *Instituíones canonicae* (1792). La formación jurídica adquirida durante estos años le facilitó sus posteriores funciones de gobierno, por ejemplo, a la hora de resolver —ya desde la cátedra de san Pedro— el problema de los matrimonios mixtos en 1830 frente a las pretensiones de Federico Guillermo III de Prusia (1797-1840).

Pío VII (1800-1823) le nombró obispo de Montalto en 1800, desde donde fue trasladado a Ascoli. Durante la ocupación francesa apoyó con firmeza a Pío VII y defendió los intereses de la Santa Sede. Al no plegarse a los dictados de Napoleón (1769-1821), éste dio una orden en virtud de la cual fue encarcelado y confinado al principio en Milán, y después en Pavía y Mantua. Esta enérgica actitud de su personalidad contrasta, no obstante, con su quebrada salud:

Una afección hepática —según el cardenal Wiseman (*Recollections of the Last Four Popes*, Londres, 1858)— y obstinada le hacía tener la cabeza inclinada y girada hacia un lado, lo que daba cierto aire de rigidez y falta de gracia a sus movimientos. Sin embargo, esto no era lo peor; parecía estar y estaba efectivamente, en un estado de sufrimiento continuo, produciéndole una fuerte irritación, que se manifestaba a veces en su tono y sus expresiones.

Tras la derrota de Napoleón, regresó a su diócesis y en 1816 fue nombrado obispo de Cesena y promovido al cardenalato. Posteriormente desempeñó los cargos de prefecto de la Congregación del índice y penitenciario mayor (1821), por lo que le tocó asistir espiritualmente a Pío VII y a León XII (1823-1829) en sus últimos momentos.

Ya en el cónclave de 1823 fue uno de los candidatos a suceder a Pío VII, pues de todos eran conocidos sus deseos de que fuera su sucesor, e incluso se difundió un comentario de Pío VII realizado después de un delicado despacho con el entonces cardenal Castiglioni: «Vuestra santidad, Pío VIII, arreglará más tarde este asunto.» Por tanto, aunque tuvo que ceder el paso a León XII en 1823, su elección en 1829 no constituyó ninguna sorpresa y fue muy bien recibida, pues además de la ejemplaridad de su vida de piedad poseía dotes de gobierno, como había demostrado en el desempeño de los diversos cargos eclesiásticos que había ocupado. Y, precisamente, la circunstancia de su precaria salud parece ser que pesó en el ánimo de los electores del cónclave, que una vez más se había bloqueado debido a las ya conocidas pugnas entre zelanti y politicanti. Puesto que ni unos ni otros cedían, no quedaba otra salida que hacer un paréntesis en sus disputas, mediante la elección de un pontificado corto o «interino», como algunos pretendieron, por lo que la debilidad física de Castiglioni, marcadamente visible en el absceso del cuello que presagiaba un pronto final, atrajo la atención de los electores hasta el punto que le votaron 47 de los 50 cardenales reunidos en el cónclave.

En efecto, la permanencia de Pío VIII en la sede de san Pedro fue muy breve, pero en modo alguno su pontificado se puede calificar de interino, ya que durante esos casi dos años el romano pontífice tuvo que hacer frente a las dificultades propias de todo un cambio de época. El pontificado de Pío VIII coincide con el ciclo revolucionario de 1830 que liquida la Restauración, período de quince años en los que Europa trató de asegurar su convivencia sobre los presupuestos del Congreso de Viena (1815): legitimidad monárquica y equilibrio europeo. Así pues, y contra todo pronóstico, el breve tránsito de Pío VIII por el pontificado dejó sus huellas en la historia de la Iglesia, que conviene repasar.

Las revoluciones liberales de 1830. Pocos meses después de su elección, el tratado de Adrianópolis (14 septiembre 1829)

reconocía la independencia de Grecia del Imperio turco, después de ocho años de enfrentamiento con el sultán. Desde luego, algo estaba cambiando en Europa, pues las mismas potencias que habían aceptado los principios de Viena, se retractaban ahora. El reconocimiento de la independencia de Grecia por parte de las potencias europeas era el mejor certificado del fracaso de los presupuestos de la Restauración, ya que además de desautorizar al «legítimo» soberano, el sultán turco, se aceptaba a un tiempo el «desequilibrio» que suponían las modificaciones del mapa europeo con la independencia de Grecia. Por otro lado, la serie de revoluciones que se desencadenaron durante el verano de 1830 en Francia, Alemania, Polonia, los Estados Pontificios y Bélgica, acabaron por liquidar definitivamente el sistema de la Restauración.

Y una vez más Francia, la «hija primogénita de la Iglesia», donde reinaba Carlos X (1824-1830), hermano del guillotinado Luis XVI (1754-1793), que había restaurado la alianza del trono y el altar con el fin de poner la religión al servicio del Estado, se iba a convertir en el primero y más grave problema de Pío VIII. Chateaubriand (1768-1848), embajador de Francia ante la Santa Sede, interfirió en el nombramiento como secretario de Estado del cardenal Giuseppe Albani (1750-1834), formado en la escuela de Consalvi (1757-1824), por considerarle un hombre de Austria, y le vetó calificándole de indeseable. Pío VIII, por su parte, tras responderle que el nombramiento de Albani no obedecía a cálculos políticos, le manifestó con claridad y firmeza: «yo soy el soberano y se hará mi voluntad». Como consecuencia de este choque, Chateaubriand tuvo que dimitir de su cargo. Por lo demás, la actuación posterior de Albani vino a demostrar que el secretario de Estado no se supeditó a los dictados de ninguna de las potencias, incluida Austria, y que defendió los intereses de la Iglesia con total independencia.

Así se explica que la «alianza» en la que se había refugiado el régimen de Carlos X provocase que la revolución de 1830 atacase con igual ímpetu tanto al trono como al altar. La estrategia de Carlos X había colocado a la Iglesia en la mentalidad de los liberales franceses como aliada del absolutismo y enemiga de las libertades. En consecuencia, los revolucionarios de París durante las jornadas de julio saquearon el arzobispado, el noviciado de los jesuitas y la casa de las misiones, hechos que por imitación fueron repetidos en muchas ciudades y pueblos de Francia. Pío VIII, a quien todos estos acontecimientos no le cogieron por sorpresa, actuó con moderación, pues a la vez que condenó los desmanes anticlericales, desautorizó la vinculación de la Iglesia con el legitimismo al reconocer la nueva monarquía de Luis Felipe de Orléans (1830-1848). Además, exhortó a los obispos y al clero de Francia para que prestasen sumisión y obediencia «al nuevo soberano elegido por la nación, por quien debían elevar sus oraciones según costumbre», les prohibió expresamente que abandonasen sus diócesis y sus ministerios, y les recomendó que se empeñaran en cumplir su misión religiosa, pacificando los espíritus.

Esta misma línea de actuación se impuso en las relaciones diplomáticas del pontífice con Inglaterra, donde se acababa de reconocer la emancipación de los católicos. Y del mismo modo procedió respecto a Bélgica, otro nuevo Estado que surgía en 1830 al unirse los católicos y los liberales belgas para luchar hasta conseguir la independencia del reino de los Países Bajos, cuyo soberano, de religión protestante, trataba de imponer un régimen absolutista y regalista en todos sus dominios.

Por otra parte, Pío VIII tuvo que resolver la grave cuestión de los católicos alemanes, donde el soberano de Prusia, Federico Guillermo III, sometió los matrimonios mixtos de las zonas católicas a una legislación protestante. Según el breve *Litteris altero abhinc* (25 marzo 1830), Pío VIII sentó la doctrina de la Iglesia al respecto, vigente durante mucho tiempo. El breve, en principio, trataba de disuadir a los católicos de celebrar matrimonios mixtos en los que no se garantizasen las cautelas de la Iglesia en orden a la educación religiosa de la prole; de celebrarse, no obstante y salvo que existiesen impedimentos dirimentes, se reconocían como válidos dichos matrimonios, aunque no cumplieren los requisitos dictados en Trento, y se permitía la asistencia pasiva del sacerdote en dichas celebraciones. La solución de Pío VIII, emanada sin duda de su formación jurídica, aunque no alivió la crispación de las autoridades prusianas, al menos se convirtió en un importante legado doctrinal para sus sucesores en el pontificado.

El gobierno de Pío VIII impulsó también las iniciativas que sus predecesores habían tomado en América. Por habilidad y tacto, el papa supo amortiguar las tensiones del gobierno brasileño contra la Iglesia y consiguió la acreditación del nuncio Antini ante las autoridades brasileñas. Pío VIII creaba así la primera nunciatura de América del Sur.

Mayor relieve tuvieron sus decisiones respecto a Estados Unidos, donde Pío VII en 1806, antes de ser apresado por Napoleón, había erigido las diócesis de Boston, Nueva York, Filadelfia y Bardstown, a la vez que constituía Baltimore en sede metropolitana; en 1821, se crearon las de Charleston y Richmond y en 1822 la de Cincinnati. Todo lo cual era el reflejo del crecimiento de la Iglesia en Norteamérica. Pues bien, Pío VIII promovió la celebración del Concilio de Baltimore, que comenzó el 4 de octubre de 1829 y dio sobradas muestras de la vitalidad de la Iglesia en aquellas tierras. El magisterio de Pío VIII. El talante conciliador de Pío VIII en las relaciones diplomáticas era compatible con su firmeza en la defensa doctrinal en aquellos puntos en los que las ideologías chocaban con el depósito revelado que, naturalmente, como cabeza de la Iglesia, tenía que custodiar y defender. De modo que tanto Pío VIII como sus sucesores tuvieron que dar una respuesta a los planteamientos doctrinales del liberalismo, en cuanto que algunos de sus partidarios plantearon la incompatibilidad de la ideología liberal con la doctrina de la Iglesia. En efecto, conviene precisar que el liberalismo, además de proponer una determinada organización de la economía, de las relaciones sociales o de establecer el sistema de elección de los representantes del poder mediante elecciones, entre otras muchas más manifestaciones, es «ante todo una filosofía global» (Rene Rémond, *Introducción a la historia de nuestro tiempo*, t. II), una antropología, en definitiva, que proclama la autonomía del hombre y el relativismo frente a la verdad. Naturalmente, ante esta concepción antropocéntrica del liberalismo, que además establece unas determinadas relaciones del hombre respecto a Dios y la naturaleza, el papa debía orientar doctrinalmente a los fieles, de acuerdo con la verdad cristiana. Cosa distinta es que no hayan faltado quienes por prejuicios hayan visto en el papado al enemigo de todas las manifestaciones del régimen liberal, o quienes por el

contrario, en una interpretación interesada, entendieron que las precisiones del papa sobre la filosofía liberal equivalía a respaldar sus propias posiciones políticas absolutistas.

Así las cosas, en su primera y única encíclica, *Traditi humilitati nostrae* (24 mayo 1829), Pío VIII dejó claro, ante todo, su autoridad universal en la Iglesia, «no sólo sobre los corderos, es decir, el pueblo cristiano, sino también sobre las ovejas, esto es sobre los obispos», otra condena más de las tesis galicanas, que por supuesto provocó el descontento de los sectores tradicionalistas del clero francés. A continuación, se refería el papa en este documento a «los sofistas de este siglo, que proponen que el puerto de la salvación está abierto a todas las religiones, y otorgan las mismas alabanzas a la verdad y al error, al vicio y a la virtud, a la honestidad y a la infamia» (Artaud de Montor, *Histoire du pape Pie VIII*, París, 1844). Igualmente condenaba Pío VIII en su encíclica las sociedades secretas por su sectarismo y empeño en destruir la Iglesia y los Estados, y llamaba la atención sobre la santidad del matrimonio y la importancia que debía otorgarse a la educación de la juventud. En su denuncia, se anticipaba así Pío VIII a plantear los principales problemas que la Iglesia iba a tener con aquellos Estados en los que en años posteriores se consolidó el régimen liberal. Por último, la encíclica de Pío VIII proponía a los fieles la oración como el remedio para frenar el avance del error; y para dejar claro que la oración es un recurso perenne y eficaz, el pontífice identificaba la situación de confusión doctrinal de entonces con un pasaje del Antiguo Testamento: «en las actuales circunstancias hay que volver a pedir insistentemente al Señor que libre a Israel de la plaga».

Además de los problemas doctrinales, como los que se han mencionado anteriormente, se agravaba otro que ya conocemos, pues durante el pontificado de Pío VIII Felicité de Lamennais (1782-1854), tras abandonar sus posiciones ultramontanas y animado por las experiencias de los católicos ingleses y belgas, giraba hacia lo que se conoce como catolicismo liberal. Al calor de la revolución de julio de 1830 se instaló con sus seguidores —Jean Baptiste Henri Lacordaire (1802-1861), Charles de Montalembert (1810-1870), Philippe Gerbet (1798-1864), Rene Francois Rohrbacher (1789-1856), Prosper Louis Pascal Guéranger (1806-1875)— en Juilly, muy cerca de París. Poco después fundaron un periódico, *L'Avenir*, bajo el lema «Dios y Libertad». El nacimiento del periódico en los primeros días del mes de octubre de 1830 fue cuando menos inoportuno en el tiempo, pues provocó no pocas disensiones entre el episcopado francés en torno a las tesis de Lamennais sobre la libertad religiosa. El primer número veía la luz justo cuando el papa había conseguido que los obispos franceses acatasen a Luis Felipe de Orléans. Y es que éste era el único recurso diplomático del pontífice para impedir que el nuevo régimen traspasara a la legalidad las propuestas anticatólicas de los revolucionarios de julio. En cualquier caso, la muerte impidió a Pío VIII afrontar el problema planteado por el clérigo francés, recayendo sobre su sucesor esta cuestión.

Todas estas complicadas y espinosas situaciones acabaron por minar definitivamente la ya de por sí delicada salud de Pío VIII. En sus últimos días el pontífice perdió completamente el sueño, y la úlcera que le aquejaba desde hacía años alcanzó sus órganos internos, provocándole fortísimos dolores. El 23 de noviembre, plenamente consciente, recibió los últimos sacramentos y falleció una semana después. Su pontificado había durado sólo veinte meses.

Gregorio XVI (2 febrero 1831 - 1 junio 1846)

Personalidad y carrera eclesiástica. Alberto Cappellari nació (18 septiembre 1765) en Belluno, al norte de Venecia, en el seno de una familia noble, que había perdido su patrimonio. A los 18 años ingresó en el monasterio camaldulense de San Miguel de Murano en el Véneto, donde adoptó el nombre de Mauro. Tres años después de su profesión solemne fue ordenado sacerdote (1787) y nombrado más tarde profesor de filosofía (1790) del mismo monasterio. En 1795 se trasladó a Roma como asistente del procurador general de su orden. La fidelidad con la que vivió su regla monástica, basada en la piedad y en la austeridad, además de sus cualidades intelectuales, le hicieron merecedor de un gran prestigio dentro de su orden, que a su vez trascendió muy pronto por toda Italia y algunos países europeos.

Ratificó su valía humana y su fe religiosa con motivo de la conquista de Roma, la conversión del Estado pontificio en la República Romana (1798) y el consecuente cautiverio de Pío VI por el Directorio francés, al atreverse a publicar en 1799 *El triunfo de la Santa Sede y de la Iglesia frente a los ataques de los innovadores*. El libro fue un éxito editorial y se hicieron varias ediciones. En esta obra, Mauro Cappellari rebatía las doctrinas en las que se sustentaba el movimiento revolucionario antirreligioso. En efecto, cuando se había generalizado la opinión entre los revolucionarios de que la Iglesia era ya una causa perdida, hasta el punto de adjudicar al papa prisionero el título de «Pío VI y último», Cappellari proclamó la pervivencia de la Iglesia hasta el fin de los tiempos, de acuerdo con la promesa de su fundador. Como es sabido, los hechos desmintieron las previsiones de los revolucionarios en su contra, pues Napoleón (1769-1821) puso fin al Directorio con el golpe de Brumario (10 noviembre 1799) y estableció en Francia una dictadura. También en este mismo libro, frente al despojo de los territorios pontificios, el monje camaldulense argumentaba en favor de la soberanía temporal del papa, además de defender su infalibilidad y el carácter monárquico de la Iglesia.

Cappellari tenía una gran capacidad de gestión y de gobierno, como demostró en los diversos cargos que desempeñó antes de ser elegido papa. En 1800 fue designado primer abad vicario del monasterio romano de San Gregorio, y cinco años después abad ordinario. Fue, también, procurador general de los camaldulenses en 1807 y general de su orden en 1823. Pío VII (1800-1823) le nombró consultor de varias congregaciones, como la de asuntos extraordinarios y la del índice. León XII (1823-1829) le elevó al cardenalato (13 marzo 1826) y le nombró prefecto de la sagrada congregación De Propaganda Fide, desde donde dio un notable impulso a las misiones, experiencia esta última que sería decisiva —ya durante su pontificado— para sentar las bases modernas de la actividad misional de la Iglesia. Aceptó todos estos cargos sólo como servicio a la Iglesia, porque lo cierto es que rechazó varias sedes episcopales que le ofrecieron tanto Pío VIII como León XII. Por este motivo, el cardenal Mauro Cappellari entraba en el cónclave el 14 de diciembre de 1830 como

simple sacerdote, por no haber recibido todavía la consagración episcopal.

Como se esperaba, no fue éste un cónclave corto. Duró cincuenta días y fueron precisas unas cien votaciones para elegir al nuevo sucesor de san Pedro. En cambio, fallaron los pronósticos sobre el nombre del candidato elegido. La prueba de que Cappellari no era uno de los papables es que hasta casi después de un mes de comenzar el cónclave no recibió los primeros sufragios significativos; es más, a la vista de este primer resultado, rogó al resto de los cardenales que dejaran de votarle. Sin embargo, el cardenal Zurla, que además de general de los camaldulenses era su confesor, en virtud de la obediencia le ordenó que aceptara el pontificado; y el 2 de febrero recibía 32 votos de los 41 posibles, con lo que se sobrepasaban los dos tercios exigidos. En honor del papa santo que había habitado su convento, san Gregorio VII (1073-1085), «campeón medieval de la libertad de la Iglesia», y de Gregorio XV (1621-1623), fundador de la sagrada congregación De Propaganda Fide (6 enero 1622), adoptó para sí el de Gregorio XVI (Ch. Sylvain, *L'histoire du pontifical de Grégoire XVI*, Brujas, 1889). Antes de recibir de manos del cardenal Bartolomeo Pacca (1756-1844) la tiara, símbolo de la autoridad pontificia, tuvo que ser consagrado obispo por el cardenal Zurla el 6 de febrero de 1831.

Con Gregorio XVI comienza una etapa que se prolonga hasta el día de hoy, que se conoce como la de los grandes papas. Además de la dilatada permanencia temporal de los pontífices en la cátedra de san Pedro, desde Gregorio XVI hasta Juan Pablo II (1978) el pontificado se ha revestido de un gran prestigio moral y sus titulares han publicado toda una serie de documentos doctrinales de una enorme resonancia dentro y fuera de la Iglesia. Pues bien, quien inaugura la etapa de los grandes papas es un personaje que en su intimidad vivió como un camaldulense, o que pretendió «ser más monje que papa», por utilizar sus palabras. Hasta su aspecto exterior contribuía a dar esta imagen, pues «su figura —escribió su amigo el cardenal Nicholas Wiseman— no ofrecía a primera vista tanta nobleza como la de sus predecesores; sus rasgos, grandes y redondeados, estaban ausentes de esos toques finos que sugieren un genio elevado y un gusto delicado». Pero tal carencia estaba de sobra compensada por una fortaleza nada común. Por gozar de buena salud, despidió a los médicos del Vaticano y destinó su sueldo a obras de caridad. Era un caminante infatigable y llevó una vida realmente austera; dormía sobre un colchón de paja y ordenó al cocinero que le preparara una dieta muy frugal, ya que —según le manifestó— la elevación a la cátedra de san Pedro no le había cambiado el estómago. Quienes le trataron en la intimidad se refieren a una personalidad vivaz, alegre y jovial, que supo hacer compatible la majestad del pontificado con una vida de intensa oración, derivada de su vocación de contemplativo.

La doctrina de la Iglesia y la ideología liberal. Gregorio XVI fue el primer papa que clarificó doctrinalmente el concepto de libertad frente a las propuestas de la ideología liberal.

El liberalismo soslaya la afirmación cristiana de que el hombre «tiene» libertad, y la sustituye por la de que el hombre «es» libertad. Identifica libertad y naturaleza. No consiste, pues, la cuestión en la defensa de determinadas libertades meramente operativas, externas; el núcleo del liberalismo está constituido por la proclamación de la libertad de conciencia: de nadie depende el hombre, salvo de sí mismo. Se elimina así en la teoría —o al menos en la práctica— el carácter de criatura que tiene el hombre; como tal, radicalmente dependiente del Creador, que es quien le ha otorgado un ámbito bien definido en donde es posible la libertad. La afirmación de la libertad de conciencia comporta un cambio profundo en el mismo concepto de conciencia. El cambio que, a lo largo de los siglos xix y xx, desarrollarán —entre otros— Schopenhauer, Nietzsche y Freud (G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, t. I).

Pues bien, éste es el núcleo concreto al que se dirige la condena del liberalismo de Gregorio XVI en su encíclica inaugural de pontificado *Miran vos* (15 agosto 1832), condena que por lo demás ratificarán sus sucesores. Meses antes de su publicación, el pontífice había recibido en audiencia a Lamennais (1782-1854), Lacordaire (1802-1861) y Montalembert (1810-1870), que habían peregrinado en noviembre de 1831 hacia Roma para que el papa les concediese un refrendo oficial a sus propuestas de catolicismo liberal. Si la buena voluntad de los menesianos cabe suponerla, su estrategia cuando menos hay que tacharla de contradictoria, pues desde los presupuestos menesianos de libertad se requería para sus propuestas políticas un certificado de autoridad. Así pues, Gregorio XVI mantuvo con los tres «peregrinos de Dios y de la libertad» un encuentro breve y distante, no les dio ninguna respuesta concreta, por lo que permanecieron todavía algún tiempo en Roma en espera de la tan ansiada contestación del papa. Después de seis meses de inútil expectación, los menesianos abandonaron Roma. La respuesta —aunque sin mencionarlos— era sin duda la *Mirad vos*. En dicho documento, además del liberalismo el papa aborda los temas del galicanismo y el regalismo, reafirma el celibato sacerdotal y la santidad del matrimonio y condena el indiferentismo, además de referirse a la libertad de imprenta, a la subversión contra el orden temporal y a la libertad de conciencia, aspecto este último en el que insistirá en su correspondencia con el zar Nicolás I (1825-1855) al manifestarle: «No hay que confundir la libertad de conciencia con la libertad de no tener conciencia.»

En principio, Lamennais recibió la encíclica con estoicismo, pero con el tiempo y contra los consejos de sus compañeros se fue distanciando de Roma hasta colocarse en una posición de enfrentamiento. La publicación de su libro *Palabras de un creyente en 1834*, donde manifestaba que había dejado de creer en Cristo y en la Iglesia, para no creer más que en la humanidad, era toda una declaración de apostasía y suponía de hecho la ruptura, que formalmente se produjo en 1848, año en el que se secularizó y abandonó totalmente la fe. Entregado a la política como diputado demócrata en la Asamblea de la II República francesa, murió en 1854 sin arrepentirse. Bien diferente fue la actitud del resto del grupo de los menesianos, que tras rectificar, permanecieron en el seno de la Iglesia y de acuerdo con las enseñanzas de Roma siguieron luchando en favor de la libertad, y muy particularmente de la libertad de enseñanza, y contribuyeron a la renovación de los estudios eclesiásticos.

Positivismo y fideísmo. Los conflictos doctrinales procedentes de Francia a los que tuvo que hacer frente Gregorio XVI no se debieron exclusivamente a Lamennais. Entre los años 1830 a 1842, Augusto Comte (1798-1857) publicaba su *Curso de filosofía positiva*, donde proclamaba el advenimiento de una nueva era para la humanidad (coincidiendo casualmente

la coronación de la cima histórica con su pensamiento), en la que la sociología debería convertirse en la ciencia que regulara la vida de los hombres conforme a las pautas del progreso y el bienestar material. Comte y Lamennais mantuvieron varias entrevistas en 1826; como resultado de estos encuentros, el primero reconoció a Lamennais, con admiración, como el jefe indiscutible del partido católico, aunque eso sí, sin posibilidad de encontrarse ideológicamente. No fue así, pues a partir de 1834 Lamennais iba a coincidir en no pocos puntos con Comte, tras variar el objeto de su fe hacia la humanidad, al haber situado a ésta en el lugar de las creencias que hasta entonces habían ocupado Cristo y la Iglesia.

Por otra parte, y en sentido contrario a los postulados expuestos anteriormente, Gregorio XVI tuvo que salir al paso de las propuestas de Louis Bautain, un profesor de filosofía converso y sacerdote desde 1828, que en su obra *La filosofía del cristianismo* (1835) trataba de conciliar el catolicismo con el idealismo, derivado de la filosofía kantiana. Bautain sostenía que sólo la fe en Jesucristo era la única base sobre la que podría apoyarse la razón para comprender el mundo y organizarlo. El antiintelectualismo de Bautain, que convertía a la fe en el principio de la ciencia, es conocido como fideísmo. La doctrina de Bautain fue condenada por la Iglesia en 1840, si bien en este caso el clérigo sometió su juicio a las indicaciones de Roma, y acabó sus días como profesor de teología moral de la Sorbona, integrado en el grupo de los católicos renovadores.

La renovación religiosa en Francia e Inglaterra. Resulta explicable que todas estas desviaciones doctrinales tuvieran como protagonistas a clérigos franceses. A partir del concordato de 1801 fue posible la aparición de un nuevo clero en Francia, al que la jerarquía quería distanciado de las posiciones galicanas de la etapa prerrevolucionaria y sobre todo entregado al culto y a la atención pastoral de la feligresía, con el fin de reparar los daños causados por la Revolución. Pero a cambio de potenciar estos objetivos se descuidó su formación doctrinal. Frayssinous llegó a escribir que Lamennais tenía genio, pero que carecía de teología, y salvo a Rohrbacher (1789-1856), a todos sus seguidores les ocurría otro tanto, de modo que los menesianos «se enredan en generalidades oratorias; se puede admirar su ardor, su preocupación apostólica por conquistar un siglo [...] pero les faltan las bases» (J. Leflon, *L'Église de France et la Révolution* de 1848, París, 1948). Así pues, con el fin de paliar estas carencias, el arzobispo de París, monseñor Denis Auguste Affre (1793-1848), inició las gestiones para comprar el convento de los carmelitas, uno de los escenarios más significativos de la persecución religiosa de 1792, donde instaló la Escuela de Altos Estudios Eclesiásticos, que tanto contribuiría a la renovación del pensamiento religioso en los pontificados posteriores al de Gregorio XVI. Los seis primeros alumnos se matricularon en 1845 y el primer doctor, el futuro cardenal Charles Lavigerie (1825-1892), obtuvo este grado académico en 1850.

En contraste con el estéril revuelo de los clérigos anteriores, fueron laicos franceses los protagonistas de una de las iniciativas más novedosas y fecundas de estos años, concretamente unos jóvenes estudiantes de la Universidad de la Sorbona. Frédéric Ozanam (1813-1853) comenzó sus estudios de derecho en 1831. Pues bien, el entonces estudiante de derecho y más tarde profesor de la prestigiosa universidad francesa, había promovido en dicha universidad una «Conferencia de Historia» para debatir libremente sobre el alcance social del Evangelio. El mes de mayo de 1833 convocó a seis de sus jovencísimos compañeros en las dependencias de la Tribuna Católica; sólo uno de ellos tenía más de veinte años. Fue así cómo se fundó la Sociedad de San Vicente de Paúl: los reunidos juraron buscar a Cristo en la figura de los más necesitados mediante el ejercicio de la caridad. En 1835 funcionaban ya cuatro conferencias en París y poco después se extendieron por toda Europa. Ozanam ha sido beatificado (22 agosto 1997) por Juan Pablo II en la catedral de París.

Un panorama más esperanzador que el de Francia era el que se iba a abrir para los católicos ingleses, debido sobre todo a la acción de dos personajes como Nicholas Wiseman y John Henry Newman (1801-1890), este último uno de los principales impulsores del movimiento de Oxford. Wiseman se había formado en el seminario inglés de Roma reconstruido por Pío VII y fue enviado como coadjutor a Londres, donde Gregorio XVI había erigido cuatro vicariatos. El éxito de sus conferencias religiosas (lectures) y la puesta en marcha de publicaciones (*Dublin Review*, *The Tablet*), iban a ser decisivos para revitalizar la religiosidad de las islas en un momento en que los emigrados irlandeses comenzaban a pesar electoralmente en Inglaterra y donde a la vez los «viejos católicos» se habían anquilosado. En 1850, Wiseman fue nombrado cardenal primado. No fue fácil su trabajo, pues a pesar de su categoría intelectual y de su arraigada y profunda piedad, o quizás precisamente por ello, tuvo que sufrir la indiferencia y el recelo de los entibiados «viejos católicos» ingleses.

Por otra parte, Newman era un clérigo anglicano, que había decidido libremente vivir el celibato, y se había convertido en una de las figuras universitarias más destacadas de su tiempo. Ingresó en la Universidad de Oxford a los quince años, fue profesor y rector de la capilla universitaria, donde se granjeó un gran prestigio por su honradez intelectual y su profunda piedad. En la década de los treinta, surgieron en la Universidad de Oxford una serie de iniciativas de renovación de la Iglesia anglicana, que había perdido pulso religioso por su identificación con el Estado. Al ser estatal la Iglesia anglicana, la politización de lo religioso en Inglaterra fue todavía más acusada que en los países de mayoría católica. Comenzó así un movimiento intelectual y religioso en el que se produjeron toda una serie de publicaciones y conferencias y en el que jugó un papel decisivo Newman. El movimiento de Oxford, además de la revitalización religiosa de Inglaterra, para Newman iba a suponer un cambio decisivo. Desde su profundo conocimiento de la historia de la Iglesia inició un acercamiento al catolicismo (J. Morales, *Newman, el camino hacia la fe*, Pamplona, 1978) hasta su conversión (9 octubre 1845), todo un acontecimiento para los católicos ingleses y una auténtica sacudida para el anglicanismo. En principio, pensó permanecer en la Iglesia católica como un laico, pero por consejo de Wiseman se ordenó de sacerdote en Roma en 1847; más tarde León XIII (1878-1903) le nombraría cardenal en 1879. Tanto por sus escritos como por sus fecundos apostolados, el cardenal Newman fue una de las personalidades de mayor influencia en la segunda mitad del siglo pasado y todo un punto de referencia. En la actualidad está abierto su proceso de canonización.

La «cuestión de Colonia». En Prusia se agravó el problema suscitado por los matrimonios mixtos, derivando en lo que se

conoce como la «cuestión de Colonia». Federico Guillermo III de Prusia (1797-1840) intentó que Gregorio XVI cambiara las disposiciones del breve de Pío VIII; ante la negativa del papa, maniobró en Prusia. El arzobispo de Colonia, monseñor Ferdinand August Spiegel (1764-1831), presionado por el rey cedió y su debilidad fue seguida por la del episcopado alemán.

Las protestas del pontífice ante el rey de Prusia no se hicieron esperar, y coincidiendo con el envío de dichas protestas falleció Spiegel. El candidato para sustituirle, Clement-August von Droste zu Vischering (1773-1845), por pertenecer a la nobleza, le pareció al rey de Prusia un elemento manejable y no tuvo dificultad para aceptar su nombramiento. Sin embargo, su primera actuación fue denunciar el acuerdo secreto entre Spiegel y Federico Guillermo III. El prelado acabó en la cárcel y al arzobispo de Posen le sucedió otro tanto, por solidarizarse con su postura. La valiente actitud de los prelados alemanes contó con el apoyo y el respaldo de los católicos de diversos países, especialmente en Alemania y Estados Unidos.

No cejó en su empeño el rey prusiano y buscó apoyo en los «hermesianos», católicos disidentes que seguían las doctrinas racionalistas de Georg Hermes (1775-1831), condenadas por Roma en 1835. También apoyaron al rey de Prusia los «jóvenes hegelianos», que veían en el fortalecimiento del Estado el principio del progreso histórico, por lo que para ellos era preferible un cristianismo estatalizado a la prusiana que una Iglesia dependiente de Roma y descontrolada del Estado. Y no deja de ser significativo que el propio Karl Marx (1818-1883), ya concluido el conflicto en 1842, tomara partido del lado de los jóvenes hegelianos en la defensa que habían mantenido del Estado prusiano frente la Iglesia católica.

Quedaban así planteadas dos de las grandes cuestiones de los próximos años, como eran la injerencia del Estado en la vida de la Iglesia y la incompatibilidad entre determinadas corrientes de pensamiento y la actividad política de los católicos. Droste-Vischering sólo fue liberado tras la muerte del rey, pues su sucesor, Federico Guillermo IV (1840-1861), de talante más dialogante, pudo llegar a un acuerdo y zanjar la «cuestión de Colonia» mediante la Convención de 1841. En adelante, además de permitir las disposiciones del papa en los matrimonios mixtos, el Estado prusiano dejaría de interferir en las comunicaciones de los obispos alemanes con Roma y se creó la Dirección de Cultos católica en Berlín.

La oleada revolucionaria de los años treinta. Como soberano temporal, Gregorio XVI se vio afectado por la oleada revolucionaria de los años treinta que sacudió a toda Europa. Concretamente, la revuelta de la región italiana había estallado en Módena justo al día siguiente de su elección. Constituido en Bolonia un gobierno insurrecto, apresaron al legado pontificio y proclamaron la república. Los revolucionarios controlaban poco después las legaciones, las Marcas y la Umbría, esto es, las cuatro quintas partes de los Estados Pontificios. Fracasados los primeros intentos de conciliación por parte de Gregorio XVI, su secretario de Estado, el cardenal Tommaso Bernetti (1779-1852), solicitó ayuda militar de Austria para pacificar los dominios pontificios, lo que a su vez provocó las protestas de Francia. Durante casi dos meses, el Estado pontificio vivió en permanente agitación por la acción de los revolucionarios, entre los que figuraba Luis Napoleón (1808-1873), futuro emperador de Francia con el nombre de Napoleón III (1852-1870).

Sofocado el levantamiento, las potencias —Inglaterra, Francia, Prusia y Rusia— convocaron una Conferencia en Roma e impusieron un Memorándum (21 marzo 1831) a Gregorio XVI, que le obligaba a introducir una serie de reformas en sus Estados, que apaciguasen a los revolucionarios, y a solicitar la retirada de las tropas austríacas. Desguarnecidos los territorios pontificios, en 1832 estalló otra revolución, esta vez en la Romana. De nuevo la revuelta fue apaciguada por la intervención extranjera; pero en esta ocasión además de Austria intervino Francia, que ocuparon respectivamente Bolonia y Ancona. Estas dos ciudades permanecieron ocupadas hasta 1838.

Así las cosas, y ante la dificultad por encontrar un equilibrio en las relaciones de la Santa Sede con los revolucionarios y las potencias, Gregorio XVI en 1836 tuvo que sustituir a su secretario de Estado, Bernetti —forjado en la escuela de Consalvi: reticente a Viena y proliberal— por Luigi Lambruschini (1776-1854), de tendencia conservadora. El nuevo secretario de Estado, una de las cabezas de los zelanti más intransigentes, adoptó medidas antirrevolucionarias y desconcertantes, como la negativa para instalar la red ferroviaria en el Estado pontificio o prohibir la asistencia a los católicos a los congresos científicos. Ahora bien, conviene señalar que los congresos de la Italia de entonces tenían más de políticos que de científicos y se estaban utilizando como avanzadilla del proceso de unificación italiana.

En efecto, en estas circunstancias nada fáciles, comenzó a actuar la Joven Italia de Giuseppe Mazzini (1808-1872), para quien el sumo pontífice —por ser soberano temporal— era el enemigo a batir, si es que se quería conseguir la unidad de Italia y establecer su capital natural en Roma. Por su parte, los literatos, historiadores y científicos, aglutinados desde hacía tiempo en el movimiento conocido como Risorgimento, centraron sus críticas en el papa. Por más que se presentara el Risorgimento como un enlace con épocas pretéritas de gloria cultural y artística, el movimiento no fue mucho más allá de ser un instrumento político, cuyos partidarios rebajaron el listón cultural y científico hasta la altura de la mediocridad, a causa de la politización ingénita del Risorgimento. Para los risorgimentistas, el empeño de Gregorio XVI en mantener la soberanía temporal de sus territorios era el principal obstáculo para llegar a la unidad de Italia. Para el papa, esa misma soberanía temporal era la garantía inexcusable de su independencia frente al resto de los Estados para cumplir con su misión espiritual, y además tenía el papa otra poderosa razón para defender sus posiciones: todos esos territorios pertenecían a la Iglesia desde hacía unos mil años. Gregorio XVI, por tanto, mantuvo hasta el final de su vida un equilibrio en esta complicada cuestión, cuyo desenlace se produciría, no obstante, durante el pontificado de su sucesor, Pío IX (1846-1878), etapa en la que fueron usurpados en su totalidad los territorios de la Iglesia.

Un sector influyente de la historiografía italiana ha juzgado con dureza a Gregorio XVI, juicio que por lo demás se ha transmitido a historiadores de otros países. Pero esta crítica se centra sólo en un aspecto parcial de su pontificado, como es el de su soberanía temporal sobre unos territorios enclavados en Italia, sin considerar que la misión primordial del papa es de tipo espiritual y que su potestad no es de ámbito local, sino universal. Sin duda, el juicio sobre el pontificado de Gregorio XVI varía sustancialmente si se realiza con las coordenadas de lo espiritual y lo universal, que son las que

enmarcan la misión de los sucesores de san Pedro, pues sólo desde ellas se puede comprender sus actuaciones. Gregorio XVI también fue testigo de la grave situación de España, donde en los primeros días de octubre de 1833 estalló una guerra civil entre liberales y carlistas. En este clima se desató un anticlericalismo radical, pues si graves fueron las medidas legislativas del gobierno liberal contra las órdenes religiosas, que entorpecieron el normal desarrollo de las relaciones de Roma con la «católica» España (V. Cárcel Ortí, *Política eclesial de los gobiernos liberales españoles 1830-1840*, Pamplona, 1975), el sectarismo se desbordó hasta llegar al asesinato. Durante la tarde y la noche del 17 al 18 de julio de 1834, sólo en la capital de España fueron asesinados cerca de cien religiosos (jesuítas, dominicos, franciscanos y mercedarios) y en los meses siguientes se repitieron las matanzas en otras ciudades (Zaragoza, Barcelona, Murcia y Reus entre otras), donde murieron otros cincuenta religiosos más, sin que las autoridades pusieran mucho empeño en impedir los crímenes y desde luego ninguno en castigar a los culpables, que quedaron impunes (M. Revuelta González, *La excomunión 1833-1840*, Madrid, 1976). Es más, llegado el caso, el diputado progresista Pascual Madoz, en una de sus intervenciones en el Congreso, justificó incluso las masacres (J. Paredes, *Pascual Madoz 1805-1870, libertad y progreso en la monarquía isabelina*, Pamplona, 1982). Lo cual tampoco resulta sorprendente si se tiene en cuenta que *El Catalán*, periódico de los progresistas catalanes dirigido por Madoz, unos días antes de las matanzas anunció en sus páginas con euforia «que se iba a armar una de San Quintín, en la que iban a cortar el cuello a los frailes».

Por lo demás, durante la minoría de Isabel II (1833-1843), y especialmente desde que los progresistas se hicieron con el poder a partir del año 1835, fueron constantes las medidas legislativas persecutorias: cierre de conventos, nacionalización de los bienes del clero, abolición de los diezmos, además de las matanzas y las quemas de conventos, consentidas y en algunos casos promovidas desde instituciones del gobierno progresista, en sus versiones central o provincial. La llegada al poder de los moderados en 1844 rebajó la tensión, hasta el punto que comenzaron las conversaciones para redactar un concordato, lo que se lograría en 1851.

Igualmente difíciles se presentaron las relaciones de la Santa Sede con Portugal, que también fue escenario de otra guerra civil (1827-1834) entre los partidarios del absolutismo de Don Miguel (1828-1834) y los liberales de Doña María de la Gloria (1834-1853). Derrotados los tradicionalistas, se alternaron en el poder «cartistas» y «progresistas», y también aquí apareció el anticlericalismo. Y aunque el sectarismo portugués tampoco podía desplegar muchas más variantes que las ya conocidas del anticlericalismo español (persecución de clérigos y nacionalización de los bienes de la Iglesia), no es menos cierto que los lusos superaron en intensidad a los hispanos. El panorama portugués que tuvo que contemplar Gregorio XVI en sus últimos días no fue nada consolador: se cerraron conventos y escuelas de religiosos, se expulsó al nuncio y se rompieron las relaciones con la Santa Sede. Sólo en 1848 Pío IX consiguió firmar los primeros acuerdos respecto a los seminarios y el fuero eclesiástico.

Por otra parte, en 1830 las tropas polacas que debían acudir a sofocar la revolución belga, se sublevaron contra el zar. Los católicos polacos trataban de sacudirse el yugo al que estaban sometidos, mediante la rusificación y la imposición de la religión ortodoxa en su territorio, que había sido entregado a Rusia desde el Congreso de Viena. En un primer momento, consiguieron expulsar al virrey ruso y liberar Varsovia, pero las disputas internas entre los polacos «blancos» y los «rojos», que llegó hasta la masacre de los «blancos» a manos de los «rojos», y la falta de apoyo de Inglaterra y Francia, al contrario de lo que había ocurrido en Bélgica, dejó a los sublevados polacos a merced del zar. No es de extrañar, por tanto, que en tan confusa situación la falta de información del pontífice sobre la insurrección de los polacos contra el zar, más que un pretendido apoyo a un gobierno autoritario, motivase el breve *Superiori Anno* (9 junio 1832), en el que instaba a los católicos polacos a volver a la obediencia del zar.

Nicolás I (1825-1855) no dudó en publicar con todo aparato el escrito del pontífice y en utilizarlo como justificación del endurecimiento de la represión sobre Polonia. Poco después, Gregorio XVI con mayor conocimiento de lo sucedido, rectificó su posición y defendió a los polacos adoptando distintas medidas diplomáticas. Esta nueva actitud de Gregorio XVI quedaba expresamente manifestada en su alocución consistorial de 22 de julio de 1842, que terminaba apelando a los sentimientos del zar. Es más, cuando Nicolás I acudió a Roma, donde mantuvo con Gregorio XVI una larga entrevista (13 diciembre 1845) en la que el cardenal Acton hizo de intérprete, el papa medió en favor de los patriotas polacos y le entregó al zar un memorial con los crímenes que habían cometido sus tropas en Polonia. Esta entrevista tan poco eficaz por los resultados, al menos significó un primer movimiento hacia el entendimiento entre los dos Estados, que cuajaría en el acuerdo de 1847, cuando ya dirigía los destinos de la Iglesia Pío IX.

Las misiones. Quedaría incompleta esta semblanza de Gregorio XVI sin hacer una referencia a su impulso misional, no en vano en su tumba de la basílica de San Pedro una inscripción le recuerda como «el papa de las misiones».

Desde que fuera nombrado en 1826 por León XII prefecto de la sagrada congregación De Propaganda Fide, puso en marcha numerosas iniciativas. Entre éstas, cabe destacar el impulso que dio a los vicariatos apostólicos, de los que durante su pontificado estableció 44 más en territorio de misiones. Las faltas de entendimiento que solían producirse hasta entonces entre los obispos y las congregaciones misioneras fueron prácticamente eliminadas, al nombrar obispos a muchos misioneros religiosos. Por último, Gregorio XVI anuló las iniciativas «nacionales» misioneras, en buena parte dependientes de los soberanos europeos, y centralizó toda esta tarea en la congregación De Propaganda Fide. Todas estas disposiciones y la aparición de órdenes misioneras durante estos años permitieron que se dieran los primeros pasos decisivos en la evangelización de África. En el norte se establecieron la diócesis de Argel (1838) y el vicariato apostólico de Túnez (1843). Igualmente fueron evangelizados, entre otros, los territorios de Ciudad del Cabo, Guinea, Abisinia, Gabón y Liberia.

En efecto, Gregorio XVI trazó los nuevos y modernos cauces misionales de la Iglesia, que fueron fijados en su instrucción *Neminem profecto* (23 noviembre 1845). La expansión misional de la Iglesia debía guardar una relación directa con el aumento de Iglesias locales, para lo que era necesario erigir nuevos obispados en esos territorios y formar un clero

indígena. Para conseguirlo, descendía luego el documento pontificio a recomendaciones tan concretas como las siguientes: división del territorio de misiones hasta hacerlo asequible al trabajo de los misioneros; formación del clero autóctono y promocionarlo hasta el episcopado; no considerar al clero autóctono como auxiliar; no limitar a los indígenas a ser sólo catequistas, y abrir las puertas del sacerdocio a cuantos tuvieran cualidades y vocación; respetar el rito oriental; evitar la intromisión de los misioneros en asuntos políticos o profanos y cuidar con esmero la educación cristiana de la juventud (G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, t. I).

Por su trascendencia y el momento en el que se publicó, puede considerarse la instrucción sobre las misiones como la coronación y el remate del pontificado de Gregorio XVI. Poco después de ver la luz este documento pontificio, a comienzos de 1846, un cáncer en la cara quebró la vigorosa salud de Gregorio XVI. La grave enfermedad le minó rapidísimamente, siendo ineficaces todos los remedios que se le aplicaron, incluidos los de los médicos alemanes que vinieron a asistirle. Su última aparición en público tuvo lugar el 21 de mayo; ese día asistió al pontifical de Letrán e impartió la bendición a la muchedumbre desde la loggia. Días después, al agravarse su estado de salud, solicitó recibir los últimos sacramentos, y consecuente con la sencillez de camaldulense que había marcado su conducta desde el mismo momento de su elección, manifestó: «quiero morir como un religioso y no como un soberano». En efecto, sus deseos se vieron cumplidos, pues el 1 de junio exhalaba su último aliento prácticamente abandonado de todos y se le embalsamó con una irrespetuosa desenvoltura (J. Schmidlin, *León XII, Pío VIII y Gregorio XVI*, París, 1940).

Pío IX (16 junio 1846 - 7 febrero 1878)

Hasta 1871 circulaba una profecía apócrifa —*Annos Petri non videbis* («No superarás el tiempo de Pedro»)— según la cual ningún papa podría sobrepasar el cuarto de siglo que se atribuye al pontificado romano de san Pedro. Pío IX, que poseía un fino sentido del humor, al cumplirse los 25 años de su elección, mandó colocar en un pilar de la basílica de San Pedro —justo sobre la imagen de bronce del primer papa, conocida como El Pescador— un mosaico con la fecha de la efemérides, como queriendo certificar su victoria sobre tan singular profecía.

En efecto, el pontificado de Pío IX es el más largo de toda la historia: duró exactamente 31 años, siete meses y veintidós días. Tan dilatado mandato se sitúa en el centro del siglo XIX, período en el que se aclimata definitivamente el régimen liberal en Europa. Por entonces, además, se acelera el discurrir del tiempo; durante estos años pasan muchas cosas, muy de prisa, y algunas tan importantes como la pérdida de los Estados Pontificios, que pone fin a un largo período de más de mil años. Tan consciente era del cambio que le tocó en suerte, que el mismo Pío IX manifestó a monseñor Czacki al final de sus días:

Mi sucesor deberá tomar inspiración de mi apego a la Iglesia y de mi deseo de hacer el bien. En cuanto a lo demás, todo ha cambiado a mi alrededor. Mi sistema y mi política ya han visto pasar su época, pero yo soy demasiado viejo para cambiar de orientación; eso será la obra de mi sucesor (D. Ferrata, *Mémoires*, t. I, Roma, 1920).

Si además consideramos que entre los principales personajes contemporáneos de Pío IX se encuentran Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), Karl Marx (1818-1883), Friedrich Engels (1820-1895), Auguste Comte (1798-1857), Friedrich Nietzsche (1844-1900), Charles Darwin (1809-1882), Metternich (1773-1859), Cavour (1810-1861), Otto von Bismarck (1815-1898) o Napoleón III (1808-1873), se comprenderán las muchas y variadas tensiones a las que fue sometido su gobierno temporal y espiritual. Todo ello hace imposible que se pueda realizar una semblanza de tantos y tan intensos años de pontificado siguiendo un esquema cronológico, por lo que a continuación se explicarán los hechos más sobresalientes agrupándolos en los siguientes cuatro apartados: la personalidad del pontífice, la pérdida de los Estados Pontificios, las aportaciones doctrinales de Pío IX, y los principales acontecimientos de la vida de la Iglesia durante estos casi 32 años.

Personalidad y carrera eclesiástica. Giovanni Maria dei conti Mastai Ferretti nació en Senigallia (13 mayo 1792), ciudad de la costa adriática situada muy cerca de Ancona. Su padre, Girolamo Mastai Ferretti, formaba parte de una familia noble de Lombardía; su madre, Caterina Solazzi, era miembro igualmente de una distinguida estirpe italiana. De los 10 a los 16 años cursó los primeros estudios en el colegio de los escolapios de Volterra, en Toscana. En 1809 recibió la tonsura, y tras estudiar teología en el colegio romano fue ordenado sacerdote (10 abril 1819).

Por mediación de un canónigo de Roma, pariente suyo, fue nombrado director espiritual del popular orfanato Tata Giovanni, donde dejó un grato recuerdo por su entrega y generosidad hacia aquellas criaturas. Por entonces, el cardenal Carlo Odescalchi (1786-1841) le puso en contacto con la espiritualidad ignaciana y el entonces sacerdote Mastai consideró incluso la posibilidad de ingresar en los jesuitas, idea de la que le disuadió su confesor, el canónigo Starace. En 1823, fue nombrado auditor del delegado apostólico de Chile, monseñor Giovanni Muzi, por lo que en los primeros días de ese año se embarcó hacia América; en la escala que hizo en Baleares fue apresado y encarcelado por las autoridades liberales de la isla de Palma con el pretexto de que carecía del permiso de las cortes españolas. Solventado el percance, emprendió rumbo al continente americano, donde recorrió durante casi dos años Argentina, Chile, Bolivia, Perú, Colombia y Uruguay; tan larga y directa experiencia le permitió conocer a fondo la situación misionera de la Iglesia. En 1825 fue nombrado canónigo de Santa María y director del hospicio de San Miguel, donde se ganó el aprecio de todos por su conducta caritativa y talento administrativo, pues allí introdujo la novedad de enseñar un oficio a los niños abandonados. Como manifestación de su celo sacerdotal dedicó mucho tiempo a la predicación en diferentes iglesias y organizaciones religiosas de Roma.

Poco después, León XII (1823-1829) le encomendaba el arzobispado de Spoleto (24 abril 1827), donde mejoró la formación del clero, reformó los monasterios y elevó la moralidad pública. En Spoleto dio muestras de su talante

conciliador, pues durante las revueltas de 1831 supo remansar la situación tras mediar entre los revolucionarios italianos y el general austríaco. Gregorio XVI (1831-1846) le trasladó a Imola como titular de la diócesis en 1832. En Imola llevó a cabo toda una serie de fecundas iniciativas. Reformó y mejoró notablemente su seminario, fundó un asilo para los sacerdotes ancianos, fomentó la apertura de numerosas escuelas e instaló en su propio palacio una escuela bíblica. Gregorio XVI le nombró cardenal en 1840, manteniéndole en Imola, donde permanecería hasta su elevación al pontificado seis años después.

Como obispo de Imola acogió a todos sus feligreses, incluidos los liberales, de los que se ganó la amistad de no pocos; y fue allí donde comenzó su reputación de liberal, si bien es cierto que ya su familia —muy conocida, por otra parte, en Italia— gozaba de esta misma fama. En determinada ocasión, parece ser que Luigi Lambruschini (1776-1854) tuvo la exagerada ocurrencia de comentar en público que «en casa de los Mastai son todos liberales, incluido el gato». Evidentemente, desde las posiciones de Lambruschini, secretario de Estado de Gregorio XVI, se veía con aumento la moderada actuación del obispo de Imola que emanaba de su libertad de espíritu y de su talante renovador. Así, por ejemplo, por pertenecer su diócesis a los territorios del papa, elevó en 1845 a la Santa Sede sus *Pensieri relativi aU'Amministrazione pubblica dello Stato pontificio* con 58 peticiones bastante razonables, entre las que figuraban las de establecer un sistema financiero para salir de la pobreza, reformar el sistema penitenciario, mejorar los sueldos de los funcionarios, agilizar los trámites de la justicia, controlar con mayor seriedad las concesiones de las titulaciones universitarias o fomentar las obras públicas y la creación de industrias.

Lo cierto es que entre los planes de Gregorio XVI y los proyectos de los patriotas para la unificación italiana no hubo entendimiento posible, por lo que la elección de su sucesor, en 1846, vino a añadir una inesperada expectativa. Para entender esta intrincada situación es conveniente hacer algunas referencias al pasado. La incorporación de la región italiana al Imperio napoleónico había supuesto de hecho la casi total unificación política de los Estados de esta zona y la difusión de la ideología liberal. Los acuerdos de Viena de 1815, aunque descompusieron de nuevo el mapa de la península itálica en siete Estados, no pudieron desvanecer en los años siguientes la ilusión de los nacionalistas que había surgido a la vista de la «unificación» napoleónica de Italia. Es más, las corrientes románticas del momento fortalecieron los ideales patrióticos y dieron lugar al fenómeno cultural y político que se conoce como Risorgimento (A. Scirocco, *L'Italia del Risorgimento*, 1990).

A excepción del reino de Piamonte, los otros seis Estados italianos se habían convertido en una zona de hegemonía de Austria; es más, el territorio de uno de estos seis Estados, el reino lombardo-veneto, se había incorporado al Imperio austríaco. Se explica así que el Risorgimento fuera nacionalista y liberal, en contraposición con un régimen absolutista como el de Austria, cuya presencia había que barrer de Italia si es que se quería conseguir su unidad. Y en este punto es donde entra en juego la situación del papa, que además de ser soberano temporal de los territorios del centro de Italia y desde luego de Roma, capital natural de la proyectada Italia unificada, había condenado los principios doctrinales del liberalismo.

Por su parte, el programa del partido de la Joven Italia de Mazzini (1808-1872) proponía la sustitución de la fe religiosa por su ideología nacionalista y partía del prejuicio de que la Santa Sede había perdido de vista su misión y dificultaba el progreso. Tales planteamientos, por tanto, excluían a los católicos de sus filas, pues el voluntarismo de Mazzini daba la espalda a dos realidades tan evidentes como eran la existencia de muchos católicos italianos partidarios de llevar a cabo la unificación y el innegable prestigio del papado. Así pues, Vincenzo Gioberti (1801-1852), en su *Del primato morale e civile degli italiani* de 1842, construía la unidad de Italia, precisamente, con los elementos que Mazzini había desechado. El programa neogüelfo de Gioberti proponía que los Estados soberanos italianos, libres de influencias austríacas, formasen una confederación previo acuerdo entre las cortes de Roma y Turín. Según Gioberti, la presidencia de la confederación debería recaer sobre el papa, pues en su opinión sólo él tenía la fuerza moral suficiente para actuar de árbitro y garantizar la estabilidad social. Al reino de Piamonte se le reservaba el papel de guardián de la confederación, pues debía aportar su fuerza militar. Una tercera postura era la de quienes declarándose católicos, como Massimo D'Azeglio (1798-1866), consideraban que la moral evangélica era incompatible con el poder temporal del papa, lo que les llevaba a estar en contra del Primato propuesto por Gioberti.

Todas estas circunstancias explican que en el ánimo de los cardenales que se reunieron en el cónclave de 1846 pesara y mucho la orientación que el futuro papa podría dar a sus obligaciones temporales, ineludibles por ser soberano de los Estados Pontificios. La presión exterior era igualmente manifiesta. D'Azeglio había hecho público que el cardenal Gizzi sería la persona adecuada para llevar a cabo sus proyectos unificadores; además, Gizzi era muy popular en Roma. Sonaba también el nombre del cardenal Mastai como candidato de los conclavistas moderados. Mastai tenía a su favor el haber salido airoso en unas diócesis de los Estados Pontificios, en las que la población era muy crítica con la administración pontificia. Los zelanti, por su parte, apoyaban a Lambruschini, porque, además de su experiencia como secretario de Estado, era la garantía de que no iba a faltar el apoyo de Austria para hacer frente a los revolucionarios italianos. La dificultad de esta elección presagiaba que el cónclave iba a ser muy largo, pero contra pronóstico en tan sólo 48 horas se conseguía a la cuarta votación agrupar más de los dos tercios de los votos en el cardenal Mastai, que eligió el nombre de Pío IX en reconocimiento a su bienhechor Pío VII (1800-1823).

Los testimonios que transmiten quienes trataron de cerca a Pío IX, indican que esa reputación liberal con la que llegó al pontificado tenía más fundamento en sus nada recatados reproches hacia el gobierno temporal de Gregorio XVI y sobre todo hacia su secretario de Estado, que en compromisos con el programa neogüelfo de un Gioberti o el de un D'Azeglio, y mucho menos con el de los liberales y nacionalistas revolucionarios de Italia. Sin embargo, y a pesar de lo dicho, es bien cierto que quien ocupó la cátedra de san Pedro en 1846 era un papa liberal en el imaginario de sus contemporáneos, entre ellos Metternich, que recibió la noticia con sorpresa y recelo, pues su candidato era el cardenal Lambruschini.

En la documentación recogida para su beatificación {Romana seu senigallensis... serví Dei Pii IX positio super virtutibus, 3 vols., Ciudad del Vaticano, 1961-1962) se contienen muchos datos de su vida, que estuvo siempre orientada por una fe viva y profunda. Conocemos, por supuesto, su horario habitual. Se levantaba a las cinco de la mañana y a continuación dedicaba dos horas a la oración, la misa y la acción de gracias de la comunión. Después destinaba una hora para despachar los asuntos urgentes y desayunaba a las nueve. El resto de la mañana hasta las dos, hora del almuerzo, atendía la correspondencia y recibía a los cardenales y prefectos de las distintas congregaciones. Tras almorzar rezaba el rosario y el breviario, paseando por las galerías o los jardines del Vaticano. Antes de la pérdida de los Estados Pontificios, acostumbraba recorrer las calles de Roma y se interesaba por sus gentes y por la enseñanza del catecismo a los niños. A las cinco comenzaba de nuevo los despachos hasta las nueve. Y, por fin, cenaba, rezaba el resto del oficio y se retiraba a descansar.

Pío IX, además de ser un hombre de fe, vivió ejemplarmente la caridad. Durante sus primeros años de sacerdocio, contra la práctica frecuente de algunos clérigos de entonces que se afanaban por hacer carrera eclesiástica, Mastai utilizó sus relaciones influyentes —y tenía muchas por su origen familiar— para conseguir un objetivo bien diferente. Como ya se dijo, se dedicó al servicio de los pobres y los desheredados en los orfanatos. A lo largo de su vida nunca buscó cargos ni nombramientos; y cuando le llegaron, la caridad siguió marcando el rumbo de sus actuaciones. Dos características sobresalientes de su vida interior fueron la confianza y el abandono en la divina Providencia y su devoción filial a la Santísima Virgen.

También se nos ha transmitido con bastante exactitud los rasgos de su personalidad, naturalmente no todos positivos, como el de su emotividad, que le cegó para elegir a alguno de sus colaboradores, o el de su espontaneidad, que le llevó en ocasiones a emitir juicios irónicos o mordaces sobre algunas personas. No obstante, son muchísimos más los juicios favorables de sus contemporáneos, que nos presentan a un hombre cordial, bromista, simpático, con sentido común, dotado de una inteligencia práctica, generoso y humilde; desde su sencillez, él mismo llegó a contar que para no envanecerse con los aplausos que le prodigaban en la basílica de San Pedro, trataba de distraerse con la calva del embajador de Francia.

Por otra parte, el juicio de los historiadores actuales es unánime; para unos (R. Aubert, Pío IX y su época, en A. Fliche y V. Martín, Historia de la Iglesia, t. XXIV, Valencia, 1974):

llegado a papa no cambia su vida interior. Celebra fervorosamente la misa, reza de día y de noche, ama a la Virgen, come frugal, utiliza muebles sencillos. Disimula molestos sufrimientos de las piernas, usa algunas disciplinas. Sonriente, caritativo, daba a manos llenas el dinero que los fieles le entregaban: en pocas horas recibió y repartió un millón.

Para otros (G. Redondo, La Iglesia en el mundo contemporáneo, t. I):

Pío IX fue hombre de profunda bondad, valeroso y piadoso, de notable inteligencia práctica abierta a los problemas y cuestiones de su tiempo. En su largo pontificado estuvo siempre rodeado de una aureola de viva popularidad. Procuró —y consiguió— actuar siempre al frente de la Iglesia como lo que era: como sacerdote. Pío IX fue esencialmente pastor. Y quizá fue esto lo que suscitó en torno a él la fervorosa adhesión del pueblo cristiano que produjo la superación definitiva de las irritantes tensiones de las iglesias nacionales y permitió a la Iglesia católica adoptar una firme y consciente postura ante las nuevas orientaciones que implicaba el liberalismo.

La pérdida de los Estados Pontificios. Como ya se dijo, el talante abierto, la buena voluntad y el espíritu de conciliación de Pío IX fueron interpretados por muchos como que había sido elegido un papa liberal. No pocos italianos creyeron ver en la elección de Pío IX la puesta en marcha del proyecto unificador de Italia; de modo que buena parte de la popularidad inicial de Pío IX se debe al equívoco de quienes pensaron que encabezaría el proceso de unificación italiana. Pero, por su parte, el nuevo pontífice —que siempre tuvo como preocupación dominante su ministerio espiritual— ni siquiera había entrado a considerar los proyectos neoguelfos de la confederación por considerarlos incompatibles con su misión sacerdotal, y mucho menos el diseño mazziniano de una Italia unitaria, por atentar contra su propia soberanía temporal. Por lo demás, el sectarismo antirreligioso de los patriotas más radicales excluía definitivamente la colaboración del pontífice. No obstante, esa primera impresión que se creó en el imaginario italiano de un papa liberal y revolucionario fue agrandándose durante los primeros años del pontificado de Pío IX. Por lo tanto, cuando se deshizo el equívoco, la desilusión de los patriotas fue directamente proporcional a la magnitud de la falsa imagen del papa que sus deseos independentistas habían trazado.

Las primeras medidas de su gobierno vinieron a reforzar aún más esa reputación liberal que se había forjado el imaginario italiano: nombró a Gizzi secretario de Estado; en julio encargó a una comisión un plan de reformas administrativas; permitió una mayor libertad de prensa; introdujo el gas para la iluminación de las calles, y aprobó la construcción de un ferrocarril. Sin embargo, nada contribuyó tanto al incremento de su fama de liberal como el decreto de amnistía (17 julio 1846) que puso en la calle a muchos presos políticos, lo que se juzgó como una descalificación del gobierno del pontificado precedente. En realidad, se trataba de una falsa interpretación más de una decisión de Pío IX, acorde con una tradición de inaugurar los pontificados con concesiones de perdón a los presos. Todos exageraron y extralimitaron sus juicios, de modo que se desbordó el entusiasmo de los liberales —italianos y europeos— y se desató el miedo de los partidarios del autoritarismo. Las cosas llegaron a un punto que los capellanes de algunos conventos invitaron a las monjas a elevar sus oraciones por la Iglesia para librarla de los males del gobierno de un papa liberal.

En efecto, el entusiasmo de los patriotas italianos tenía su contrapeso en el temor que esa imagen de papa liberal y revolucionario suscitó en los partidarios del absolutismo, como fue el caso de Metternich. El canciller austríaco, para intimidar al pontífice, realizó una demostración de fuerza y ocupó por sorpresa la ciudad de Ferrara en el verano de 1847, lo que suscitó las protestas de los patriotas italianos. La lógica condena de esta agresión por parte de Pío IX se entendió como un acto de solidaridad con los patriotas. Otra interpretación más, equivocada y magnificada, que provocó el delirio

de los patriotas italianos: Carlos Alberto (1831-1849) ofreció su espada a Pío IX; Giuseppe Garibaldi (1807-1882) desde América puso a disposición del papa su legión de voluntarios, y Mazzini le dirigió una carta para solicitarle que encabezara el proceso de unificación italiana. La ocupación de Ferrara sirvió para dejar dos cosas muy claras: primera, que los italianos estaban dispuestos a luchar contra Austria para conseguir la independencia y, segunda, que los revolucionarios no tenían ningún escrúpulo en utilizar la figura y el prestigio del papa en beneficio de sus proyectos políticos. Pero lo que estaba todavía por ver era si Pío IX se iba a prestar a este juego político.

Era cierto que como soberano temporal Pío IX tenía menos recelos a las libertades externas del siglo que Gregorio XVI, pero tampoco era un liberal. Él se consideraba sólo un pastor, que como sucesor de san Pedro recibía para custodiarlo el mismo depósito de la fe que sus predecesores. Y para dejar claro desde el principio que no renunciaba a su función de pastor de almas, encargó al mismísimo Lambruschini la redacción de su encíclica inaugural (*Qui pluribus*, 9 noviembre 1846), donde se volvían a reiterar las condenas de aquellas ideologías incompatibles con la fe. Para que no quedaran dudas, el documento pontificio se refería a la concepción religiosa del liberalismo como «ese espantoso sistema de indiferencia que elimina toda distinción entre el vicio y la virtud, la verdad y el error [...] como si la religión fuese la obra de los hombres y no de Dios». Como no podía ser de otro modo, lo que se condenaba era el concepto filosófico que la ideología liberal tenía del hombre como un ser autónomo, que se puede dar a sí mismo sus propias leyes, sin referencia alguna a la ley natural impresa en las criaturas por el Creador, lo que implicaría una relación de dependencia frente a la pretendida autonomía de la ideología liberal. Como ya hiciera Gregorio XVI se condenaba, por inexistente, la libertad absoluta del hombre, esto es, la libertad de conciencia para establecer lo que es bueno y lo que es malo, y que se opone, por tanto, al concepto cristiano de la libertad de las conciencias —en plural—, concepción según la cual el libre albedrío del hombre se ordena conforme a la ley dada por el Creador.

Pues bien, fue en ese ámbito de las libertades externas en el que —con mejor o peor fortuna— Pío IX dictó una serie de reformas en el Estado pontificio, como soberano temporal que era del mismo. Así designó un consejo de notables (Consulta, 14 octubre 1847), presidida por el cardenal Giacomo Antonelli (1808-1876); tenía carácter consultivo en materia legislativa, administrativa y militar. Ciertamente este proceso reformista distaba bastante de ser propiamente liberal, por lo que no acabó de satisfacer ni a unos ni a otros. Los descontentos más radicales encontrarían bien pronto su oportunidad para manifestarse, empujados por la turbulencia que se avecinaba. En efecto, entre febrero y marzo de 1848, una tercera oleada revolucionaria volvió a sacudir a toda Europa, a excepción de Escandinavia, Inglaterra, España, Portugal, Rusia y Turquía. Este empuje revolucionario fue el que derribó del poder, entre otros personajes, a Luis Felipe (1830-1848) y a Metternich. Así pues, los Estados de la Iglesia se vieron afectados por dicha revolución, que además de reclamar una democratización de los regímenes políticos (sufragio universal) y reivindicaciones sociales en favor de los trabajadores, levantó la bandera del nacionalismo en Alemania, en el plurinacional Imperio austríaco y —por lo que a nosotros nos interesa— también en Italia. Pío IX, forzado por el clima creado por las revoluciones de 1848, tuvo que conceder una Constitución (14 marzo 1848) de carácter liberal en los Estados Pontificios. Por entonces la revolución ya había prendido desde Turín a Nápoles, proponiendo junto a las reformas políticas la unificación de Italia. Así pues, para los revolucionarios, Austria era el enemigo por el doble motivo de representar el régimen absolutista e impedir la unidad nacional.

Fue en este clima de tensión nacionalista cuando la interesada interpretación de unas palabras del papa vino a complicar la situación mucho más de lo que ya estaba. En efecto, el 10 de febrero de 1848 Pío IX concluía su alocución del siguiente modo: «Benedicid, pues, oh Dios omnipotente a Italia y conservadle este don preciado: la fe.» Los patriotas italianos interpretaron la frase como una instigación a la guerra santa contra Austria y los revolucionarios incluyeron en sus proclamas y panfletos los «vivas» a Pío IX. Piamonte declaró la guerra a Austria y los patriotas italianos combatían en nombre de Pío IX. Había comenzado (23 marzo 1848) la primera guerra de independencia. Así las cosas, una nueva alocución del papa (29 abril 1848) dejaba definitivamente clara su postura al separar la causa de la Iglesia, que él representaba, de la causa de los patriotas que luchaban por la unidad italiana. En dicha alocución Pío IX afirmó: «Fiel a las obligaciones de nuestro supremo apostolado, nos abrazamos a todos los países, a todos los pueblos y a todas las naciones en un idéntico sentimiento de paternal amor.» Era lógico que Pío IX, como vicario de Cristo, no quisiera participar en una guerra entre potencias católicas. Y lo que no era sino una definición de su misión como pastor de la Iglesia universal, por cierto muy similar a tantas otras ya pronunciadas por él mismo y sus predecesores, fue interpretado por los nacionalistas italianos como una abjuración de su soberanía temporal. A los partidarios de Mazzini vinieron a unirse ahora los neoguelfos, al sostener que si la misión religiosa del papa le impedía actuar como un príncipe temporal más, debía renunciar a su soberanía en beneficio de una Italia unificada. Pero, como para mantener la independencia necesaria para el ejercicio de esa misión religiosa era obligado que Pío IX no fuera subdito de ningún soberano, el pontífice no renunció a la soberanía de los Estados Pontificios y la retuvo como lo habían hecho sus predecesores desde hacía más de mil años. Quedaba así planteada la llamada «cuestión romana».

La negativa del papa restó fuerza a los patriotas y a esto vino a añadirse las derrotas de las tropas de Piamonte en las batallas de Custoza (25 julio 1848) y Novara (23 marzo 1849). El mismo día de la derrota de Novara, Carlos Alberto abandonó el país y abdicó en su hijo Víctor Manuel II (1849-1878), que tuvo que negociar una paz con Austria. Así pues, tras fracasar en la guerra contra Austria y sin el apoyo del papa, era evidente que los patriotas por sí mismos no podrían conseguir sus propósitos unificadores, por lo que en el futuro habría que buscar la ayuda de alguna potencia europea, para poder expulsar a Austria de su territorio. En el orden interno, la derrota de Custoza supuso el desplazamiento de los monárquicos moderados y de los neoguelfos en beneficio de los patriotas más radicales, que se pusieron a la cabeza del movimiento unificador. Debido a su radicalismo intentaron imponerse por la fuerza. Y eso fue lo que ocurrió a finales de 1848 en el Estado pontificio. Mazzini se convirtió entonces en el hombre fuerte.

La negativa Pío IX de facilitar —a costa de su soberanía temporal— la unidad política de Italia, fue juzgada por los nacionalistas radicales como una traición, de modo que los revolucionarios apuntaron al corazón de los Estados Pontificios. El 15 de noviembre de 1848 fue asesinado en Roma Pellegrino Rossi (1787-1848), a quien Pío IX había designado jefe de gobierno. La política del «justo medio» de Rossi había sido criticada por radicales y moderados. Al día siguiente los revolucionarios, dueños de Roma, asediaron el palacio del Quirinal, donde se encontraba el papa, que gracias a la ayuda del conde Spaur, embajador de Baviera, pudo escapar (24 noviembre 1848) para refugiarse en el puerto napolitano de Gaeta, acogido por el rey de Nápoles, Fernando II (1830-1859). Los revolucionarios constituyeron un gobierno provisional que convocó una Asamblea Constituyente para redactar una Constitución (21 enero 1849). Uno de sus artículos proclamaba la República romana. El artículo I de dicho texto constitucional declaraba al papa «despojados de hecho y de derecho del gobierno temporal del Estado romano». Como poder ejecutivo de la nueva República romana se constituyó un triunvirato presidido por Mazzini, junto con Cario Armellini (1777-1863) y Aurelio Saffi (1819-1890), cuyo manifiesto de presentación concluía así: «Tened fe en Dios, en el derecho y en nosotros.»

Durante el período del refugio de Gaeta, el cardenal Antonelli utilizó toda su gran capacidad de maniobra para ganarse la confianza de Pío IX y culminar su carrera política al conseguir el nombramiento de secretario de Estado. El cardenal Antonelli, que murió sin recibir más órdenes sagradas que las de diácono, ha sido duramente juzgado por la historia, pues si pocos son los elogios que se pueden encontrar en los análisis de su trayectoria política, el dictamen se vuelve unánime y severísimo al juzgar su conducta privada. Antonelli, hombre acomodaticio que había mantenido hasta entonces posiciones favorables hacia las reformas, desde entonces girará hacia Austria y dirigirá la política diplomática de la Santa Sede, desde 1849 hasta 1876, buscando el apoyo de las potencias menos liberales.

Pío IX permaneció en Gaeta hasta que un ejército expedicionario franco-español, al mando de los generales Nicolás Charles Victor Oudinot (1791) y Fernando Fernández de Córdova y Valcárcel (1809-1883), desembarcó en Civita-vecchia (24 abril 1849), rompió la defensa militar de Roma dirigida por Garibaldi y restableció el poder temporal del papa, que regresó a Roma el 12 de abril de 1850. Pío IX había recibido en esta ocasión el apoyo de Luis Napoleón, el revolucionario de los años treinta en los Estados Pontificios. Tan notable cambio del ahora príncipe-presidente de la II República francesa se debía no tanto a su interés por desalojar a Austria de la región italiana, como a la necesidad de congraciarse y mantener los votos de los católicos que habían contribuido a auparle en el poder; y desde luego no estaba dispuesto a perder tan decisivo apuntalamiento electoral. Por entonces, y debido a las experiencias que le habían tocado padecer tan directamente a Pío IX, la real o supuesta etapa liberal del gobierno temporal de Pío IX había quedado definitivamente liquidada.

El ciclo revolucionario de 1848 provocó un cambio en la actitud de Pío IX, como soberano temporal, pero igualmente contribuyó a transformar la mentalidad de sus contemporáneos. Si en la primera mitad del siglo xix la sociedad de los diferentes Estados italianos puede considerarse cristiana y afecta al papa, a partir de 1848 se rompe esa unanimidad. Fiel reflejo de esta situación es la trayectoria de un personaje tipo —tantas veces repetido y no sólo en la historia de Italia, sino en la de toda Europa— como Ausonio Franchi, un joven sacerdote que se separa de la Iglesia precisamente en 1848; a partir de entonces permutó la entrega de su vida que por su vocación sacerdotal estaba orientada a Dios y a las almas y dirigió todas sus energías a un proyecto tan diferente como el de difundir la idea de que el catolicismo debía ser sustituido por el racionalismo, que a su entender estaba llamado a convertirse en la religión de los tiempos modernos. Pues bien, lo que ocurre a partir de 1848 es que los proyectos nacionalistas italianos, además de la carga política, agregan a sus contenidos un sectarismo anticatólico, como se detecta en el programa de laicización impuesto en el reino de Piamonte a partir de entonces. Así las cosas, el entendimiento de Turín con Roma pasaba de ser muy difícil a resultar imposible.

Amainada la revolución en toda Europa y a la vista del fracaso de la estrategia de Mazzini, le tocaba intentarlo a Cavour con nuevos métodos, entre los que la diplomacia internacional iba a jugar un papel decisivo. Sin duda, Camilo Benso, conde de Cavour, es el gran artífice de la unidad italiana (P. Guichonnet, *La unidad italiana*, Barcelona, 1990). Su acción política es decisiva desde que en 1852 el rey Víctor Manuel (1849-1878) le nombró su primer ministro. Cavour trabajó en dos direcciones para conseguir sus propósitos de expulsar a Austria y lograr la unificación italiana: en primer lugar, trazó una política de acuerdos (Conferencia de Plombières, 21 julio 1858) con Napoleón III, que se selló con la alianza militar franco-sarda el 30 de enero de 1859; y en segundo lugar, alentó y apoyó la acción revolucionaria en secreto, para con posterioridad controlar ya oficialmente las conquistas militares de éstos, como sucedió con la expedición de Garibaldi sobre Nápoles en 1860, a quien se le dejó hacer en un primer momento, para después desplazarle y adueñarse del resultado de su expedición militar (D. Mack Smith, *Cavour and Garibaldi, 1860: A Study in political conflict*, Cambridge, 1985). Contando con el apoyo de Francia, Cavour inició una política de militarización de Piamonte y de provocaciones contra Austria, cuyos dirigentes, por no sopesar los apoyos internacionales que se había granjeado Cavour, enviaron un ultimátum, para que en tres días se procediera al desarme de Piamonte. La torpeza de la diplomacia austríaca le proporcionaba a Cavour el pretexto para enlazar hostilidades militares. Fue suficiente que Cavour rechazara el ultimátum para que el Imperio austríaco hiciera una declaración de guerra (23 abril 1859). Daba comienzo, por tanto, la segunda guerra de independencia italiana, pero esta vez las tropas piamontesas contaban con el apoyo de una potencia europea, como era el II Imperio francés de Napoleón III. La guerra de Francia y Piamonte contra Austria, que se saldó con las derrotas de las tropas austríacas en las batallas de Magenta (4 junio 1859) y Solferino (24 junio 1859), proporcionó a Piamonte la incorporación de Lombardía tras el armisticio firmado en Villafranca (8-12 julio 1859). A partir de este momento, Napoleón se retiró del proyecto italiano, preocupado por la opinión de los católicos franceses, que comenzaron a alarmarse por los atentados contra la soberanía nacional de los Estados Pontificios. Cavour, en efecto, había ido más lejos de lo acordado en Plombières. El Véneto se anexionaría en la tercera guerra de independencia de 1866; en esta ocasión Italia contó con la alianza de Prusia frente a Austria.

Por otra parte, el consiguiente abandono de los territorios pontificios por parte de las tropas austríacas supuso su ocupación por Piamonte en 1860. Ese mismo año de 1860 fue anexionado el reino de Nápoles, gracias a la acción de Garibaldi. También en 1860 las asambleas constituyentes de Toscana, Módena, Parma y la Romana aceptaron a Víctor Manuel como rey. Por esas fechas, salvo el Véneto y la ciudad de Roma con sus alrededores, toda la península ya había sido conquistada. El 5 de abril de 1861 Víctor Manuel era proclamado rey de Italia. Una guarnición francesa permaneció en la defensa de Roma, que fue retirada por Napoleón III ante la necesidad de reforzar en el frente del Rin en la guerra franco-prusiana. Fue entonces cuando el gobierno italiano manifestó públicamente su intención de ocupar Roma. El 9 de septiembre de 1870 las tropas italianas iniciaron el avance sobre una ciudad indefensa y desguarnecida; seis días después capituló Civitavecchia. El día 20, el general Luigi Pelloux (1839-1924) bombardeó las murallas romanas, «gesta» por lo que se hizo merecedor de la Cruz de Guerra, y es que el artillero consiguió hacer blanco sobre la Porta Pia, por cuya brecha hizo su entrada triunfal el general Raffaele Cadorna (1815-1897). En esos momentos estaban reunidos en Roma los obispos de todo el mundo, en plena celebración del Concilio Vaticano I, que Pío IX tuvo que aplazar sine die «en espera de una época más oportuna y propicia». El secretario de Estado, cardenal Antonelli, por no sentirse capaz de garantizar el mantenimiento del orden, solicitó al general Cadorna que también ocupase con sus tropas Città Leonina. La pasividad de las naciones —católicas o no— ante la ocupación de Roma fue casi unánime; sólo se registró la protesta del presidente de Ecuador. En 1871 Víctor Manuel fijó la capital en Roma.

El gobierno italiano aprobó una Ley de Garantías (13 marzo 1871) para regular las relaciones con el papa en la Italia unificada. Dicha disposición legal no reconocía al romano pontífice ninguna soberanía nacional, separaba muy tenuemente la Iglesia del Estado conforme a tendencias regalistas, y sólo concedía a Pío IX a título personal el Vaticano, Letrán y Castelgandolfo. En consecuencia, Pío IX, que ya había lanzado una excomunión contra los usurpadores, incluido el rey de Italia, además de prohibir a los fieles participar en la vida política italiana («né eletti, né elettori»), situación que se mantuvo durante cuatro décadas, rechazó la Ley de Garantías por medio de la encíclica *Ubi nos* (15 mayo 1871), porque además de todos los motivos anteriores carecía de garantías internacionales y no era irrevocable. A partir de entonces, él y sus sucesores prefirieron vivir como prisioneros en el Vaticano, situación que se mantuvo hasta que en 1929 los pactos lateranenses reconocieron al diminuto Estado soberano formado por la ciudad del Vaticano que garantizaba la independiente actuación de los papas en la dirección de la Iglesia universal.

Pero a pesar de las tensiones políticas, Pío IX y Víctor Manuel no interrumpieron sus relaciones personales, que mantuvieron mediante correspondencia secreta (P. Pirri, *Pío IX e Vittorio Emanuele del loro carteggio privato*, 5 vols., Roma, 1944-1961). Murieron con tan sólo veintinueve días de diferencia, y cuando el rey se encontraba gravemente enfermo, el papa le envió un sacerdote para levantarle la excomunión con el fin de que así recibiera los últimos sacramentos, fuera enterrado como cristiano y se pudieran celebrar sus funerales.

El magisterio de Pío IX. Como ya anunciamos, un tercer apartado del pontificado de Pío IX tiene que hacer referencia a su magisterio como pastor de la Iglesia. Se comprenderá que ahora sólo atendamos a las aportaciones doctrinales más significativas de tan largo pontificado y que eludamos los comentarios sobre el Concilio Vaticano I, por ser analizado específicamente en otro lugar de este libro correspondiente a la historia de los concilios.

La encíclica inaugural de Pío IX, *Qui pluribus* (9 noviembre 1846), guarda una estrecha relación con el magisterio de los papas precedentes del siglo XIX. No podía ser de otro modo, pues al fin y al cabo recibía de ellos para custodiarlo el mismo depósito de la fe y además quienes habían atacado la doctrina de la Iglesia, desde el pontificado de Pío VII, no habían variado sus planteamientos. Éstos no eran otros que los que consideraban incompatible la fe con la razón. Frente a esta exclusión, Pío IX proclama en su encíclica la armonía entre fe y razón. La fe compatible con la razón es la fe de la Iglesia católica —dirá Pío IX—, que a la vez es viva e infalible, por fundarse en la autoridad con la que Cristo quiso edificar su Iglesia sobre Pedro. Es de resaltar que en la *Qui pluribus* se apuntaba ya la infalibilidad del romano pontífice, que sería definida posteriormente como dogma por el Concilio Vaticano I, en 1870. Como sus predecesores, Pío IX vuelve a insistir en esta encíclica sobre el peligro del indiferentismo religioso. Sin embargo, la novedad más destacable en la encíclica inaugural de Pío IX es la condena del comunismo, ideología calificada en el documento pontificio «como la más contraria al derecho natural»; la denuncia fue realmente profética pues se hacía dos años antes de que Marx y Engels publicasen el Manifiesto comunista en 1848. Entre los remedios para superar la crisis doctrinal, el papa propone una seria y profunda evangelización de los fieles, para lo que sería preciso contar con un clero bien formado en los seminarios, intelectual y espiritualmente, de modo que «resplandeciera por la ejemplaridad de sus costumbres, la integridad de su vida y la santidad de su doctrina».

La primera de las grandes decisiones doctrinales fue la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción en 1854. Pío IX tuvo siempre una arraigada devoción a la Madre de Dios, lo que queda reflejado en las prácticas de piedad de su vida privada, como ya se vio. La iniciativa del papa se apoyaba en sólidos precedentes; en primer lugar, venía a confirmar oficialmente el *sensus fidelium*, pues desde muy antiguo era un sentir unánime del pueblo cristiano que la Virgen María había sido concebida sin pecado original. Sixto IV (1471-1484) había establecido la fiesta de la Inmaculada Concepción y Gregorio XVI había incluido este título en el prefacio de la misa. Pío IX, previamente, encargó a una comisión de cardenales y teólogos el estudio sobre la oportunidad de la definición de este dogma; después consultó a los obispos, de los que 546 respondieron afirmativamente de un total de 603. Mediante la bula *Ineffabilis Deus* (8 diciembre 1854) se hizo oficial dicha proclamación y en el documento pontificio se alude como garantía de dicha proclamación a la «infalibilidad con que Jesucristo ha investido a su vicario en la tierra». Se vuelve a repetir la doctrina del magisterio pontificio *ex cathedra* que quedaría a su vez definida —como acabamos de decir— en la constitución dogmática *Pastor Aeternus* (18 julio 1870) del Concilio Vaticano I. Menos conocida, aunque no menos firme y desde luego muy consecuente con su piedad mariana, fue también su devoción por san José, cuya fiesta extendió a la Iglesia universal y a

quien proclamó patrón de la Iglesia católica, precisamente un 8 de diciembre de 1870.

Por fuerza hay que referirse en este apartado a la condena del liberalismo o de la «moderna civilización», contenida en la encíclica *Quanta cura* (8 diciembre 1864), a la que en esta ocasión se añadía un compendio (*Syllabus*) de errores que se deducían de la ideología liberal. Desde el pontificado anterior preocupaba a la jerarquía dar una respuesta clara que delimitase la compatibilidad o no de la doctrina de la Iglesia con las ideologías que estaban articulando el mundo contemporáneo y que se imponían como una nueva «religión del Estado». Gregorio XVI ya había dado un primer paso en la *Miran Vos* (15 agosto 1832), que se completaba ahora con estos documentos de Pío IX. La redacción de la *Quanta cura* y del *Syllabus* se empezó a preparar desde 1860; dos años después estaba prácticamente acabada y en junio de 1863 se entregó el documento a los numerosos obispos que acudieron a Roma con motivo de la canonización de los mártires de Japón. La aceptación de la doctrina de los documentos fue unánime y sólo unos pocos manifestaron su disconformidad, pero sólo en cuanto a la oportunidad de publicarlos entonces. Poco después de conocer el contenido del *Syllabus* los obispos, y debido a una filtración de un clérigo y funcionario del Vaticano, aparecieron en un periódico de Turín en 1863, lo que desató una fuerte campaña anticlerical. A pesar de todo, Pío IX decidió seguir adelante y se publicaron los documentos en el décimo aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción.

Como se puede leer en la *Quanta cura*, se pretendía hacer frente a los «errores, que no sólo tratan de arruinar a la Iglesia católica, su saludable doctrina y sus derechos sacrosantos, sino también la misma eterna ley natural grabada por Dios en todos los corazones y aun en la recta razón». Se aludía a continuación al panteísmo, al regalismo, al comunismo y al socialismo.

Pero quizás el núcleo de la encíclica residiera en la denuncia y correspondiente condena del «impío y absurdo principio llamado del naturalismo» por cuanto de él se hacían derivar algunas de las características específicas de la «moderna civilización»: la pretensión de gobernar la sociedad humana sin religión; la laicización de las instituciones; la separación de la Iglesia y el Estado; la libertad de prensa, la libertad de cultos ante la ley y, en definitiva, la libertad de conciencia (G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, t.I).

Las condenas del liberalismo de la *Quanta cura* eran más tajantes y desde luego más explícitas que las de la *Miran Vos*, porque a continuación se anatematizaban las 80 proposiciones contenidas en el *Syllabus*, tales como que la razón humana se puede erigir en el único arbitro para establecer el bien y el mal, la verdad y el error, se condenaba igualmente el indiferentismo religioso, la pretensión de desmitificar los misterios de la fe, los ataques contra el matrimonio y la defensa del divorcio etc. Por lo demás, cada una de las 80 propuestas del *Syllabus* debía ser interpretada a la luz de una larga serie de documentos doctrinales, ya publicados con anterioridad, que ahora se citaban expresamente. Sólo en esa conjunción cobraba pleno sentido el contenido doctrinal del *Syllabus*.

Las 80 propuestas del *Syllabus* se agrupan en los siguientes diez capítulos: 1) panteísmo, naturalismo y racionalismo absoluto; 2) racionalismo moderado; 3) indiferentismo y laxismo; 4) socialismo, comunismo, sociedades secretas, sociedades bíblicas y sociedades clericales-liberales; 5) errores sobre la Iglesia y sus derechos; 6) errores sobre la sociedad civil, considerada en sí misma y en sus relaciones con la Iglesia; 7) errores sobre la moral natural y cristiana; 8) errores sobre el matrimonio; 9) errores sobre el poder temporal del romano pontífice; y 10) errores sobre el liberalismo.

Intencionadamente en cierta prensa se difundió el *Syllabus*, pero no lo que decían los documentos precedentes; y fue así como desde entonces hasta hoy el *Syllabus* pervive para algunos como prototipo del escándalo y arma arrojada contra la Iglesia de quienes la prejuzgan como una institución retardataria. Ríos de tinta ha hecho correr la proposición n.º 80, en la que el *Syllabus*, en efecto, condena la «moderna civilización»; ahora bien, en dicha propuesta se hace referencia a una declaración de Pío IX de 1861 en la que se decía lo que algunos entendían por «moderna civilización», como era la legislación contra los conventos o la vejación contra el clero. Y desde luego que la condena de Pío IX no se refería a simples especulaciones intelectuales, sino a realidades bien concretas que, como en el caso español, habían llegado hasta el asesinato colectivo de frailes entre los años 1834 y 1835. Por otra parte, antes que Pío IX de-terminados liberales ya habían proclamado la incompatibilidad entre la doctrina de la Iglesia y el liberalismo, esto es, entre el sentido cristiano de la vida y la «moderna civilización» que ellos mismos decían representar.

Veamos un ejemplo de lo que acabamos de decir que, por español, no deja de ser muy repetido en la Europa de estos años. Tanto en la prensa como en los discursos parlamentarios se pueden encontrar bastantes declaraciones, como las del progresista Pascual Madoz de «que los conventos son incompatibles con las luces del siglo» (J. Paredes, *Pascual Madoz 1805-1870, libertad y progreso en la monarquía isabelina*, Pamplona, 1982). Era ésta una expresión que quería decir lo mismo que una frase de Alphonse de Lamartine (1790-1869) —prototipo de la «moderna civilización»—, que el mismo Madoz colocó en la portada de uno de sus libros de estadística del clero español y que resumía su contenido; literalmente decía así: «L'état monacal dans l'époque ou nous sommes, á toujours profondément repugné a mon intelligence et a mon raison» («Siempre me repugnó profundamente, a mi inteligencia y a mi razón, la existencia del estado monacal en la época actual»). En ese mismo libro, tras largos razonamientos apoyados en la estadística, Madoz llega a varias conclusiones; la primera era así de contundente y escueta: «suprimir, desde luego, todos los conventos». Pues bien, ese modo concreto de entender la «moderna civilización» era realmente el objeto de las condenas de Pío IX. Por lo demás, y por seguir hasta el final con el ejemplo del progresista español, la pervivencia de los conventos desmontaron por la base sus planteamientos ideológicos y su sectarismo, derivados de un voluntarismo que le impedía ver la realidad y respetar la libertad ajena. Porque en el caso de Madoz, bien cerca de él tuvo la prueba en contra; sólo después de morir Pascual Madoz, una de sus hijas fue libre para ingresar en un convento de carmelitas de clausura y además llegó a ser la priora del de Beas de Segura (Jaén), uno de los de más tradición en España, al haber sido fundado personalmente por santa Teresa. En conclusión, el magisterio de Pío IX no estuvo nunca condicionado por intereses humanos o temporales; todos sus escritos tienen como propósito este triple objetivo: la gloria de Dios, la defensa de la Iglesia y el bien de los hombres. E

igualmente la consecución de este triple objetivo fue lo que le movió en sus relaciones con las potencias y sus gobernantes. Como el magisterio de su predecesor Gregorio XVI, el de Pío IX se caracteriza por ser más defensivo que constructivo, debido al acoso de los enemigos de la Iglesia durante esos años. Pero también los profetas se convierten a menudo en mensajeros de denuncias y condenas (B. Mondin, *Dizionario enciclopédico dei Papi*, Roma, 1995); y los mensajes de las denuncias y de las condenas de la modernidad en los tiempos en que ésta recogía sus mayores triunfos podían parecer reaccionarios y antihistóricos, pero a la vista de las consecuencias catastróficas de la modernidad resultan más que nunca mensajes auténticamente proféticos. Desde este punto de vista, el magisterio de Pío IX no puede considerarse como un recalcitrante discurso tradicionalista, como a veces ha sido tachado; por el contrario, se levanta como un valiente magisterio profético adelantándose al tiempo. Si en el terreno político se le pueden objetar reparos a Pío IX como soberano temporal, en el campo de la fe, que es el que cuenta en definitiva para valorar a un papa, la historia ha venido a dar la razón al magisterio de Pío IX.

La vida de la Iglesia. Queda por último referirnos, en cuarto lugar, a la vida de la Iglesia durante los casi 32 años del pontificado de Pío IX. Paradójicamente la pérdida de los Estados Pontificios coincide con el inicio del progresivo crecimiento de la autoridad moral de los pontífices romanos, autoridad reconocida por otra parte dentro y fuera de la Iglesia. Y como no podía ser menos, esa transformación afectó naturalmente a la curia romana y al colegio cardenalicio. No pocos eclesiásticos pertenecientes a la aristocracia italiana que se incrustaban en estas instituciones para medrar y servirse de la Iglesia, fueron sustituidos por verdaderos pastores de almas dispuestos a servir a una Iglesia a la que, tras la pérdida de los Estados Pontificios, le quedaban ya pocas cosas temporales que defender en Italia. Una Iglesia que, por lo demás, levantaba sus ojos de los asuntos italianos para mirar a todos los hombres con un alcance más universal. Así, el nuevo perfil del clérigo de la curia romana venía dado por su celo pastoral y su preparación en las ciencias eclesiásticas. Durante el pontificado de Pío IX, los católicos más que nunca cerraron filas en torno al sucesor de san Pedro, que como pastor de almas cuidó con esmero el nombramiento de los obispos en todo el mundo y en los que intervino muy directamente. Se superaban así los viejos localismos clericales, lo que supuso una mejoría notable en la selección de los candidatos al episcopado. Y todo esto sucede en un período en el que los «mundos» incomunicados del Antiguo Régimen rompen su aislamiento y se unifican en un solo mundo en el que las decisiones tienen consecuencias cada vez más globales. Y en este punto, el pontificado de Pío IX supo estar a la altura de las circunstancias, al impulsar la expansión de la Iglesia en los continentes extraeuropeos y edificar sobre los cimientos misionales que ya había puesto Gregorio XVI. Sólo el siguiente dato confirma a las claras lo que acabamos de afirmar: entre 1846 a 1878, Pío IX erigió 206 nuevas diócesis y vicariatos apostólicos. Por otra parte, la centralización llevada a cabo por Pío IX reservaba a los nuncios un papel decisivo en el gobierno de la Iglesia en cada una de las naciones. A su vez, se acrecentó la autoridad de los obispos sobre los párrocos, consiguiéndose así un clero más disciplinado, más piadoso y más celoso de su feligresía, potenciándose de este modo la vida parroquial.

Por su parte, las órdenes y congregaciones religiosas experimentaron un notable desarrollo. En primer lugar, hay que referirse a los jesuitas por la importancia que adquirieron en la vida de la Iglesia, tanto por su número como por la calidad de sus miembros. Al comienzo del pontificado de Pío IX había unos 4.500 jesuitas; durante este período la Compañía de Jesús tuvo al frente al padre Roothan (1829-1853) y al padre Beckx (1853-1887); al concluir el mando de este último los 11.480 jesuitas se repartían en 19 provincias por todo el mundo. Las antiguas órdenes, como los benedictinos, los franciscanos, los dominicos y los agustinos, vivieron una auténtica restauración. Y además de todo lo anterior se fundaron nuevas congregaciones religiosas, como la Sociedad del Verbo Divino (1875) de Arnold Janssen (1837-1909), que tanta importancia tendría en el desarrollo misional, y que experimentó un considerable desarrollo durante el pontificado de Pío IX. Entre las congregaciones misioneras que surgieron entonces hay que mencionar también la Congregación del Inmaculado Corazón de María, que nació en Bruselas (1863) por iniciativa de Theophile Verbist; los misioneros ingleses de Mill Hill (Londres), creados en 1866 por Herbert Vaughan (1832-1903); o la Sociedad de Misioneros de Nuestra Señora de las Misiones de África (Padres Blancos) de Charles Lavigerie (1825-1892), que evangelizaron el norte de África y penetraron también hacia el interior del continente. De todas ellas, probablemente, la más popular fue la fundación de los salesianos (1859) del sacerdote piamontés Giovanni Melchior Bosco (1815-1888), destinada a la educación de los hijos de los obreros y a las misiones; Don Bosco completó la fundación de sus salesianos con la de la congregación femenina de las Hijas de María Auxiliadora. La lista completa de las nuevas congregaciones sería larguísima; baste decir que en el conjunto de las nuevas fundaciones, las femeninas aventajaron por su número a las masculinas.

El pontificado de Pío IX fue, también, un período de grandes santos, como el propio Don Bosco, ya citado. Pero sólo vamos a referirnos a dos de ellos, un hombre y una mujer, cuyas vidas se levantan como un marcado contraste frente a las circunstancias históricas del momento. En el siglo del positivismo, de la certeza científica, del cientifismo en suma, vivió uno de los grandes santos de toda la historia de la Iglesia como san Juan María Bautista Vianney (1786-1859), que suplió con su oración y mortificación heroicas sus escasas cualidades intelectuales para el estudio, que a punto estuvieron de impedirle su ordenación sacerdotal. Llegó al sacerdocio a los 29 años y aún después de ordenado tuvo que seguir otros tres años entre sus profesores recibiendo clases extras y repasando la teología antes de comenzar su actividad pastoral en Ars, donde permaneció toda su vida. Canónicamente, Ars no era ni siquiera parroquia, sino una dependencia de otra cercana, pero a pesar de no ser párroco y de todas sus deficiencias intelectuales, el cura de Ars es el patrón de los párrocos, propuesto por la Iglesia al clero como modelo de vida de piedad y atención a la feligresía en el confesonario, en cuyas largas colas de penitentes había siempre personas de toda condición, procedentes muchos de ellos de lugares muy lejanos de la pequeña aldea de Ars.

Por otra parte, y también en contraste con el siglo de las revoluciones políticas y sociales, de la revolución de los

transportes, del activismo en suma, la otra gran santa que vivió entre los pontificados de Pío IX y León XIII (1878-1903) fue santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897), una monja de clausura del Carmelo de Lisieux, que murió a la edad de 24 años. Es, sin duda, una de las santas más populares y sin embargo su vida no fue nada vistosa. Sin salir de su convento provinciano no hizo nada llamativo, ni siquiera fue famosa en vida, pero marchó con extraordinaria fidelidad por «la petite voie» («el caminito»), como ella misma le llama en su autobiografía interior (Historia de un alma, Madrid, 1991, 3.ª ed.) a su programa de vida, que se reducía a estas cinco ocupaciones: adorar, rezar, sufrir, trabajar y encomendar. Para resaltar la eficacia de la oración en el apostolado frente al mero activismo humano, siempre estéril, la Iglesia la ha designado patrona de las misiones. En 1997, Juan Pablo II (1978) la proclamó doctora de la Iglesia.

Y si dirigimos la atención hacia las formas de piedad popular, se observa que sus practicantes aumentaron y que dichas prácticas adquirieron una mayor hondura teológica, gracias a la actuación de un clero más piadoso y mejor formado. Coinciden todos los autores en afirmar que durante el pontificado de Pío IX se produjo un redescubrimiento de Cristo y concretamente de la devoción al Sagrado Corazón impulsada por los jesuitas. El culto eucarístico experimentó también notables avances: superado el rigorismo jansenista comenzó a generalizarse la comunión frecuente y proliferaron las prácticas de adoración del Santísimo Sacramento.

También estos años centrales del siglo XIX se caracterizan por un mayor arraigo y extensión de la devoción mariana. Ya se dijo que en 1854 el papa proclamó el dogma de la Inmaculada y que muchas de las congregaciones fundadas entonces se pusieron bajo la protección de la Madre de Dios. Además, durante estos años se registran apariciones de la Virgen en varios lugares; Lourdes fue de todos ellos el más popular (R. Laurentin, Lourdes. Documents authentiques, 6 vols., París, 1957-1961). Entre los meses de febrero a julio de 1858, la Virgen se apareció dieciocho veces a Bernadette Soubirous (1844-1879). Sólo cuatro años después y tras un meticuloso estudio de lo acontecido, el obispo de Tarbes se pronunció favorablemente. Y a partir de 1872, Lourdes se convirtió en centro de masivas peregrinaciones procedentes de todo el mundo. Como es sabido, Bernadette al preguntar por la identidad de la Señora recibió esta respuesta: «Yo soy la Inmaculada Concepción.» Por todo ello, no es de extrañar que el propio Pío IX colocase una imagen de la Virgen de Lourdes en su oratorio y que aprobase su coronación solemne. La ceremonia se celebró (3 julio 1879) poco después de su muerte. En el acto, presidido por el nuncio, estuvieron presentes 34 obispos, 3.000 sacerdotes y más de 100.000 fieles. La vidente fue canonizada por Pío XI, precisamente un 8 de diciembre del año 1933 (H. Petitot, Sainte Bernadette, París, 1940).

La salud de Pío IX comenzó a declinar en 1877, claro que por entonces ya tenía 86 años. Tan inminente veía su muerte el gobierno italiano, que se adelantó a las circunstancias y comenzó los preparativos de sus funerales con demasiada antelación. Antes se vio obligado a celebrar las pompas fúnebres de su soberano, pues —como ya vimos— el rey de Italia murió cuatro semanas antes que Pío IX. Los primeros días de febrero de 1878 todavía el santo padre concedió algunas audiencias. El día 6, Pío IX se vio afectado por un catarro con ligera fiebre y al día siguiente por la tarde su vida se extinguió suavemente; en la habitación del moribundo se rezaba el rosario y al llegar al cuarto misterio doloroso, Pío IX alzó los ojos al cielo y expiró. Según había dispuesto en su testamento, sus restos mortales fueron trasladados a la basílica de San Lorenzo Extramuros en 1881. En 1907 se introdujo en la curia romana su causa de beatificación. El proceso fue suspendido en 1922 por falta de documentación, para ser reabierto en 1954. Concluyó la primera fase en 1985, con el reconocimiento de que Pío IX vivió las virtudes cristianas en grado heroico.

León XIII (20 febrero 1878 - 20 julio 1903)

Personalidad y carrera eclesiástica. Vincenzo Gioacchino Pecci nació (2 marzo 1810) en la zona montañosa y pobre de Carpineto, cerca de Roma. Su padre, Ludovico Pecci, fue coronel de la milicia baronal y su madre, Anna Prosperi, se distinguió por su piedad y dedicación a obras de misericordia, a pesar de los escasos recursos de la familia, que además era numerosa; el matrimonio tuvo seis hijos. Ingresó a los ocho años, junto con su hermano Giuseppe (1807-1890) —futuro cardenal— en el colegio de los jesuitas de Viterbo. Y según informes del rector de este colegio, el niño «era un angelito, a la vez que un picaro de primera». Durante su juventud fue un experto cazador y escalador (J. Braikin, L'infanzia e la giovinezza di un papa, Grottaferrata, 1914). A los 14 años se trasladó al colegio romano, también regido por los jesuitas, donde cursó filosofía y teología. En los dos centros dio muestras de poseer un gran talento y manifestó unas dotes nada comunes en el conocimiento de la lengua latina. Ya desde temprana edad compuso versos en latín; siendo estudiante, fue capaz de improvisar en público hasta doscientos hexámetros en latín sobre el incendio de San Pablo. Esta afición la cultivó durante toda su vida; quince días antes de morir todavía corrigió las pruebas de su poema en latín dedicado a san Anselmo (1033-1109). Su obra poética ha sido traducida a diversas lenguas. En opinión de los especialistas, León XIII es uno de los grandes de la estilística latina más clásica.

En 1832 ganó el grado de doctor en teología. Desde 1832 a 1837 cursó los estudios de derecho civil y canónico en la Academia de Nobles, en los que también consiguió doctorarse. Ordenado sacerdote en 1837, ese mismo año fue nombrado prelado doméstico de Gregorio XVI (1831-1846). Comenzó entonces su carrera diplomática: delegado pontificio en Benevento, Spoleto y Perugia (1838-1843) y nuncio de Bélgica (1843-1846), cargo que le permitió conocer directamente la realidad política y social de la Europa de entonces, pues realizó varios viajes por Inglaterra, Alemania y Francia, donde visitó minas de carbón, astilleros y fábricas. En 1846 se le confirió la titularidad de la sede episcopal de Perugia donde, además de restaurar la catedral, el seminario y diversas instituciones, se entregó sin perdonar fatigas a sus trabajos pastorales: reconstruyó la vida eclesial, organizó muchísimas misiones, se preocupó de los más necesitados y fundó varios orfanatos y asilos para niños. En 1853 recibió el capelo cardenalicio (Tserclaes, Le pape Léon XIII, 3 vols.,

París, 1894-1906).

El cardenal Pecci fue crítico con la política del secretario de Estado Antonelli (1808-1876), lo que explica que éste le mantuviera durante más de treinta años ininterrumpidos en Perugia y por lo tanto alejado de Roma. Durante esas tres décadas maduró en su interior la concepción de la universalidad de la Iglesia, frente a la reducida visión de quienes la recortaban hasta reducirla a los límites de Italia, donde sin duda los graves problemas con los que allí se encontraba la Santa Sede dificultaban la percepción de su catolicidad. Igualmente, durante la larga etapa de Perugia, su talante quedó definido por el afán de dirigir todos los esfuerzos a buscar soluciones cara al futuro, evitando desgastarse con lamentaciones del pasado. Pero tras la muerte de Antonelli, Pío IX (1846-1878) le nombró cardenal-camarlengo (21 septiembre 1877), por lo que tuvo que abandonar su arzobispado para instalarse en la Ciudad Eterna. El papa, que veía cercana su muerte, con este nombramiento quiso demostrar la confianza que tenía en las capacidades del cardenal Pecci para superar con bien el período de interregno. Y, en efecto, pocos meses después, al morir Pío IX, como camarlengo se hacía cargo del gobierno interino de la Iglesia y escribía a los fieles de la diócesis de Perugia para llorar la muerte del papa y solicitar sus plegarias a fin de que fuese elegido un digno sucesor de Pío IX. Cuando todo esto sucedía, el cardenal Pecci estaba a punto de cumplir 68 años.

Ya entonces impresionaban los rasgos de su figura, que el tiempo acentuó todavía más. Así le describía en *Le Fígaro* el periodista Séverine en 1892:

lívido, delgado, escuálido, flexible, apenas visible, casi inmaterial, de cara imperfecta pero llamativa, vivaracha, móvil, espiritual, transparente, perfilada, en cierto modo galvanizante, con un espíritu juvenil, vibrante, luchador, compasivo, atrayente, brillantes ojos nobles, nariz aguileña enérgica, labios sonrientes e ingeniosos, manos marfileñas y transparentes, voz sutil y no obstante enérgica.

Coinciden sus contemporáneos en afirmar que, incluso a sus 93 años, el contraste entre su ruina física y su energía vital, que residía sobre todo en sus centelleantes ojos, hacía de León XIII la encarnación ideal del vicario de Cristo (A. J. Schmidlin, *El mundo secularizado*, en A. Fliche y V. Martín, *Historia de la Iglesia*, t. XXVI, [1], Valencia, 1985). Sólo dos papas —san Agatón (107 años) y san Gregorio (99 años)— superaron la edad de León XIII; por lo que cuando sólo unos pocos días antes de morir alguien le manifestó —para animarle— que vencería esa enfermedad, León XIII con gran sentido del humor replicó que en ese caso deberían de dejar de referirse a él como santo padre para llamarle «eterno padre».

El cónclave de 1878 era el primero que se celebraba tras la proclamación de la infalibilidad del papa y de la pérdida de los Estados Pontificios, acontecimientos ambos que habían tenido lugar en 1870. Y, también, en torno a esta fecha se culminaba la unidad italiana, surgía el II Imperio alemán como potencia europea, Japón al reformarse a lo occidental se incorporaba a nuestro mundo, listados Unidos comenzaba su ascenso hasta convertirse más tarde en el gigante mundial, y los europeos lanzaban un nuevo impulso colonial, que ensanchó las fronteras del mundo conocido hasta igualarlas por fin con las del mundo real. Por todas estas circunstancias, esta nueva elección del sucesor de san Pedro se puede considerar como la primera de nuestro mundo actual. Perdido el poder temporal, resulta explicable que los 60 cardenales reunidos en 1878 se vieran más libres de las tutelas y de los vetos de las potencias que en elecciones pasadas. El cónclave comenzó el 18 de febrero y fue uno de los más cortos de la historia; sólo hicieron falta tres votaciones para que recayeran en el cardenal Pecci 44 votos, algunos más de la mayoría necesaria para que fuera válida la elección. En honor de León XII (1823-1829), Pecci eligió el mismo nombre para ocupar la cátedra de san Pedro.

Relaciones de la Santa Sede con las potencias europeas. En principio, el talante conciliador de León XIII debía ponerse a prueba en el escenario de la diplomacia europea, empezando por Italia (A. C. Jemolo, *Chiesa e Stato in Italia negli ultimi cento anni*, Turín, 1955). Durante los primeros años del reinado de Humberto I de Saboya (1878-1900) se sucedieron los enfrentamientos de las autoridades del reino de Italia con la Santa Sede. A la legislación sectaria se sumaron los ataques directos, como fue la celebración en Roma del centenario de Voltairc (1694-1778) en el mes de mayo de 1878, o la pasividad del gobierno ante la agresión (13 julio 1881) a la comitiva que trasladaba a la basílica de San Lorenzo Extramuros los restos mortales de Pío IX, que a punto estuvieron de ser arrojados al Tíber. Y todo ello por no hablar de las peticiones de algunos políticos en la Cámara para que se suspendiera la Ley de Garantías, lo que forzó a León XIII a tantear incluso un posible exilio. León XIII solicitó al emperador de Austria que le acogiera en sus dominios en caso de que los revolucionarios le expulsaran del Vaticano, a lo que Francisco José (1848-1916) respondió con evasivas por el temor a enfrentarse con Italia. El papa desistió en sus proyectos de exilio y decidió resistir hasta el final en el Vaticano, pasara lo que pasara. Todo ello no hacía sino confirmar la necesidad de que los titulares de la cátedra de san Pedro tuvieran un poder temporal, por pequeño que fuera, que garantizase la independencia en sus actuaciones. Así pues, a diferencia de Pío IX, León XIII dejó de reclamar los Estados Pontificios, pero con mayor contundencia que su predecesor reivindicó su soberanía sobre la ciudad de Roma, mostrándose dispuesto a dialogar, pues sus pretensiones en modo alguno pretendían dinamitar la unidad italiana. Pero todas estas iniciativas cayeron en el vacío. Habría que esperar, pues, a los arreglos de Letrán de 1929.

En continuidad con las decisiones de Pío IX, respecto a los católicos italianos, León XIII mantuvo el *non expedit*, vigente hasta 1919, que les prohibía participar en la vida política del nuevo Estado italiano, no así en la vida administrativa, por lo que podían concurrir a las elecciones municipales y provinciales. Para compensar este retraimiento político aparecieron diversas agrupaciones de católicos, con objetivos sociales, tales como la difusión de la «buena prensa», la defensa de las órdenes religiosas y de la libertad de enseñanza, etc. Todas estas asociaciones confluyeron en 1871 en la *Opera dei Congressi e dei Comitati Cattolici*, organización de carácter confesional —con capellanes con derecho a veto— que acabó por proponerse como finalidad la unión de todos los católicos. A partir de 1896, el sacerdote Romolo Murri (1870-1944) orientó la *Opera* hacia la política y consiguió una enorme popularidad, a la vez que el también sacerdote Luigi Sturzo

(1871-1959) se unía a Murri, planteando a partir de entonces una concepción politizada de la Iglesia, para luchar mejor en la defensa de los pobres. Lógicamente, León XIII, por medio de la encíclica *Graves de communi* (18 enero 1901), tuvo que salir al paso para reafirmar el carácter sobrenatural que su fundador dio a la Iglesia y definir, a la vez, lo que se debería entender por democracia cristiana (M. P. Fogarty, *Historia e ideología de la Democracia Cristiana en la Europa occidental, 1820-1953*, Madrid, 1964). Defendía así el papa la libertad de actuación de los católicos, al afirmar que nadie podía proponer en nombre de la Iglesia una exclusiva fórmula de actuación política, a la vez que dejaba claro que la democracia cristiana no podía ser compatible con la lucha de clases. Murri se rebeló, engrosó las filas de los modernistas en 1902, abandonó la Iglesia en 1908, contrajo matrimonio civil en 1909 y se entregó a la militancia política en un partido de extrema izquierda; un año antes de morir se reconcilió con la Iglesia. Sturzo, por su parte, aceptó las orientaciones de León XIII y continuó trabajando en las organizaciones sociales; años después fue nombrado secretario general de la Junta de Acción Católica italiana.

León XIII heredó también los graves problemas de Alemania, que habían surgido a partir de la proclamación del II Reich en 1871. El canciller Otto von Bismarck (1815-1898) (J. Pabón, «El príncipe Bismarck, apunte para un diccionario de historia», en *La subversión contemporánea y otros estudios*, Madrid, 1971), receloso de los católicos que se habían agrupado en el partido del Zentrum, dictó una serie de leyes entre 1871 y 1878 conocidas en su conjunto como *Kulturkampf* o lucha por la cultura, eufemismo que encubría una auténtica persecución contra la Iglesia. La *Kulturkampf* bismarckiana expulsó a todas las órdenes religiosas de Prusia, obligó a someter los nombramientos eclesiásticos a la autoridad civil, cerró los convictorios y los seminarios, impidió el normal funcionamiento de más de mil parroquias y desterró a varios obispos, de modo que León XIII se encontró en 1878 con que de los doce obispos de Prusia, sólo cuatro permanecían en sus sedes.

Pero la firme reacción de los católicos alemanes junto a sus pastores, el talante conciliador de León XIII y el realismo político de Bismarck, que comprendió los inconvenientes que le reportaba dicha persecución al privarle del apoyo político del Zentrum, motivaron un cambio en sus planteamientos. En dicho cambio, la actuación de los secretarios de Estado de León XIII jugó un papel decisivo. Durante el pontificado de León XIII cuatro titulares ocuparon la Secretaría de Estado. El primero fue el cardenal Alessandro Franchi (1819-1878), que apenas pudo encarrilar la política de conciliación con Alemania, ya que falleció (1 agosto 1878) pocos meses después de ser nombrado. Esta línea de actuación fue seguida por su sucesor en el cargo, el cardenal Lorenzo Nina (1812-1885), que lo fue hasta 1880, año en que pasó a desempeñar otra función en la curia. A Nina le relevó el cardenal Ludovico Jacobini (1832-1887), buen conocedor de la situación política de centroeuropa, pues era nuncio en Viena. Jacobini, eficaz colaborador de León XIII, consiguió que se ocuparan todas las sedes episcopales vacantes y que remitiera la legislación persecutoria. Lamentablemente, su magnífica ejecutoria se truncó también con la muerte (28 febrero 1887).

Pero por entonces la situación estaba bastante normalizada y el Zentrum apoyaba parlamentariamente la política militar que sostenía las alianzas del sistema bismarckiano. Poco después, el nuevo emperador alemán, Guillermo II (1888-1918), destituía a Bismarck (1890), y se abría para el Zentrum una nueva etapa, en la que libre de los compromisos contraídos con el destituido canciller podía abandonar la defensa de la Iglesia desde dentro del sistema para colocarse frente al estatismo del gobierno alemán. En 1893, junto con los votos de los liberales y de los socialistas, el Zentrum rechazaba el proyecto de ley para la reforma del ejército. Bien es cierto que desde que aminoró la persecución religiosa, el Zentrum perdió muchos votos de los católicos por considerar éstos que ya no tenía sentido dar su apoyo a una organización estrictamente política. El Zentrum se mantuvo, no obstante, como el mayor partido alemán hasta 1903, fecha en la que se desató una grave crisis en esta organización política.

Así las cosas, el sucesor de Jacobini en la Secretaría de Estado, el cardenal Mariano Rampolla (1843-1913), que desempeñó dicho cargo hasta la muerte del papa en 1903, pudo variar la orientación diplomática de la Santa Sede para aproximarse a Francia. Conviene recordar que desde la firma de los acuerdos de 1894, Francia formaba un bloque defensivo junto con Rusia en contraposición y respuesta de la Triple Alianza, constituida con anterioridad (1882) por Alemania, Austria e Italia (P. Milza, *Les relations internationales de 1871 à 1914*, París, 1968).

Los católicos de Francia también estaban acosados por graves dificultades. Tras las elecciones de 1879, los republicanos franceses que llegaron al poder decidieron imponer el laicismo, ideología que por afirmar de un modo radical que todas las normas de conducta —tanto las individuales como las colectivas— deben emanar únicamente de la voluntad popular, trata de articular la sociedad como si Dios no existiera, y en consecuencia debía ser barrida de esa proyectada sociedad laicista cualquier presencia de la Iglesia. Éste era el sentido de la serie de disposiciones legislativas del ministro de Instrucción Pública y presidente del Consejo —a un tiempo, al retener ambos cargos—, Jules Ferry (1832-1893), contra la libertad de enseñanza religiosa entre 1880 y 1882, para implantar la enseñanza laica en Francia. Las leyes de Ferry provocaron la separación entre los católicos y los republicanos franceses, y el intento de los primeros de formar un partido católico, que por exclusión tendría que ser monárquico. Pero toda una serie de cambios políticos en 1890, que apartaron del poder a los grupos sectarios, permitieron que la actitud conciliadora de León XIII invitara a los católicos franceses al *ralliement* (adhesión) hacia la III República (A. Sedgwick, *The Ralliement in French Politics, 1890-1898*, Cambridge, 1965). Por medio de la encíclica *Au milieu* (16 febrero 1892), León XIII transmitía a los católicos franceses los criterios básicos para su actuación social y política; el documento pontificio sirvió para que la opinión de los franceses dejara de equiparar el término católico con los de monárquico en lo político o el de paternalista en las relaciones laborales. Los sindicatos católicos, a partir de entonces, defendieron la autonomía del trabajador respecto a los patronos y el derecho de huelga.

Poco duró la calma, pues como consecuencia del *affaire Dreyfus* en las elecciones de 1898 triunfó el Bloque de Izquierdas, del que salió el gabinete de Waldeck-Rousseau (1846-1904), que promovió toda una legislación para controlar las órdenes

religiosas, al extremo de que cualquier congregación religiosa que no solicitara la respectiva autorización del Estado quedaba disuelta automáticamente, a la vez que se facultaba al gobierno para disolver las ya autorizadas por un simple acuerdo del Consejo de Ministros (A. Latreille y R. Rémond, *Histoire du catholicisme en France*, 3 vols., París, 1962). En consecuencia, algunas de ellas como la de los jesuitas o la de los benedictinos, se exiliaron. Pero todavía estaba por llegar lo peor, pues las elecciones de 1902 llevaron a la presidencia del gabinete a un personaje todavía más sectario, el ex seminarista Émile Combes (1835-1921). De inmediato cerró 3.000 escuelas religiosas y expulsó de Francia a 20.000 religiosos de ambos sexos. Estas decisiones, y otras no menos graves, fueron adoptadas por Combes en un solo año, entre el verano de 1902 y el de 1903. Al año siguiente, en junio de 1904, ya durante el pontificado de san Pío X (1903-1914), Combes rompió relaciones con el Vaticano y suspendió el concordato vigente desde 1801, alegando que la Santa Sede actuaba con intolerancia. Pocos días después de la ruptura de relaciones prohibió a cualquier orden religiosa enseñar no sólo religión, por supuesto, sino también cualquier otra materia escolar.

El magisterio de León XIII. En su encíclica inaugural, *Inscrutabili Del consilio* (21 abril 1878), León XIII se propuso orientar su magisterio a un objetivo: recristianizar la sociedad y el mundo contemporáneo. Este empeño del papa era un auténtico reto, pues se planteaba precisamente cuando surgían con fuerza de plenitud ideologías como el positivismo, el evolucionismo, el idealismo, el marxismo y el nihilismo. Por la entraña antirreligiosa de estos humanismos sin Dios, todas estas ideologías reconocían en la Iglesia católica a su enemigo natural, y la acusaban de ser el freno del progreso y un reducto oscurantista. Naturalmente, que ante semejante panorama el propósito de León XIII era toda una audacia, pues se proponía recristianizar el mundo contemporáneo, sin renunciar a las conquistas de la modernidad que fueran compatibles con la fe. Pues bien, éste es el empeño constante en sus muchos escritos. Por la imposibilidad de comentarlos en su totalidad, a continuación prestaremos nuestra atención sólo a los más importantes.

El nombre de León XIII, desde luego, va unido inseparablemente a la doctrina social de la Iglesia que el pontífice expuso en varios documentos, sobre todo en la encíclica *Rerum novarum* (15 mayo 1891). Además de su doctrina sobre el mundo del trabajo, su magisterio atendió a otros aspectos de la vida cristiana, que por su importancia no podemos dejar al menos de mencionar.

No pocas corrientes de pensamiento actuales, que hunden sus raíces nutricias en el siglo XIX, niegan la relación armónica entre la fe y la razón, o simplemente ni se plantean tal relación al levantar sus planteamientos científicos sobre el prejuicio de que sólo existe lo material o tangible. Pues bien, León XIII, por medio de la *Aeterni Patris Filias* (4 agosto 1879), proponía la renovación del tomismo, puesto que «santo Tomás es entre todos los pensadores, el que —por el momento— ha conseguido expresar más claramente la inexistente oposición entre razón y fe, naturaleza y sobrenaturaleza, progreso y verdad permanente» (G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, t. II). La propuesta del pontífice nada tenía que ver ni con un anacronismo nostálgico de la Edad Media, ni con una mera repetición literal de santo Tomás (1225-1274). Por el contrario, León XIII pretendía que, a partir de la inspiración y de los principios de la filosofía perenne de santo Tomás, el pensamiento de los católicos se encumbrase por encima del reduccionismo de la fenomenología positivista. Era, en definitiva, la suya una apuesta por los dos grandes valores de la naturaleza humana, el conocimiento y la libertad, frente a su negación por parte de los determinismos ideológicos de finales de siglo, que pocos años después nutrirían ideológicamente a los totalitarismos políticos. El propio León XIII fomentó —en más de un caso con dotaciones económicas— la creación de cátedras de Filosofía y Teología tomistas en muchos seminarios y en las universidades de Roma, Lille, Friburgo, Washington y Lovaina. Fue en esta última universidad donde surgió, en torno al cardenal belga Désiré Joseph Mercier (1851-1926), el núcleo de estudiosos más destacados. No obstante, y a la vista de los resultados, cabe afirmar que esta propuesta de León XIII sigue siendo todavía actual.

León XIII escribió un total de 51 encíclicas. A partir de 1881 publicó —entre otras más— cinco grandes encíclicas (P. Galindo, *Colección de encíclicas y documentos pontificios*, 2 vols., Madrid, 1967), cuyos contenidos doctrinales desembocan y se estructuran en la *Rerum novarum*. La encíclica *Diuturnum* (29 junio 1881) se ocupa del origen del poder. La *Inmortale Dei* (1 noviembre 1885) aborda las relaciones entre la Iglesia y el Estado. La *Libertas* (20 junio 1888) es un estudio, a la vez que una defensa de la libertad del hombre. La *Sapientiae christianae* (10 enero 1890), en la que se llega a afirmar que la ignorancia es el peor de los enemigos de la Iglesia, entiende la sociedad no como fin en sí mismo, sino como el medio en el que la persona debe conseguir los medios para su perfección; en uno de los párrafos de la *Sapientiae christianae* se puede leer que si bien la Iglesia debe ser respetuosa e indiferente con las formas de gobierno o las leyes, del mismo modo no puede ser esclava de ningún partido político; en consecuencia, afirma León XIII en dicha encíclica: «arrastrar a la Iglesia a algún partido o querer tenerla como auxiliar para vencer a los adversarios, propio es de hombres que abusan inmoderadamente de la religión». La quinta encíclica es la *Praeclara gratulationis* (20 junio 1894), donde León XIII abunda en los temas ya expuestos en la *Sapientiae christianae* cuatro años antes; tal insistencia es la mejor prueba de que, a pesar de la claridad en la exposición de León XIII, o no se le había entendido suficientemente o no se le quería entender.

Como ya se ha dicho, en 1891 se publicó la encíclica *Rerum novarum* (E. Guerry, *La doctrina social de la Iglesia*, Madrid, 1963), en cuya introducción, tras calificar de utópica la pretensión de fijar de un modo definitivo la norma justa que regule las relaciones entre ricos y pobres, León XIII añade, inmediatamente después, que hay obligación de auxiliar a los más indefensos de la sociedad. Pasa a continuación el documento pontificio a ocuparse del socialismo, cuyas propuestas de la lucha de clases y eliminación de la propiedad privada se enjuician como falsas soluciones para el arreglo de la cuestión social. Inmediatamente después, León XIII recuerda los principios de libertad, justicia y respeto a la dignidad de la persona que siempre deben estar vigentes en la consideración de los patronos respecto a los obreros, y de éstos hacia sus patronos. A vuelta de página, León XIII apunta al núcleo del problema y se enfrentaba a los postulados del determinismo naturalista de la economía liberal, al afirmar que tanto la propiedad como el salario tienen un carácter social, y que en

consecuencia la cuantía de un jornal no puede estar marcada exclusivamente por la ley de la oferta y la demanda; hay un salario justo que se debe pactar, cuya cantidad en cualquier caso nunca puede ser inferior al coste del mantenimiento del obrero. El Estado por tanto —según la *Rerum novarum*— no puede ni permanecer al margen de todo el proceso productivo, como proponían los liberales, ni controlarlo de un modo absoluto, como defendían los marxistas, sino que debía actuar para garantizar que se respetara la propiedad y su uso adecuado, a la vez que para promover el establecimiento de una justicia distributiva en beneficio de los más necesitados, elementos que deben confluír en el sostenimiento de la paz social. Ya al final del documento, León XIII se refería a un punto de capital importancia como era el de las organizaciones obreras, a las que el Estado debía proteger, pero sin entrometerse ni en su organización ni en su disciplina.

Por la importancia de la *Rerum novarum*, los sucesores de León XIII se han referido continuamente a ella e incluso con motivo de sus aniversarios se han publicado nuevas encíclicas. Pío XI (1922-1939) afirmó que gracias a esta encíclica «los principios católicos en materia social han pasado poco a poco a ser patrimonio de toda la sociedad humana». Pío XII (1939-1958), en su cincuenta aniversario, califica a la *Rerum novarum* como «la carta magna de la laboriosidad cristiana». Juan XXIII (1958-1963) se refiere a ella como «la suma de la doctrina católica en el campo económico y social». Pablo VI (1963-1978) reconoció que el mensaje de la *Rerum novarum*, a los ochenta años de su publicación, «seguía inspirando la acción en favor de la justicia social». Y Juan Pablo II (1978) ha querido conmemorar su noventa aniversario y su centenario, con la publicación de dos encíclicas: *Laborem exercens* y *Centesimus annus*. Por todo ello, ha escrito el jurista y teólogo Teodoro López («León XIII y la cuestión social, 1891-1903», *Anuario de Historia de la Iglesia*, VI, Pamplona, 1997):

no me parece exagerado afirmar que ningún otro documento del magisterio pontificio ha gozado de actualidad tan permanente, ningún otro ha merecido tantos homenajes y conmemoraciones, ningún otro ha sido objeto de tal atención continuada en los documentos del magisterio posterior. La moral social cristiana, la doctrina social de la Iglesia, la fidelidad cristiana a sus compromisos en la vida social se saben deudoras del gran documento del papa León XIII.

En efecto, el tema de la acción social y la Iglesia ha hecho correr ríos de tinta. Y no han faltado, incluso, quienes han llegado a afirmar que la Iglesia ha vivido ajena a la cuestión social. Tal afirmación o nace de un prejuicio o se realiza cerrando los ojos ante la historia, porque no hay ninguna institución que, como la Iglesia, pueda exhibir una tan rica y variada actuación social, que por lo demás dura ya dos mil años. Ahora bien, si por acción social sólo se entiende la lucha de clases, en este caso hay que decir que tanto el magisterio de León XIII como el de sus predecesores y sucesores, denunciaron la lucha de clases como una falsa solución para el mundo del trabajo y para la sociedad en general. Es más, a la vista del exterminio de millones de personas por el comunismo, a lo que hay que añadir las calamidades, la miseria y el sufrimiento que ha reportado a tantos seres humanos el socialismo real, resalta todavía con más mérito la valentía de los pontífices al denunciar la perversidad de esa ideología, sobre todo si se tiene en cuenta que dichas denuncias se realizaron cuando buena parte de los intelectuales se habían dejado alienar, precisamente, por esa misma ideología (F. Furet, *El pasado de una ilusión*, México, 1995).

Quedaría incompleto este resumen del magisterio doctrinal de León XIII sin hacer referencia a un problema surgido al final de su pontificado, como es el del americanismo o herejía de la acción (R. Pattee, *El catolicismo en los Estados Unidos*, Madrid, 1964), que no es sino el anticipo de la gran crisis del modernismo, a la que tuvo que hacer frente su sucesor, san Pío X. La publicación en Estados Unidos de la biografía del fundador de los paulistas, Isaac Thomas Hecker (1888-1919), y sobre todo el prólogo que la precedía, reclamó la atención de León XIII. En dicho prólogo se pedía a la Iglesia que adaptase sus normas disciplinares y las verdades del depósito de la fe como único medio para aumentar el número de los fieles, a continuación se calificaba de superfluo e innecesario el magisterio de la Iglesia por considerar suficientes las mociones del Espíritu Santo en cada alma, además se preferían las virtudes naturales a las sobrenaturales, y por último se consideraba que había dejado de tener sentido, por juzgarla de otros tiempos, lo que se definía como vida pasiva, esto es la oración y la penitencia; la vida pasiva, por tanto, debía ser sustituida por otra, a la que se denominaba vida activa, plena de actuaciones externas. León XIII salió al paso con la carta *Testem benevolentiae* (22 enero 1899), sobre los errores que «algunos llaman americanismo». La advertencia de León XIII fue muy bien acogida por los obispos americanos, así como por el superior general de los paulistas y el biógrafo del padre Hecker, a los que les faltó tiempo para dirigirse al pontífice agradeciéndole su escrito y sometiéndose a su magisterio. Como problema menor que era, la cuestión quedó zanjada con esto. Y a buen seguro que el término americanismo no hubiera llamado tanto la atención de los historiadores de la Iglesia, de no ser porque con motivo de esta polémica salieron a la luz en Francia las primeras manifestaciones del modernismo.

Las misiones y la vida interna de la Iglesia. En otro orden de cosas, la expansión colonial fue uno de los rasgos peculiares del período en el que dirigió la Iglesia León XIII. A partir de 1880, una serie de factores contribuyó a que así fuera, desde la búsqueda de prestigio de las potencias europeas hasta las nuevas posibilidades que ofrecía la tecnología (D. R. Headrick, *Los instrumentos del imperio*, Madrid, 1989). Durante los meses de noviembre de 1884 a febrero de 1885 se celebró la conferencia de Berlín, donde trece potencias europeas además de Estados Unidos fijaron las condiciones para la colonización del continente africano. Y por lo que aquí interesa, en uno de los puntos de los acuerdos se declaraba a los misioneros, junto con los sabios y los exploradores, personas a proteger por las potencias colonizadoras. Paradójicamente, el anticlericalismo generalizado en la política interior de los países europeos, desaparecía en el programa colonizador de esas mismas potencias. Esta situación favoreció sin duda el trabajo de los misioneros, entre los que cabe destacar al cardenal arzobispo de Argel, Charles Lavigerie (1825-1892), fundador de los Padres Blancos.

Por medio de la encíclica *Sancta Del civitas* (3 diciembre 1884), León XIII recordaba a todos los católicos su responsabilidad respecto a las misiones, a las que estaban obligados a ayudar con su oración y sus limosnas. El balance

misional del pontificado de León XIII fue realmente impresionante. Pero también con el tiempo se dejaron ver las sombras de esta etapa. La unión entre colonizadores y misioneros (H. Deschamps, *La fin des Empires coloniaux*, París, 1963) ayuda a entender la persecución religiosa durante el proceso descolonizador, más si se tiene en cuenta que los líderes de la descolonización, por pertenecer a los grupos dominantes de las colonias habían podido acudir a las universidades de Europa, en donde en no pocos casos recibieron una formación no exenta de un sectarismo antirreligioso. La preocupación de León XIII por el ecumenismo, entre otras muchas manifestaciones, guarda relación con las seis encíclicas, siete cartas pastorales, catorce alocuciones y cinco discursos que el papa dedicó específicamente a este aspecto. Fueron muchas las iniciativas de León XIII en este sentido, entre las que cabría citar la creación de la Comisión pontificia para la reconciliación, claro precedente de la futura Secretaría para la Unidad de los Cristianos. Dicha comisión apenas pudo trabajar, dada su corta existencia, pues poco tiempo después de su constitución falleció el papa.

León XIII reforzó la vida de la Iglesia mediante la dignificación del culto eucarístico. A él se debe la iniciativa de la celebración de los congresos eucarísticos anuales; el primero tuvo lugar en Lille (1881), y a continuación —entre otras ciudades— en Avignon, Lieja, Friburgo, París, Amberes, Jerusalén y Londres. En línea con sus predecesores fomentó también la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a quien consagró el género humano el último año del siglo XIX. Introdujo la celebración litúrgica de la fiesta de la Sagrada Familia, y la propuso como modelo para todas las familias cristianas; en sus escritos mostró una gran veneración por san José. Pero, sobre todo, León XIII puso especial énfasis en recomendar el rezo del rosario, por considerar que era el medio más eficaz para conservar la fe y el arma para combatir los males de la sociedad; señaló el mes de octubre para la práctica especial de esta devoción y recomendó insistentemente que se rezara en familia; en 1883, León XIII introdujo en las letanías la advocación de Reina del Rosario. Todas estas recomendaciones fueron el objeto, naturalmente, de las frecuentes indicaciones que el papa hizo a los obispos, a quienes animaba a que se reunieran cada año y por regiones en conferencias episcopales, con el fin de promover la formación del clero y mejorar la atención del pueblo. Durante su pontificado erigió 284 nuevas diócesis y 48 vicariatos; restauró la jerarquía eclesiástica en varias naciones, como en la India, dividida en ocho provincias eclesiásticas, o en Japón, donde León XIII estableció el arzobispado de Tokio, con las diócesis sufragáneas de Nagasaki, Osaka y Hakodeté.

A principios de julio de 1903 León XIII sufrió una inflamación pulmonar; dada su gravedad pidió que se le administraran los últimos sacramentos el día 5. Dos días después, los médicos detectaron que se le habían encharcado los pulmones y le sometieron a diversas toracentesis para extraerle líquido. Los remedios médicos le mantuvieron estacionario hasta que el día 19 por la noche perdió el conocimiento y comenzaron los estertores agónicos. Al día siguiente León XIII recobró la conciencia, de modo que el moribundo se pudo despedir de todos los que le rodeaban, especialmente de su secretario de Estado, el cardenal Rampolla. Tras rezar la letanías de los agonizantes entregó su alma a Dios a las cuatro de la tarde. Sus restos mortales fueron trasladados en 1924 a la basílica de San Juan de Letrán. En su monumento funerario, realizado por Giulio Tadolini (1849-1918), dos figuras flanquean la de León XIII, una de ellas con la cruz en la mano representa a la Iglesia que le llora, la otra es la de un trabajador. En una de las inscripciones se puede leer: «Los hijos acuden de todas las naciones a honrar a su padre.»

Pío X, san (4 agosto 1903 - 20 agosto 1914)

Personalidad y carrera eclesiástica. San Pío X aporta a la etapa de los grandes pontificados de la época contemporánea no sólo su destacado magisterio, sino también el ejemplo de su vida santa (G. Dal-Gal, *Pío X. El papa santo*, Madrid, 1985, traducción de la edición italiana de 1954). Fue beatificado (3 junio 1951) y canonizado (29 mayo 1954) por Pío XII; el último papa proclamado santo antes que él fue san Pío V (1566-1572).

San Pío X había nacido (2 junio 1835) en Riese, un pueblecito de la diócesis de Treviso, al nordeste de Italia. Se le impuso el nombre de Giuseppe Melchiorre. El cabeza de familia, Giovanni Battista Sarto, era alguacil y por todo patrimonio poseía unos cuantos palmos de tierras de labranza, la casa y una vaca, por lo que la madre, Margherita Sansón, tenía que contribuir a aumentar los ingresos con el trabajo de costurera, además de atender a su numerosa familia. El matrimonio tuvo diez hijos, dos de los cuales murieron a los pocos días de nacer, de manera que Giuseppe se convirtió en el mayor de los dos chicos y las seis chicas de los Sarto.

Riese no tenía más que una pequeña escuela primaria, donde Giuseppe Melchiorre Sarto dio muestras de poseer un gran talento. Por entonces, el arcipreste, don Tito Fusarini, descubrió las primeras señales de su vocación sacerdotal. Pero como la pobreza de los Sarto hacía impensable su ingreso en el seminario, don Tito propuso a su padre que el niño prosiguiera los estudios en Castelfranco, donde funcionaba una escuela secundaria, pensando en convalidarlos más tarde en el seminario. Castelfranco distaba siete kilómetros de Riese y tampoco había posibilidad de costearle allí una pensión, por lo que su madre le preparaba cada día la comida y Giuseppe hacía la distancia a pie. Salía de Riese de madrugada y regresaba por la noche; al cabo de unos días, las caminatas fueron destrozando sus sandalias, así es que, sin decir nada a sus padres, decidió hacer el recorrido descalzo, pues de sobra sabía él que no habría dinero para renovar el calzado (J. M. Javierre, *Pío X*, Barcelona, 1951). El esfuerzo de Sarto causaba admiración entre sus gentes, por lo que compadecida de él la buena signora Annetta de Castelfranco, a cambio de que enseñara las primeras letras a sus hijos, le permitió pernoctar en su casa durante los meses de invierno de lunes a sábado. En 1850, después de cuatro años de idas y venidas, concluyó sus estudios en Castelfranco con las notas máximas. Gracias a que don Tito consiguió del cardenal de Venecia una beca, pudo ingresar en el seminario de Padua, donde destacó por su compañerismo, su inteligencia y su piedad. Aunque en mayo de 1852 falleció su padre, a su madre ni se le pasó por la cabeza que su hijo mayor abandonara el seminario y la viuda cargó sobre sí la responsabilidad de sacar económicamente a la familia.

Ordenado sacerdote en 1858, fue de inmediato enviado como coadjutor a Tombolo y más tarde como párroco a Salzano en

1867 (E. Bacchion, Pio X. Giuseppe Sarto, arciprete di Salzano, Padua, 1925). En 1875, el obispo de Treviso le nombró canónigo de la catedral, secretario de la curia diocesana y director espiritual del seminario (G. Milanese, Cenni biografici di Pio X, Treviso, 1903). Por los testimonios y las pruebas aportadas en los procesos de beatificación y canonización se conocen muchos detalles de su vida; así, por ejemplo, se sabe que cuidaba con esmero su predicación, pues se pudieron recoger los esquemas manuscritos de sus homilias de todos los domingos y fiestas litúrgicas, lo que permite afirmar documentalmente que se preparaba siempre y por escrito todas sus intervenciones. Sus contemporáneos (L. Ferrari, Pio X: Dalle mié memorie, Vicenza, 1922) destacan cinco rasgos fundamentales del sacerdote Sarto: el recogimiento con el que celebraba la misa, la dedicación a todas las almas traducida en las muchas horas que permanecía en el confesonario, su afán por la catequesis de los niños, la promoción de vocaciones sacerdotales y la seriedad con la que se aplicó después de ser ordenado a repasar y ampliar sus estudios de teología.

En 1884 fue nombrado obispo de Mantua, cuyo seminario por falta de medios y profesores apenas funcionaba, además de tener a su cabeza a un rector cuya vida no era nada ejemplar. En principio mantuvo al rector, pero el obispo supervisó personalmente la dirección del seminario, se encargó de dar las clases de las cátedras vacantes y con el tiempo acabó por licenciar al rector y asumir él mismo sus funciones. Vivió muy cerca de sus sacerdotes, a quienes visitaba en sus parroquias con frecuencia. Pero no eran las suyas unas visitas de inspección, sino jornadas de aliento y colaboración con sus sacerdotes, a los que en ese día ayudaba a confesar y a enseñar la catequesis de los niños. En 1888 convocó el sínodo diocesano que hacía dos siglos que no se reunía. Todas estas labores de gobierno las hizo compatibles con su ministerio pastoral directo, pues el obispo Sarto permanecía muchas horas en su confesonario de la catedral de Mantua a disposición de sus penitentes y se encargaba de explicar el catecismo en las parroquias que circunstancialmente carecían de párroco. Por lo demás, era bien sabido en Mantua que al obispo le gustaba estar mezclado entre la gente y que las puertas del palacio episcopal estaban abiertas a todo el mundo. Allí acudían personas de toda condición, especialmente los pobres, para acogerse a la más que probada generosidad de Sarto.

En 1891, León XIII le ofreció la sede patriarcal de Venecia, que llevaba implícita la púrpura cardenalicia. Sarto rehusó por considerarse indigno, lo que a más de uno dejó desconcertado en Roma. Tras una segunda propuesta en 1893, comprendió que no tenía más remedio que aceptar. Fue entonces cuando se creó una tensa situación debido a la actitud regalista del gobierno italiano, al negarse a dar el exequátur regio al cardenal e impidiéndole hacer su entrada en Venecia, aduciendo derechos históricos de la época de Pío IV (1559-1565). Sin embargo, la presión popular doblegó al gobierno italiano y por fin pudo hacer su entrada (24 noviembre 1894). Poco después de llegar a Venecia escribió su famosa carta pastoral sobre la música sagrada, base de su posterior motu proprio —ya como papa— Tra le sollecitudini, publicado en la fiesta de Santa Cecilia (22 noviembre 1903), considerado por los liturgistas como la carta magna de la restauración de la música religiosa, que permitió entre otras cosas el resurgir del gregoriano y que el órgano volviera a los recintos sagrados. Por lo demás, en nada cambió su línea de actuación, trazada ya con nitidez desde que fue designado coadjutor de Tombolo: predicación, catequesis, confesonario, atención del seminario, formación del clero, visitas a los enfermos, contacto con los pobres y atención a los marginados; en 1900 organizó unos ejercicios espirituales en la cárcel de Guidecca, en los que el mismo cardenal quiso recibir las confesiones de los reclusos, pronunciar el último sermón y participar en la fiesta final, en la que los presos le compusieron versos y le cantaron coplas.

A lo largo de toda su vida cuidó con especial esmero el culto eucarístico. Por eso, como reparación del sacrilegio que se había cometido en la iglesia de los Carmelitas, convocó un Congreso Eucarístico en 1897, que tuvo gran eco en toda Italia. Y, por supuesto, en Venecia, como ya había hecho en los destinos anteriores, fomentó la comunión frecuente entre los adultos y los niños. Contra la costumbre de entonces de no recibir la primera comunión hasta los doce años, él ya entonces la impartía en cuanto tenían uso de razón, aspecto éste que —como se verá— será una de las notas más peculiares de su magisterio pontificio.

Antes de partir para el cónclave se dirigió a sus fieles de Venecia en estos términos: «Rezad para que Dios dirija la elección reuniendo los votos sobre aquel que, por su virtud, su inteligencia y su fervor apostólico sea digno sucesor de León XIII.» El cardenal Sarto no era consciente de que había trazado su propia biografía con estos rasgos, precisamente en los que se fijaron 50 de los 62 cardenales reunidos en el cónclave que había comenzado el 31 de julio y que concluyó con ese resultado. Fue en este cónclave donde Jan Puzyna (1842-1911), cardenal de Cracovia —ciudad en la órbita de Austria—, vetó en nombre del emperador de Austria al anterior secretario de Estado, el cardenal Rampolla (1843-1913), pues Francisco José I (1848-1916) le consideraba enemigo de la Triple Alianza (Alemania, Austria e Italia) por su política de acercamiento a Francia y Rusia. No tuvo gran efecto el veto, pues después de pronunciado aumentaron los votos a favor de Rampolla, pero el incidente sirvió para reafirmar la independencia de la Iglesia. Pues si explicables podían ser estos usos antiguos, cuando el papa era también un soberano temporal, ahora carecían de sentido. Una de las primeras disposiciones de san Pío X fue firmar la constitución apostólica *Commisum nobis* (20 enero 1904), en la que se castiga con la excomunión latae sententiae reservada al romano pontífice a cualquiera de los participantes en los cónclaves de elección del papa que aceptara «encargo de potestad civil para oponer veto, ni siquiera en forma de simple deseo».

Los diez últimos años del pontificado de León XIII se vieron afectados por una tremenda agitación, basta con recordar que en torno a ese período a las ya de por sí graves crisis sociopolíticas se vino a añadir una serie de magnicidios. Entre otros, fueron asesinados los siguientes personajes: el presidente de la República francesa, Marie Francois Sadi Carnot (1837-1894) en 1894; el presidente del gobierno español, Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897) en 1897; la esposa de Francisco José I y emperatriz austríaca, Isabel Wittelsbach en 1898; el rey de Italia, Humberto I (1878-1900) en 1900; el presidente de los Estados Unidos, William McKinley (1843-1901) en 1901. Aún no se había establecido la calma cuando fue elegido san Pío X; por el contrario, empeoró todavía más la situación y prosiguieron los magnicidios: en 1808 fueron asesinados el rey de Portugal y su heredero, y en 1912 le sucedía lo mismo al presidente del gobierno español, José

Canalejas (1854-1912). San Pío X moría pocos días después del atentado de Sarajevo del que fue víctima el heredero de la corona austríaca, el archiduque Francisco Fernando (1863-1914), cuyo asesinato desencadenó la Primera Guerra Mundial. Por otra parte, como se verá, las relaciones diplomáticas de todos estos países con la Santa Sede sufrieron un grave deterioro o se liquidaron por ruptura. A su vez, la vida interna en la Iglesia tampoco era una balsa de aceite; san Pío X llegaba al Vaticano cuando comenzaban a aparecer los primeros síntomas del modernismo, movimiento al que el papa tuvo que hacer frente en los años centrales de su pontificado.

El magisterio y el gobierno de la Iglesia de san Pío X. San Pío X, como vicario de Jesucristo, hizo oír su voz en medio de esta calamitosa realidad; con diligente valentía daba a conocer su análisis y sus remedios a la crisis en su encíclica inaugural *E supremi apostolatus* (4 octubre 1903): «Nuestro mundo sufre un mal: la lejanía de Dios. Los hombres se han alejado de Dios, han prescindido de Él en el ordenamiento político y social. Todo lo demás son claras consecuencias de esa postura.» Y a continuación advertía san Pío X a quienes, «por aplicar medida humana a las cosas divinas», pudieran entender las anteriores palabras como una toma de partido, que «los planes de Dios son nuestros planes; a ellos hemos de dedicar todas nuestras fuerzas y la misma vida». Así pues, siguiendo la costumbre de elegir un lema para su pontificado y para dejar claro que su propósito no era otro que el de procurar que los hombres se volvieran a someter a Dios, san Pío X tomó prestadas para su divisa las siguientes palabras de san Pablo: «*Instaurare omnia in Christo*» («Restaurar todas las cosas en Cristo»).

Como se dijo, san Pío X en la misma encíclica programática, tras denunciar los males, señalaba también los remedios. En su conjunto constituían, en definitiva, el programa que realizó a lo largo de su pontificado. En efecto, no se puede limitar el juicio histórico sobre san Pío X, exclusivamente, a la condena del modernismo. Si se quiere proceder con rigor hay que estudiar históricamente el mandato de cada sumo pontífice, y eso sólo es posible si se analizan las decisiones de los sucesores de san Pedro en relación con el cumplimiento de la misión propia que les corresponde y que se identifica con el fin sobrenatural de la Iglesia. Y conviene no perder de vista que el fin de la Iglesia, fundada por Jesucristo no es otro que la santificación de todos sus miembros. Desde esta perspectiva se puede afirmar que el pontificado de san Pío X es uno de los más fecundos y renovadores de la historia, por cuanto sus decisiones promovieron la renovación de la vida cristiana y afianzaron la eficacia del gobierno interno de la Iglesia.

En cuanto a la renovación de la vida cristiana, el magisterio de san Pío X se nos presenta ante todo como emanado de un gran pastor de la Iglesia, a cuyos fieles impulsó hacia la vida interior, como medio imprescindible para que cada alma se identifique con Jesucristo y alcance así la santidad; sin duda, sus efectos no fueron visibles de inmediato, pero se dejaron sentir en toda su profundidad en los años posteriores a su pontificado. Fueron muchas las decisiones que tomó en este sentido, por lo que para una mejor comprensión las resumiremos en estos cuatro aspectos: la formación doctrinal de los fieles, la atención a los sacerdotes, la devoción cucarística y la reforma litúrgica. Y, respecto al gobierno de la Iglesia, hay que referirse a las nuevas disposiciones adoptadas por san Pío X para la celebración de los cónclaves, la reforma de la curia romana y la codificación del derecho de la Iglesia.

Tanto por medio de sus escritos como por su ejemplo personal, san Pío X promovió todos estos objetivos. Así, para resaltar la importancia que para la práctica religiosa tiene la formación doctrinal, siguió enseñando personalmente el catecismo hasta 1911 en el cortile de San Dámaso y en el de Pina en el Vaticano; además, elaboró el catecismo que lleva su nombre, dirigido en principio para la diócesis de Roma y que después se adoptó para toda la cristiandad, a partir de 1912. De la importancia de la predicación y de la catequesis habla su encíclica *Acerbo nimis* (15 abril 1905). Por otra parte, ya en su encíclica inaugural se había referido san Pío X a la preparación intelectual y espiritual del clero y recordaba a los obispos que el cuidado de los seminarios debía convertirse en el principal afán de todos sus trabajos. En la exhortación *Haerent animo* (4 agosto 1908), fechada el día de la celebración de sus bodas de oro sacerdotales, especificaba a todos los sacerdotes los medios a emplear para conseguir «una virtud nada vulgar», esto es, la santidad: espíritu de oración, rezo del breviario, lectura espiritual, exámenes de conciencia y frecuencia en la recepción del sacramento de la penitencia, asistencia a ejercicios espirituales y celo por la salvación de las almas. En dicha exhortación quedaba bien patente lo mucho que esperaba el papa de la santidad de los sacerdotes: «si en el orden clerical se restaurare y se aumentare la vida de la gracia sacerdotal, nuestros restantes proyectos de reforma en toda su amplitud tendrán, Dios mediante, mucha mayor eficacia»; por lo que concluía san Pío X su exhortación *Haerent animo* aplicando a los sacerdotes la súplica evangélica («Padre santo, santifícales») y poniendo como intercesora de su ruego «a la augusta Virgen Madre, Reina de los Apóstoles». Todas estas enseñanzas dirigidas a los sacerdotes se reforzaron con la beatificación del cura de Ars, al proponerle como modelo de vida de sacerdote santo. Además, san Pío X será siempre recordado como el papa que fomentó el culto a la eucaristía, la comunión frecuente y a ser posible diaria (decreto *Sacra Tridentina Synodus*, 20 diciembre 1905) y quien rebajó la edad para que los niños pudiesen recibir la primera comunión al llegar al uso de razón (decreto *Quam singulari*, 8 agosto 1910), medidas todas ellas decisivas en orden a la consecución de la santidad cristiana y que adquirieron una aceptación universal, desde que se promulgaron hasta el presente. Y en cuanto a la reforma litúrgica, además de recordar la referencia que hicimos anteriormente al motu proprio *Tra le sollecitudini*, en el que se instaba a la «participación activa de los fieles en los sacrosantos misterios y en la plegaria pública de la Iglesia», hay que señalar la reforma del breviario que recogió la constitución apostólica *Divino afflatu* (1 noviembre 1911).

En cuanto al gobierno de la Iglesia, además de asegurar mediante la constitución apostólica *Commisum nobis* la independencia de los participantes en los cónclaves al penar con la excomunión a quienes ejercieran el veto sobre algún candidato —como ya se vio—, aseguró la libertad de quien fuera elegido, al promulgar junto con la anterior otra constitución, *Vacante Sede Apostólica* (24 diciembre 1904), que invalidaba cualquier pacto o condicionamiento que hubiese estado ligado a los votos durante la elección. San Pío X también reformó la curia romana, que todavía se regía por los estatutos de Sixto V (1585-1590) de 1587; por el paso del tiempo había sagradas congregaciones que ya no tenían

razón de existir, mientras que otras estaban sobrecargadas y con competencias entrecruzadas, de modo que, mediante la constitución apostólica *Sapienti Consilio* (29 junio 1908), las redujo de veinte a once y agilizó su trabajo. Además de las congregaciones, estableció en la curia tres tribunales y cinco officia y definió con claridad las competencias de cada una de estas instituciones. Por último, san Pío X decretó la reforma del Código de derecho canónico que a su muerte dejó muy avanzada, por lo que correspondió a Benedicto XV su promulgación en 1917.

San Pío X designó como secretario de Estado a un joven prelado español de 38 años, que había actuado como secretario del cónclave, Rafael Merry del Val (1865-1930), por su piedad y su espíritu sacerdotal, por su modestia y su santidad —según manifestó a cierto cardenal el propio pontífice—, pero también por ser un políglota, ya que nació en Inglaterra, se educó en Bélgica, era de nacionalidad española, vivió en Italia, además de ser hijo de diplomático y serlo él mismo, por lo que conocía los problemas de los países. Cualidades todas ellas a las que venía a sumarse su condición de no tener ningún compromiso con nadie, debido a su juventud. Merry del Val fue un buen colaborador del papa, y se mantuvo como secretario de Estado hasta la muerte de san Pío X (R. Merry del Val, *El papa X. Memorias*, Madrid, 1954).

La persecución de la Iglesia en Francia. El ascenso a la presidencia del gobierno francés de Émile Combes (1835-1921), en junio de 1902, supuso una nueva persecución para la Iglesia en Francia. Combes había sido un seminarista de un talante intransigente que llegó a doctorarse en filosofía escolástica. «La revolución —llegó a escribir en estos años— que comenzó por la declaración de los derechos del hombre, ha de terminar proclamando los derechos de Dios.» Pero sus superiores no le admitieron a la recepción del subdiaconado y abandonó el seminario, dando un giro radical a su vida: «En esta época —manifestaba tras la mutación— en que las antiguas creencias más o menos absurdas y en todo caso erróneas tienden a desaparecer, los principios de la vida moral se refugian en las logias.» Acabó militando en el radicalismo político y en la masonería con tal sectarismo que el propio Clemenceau (1814-1929), líder de los radicales socialistas, define a Combes «como cerebro de cura viejo, no cambiado, sino simplemente salido de raíles».

Pues bien, Combes, que ya durante el pontificado de León XIII había comenzado sus ataques contra las órdenes religiosas, en junio de 1904 rompió las relaciones con la Santa Sede y suspendió el concordato vigente desde 1801. Daba así un primer paso para de manera unilateral —sin el concurso de Roma— fijar un nuevo estatuto a la Iglesia en Francia, que es lo que se conoce como la Ley de Separación de la Iglesia y el Estado francés de 1905. Pocos días después de la ruptura de 1904, se presentaron varios proyectos de ley y comenzaron los trabajos parlamentarios. Sin embargo, Combes no pudo ver aprobada esa ley como primer ministro, pues fue apartado del gobierno al descubrirse el «escándalo de las fichas» o ficheros secretos de funcionarios y militares a los que de un modo arbitrario se les podía ascender o paralizar en función de que fuesen o no adeptos. Su sucesor, Maurice Rouvier (1842-1911), sería quien promulgase dicha Ley de Separación el 9 de diciembre de 1905.

La Ley de Separación de 1905 no reconocía a la Iglesia personalidad jurídica, por lo que dejaba de ser sujeto de derechos (J. Kerlevoe, *L'Église catholique en régime pangáís de séparation*, París, 1970). En consecuencia, todos los bienes de la Iglesia en Francia quedaron sin propietario, por lo que había que crear un nuevo dueño para esos bienes y se quiso buscar en unas futuras sociedades a constituir, que se denominaron «asociaciones culturales». Las asociaciones culturales, compuestas por laicos, recibirían su capacidad de la ley civil; a la vez, el texto legal prohibía la intervención de la jerarquía eclesiástica en las mismas. De este modo, se arrebataba a los católicos un derecho natural inalienable, pues tal disposición legal suponía que el derecho a la práctica de la religión emanaba del Estado, además de arrojar a los católicos franceses a la anarquía religiosa y al cisma, porque esas asociaciones culturales y sólo ellas serían las que podrían disponer de los lugares de culto, al margen o en contra de lo que pudiera decir el párroco o el obispo. Por último, la ley daba un plazo de un año para constituir las asociaciones culturales, porque de no hacerlo así el Estado se apropiaría de todos los bienes de la Iglesia.

Nadie dudaba de que la amenaza iba en serio. Ante la posibilidad de perderlo todo, el gobierno francés estaba convencido de que el papa ordenaría de inmediato a los fieles franceses que constituyeran las asociaciones culturales. Esos eran sus cálculos porque, a pesar de la claridad de san Pío X en su encíclica inaugural, las autoridades francesas no podían comprender cuáles eran de verdad los «planes» de san Pío X:

Sé cuántos andan preocupados —dijo el romano pontífice en estas fechas— por los bienes de la Iglesia. A mí sólo me inquieta el «Bien». Perdamos las iglesias, pero salvemos la Iglesia. Miran demasiado a los «bienes» y poco al «Bien» (J. M. Javierre, *El mundo secularizado*, 2, en A. Fliche y V. Martín, *Historia de la Iglesia*, t. XXV [2]).

San Pío X, mediante la encíclica *Vehementer* (11 febrero 1906), condenó la Ley de Separación; meses después otra encíclica, *Gravissimo* (10 agosto 1906), rechazaba tajantemente las asociaciones culturales. Por su parte, los obispos franceses celebraron tres asambleas plenarias para tratar de buscar alguna salida, y ante la imposibilidad de encontrarla acabaron por cerrar filas al lado del papa. El conflicto era gravísimo, pero se volvía ahora contra el gobierno, que veía pasar los días sin que se cumplieran sus objetivos de construir una Iglesia nacional y laica, dependiente del Estado. Y a la vista de que se agotaba el plazo fijado, decidió prorrogarlo. Fue inútil; san Pío X, en una nueva encíclica, *Une fois encoré* (6 enero 1907), manifestaba de nuevo su firme postura y calificaba la disposición legal como «ley de expoliación». El 13 de abril de 1908 comenzó la incautación de todos los bienes, por lo que la Iglesia en Francia perdía todo su patrimonio en bienes muebles e inmuebles y por supuesto se retiró la subvención que el clero venía recibiendo desde 1801, según lo acordado en el concordato. Al igual que sucedió durante la Revolución francesa, la Iglesia era despojada de todas sus pertenencias. En las páginas del *Journal Officiel* de 1908 se pueden consultar las largas listas de tantos lugares de culto y objetos religiosos que fueron a parar a manos particulares. La Primera Guerra Mundial sorprendió al gobierno francés elaborando nuevas leyes anticlericales para tapar cualquier resquicio, por pequeño que fuera, por el que la Iglesia se pudiera hacer presente en la sociedad francesa.

La Iglesia en Italia. La acción de la *Opera dei Congressi* se había enturbiado, ya durante el pontificado de León XIII, entre

otras cosas porque en su seno operaba el grupo de la democracia cristiana, que el sacerdote Romolo Murri (1870-1944) había orientado hacia el socialismo. El 28 de julio 1904, el secretario de Estado, el cardenal Merry del Val, en carta a todos los obispos italianos les manifestaba que el papa en vista de la falta de concordia y de unidad para llevar a cabo sus propósitos, había decidido disolver la Opera dei Congressi. Poco después, se anunciaba la creación de otro organismo que sustituiría a la Opera dei Congressi y se supo también que san Pío X, sin anular totalmente el *non expedit* de sus antecesores, lo iba a regular de modo que pudiera haber católicos que fuesen diputados, pero sin formar un partido confesional. Por fin, la encíclica *II fermo proposito* (11 junio 1905) daba a saber a los católicos italianos —y naturalmente por extensión a los del todo el mundo— las pautas que deberían seguir en sus actuaciones públicas.

Ante todo esto, el clérigo Romolo Murri se rebeló y fundó en Bolonia la Liga Democrática Nacional (noviembre 1905) en la que se integraron parte de sus antiguos seguidores de la Opera dei Congressi, conocidos como democra-tacristianos. El grupo de Murri, que en 1902 tenía 6.000 personas inscritas, pasó a 1.600 en 1906, de los que no pocos eran recién llegados. Y es que ese mismo año, san Pío X en la encíclica *Pleni l'animo* (28 julio 1906), sobre la educación del clero joven, desautorizó al partido de Murri y prohibió a los clérigos que se inscribieran en él. La condena del modernismo y su enfrentamiento abierto contra el papa significó el abandono de la Iglesia por parte de Murri. Por lo demás, la Liga Democrática Nacional desapareció en 1922, y él, abandonado por sus correligionarios, vivió en soledad sus últimos años. Tras varios intentos fallidos para recuperarle, Pío XII se dirigió a Murri por carta personal en la que le recordaba los años vividos como condiscípulos en el colegio de Capranica y le abría la puertas de la Iglesia. Mostró su arrepentimiento en 1943 y murió al año siguiente.

La encíclica *II fermo proposito* daba un sentido preciso a la Acción Católica —que Pío XI reorientará a partir de 1928, cambio de rumbo que permite hablar de otra Acción Católica diferente— como instrumento para restaurar todas las cosas en Cristo. Así, la Acción Católica de san Pío X acogería toda la actividad de los católicos, en cuanto que católicos, para abrir a Jesucristo la familia, la escuela... la sociedad, en suma, con el fin de restaurar y promover una civilización cristiana. La Acción Católica, para operar en Italia, creó un organismo llamado *Unione Popolare*, que según sus estatutos estaría formada por cuatro secciones, cada una de ellas con las misiones específicas que indican sus nombres: la Unión Popular, como órgano de formación, la Unión Económico-social, la Unión Electoral Católica y la Juventud Católica Italiana. Las presidencias de estas cuatro asociaciones formarían la dirección general de la Acción Católica en Italia.

En consecuencia, y por lo que se refiere a los aspectos políticos de Italia (A. W. Salomone, *Italy and the Giolittian Era*, Pennsylvania, 1960), se superaba la fase de la abstención del *non expedit*. A partir de ahora los católicos debían prepararse para que, de acuerdo con las normas de los obispos en cada una de las diócesis, influyeran en las distintas elecciones. Por otra parte, en el documento pontificio // *fermo proposito*, san Pío X al referirse a todas estas actividades y movimientos de los católicos hacía una mención expresa al papel que correspondía a los sacerdotes. En uno de sus párrafos, tras advertirles que la demasiada atención a las cosas materiales les puede llevar a desatender lo más importante que se les ha entregado, esto es, su ministerio propio de sacerdotes, san Pío X afirma: «el sacerdote ha de conservarse por encima de todos los humanos intereses [...] y su campo propio es la Iglesia». Daba así a entender el sucesor de san Pedro que sólo desde la alta estima que merece la misión sacerdotal, se podrían evitar injerencias de los clérigos en el ámbito de la acción temporal, reservado para el resto de los fieles que no han recibido las órdenes sagradas.

Como consecuencia de la encíclica *II fermo proposito*, en las elecciones italianas de 1909 entraron en el Congreso 24 católicos. En diciembre de 1912, el conde Gentiloni, presidente de la Unión Popular, pudo llegar a un pacto con Giolitti (1848-1928), jefe del gobierno italiano, para que en las elecciones de 1913 pudieran figurar 55 católicos en las candidaturas de los gubernamentales, a cambio de que los católicos en el resto del territorio apoyasen las listas liberales, siempre que éstas no atacasen a la familia, a la enseñanza religiosa y a las congregaciones de frailes y monjas, de las que en definitiva dependía casi en absoluto dicha docencia religiosa. Realmente, los resultados no fueron espectaculares, pues sólo consiguieron el acta de diputado 35 católicos, pero de todos modos se sentaron los precedentes para que después de la Gran Guerra, anulado el *non expedit* por Benedicto XV, don Sturzo (1871-1959) fundara el *Partito Popolare*, precedente inmediato de la Democracia Cristiana italiana.

La Iglesia en Alemania, Portugal y España. En cuanto a Alemania (W. Carr, *A History of Germany*, 1815-1945, Londres, 1969), cuando a principios de siglo el *Zentrum* alcanzaba su mayor desarrollo, sobrevino la crisis del partido. Al ser ya un recuerdo la persecución religiosa de la *Kulturkampf* y perder sentido el voto católico de años precedentes, se enfrió su masa electoral y sus dirigentes se dividieron en torno a la conveniencia de hacer un partido interconfesional. A todo ello venía a unirse las acusaciones de que eran objeto los dirigentes del *Zentrum* de ser antipatriotas y oscurantistas. Por todo ello, los hombres del *Zentrum* del llamado grupo de Colonia reclamaban una apertura interconfesional del partido; por el contrario, sus correligionarios del grupo de Tréveris rechazaban el interconfesionalismo. Ambos sectores veían en tan contrapuestos puntos de vista la salida a la crisis. En estas circunstancias, durante las elecciones de 1912 se formó una coalición anti-*Zentrum* de liberales y socialistas y en esa campaña electoral se acusó a los católicos de ser «romanos» y antialemanes. Fue entonces cuando el *Zentrum* perdió la posición de primer partido del Reich. La derrota, sin embargo, no supuso una persecución a la francesa, aunque tampoco hubo tiempo para ello. El estallido de la Primera Guerra Mundial dejó ésta y muchas cosas más entre paréntesis, entre otras la futura orientación del *Zentrum*.

En Portugal, el reinado de Carlos I (1898-1908) fue un auténtico caos (J. Pabón, *La revolución portuguesa*, 2 vols., Madrid, 1941-1945) que llevó al país a la bancarrota; fue durante esta etapa cuando se suprimieron todas las órdenes religiosas. El intento del rey de implantar una dictadura se saldó con su asesinato y el de su heredero. Nada cambió en la breve monarquía de Manuel II (1808-1910); destronado, huyó y se dio paso a la República, que en política religiosa siguió las pautas del sectarismo francés. El gobierno, apoyado por la masonería, confiscó los bienes de la Iglesia en 1911, rompió relaciones con la Santa Sede dos años después y alentó todavía más la persecución religiosa. San Pío X se ocupó de los

problemas de la Iglesia en Portugal en su encíclica *Iamdudum in Lusitania* (24 mayo 1911). Todas estas medidas supusieron una descristianización de la sociedad, que comenzó a recuperar espectacularmente sus prácticas religiosas a partir de las apariciones de Fátima de 1917.

En España (J. Andrés-Gallego, *La política religiosa en España 1889-1913*, Madrid, 1975), entre 1903 y 1909 se intentó sin éxito aprobar la Ley de Asociaciones, con el fin de controlar a las congregaciones religiosas. Sin que se hubiera llegado todavía a una solución, en los últimos días de agosto de 1909 tuvieron lugar los acontecimientos que se conocen como la «Semana Trágica» de Barcelona. De nuevo, el sectarismo antirreligioso se manifestaba a la española: grupos incontrolados asesinaron a tres clérigos e incendiaron doce parroquias y cuarenta conventos de la ciudad condal. Al año siguiente se volvió sobre las congregaciones, con la que popularmente se conoce como Ley del Candado, por cuanto prohibía el establecimiento de nuevas órdenes religiosas hasta que no fuera aprobada la Ley de Asociaciones. Y para comprender lo inexplicable hay que recurrir a la ingénita esquizofrenia religiosa de los políticos españoles, religiosos en lo privado y todo lo contrario en público, que permitió elaborar una ley antirreligiosa pero con una cláusula para que no se cumpliera: la Ley del Candado quedaría sin efecto si en el plazo de dos años no se promulgaba la Ley de Asociaciones. Así, los políticos españoles, para maquillarse a la europea, daban muestras una vez más de su inefable capacidad para estar a favor y en contra de la Iglesia, porque además de no hacer falta la previsión sobre el establecimiento de nuevas órdenes religiosas, ya que en España estaban todas establecidas, el proyecto de Ley de Asociaciones ni se discutió. La Ley del Candado no sirvió para nada, salvo para encrespar los ánimos de la sociedad durante todo este tiempo.

Y fue en este clima en el que tuvo lugar la iniciativa del padre Ángel Ayala (1867-1960) de congregar a un grupo de «jóvenes selectos», para llevar a la práctica en España las enseñanzas de la encíclica // *fermo proposito* de san Pío X. El nuncio impuso (3 diciembre 1909) en el colegio de los jesuitas de Areneros las 17 primeras insignias de la Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas, cuyo primer presidente fue Ángel Herrera Oria (1886-1968). Como en principio no tenían un programa concreto de acción, solicitaron al Vaticano unas normas de comportamiento. El secretario de Estado, a través del cardenal de Toledo y por lo tanto máximo dirigente de Acción Católica, les entregó por carta las orientaciones que solicitaban. Esto era tanto como conceder a la Asociación Nacional un cierto reconocimiento oficial. Ahora bien —proseguía el secretario de Estado en su misiva—, los católicos españoles podían afiliarse a cualquier partido, con la única condición de que ese partido no se declarase enemigo de la Iglesia, y en consecuencia no se podría tachar de ser malos católicos a quienes se inscribiesen en otras organizaciones distintas de la de los Propagandistas. En conclusión, y en línea con el proceder que se había aconsejado a los católicos de otros países, el Vaticano rechazaba la formación de un partido católico, lo que valía también de paso para desautorizar al carlismo en sus pretensiones de representar al catolicismo español. En esta situación, se pensó en que la mayor influencia de la Asociación Nacional podía ejercerse a través de la prensa, por lo que se buscaron recursos económicos entre capitalistas católicos vascos para fundar *El Debate* en 1911. *El Debate*, como manifestación de obediencia a la jerarquía, se sujetó por estatutos a la censura del obispo de Madrid y de todos los metropolitanos. El periódico desapareció en 1936, no así sus hombres ni la Asociación a la que pertenecían, a los que volveremos a encontrar en los siguientes pontificados como protagonistas de la vida religiosa y política de España.

El modernismo. Si todos los problemas —descritos hasta aquí— fueron motivo de la preocupación de san Pío X, ni siquiera todos juntos tenían el calado y las consecuencias del modernismo (R. García de Haro, *Historia teológica del modernismo*, Pamplona, 1972). Todos los conflictos anteriores son externos a la Iglesia; el modernismo, por el contrario, es interno. Hay que reconocer que san Pío X tuvo una claridad por encima de lo común para medir las magnitudes del modernismo, además de una gran valentía para dictar toda una serie de medidas disciplinarias para atajar el problema. Quizás en aquel momento nadie como él supo darse cuenta de las consecuencias del modernismo de principios de siglo, cuyos efectos siguen todavía activos al día de hoy.

Las distintas tendencias modernistas se pueden definir como un nuevo intento gnóstico que trata de sustituir los fundamentos doctrinales sobre los que su fundador había edificado la Iglesia, en un afán de desplazar la fe y la Revelación como fundamento del hecho religioso y colocar en su lugar los criterios del racionalismo y de la ciencia positivista. En suma, el modernismo subordina la fe a lo que los modernistas denominan formulaciones de los tiempos modernos, que por ser contradictorias a la fe acaban modificando el depósito entregado por Jesucristo.

El círculo de los modernistas fue muy reducido, realmente eran muy pocos y estaban muy localizados; todos ellos eran clérigos, entre los que destacaban el sacerdote Alfred Firmin Loisy (1857-1940) en Francia, el jesuita George Tyrrel (1861-1909) en Inglaterra o el profesor del seminario romano Ernesto Buonaiuti (1881-1946) y el sacerdote italiano Romolo Murri, anteriormente citado. Ahora bien, a pesar de ser tan pocos dejaron sentir su influencia entre los católicos, en primer lugar por su condición de clérigos de quienes dependen muchas almas y además porque a diferencia de lo acostumbrado por los herejes de abandonar la Iglesia, lo propio de los seguidores del modernismo es permanecer dentro de ella, pues el modernista considera que es su misión reformar la Iglesia de acuerdo con su propio pensamiento. Así, por ejemplo, el modernista en su concepción dialéctica concibe la coexistencia —como tesis y antítesis— de una Iglesia institucional y otra carismática, la primera tradicional y la segunda progresista, gracias a cuyo enfrentamiento surge el avance; naturalmente, en dicha concepción el modernista es el representante de los carismas y del progresismo. De aquí que para ellos no sólo no fuera compatible, sino necesario realizar una crítica contra los fundamentos mismos de la Iglesia y permanecer a la vez dentro de su seno. Por eso la estrategia modernista para evitar una excomunión no utiliza enfrentamientos directos, ni hace afirmaciones tajantes o esconde su personalidad firmando sus publicaciones con seudónimos, como el de Hilaire Bourdon, que fue el utilizado por Tyrrel. Como estrategia, nadie tan habilidoso como Buonaiuti, que se las arregló para mantenerse dentro de la Iglesia hasta 1926, a pesar de haber sido excomulgado en dos ocasiones en los años 1921 y 1924.

Los modernistas no articularon un cuerpo orgánico doctrinal y prefirieron seguir la táctica de exponer sus ideas de un modo difuso, utilizando el recurso de las medias verdades. Todo ello, además de dificultar la actuación de las autoridades eclesiásticas en orden a establecer la divisoria entre las publicaciones de contenido erróneo, ofrecía a los modernistas la posibilidad de no darse por enterados, cuando llegase la condena. A pesar de todo, la claridad y coherencia de san Pío X fue meridiana: la fe de la Iglesia no tiene necesidad de adaptarse a nada, por cuanto la plenitud de los tiempos se había producido ya con la revelación de Jesucristo, Dios hecho hombre. Partiendo de este principio básico que salvaguardaba el depósito entregado por Jesucristo, san Pío X denunció los objetivos de los modernistas mediante el decreto *Lamentabili* (3 julio 1907), expuso de un modo organizado la doctrina del modernismo y la condenó en la encíclica *Pascendi* (8 septiembre 1907), y estableció toda una serie de medidas disciplinarias en varios documentos, el más importante de todos fue el *motu proprio Sacrorum Antistitum* (1 septiembre 1910).

El decreto *Lamentabili* condena 65 proposiciones modernistas, algunas de las cuales son éstas: la fe propuesta por la Iglesia contradice la historia; la Sagrada Escritura no tiene un origen divino y debe ser interpretada como un documento humano; la resurrección de Jesucristo no fue un hecho histórico, sino una elaboración posterior de la conciencia cristiana; los sacramentos del bautismo y de la penitencia no tienen un origen divino; no hay verdad inmutable y ésta evoluciona con el hombre; la Iglesia, por apearse a verdades inmutables, no puede conciliarse con el progreso. Y concluía, literalmente el decreto *Lamentabili* con la 65 y última proposición: «El catolicismo actual no puede conciliarse con la verdadera ciencia si no se transforma en un cristianismo no dogmático, es decir en protestantismo amplio y liberal.»

Por su parte, san Pío X en la encíclica *Pascendi*, además de indicar los remedios contra la crisis modernista, retrata tres figuras: la del filósofo modernista, la del creyente modernista y la del teólogo modernista. El filósofo modernista, por fundamentar sus ideas en el agnosticismo y reducirse a lo fenoménico, acaba por afirmar el principio de inmanencia vital, según el cual Dios es un producto de la conciencia que el sentimiento de cada uno engendra; así las cosas, la conciencia religiosa, es decir, el «sentimiento» religioso de cada uno, se erige en autoridad suprema, por encima por supuesto del magisterio y de la autoridad de la Iglesia. El creyente modernista debía limitarse a elaborar en su interior su experiencia de lo divino; las creencias, por lo tanto, se identifican con las experiencias singulares. Por último, se refería el papa al teólogo modernista que, por partir del principio de que Dios es inmanente al hombre y que en consecuencia la autoridad religiosa no es sino la suma de todas las experiencias individuales, sostiene que la autoridad eclesiástica debe regirse por criterios democráticos. Este radicalismo religioso, inmanentista, individualista y subjetivo de los modernistas, que vaciaba completamente de sentido a la Iglesia, era condenado por el sumo pontífice, por ser el modernismo —según se lee en la *Pascendi*— el «conjunto de todas las herejías» con capacidad para destruir no sólo la religión católica, sino cualquier sentido religioso, por cuanto los presupuestos del modernismo cimentan, en definitiva, el ateísmo.

Así las cosas, no había posibilidad de entendimiento y sólo cabían el rechazo firme de tales planteamientos y las medidas preventivas. En este sentido, el *motu proprio Sacrorum Antistitum* exigió prestar el juramento antimodernista a los profesores de disciplinas eclesiásticas y a los clérigos. Dicho juramento contenía una declaración de fidelidad al magisterio de la Iglesia y el sometimiento al decreto *Lamentabili*. La iniciativa de san Pío X fue muy bien recibida; en toda la cristiandad sólo cincuenta personas se negaron a prestar el juramento antimodernista.

El final del pontificado en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Los últimos años de su pontificado se llenaron de preocupación por la dirección que lomaba la política internacional de las potencias europeas. San Pío X presentía un desenlace fatal y a muchos de sus colaboradores cercanos ya les hablaba del guerrone («la guerraza») que podía sacudir a la humanidad, antes de que estallara la guerra mundial. Días después de iniciarse el conflicto armado, mediante la exhortación *Dum Europa* (2 agosto 1914) hacía un llamamiento en favor de la paz e imploraba que se pusiera fin a la guerra. Desgraciadamente, san Pío X no fue escuchado. Las noticias de los primeros días de la guerra mundial le dejaron abatido; cuentan sus colaboradores que durante esos días el papa lloraba y rezaba insistentemente. A su médico de cabecera, el doctor Marchiafava, le llegó a manifestar: «Daría en holocausto esta pobre vida mía, para impedir la matanza de tantos hijos míos.»

El día 15 de agosto sintió un malestar general y el día 18 Marchiafava comunicó al secretario de Estado la gravedad de la enfermedad, pues san Pío X tenía encharcados los pulmones. Consciente de que era el fin, el sumo pontífice pidió los últimos sacramentos. Poco después perdió la facultad de hablar aunque conservó la lucidez mental y la mirada. Durante el día 19 en varias ocasiones hizo la señal de la cruz. A las once y media de la noche entró el cardenal Merry del Val en su habitación; durante cuarenta minutos san Pío X le estuvo mirando fijamente a los ojos, mientras cogía la mano de su fiel colaborador. Falleció a la una y cuarto de la madrugada. 'En su breve testamento, redactado en 1909, manifestaba una preocupación y su última voluntad:

Nacido pobre, vivido como pobre y seguro de morir muy pobre, me apesadumbra no poder retribuir a cuantos me prestaron sus servicios, especialmente en Mantua, en Venecia y en Roma. Por tanto, ya que no puedo darles muestras de mi gratitud, ruego a Dios les recompense con sus bendiciones mejores [...] Ordeno que mis restos no sean abiertos ni embalsamados. Por tanto, a pesar de la costumbre contraria, no podrán ser expuestos más que unas horas, y después serán sepultados en la cripta de San Pedro del Vaticano. Pero confío que por eso no me faltarán los sufragios de los fieles que pedirán la paz para mi alma.

Benedicto XV (3 septiembre 1914 - 22 enero 1922)

Personalidad y carrera eclesiástica. Giacomo Paolo Battista della Chiesa, es el menos conocido de todos los pontífices de los dos últimos siglos a pesar de que, por la importancia de sus decisiones como sucesor de san Pedro, su corto mandato al frente de la Iglesia —siete años, cuatro meses y veinte días— forma también parte de los grandes pontificados de la Edad

Contemporánea. Nació en Génova (21 de noviembre de 1845), en el seno de una familia de la nobleza italiana. Sus padres fueron los marqueses Giuseppe della Chiesa y Giovanna Migliatori.

Algunos biógrafos (F. Hayward, *Un pape méconnu: Benott XV*, París, 1955, y G. Migliori, *Benedetto XV*, Milán, 1955) describen su infancia como la de un niño listo, reflexivo y reservado. Contra lo habitual de aquellos años, realizó los estudios civiles antes que los eclesiásticos. Hizo el bachillerato en el liceo de Génova, Danovaro e Giusso. Al concluir estos primeros estudios y manifestar a su padre sus deseos de hacerse sacerdote, éste le puso como condición que antes de ingresar en el seminario cursara la carrera de derecho. Y, en efecto, en la Universidad de Génova consiguió el doctorado en derecho (5 agosto 1875). Salvada la resistencia paterna, meses después de doctorarse ingresó (16 noviembre 1875) como seminarista en el colegio de Capranica, para iniciar los estudios eclesiásticos en la Pontificia Universidad Gregoriana. Cumplidos ya los 33 años fue ordenado sacerdote (21 diciembre 1878) e ingresó en la Academia de Nobles Eclesiásticos, aplicándose al derecho canónico, disciplina en la que también consiguió doctorarse.

Por su excelente formación como jurista comenzó a trabajar como auxiliar en la Secretaría de Estado, donde conoció a Mariano Rampolla (1843-1911). Así surgió entre los dos una amistad de por vida y desde entonces sus carreras eclesiásticas discurrieron en paralelo, de modo que cuando Rampolla fue nombrado nuncio de España, en 1882, se llevó a Madrid a Giacomo della Chiesa como secretario particular. Compaginó sus quehaceres en la nunciatura con el desempeño de su ministerio sacerdotal y dio muestras admirables de caridad con los enfermos afectados por la epidemia de cólera que se desató en 1885.

Cuando Rampolla fue nombrado secretario de Estado por León XIII, en 1887, Giacomo della Chiesa regresó a Roma como minutante; en realidad, se convirtió en el secretario particular y hombre de confianza del cardenal Rampolla. Así se explica que, a pesar del poco relieve del cargo de minutante, durante estos años se le encomendaran trabajos de cierta responsabilidad, como el de las relaciones de la Secretaría de Estado con los periodistas, o se le enviara a Viena en dos ocasiones (1889 y 1890) para realizar misiones diplomáticas. Es más, a punto estuvo de ser nombrado arzobispo de Genova, pero fue el mismo Rampolla quien se opuso por pensar que Giacomo della Chiesa era más útil para la Iglesia en el humilde puesto que desempeñaba en la Secretaría de Estado que en la sede genovesa. Permaneció en dicho cargo hasta 1901, año en que fue promovido como sustituto de la Secretaría de Estado. Tras la elección de san Pío X (1903-1914), su protector y amigo fue sustituido por un nuevo secretario de Estado, Merry del Val (1865-1930), quien mantuvo en sus cargos a los colaboradores de Rampolla, Pietro Gasparri (1852-1934) y Della Chiesa. Como hiciera en Madrid, durante su permanencia en las oficinas diplomáticas de la Santa Sede compaginó su trabajo con la atención pastoral. Hasta 1907 dirigió algunas asociaciones piadosas de Roma y dedicó muchas horas a recibir confesiones, como recuerda una placa del confesonario que él solía utilizar en la iglesia de San Eustaquio.

En 1907 hubo que cubrir la vacante de Bolonia, una sede comprometida por las tensiones políticas y religiosas que allí se habían desatado, lo que hacía muy difícil acertar en la elección del candidato. San Pío X pensó en Giacomo della Chiesa como la persona idónea, a sabiendas de que le lloverían las críticas por parte de quienes, por transformar su sacerdocio en mera burocracia clerical, no alcanzan a ver la dimensión sobrenatural de la Iglesia y reducen ésta a una plataforma humana de promoción personal y luchas de banderías. Y, desde luego que, juzgado sólo a lo humano, el nombramiento del antiguo colaborador de Rampolla como arzobispo de Bolonia suponía apartarle de su prometida carrera diplomática. Fue inútil que, para desvanecer este tipo de interpretaciones, fuera el propio san Pío X quien le consagrara obispo (22 diciembre 1907) en la capilla Sixtina, en presencia de Rampolla, Merry del Val y todo el cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede. Sin embargo, el tiempo vino a dar la razón en lo acertado de la elección, pues el nuevo arzobispo realizó un magnífico trabajo, ganándose el afecto de todos por su bondad y su intensa actividad en la diócesis. Organizó congresos diocesanos y peregrinaciones, visitó todas y cada una de las 390 parroquias, y se puso a disposición de cualquier fiel que quisiera acudir a su confesonario donde era bastante fácil encontrarle. San Pío X le manifestó expresamente por escrito la satisfacción que le producía el desempeño de su cargo como arzobispo de Bolonia, lo que quiso reconocerle al nombrarle cardenal (25 mayo 1914). Dicho nombramiento hizo posible que sólo cuatro meses después pudiese participar en el cónclave, del que saldría elegido como vicario sucesor de san Pedro.

Entre otros, dos graves problemas debería afrontar quien saliera elegido papa: el primero, tenía relación con la vida interna de la Iglesia afectada por la crisis del modernismo; el segundo, era la situación de los países que desde hacía poco más de un mes estaban enzarzados en la Primera Guerra Mundial. Así pues, si es mucha la responsabilidad de los asistentes a cualquier cónclave, la emisión del voto en el de 1914 resultaba particularmente delicada por las circunstancias del momento. A pesar de las dificultades derivadas de la guerra, casi todos los cardenales consiguieron llegar a Roma para elegir al nuevo sucesor de san Pedro. En la tarde del 31 de agosto entraron en el cónclave 57 cardenales del total de los 65 que componían el sacro colegio. Esta elección estuvo reglamentada por las disposiciones que había establecido san Pío X, que fueron cumplidas escrupulosamente. El día 3, Giacomo della Chiesa obtenía 38 votos, justo los dos tercios exigidos, por lo que hubo que examinar todas las papeletas para comprobar si el elegido se había votado a sí mismo, lo que de haberse producido hubiera invalidado la votación. El nuevo papa adoptó el nombre de Benedicto XV, en reconocimiento a Prospero Lambertini (1675-1758), predecesor suyo en la archidiócesis de Bolonia y papa bajo el nombre de Benedicto XIV (1740-1758).

Al día siguiente de su elección, Benedicto XV nombró como secretario de Estado al cardenal Domenico Ferrata (1847-1917), quien ni tan siquiera pudo presentarse ante el papa para agradecerle el cargo, pues al salir del cónclave cayó enfermo y murió a los pocos días. Así pues, el 13 de octubre Benedicto XV, «excelente y apasionado jurista, plenamente hombre de su época que se enfrentó con algunas de las características esenciales del tiempo que le correspondió vivir, un defensor constante de una recta convivencia internacional como base de una paz estable» (G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, t. II, Pamplona, 1978), se fijó para el cargo de secretario de Estado en un jurista con experiencia

en los asuntos diplomáticos como el cardenal Pietro Gasparri (1852-1934), al que ya san Pío X había nombrado presidente de la Pontificia Comisión del nuevo Código de derecho canónico. Y para que las dos ocupaciones de Gasparri fueran compatibles y no se demorase la publicación del Código canónico, el papa designó como ayudante de Gasparri en los trabajos de codificación al jesuita Ojetti, profesor de la Universidad Gregoriana.

Benedicto XV y la Primera Guerra Mundial. Hasta los primeros días de septiembre, la Primera Guerra Mundial (P. Renouvin, *La crisis europea y la Primera Guerra Mundial 1904-1918*, Los Berrocales del Jarama, 1990) discurría de acuerdo con los planteamientos trazados desde 1906 por el plan Schlieffen: una guerra de movimientos, que en principio hizo pensar en la victoria alemana en un plazo muy corto de tiempo. Sin embargo, ninguna de las previsiones iniciales se cumplieron, pues desde la batalla del Marne (9 al 12 septiembre 1914) los alemanes tuvieron que replegarse y las características del conflicto cambiaron radicalmente. Se pasó de la guerra de movimientos a la guerra de trincheras, que convirtió al enfrentamiento mundial en una guerra especialmente cruel y muy larga, pues duró cuatro años y medio. Y al cambiar de signo la contienda, también varió el modo de hacerla, pues en la Gran Guerra no sólo hubo que poner en juego los medios propiamente militares, sino que fue preciso también utilizar los recursos económicos, políticos, diplomáticos, psicológicos, etc., que hicieron de ella una guerra total, al implicar de un modo directo en el conflicto no sólo a los soldados de los frentes, sino también a la población civil. De modo que en la captación universal de todo tipo de recursos, el nuevo pontificado —por su prestigio— se presentaba como una pieza codiciada por las potencias. Todas ellas se consideraron merecedoras del apoyo de la Santa Sede y se sintieron legitimadas para ejercer todo tipo de presiones, con el fin de que el papa realizara una condena expresa de sus respectivos adversarios.

Muy lejos de pretensiones tan partidistas se encontraba el contenido de la encíclica inaugural de Benedicto XV, *Ad Beatissimi* (1 noviembre 1914). Al trazar en ella el programa de su pontificado, además del problema de la guerra, por fuerza tenía que referirse el papa a la herejía del modernismo, que aunque aparecida en el pontificado anterior, todavía golpeará con su tozudez letal sobre las conciencias de tantos católicos a lo largo de todo el siglo xx. En cuanto a este punto, Benedicto XV se expresaba así en dicha encíclica: «Y no solamente deseamos que los católicos se guarden de los errores de los modernistas, sino también de sus tendencias o del espíritu modernista, como suele decirse.» Pero inmediatamente después de estas advertencias doctrinales, la encíclica se ocupaba extensamente del problema de la guerra. Sin tomar posición por ninguno de los dos bandos, Benedicto XV denunciaba como causa profunda del conflicto la codicia de bienes materiales que había provocado el materialismo. A continuación, recordaba el papa la concepción cristiana de los bienes materiales, que por ser sólo una participación del Bien, su mera posesión no puede reportar la felicidad a los hombres. Y frente al imperio de la fuerza, el papa solicitaba el cese de las hostilidades y proponía que fuera el derecho quien regulase las relaciones humanas. No cabía mayor sinceridad y dramatismo en las palabras de Benedicto XV:

Que nos escuchen, rogamos, aquellos en cuyas manos están los destinos de los pueblos. Otros medios existen, ciertamente, y otros procedimientos para vindicar los propios derechos, si hubiesen sido violados. Acudan a ellos, depuestas en tanto las armas con leal y sincera voluntad. Es la caridad hacia ellos y hacia todos los pueblos, no nuestro propio interés la que nos mueve a hablar así. No permitan, pues, que se pierda en el vacío esta nuestra voz de amigo y de padre.

Pero ni éste ni otros muchos llamamientos del pontífice en favor de la paz fueron escuchados. Al contrario, sería más preciso decir que fueron muy mal recibidos por los gobiernos implicados en la guerra, predispuestos a rechazar cualquier declaración que no les fuera favorable. De modo que mientras en un periódico alemán se equiparaba la encíclica a las «exclamaciones de una vieja de los tiempos de 1830», en otro rotativo francés se la calificaba como «atmósfera vaticana fabricada en Alemania».

Ante tan cerradas actitudes el papa, que no estaba dispuesto a permanecer ajeno e indiferente ante el sufrimiento de millones de seres, emprendió toda una serie de acciones humanitarias, que eran manifestaciones prácticas de la virtud de la caridad cristiana hacia las víctimas de la guerra: heridos, prisioneros, desplazados o desaparecidos. De entrada, suplicó que al menos el día de Navidad de 1914 se hiciera un alto el fuego; y aunque esta vez su propuesta fue mejor recibida que la encíclica, nadie quiso secundarla. No por ello se desalentó Benedicto XV, y en mayo de 1915 encargó a monseñor Federico Tedeschi (1873-1959), sustituto de la Secretaría de Estado, que organizase en las dependencias de la propia Secretaría de Estado una oficina para recabar datos sobre combatientes desaparecidos y trasladar la información a sus familias. Se estableció en Berna una comisión permanente, dirigida primero por Selvaggini Marchetti y después por Luigi Maglione (1879-1944) para llevar las negociaciones en favor de los detenidos, fueran éstos civiles o militares. Todas estas iniciativas del papa se llevaron a cabo sin excluir a nadie por motivos de religión o nacionalidad. Gracias a la intervención de la Santa Sede, ya en la primavera de 1915 se pudo realizar en Suiza un intercambio de prisioneros, que habían quedado inhabilitados para el servicio militar. En conjunto, unos 100.000 prisioneros de guerra heridos fueron trasladados a países neutrales. Para estos mismos fines humanitarios, el Vaticano organizó diversas colectas y recogió más de 82 millones de liras-oro.

Sólo en Alemania, con el apoyo del episcopado, se siguió la pista a 800.000 desaparecidos, de los que la administración estatal no tenía ninguna noticia; de ellos se pudo localizar el paradero de una octava parte, de los que 66.000 todavía vivían. Por su parte, el rey de España, Alfonso XIII (1902-1931), secundó la iniciativa de Benedicto XV y transformó su propia secretaría particular de palacio en una oficina que cubrió entre otras las siguientes funciones: información sobre desaparecidos, intercambio de prisioneros, repatriaciones de militares heridos o enfermos de gravedad, repatriaciones de población civil, conmutación de penas y envío de fondos a personas de los territorios ocupados que estaban incomunicados de sus familias. De este modo, sólo en la oficina de Alfonso XIII se realizaron 250.000 investigaciones sobre desaparecidos, se consiguió repatriar a más de 6.000 soldados y se libró de la muerte a unas 50 personas condenadas a la pena capital. Además de impulsar todas estas ayudas humanitarias, Benedicto XV dictó toda una serie de disposiciones para facilitar la atención espiritual de los capellanes en los frentes; así, por ejemplo, autorizó para los

soldados que fueran a entrar en combate la absolución general sin confesión previa de sus pecados, cuando ésta se hacía imposible por el número de personas, con la obligación de que los penitentes los declarasen auricularmente en la primera oportunidad que tuvieran posteriormente. Además de los cuantiosos daños materiales y de los incalculables sufrimientos morales, la Primera Guerra Mundial se cobró unos 23 millones de muertos, 13 millones de soldados y 10 millones de civiles que perecieron por hambre. Ante tan escalofriante escalada de la muerte, habrá que concluir que la decisión adoptada por Benedicto XV, en 1915, permitiendo a los sacerdotes celebrar tres misas el día de los difuntos, es algo más que una mera coincidencia en el tiempo.

En mayo de 1917 Benedicto XV consagró personalmente obispo a Eugenio Pacelli —futuro Pío XII (1939-1958)— y le envió como nuncio a Munich para sondear a toda una serie de personalidades con el fin de redactar una propuesta de paz. Por entonces, la Primera Guerra Mundial se había estancado, de modo que no se veía su final. El resultado de todos estos trabajos fue la propuesta de paz (1 agosto 1917) firmada por el papa, que se envió a los gobiernos. Dicho documento, tras definir la guerra como una «inútil destrucción», apostaba por una paz sin vencedores ni vencidos construida sobre los siguientes seis puntos: 1) desarme y sometimiento a un arbitraje obligatorio para dirimir los conflictos entre Estados; 2) libertad de navegación; 3) condonación mutua, entera y recíproca de los daños y gastos de guerra; 4) restitución de los territorios ocupados; 5) regulación armónica de los territorios en litigio, esto es, de Alsacia y Lorena, disputados entre Francia y Alemania, y de Trieste y el Trentino, entre Austria e Italia; 6) solución particular para las cuestiones territoriales de Armenia, Balcanes y Polonia.

Una vez más fue desatendido el llamamiento del papa, pues ninguno de los dos bandos estaba dispuesto a negociar. Desde esta actitud beligerante en extremo, la nota de Benedicto XV ofrecía un flanco fácil. Por la referencia a la guerra como una inútil destrucción, el escrito pontificio fue tachado como «propaganda criminosa contra la guerra, tendente a minar la moral del combatiente». Así las cosas, no había manera de que se hiciese oír el sucesor de san Pedro, porque bien diferente al suyo era el discurso dominante de esos años. Meses después de dar a conocer su iniciativa Benedicto XV, el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson (1856-1924), hacía públicos sus 14 puntos para un plan de paz, en los que la justicia y el derecho propuestos por el papa eran sustituidos por el diktat del vencedor, en el que se anunciaban fuertes sanciones a Alemania y la desintegración del Imperio austro-húngaro. Y, en efecto, la guerra acabó por derrota dejando tras de sí una sacudida universal de sufrimiento. Y como los arreglos de paz que la sucedieron no se construyeron ni sobre la justicia y la paz, sino sobre la imposición de los vencedores, quedaba así sembrado el germen de peores calamidades para el futuro.

Las relaciones de la Santa Sede con las naciones europeas. Durante el segundo año del conflicto mundial Italia entró en guerra, integrándose en el bando de la Entente. Esta tardía incorporación venía a aumentar la preocupación del pontífice, empeñado como estaba en la paz. Y razones tenía Benedicto XV para preocuparse, pues la incorporación de Italia, de entrada, supuso el aumento de las dimensiones de la catástrofe y el aislamiento diplomático de la Santa Sede por la retirada de los embajadores de Prusia, Baviera y Austria, es decir, los representantes de los Imperios centrales que se alineaban en el bando enemigo de Italia. También abandonaron la ciudad eterna los diplomáticos de las potencias a las que se había sumado Italia; esto es, los representantes de la Entente, a excepción de un encargado de negocios británico. Gracias a la guerra, se cumplía así uno de los objetivos del estatismo liberal: el aislamiento de la Iglesia. Como se supo con posterioridad, dicho aislamiento quedó formalmente reflejado en la cláusula secreta del artículo 15 del tratado de Londres (26 abril 1915) en el que Italia puso como condición para entrar en guerra junto a Francia y Gran Bretaña el rechazo por parte de los aliados de toda iniciativa de paz procedente del papa y la exclusión de la Santa Sede en las conversaciones de paz al término de la guerra. La posición del gobierno italiano excluía, por tanto, cualquier solución a la llamada «cuestión romana», que desde la pérdida de los Estados Pontificios permanecía a la espera de conseguir una fórmula que garantizase la autonomía del papa. Durante el pontificado de Benedicto XV todo quedó en una serie de conversaciones de acercamiento entre representantes de la Santa Sede y el gobierno italiano. Habría que esperar al siguiente pontificado para llegar al arreglo de la cuestión romana.

En cuanto a la actividad política de los católicos italianos, ésta se vio afectada por una serie de novedades durante estos años. En 1919, el sacerdote Luigi Sturzo (1871-1959) —cuya trayectoria nos resulta conocida, por las actividades que llevó a cabo en pontificados precedentes— fundó el Partido Popular italiano (18 enero 1919) con un decidido empeño en eliminar del mismo su carácter confesional. A diferencia de otras organizaciones que Sturzo había dirigido, en el Partido Popular no habría capellanes ni se amalgamaría su organización con la estructura de las diócesis italianas. Y aunque la Santa Sede no sería responsable de sus actuaciones por cuanto que el Partido Popular no la representaba, sin embargo la influencia de la Secretaría de Estado sobre sus dirigentes fue evidente durante estos años. Esta nueva situación movió a Benedicto XV a suspender definitivamente el *non expedit* (12 noviembre 1919) que impedía participar a los católicos en la política. En las elecciones de ese mismo año el partido de Sturzo consiguió 103 diputados, una minoría parlamentaria de tal peso con la que a partir de entonces los gobiernos tendrían que contar.

Por entonces también comenzaban a dar sus primeros pasos dos nuevas fuerzas políticas en Italia: el fascismo y el comunismo. El 23 de marzo de 1919, en un local de la plaza del Santo Sepulcro de Milán, se reunió Benito Mussolini (1883-1945) con 118 individuos para fundar los fascios italianos de combate y en su programa —entre otros puntos— se exigía la expropiación de los bienes de las congregaciones religiosas y la derogación de la ley de garantías. Por otra parte, en 1921 Amadeo Bordiga y Antonio Gramsci (1891-1937), apoyándose en la Federación de las Juventudes Socialistas, se separaban del partido socialista para fundar el partido comunista. Cuando murió Benedicto XV en 1922, todavía faltaba un tiempo para que el totalitarismo desplegara toda su inhumana capacidad, pero algo se podía ya aventurar por las noticias que llegaban de lo sucedido en Rusia desde 1917, donde en opinión de Lenin (1870-1924) «la revolución avanzaba muy despacio, porque se fusilaba muy poco».

En cuanto al resto de los países durante este pontificado, conviene recordar que en 1921 Irlanda conseguía la independencia; lógicamente, en un país en el que el 92 % de su población era católica, la Iglesia obtuvo un mayor campo de actuación que en la etapa precedente.

Por su parte, en Francia se mitigaron los ataques de la época de Combes (1835-1921) y se reanudaron las relaciones diplomáticas, rotas desde 1905. Desde el principio, Benedicto XV no escatimó gestos para conseguir un entendimiento. A pesar de no mantener relaciones con Francia, Benedicto XV se dirigió por carta personal al presidente de la República francesa para comunicarle su elección como sumo pontífice. En las negociaciones de Versalles, el enviado pontificio se entrevistó con Aristide Briand (1862-1932), presidente del Consejo de Ministros, con el fin de buscar una fórmula de arreglo. El 16 de mayo de 1920 tuvo lugar la canonización de santa Juana de Arco (1412-1431), en la que el gobierno francés quiso estar representado oficialmente. Por fin y a pesar de la violenta oposición de los radicales y los socialistas, el Parlamento aprobó (30 noviembre 1920) el restablecimiento de relaciones diplomáticas por 391 votos favorables, frente 179 en contra. En 1921, monseñor Bonaventura Cerretti (1872-1933) era nombrado nuncio de la Santa Sede en París.

Y en cuanto a España, la incapacidad y la división de los católicos que actuaban en la vida pública fue la nota dominante de este período; aquí la crisis política acabó por resquebrajar el régimen español y mediante un golpe de Estado (13 septiembre 1923) el general Miguel Primo de Rivera (1870-1930) impuso una dictadura.

Ya fuera de Europa, es preciso mencionar que se encararon muy mal los acontecimientos para los católicos de México, donde al calor de la revolución iniciada en la segunda década del siglo se desató una persecución contra la Iglesia, que se prolongó durante el pontificado de Pío XI (1922-1939).

La vida de la Iglesia. A pesar de que buena parte del pontificado de Benedicto XV transcurrió durante los años de la guerra y la durísima posguerra, no por ello se desató el desarrollo de la vida interna de la Iglesia. En este sentido, Benedicto XV continuó algunas reformas promovidas por su predecesor. Sin duda, la más importante fue la renovación de la legislación eclesiástica, una tarea que duró trece años. Benedicto XV, mediante la bula *Providentissimi-ma Mater* (27 junio 1917), promulgó el nuevo Código de derecho canónico. Además, estableció una comisión especializada para vigilar la correcta interpretación de las nuevas disposiciones legales. Por otra parte, ya en la encíclica inaugural, el papa había llamado la atención a todos los obispos sobre la trascendencia de la formación del clero. De modo que con el fin de mejorar las enseñanzas eclesiásticas, en 1915 creó la Congregación de Seminarios y Universidades.

En otro orden de cosas, una de las sanciones impuestas a Alemania en las conversaciones de paz fue la pérdida de sus colonias. No era difícil adivinar que a continuación los misioneros alemanes serían obligados a repatriarse; sucedía todo esto sin tan siquiera escuchar a la Iglesia, pues la Santa Sede había sido excluida de dichas conversaciones. Con el fin de evitar las graves consecuencias que esta decisión acarrearía a las misiones en las antiguas colonias alemanas, Benedicto XV encargó al futuro nuncio en París que mediante los contactos que pudiese establecer evitara a toda costa la repatriación de los misioneros. Monseñor Cerretti triunfó en su misión y consiguió que en los tratados de paz se reconociera a la Santa Sede como propietaria de las misiones católicas alemanas, con lo que se garantizaba la continuidad evangelizadora. En este sentido, pocos días después de la firma del Tratado de Versalles (28 junio 1919), que marca el comienzo de una alocada carrera nacionalista, el papa publicó la encíclica *Máximum illud* (30 noviembre 1919), en la que trazaba las líneas fundamentales de las misiones; en dicha encíclica se presenta la concepción universal de la Iglesia, que acoge a todos los hombres sin discriminaciones nacionales, por ser todos igualmente hijos de un mismo Padre y redimidos sin excepción por Jesucristo en la cruz.

Benedicto XV proponía como objetivo primordial la formación de un clero indígena sin rebaja alguna respecto al de Europa, de modo que se le pudiera encomendar a su tiempo el gobierno de la Iglesia en aquellas tierras. Mientras esto se conseguía, recordaba el documento pontificio a los misioneros que ellos no eran embajadores de sus Estados, sino de Cristo, y con toda claridad describía la función sobrenatural del misionero, como predicador del Evangelio, ante el peligro de cambiarla por otra de tipo humano equiparándose a benéficos colonizadores:

Recordad —son palabras de esta encíclica dirigidas a los misioneros— que no debéis propagar el reino de los hombres, sino el de Jesucristo, y no es deber vuestro el añadir ciudadanos a la patria terrena, sino a la celestial [...] El pensar más en la patria terrestre que en la suprema [...] representaría una de las más tristes plagas para el apostolado, la cual paralizaría en el misionero el verdadero celo en las almas al tiempo que entre los indígenas perdería toda autoridad.

Durante el corto pontificado de Benedicto XV, las misiones conocieron una importante expansión. Además de las delegaciones apostólicas de Japón (1919) y Albania (1920), se erigieron ocho arzobispados, 25 obispados, 30 vicariatos y prefecturas apostólicas y cuatro prelaturas nullius. Muchas de las iniciativas de Benedicto XV, continuadas por su sucesor, pudieron hacerse realidad gracias al apoyo que encontró en el prefecto de la congregación De Propaganda Fide, el cardenal Wilhelm von Rossum (1854-1932), que ocupó este cargo desde 1918 hasta su muerte. Rossum «es considerado como el promotor de las "misiones mundiales" católicas, ya que se despidió del europeísmo, pugnó por la adaptación y llevó adelante la formación y promoción del clero indígena bajo obispos indígenas» (H. Jedin, *Manual de historia de la Iglesia*, I. VIII, Barcelona, 1978).

La misma advertencia que hacía a los misioneros de que no era su misión propagar el reino de los hombres sino el de Jesucristo, pero referida a la predicación de todos los sacerdotes, ya había sido expuesta con anterioridad en otra encíclica, *Humani generis Redemptoris* (15 junio 1917), en la que el papa señalaba como objetivo de la predicación la conversión interior de los oyentes, para lo que era preciso que el predicador hablara sólo de Dios y de los deberes hacia él, y no de las ocurrencias humanas del orador, por brillante que fuera su exposición, pues no se trataba de impactar al auditorio, sino de remover cada alma hacia Dios.

Por otra parte, en esta necesidad de conversión interior de cada alma se resume el mensaje que la Virgen transmitió a tres niños portugueses —Jacinta, siete años; Francisco, nueve años, y Lucia, diez años— durante el año 1917 en las seis

apariciones que tuvieron lugar cada mes, desde el 13 de mayo al 13 de octubre. Las apariciones de Fátima (C. Barthas, La Virgen de Fátima, Madrid, 1963) sometidas a proceso canónico desde 1922, fueron declaradas en 1930 como dignas de crédito, por lo que se autorizó el culto oficial a la Virgen María, bajo la advocación de Nuestra Señora de Fátima. Desde el principio, la afluencia de peregrinos ha ido en aumento, hasta el punto que se puede considerar a Fátima como uno de los centros marianos más importantes de todos los tiempos.

Benedicto XV tomó algunas decisiones de carácter ecuménico. En febrero de 1916 estableció para toda la Iglesia universal el octavario para rezar por la unidad de todos los cristianos. Para conseguir la aproximación a los orientales, en 1917 creó una congregación especial para la Iglesia oriental y fundó el Instituto Oriental. Casi al final de su pontificado tuvo lugar un encuentro con los anglicanos, conocido como las primeras conversaciones de Malinas, que se celebraron entre los días 6 y 8 de diciembre de 1921.

Poco después del acontecimiento anterior, en los primeros días del año 1922 Benedicto XV se vio afectado por un catarro que en pocos días degeneró en bronquitis, agravando su estado de salud el 20 de enero, día en que se le diagnosticó una neumonía. El pontífice falleció dos días después, a las seis de la mañana. Sus restos mortales reposan en las grutas vaticanas de la basílica de San Pedro, en un sarcófago con estatua yacente de Benedicto XV, obra de Giulio Barbieri, costeada por la archidiócesis de Bolonia. Poco después de morir, los turcos erigieron en Estambul una estatua de Benedicto XV con una placa en la que se puede leer: «Al gran papa que vivió la tragedia mundial como benefactor de todos los pueblos, al margen de su nacionalidad o religión.»

Pío XI (6 febrero 1922 - 10 febrero 1939)

Personalidad y carrera eclesiástica. Achille Ratti, Pío XI, nació (31 mayo 1857) en Desio, muy cerca de Milán. Desio era entonces un núcleo comercial con unos pocos y pequeños talleres de tejidos. Su padre, Francesco Ratti, director de una de esas hilaturas, se había casado con Teresa Galli, con quien tuvo cinco hijos; Achille fue el penúltimo de los hermanos. El trabajo del cabeza de familia permitió vivir a los Ratti desahogadamente, sin que por ello se pueda entender que fuera una familia adinerada. Achille aprendió a leer y escribir en la escuela elemental que tenía en su propia casa de Desio Giuseppe Volontieri. Su tío Damián, párroco de Asso, y en cuya casa veraneaba de niño, descubrió en él los primeros síntomas de vocación sacerdotal y le recomendó al rector del seminario menor de Seveso, donde ingresó a la edad de diez años. Desde 1875 prosiguió los estudios eclesiásticos en el seminario mayor de Milán, donde permaneció tres años; pero como al concluirlos, en 1878, no tenía todavía la edad requerida para ordenarse, se le envió al Colegio Lombardo de Roma, para completar su formación.

Durante todo este tiempo demostró poseer una capacidad intelectual fuera de lo común, lo que se refleja en su brillantísimo expediente. Poseía además otras cualidades y en grado sobresaliente: estaba muy bien dotado para la música y fue también un gran alpinista. Los Boletines del Club Alpino Italiano, del que era miembro, registran sus récords de altura en alguno de los veinte ascensos mayores que realizó, entre otros al Monte Rosa por la difícil vertiente suiza, al Cervino, al Gran Paraíso y al Mont Blanc, donde una de las vías precisamente conserva el nombre de «ruta Ratti».

El último mes del año 1879 recibió la ordenación sacerdotal. Y en los tres años siguientes supo compaginar sus quehaceres para conseguir tres doctorados: el de teología (13 marzo 1882) en la Academia de Santo Tomás de Aquino, el de derecho canónico (9 junio 1882) en la Universidad Gregoriana y el de filosofía (28 junio 1882) en la Facultad estatal de La Sapiencia.

Inmediatamente después de doctorarse se trasladó a Milán, donde permaneció treinta años ininterrumpidos. Allí, además de ejercer su ministerio sacerdotal, se dedicó al estudio y a la investigación en campos tan diversos como la paleografía, la historia, la arqueología o el arte. Durante esta larga etapa publicó numerosos trabajos de investigación, además de colaborar habitualmente en revistas literarias y científicas; eludimos aquí el comentario de sus obras (N. Malvezzi, Pío XI en sus escritos, Madrid, 1926), porque sólo la enumeración de sus títulos ocuparía un espacio considerable. Baste decir que era unánimemente reconocida su autoridad intelectual y tenía fama de sabio, lo que le permitió tratar con los grandes de las ciencias y las letras de su tiempo. Así, por ejemplo, mantuvo muy buenas relaciones con Guillermo Marconi (1874-1937), premio Nobel de Física en 1909, que naturalmente acompañó a Pío XI en la inauguración (12 febrero 1931) de la emisora de Radio Vaticano. Pío XI fue el primer sucesor de san Pedro que utilizó la radio para hacer llegar su magisterio a todo el mundo. Falta añadir a todo lo anterior su condición de políglota: conocía varias lenguas muertas, hablaba francés y alemán y leía inglés.

De 1882 a 1888 trabajó en el seminario de San Pedro de Milán y en la Universidad Lombarda, donde además de explicar teología ocupó la cátedra de hebreo. En 1888 ganó una plaza de doctor en la prestigiosa Biblioteca Ambrosiana, de la que fue prefecto a partir de 1907. La mayor parte de sus publicaciones corresponden a la etapa de permanencia en la Ambrosiana y a él se debe también la modernización de tan destacado centro cultural que había sido fundado en 1609; de su importancia baste decir que a la llegada de Ratti la biblioteca tenía catalogados 15.000 manuscritos y 250.000 volúmenes. Bajo su dirección aumentaron notablemente los fondos de la Biblioteca Ambrosiana; entre las adquisiciones de la etapa de Ratti hay que destacar los 1.610 manuscritos procedentes del Yemen.

Ratti, no obstante, supo hacer compatible toda esta actividad intelectual con el desempeño de su ministerio sacerdotal. Durante estos años trabajó en parroquias y fue canónigo de la catedral, desde donde organizó la Asociación de Maestras Católicas, dirigió la Congregación de Hijas de María, a la que pertenecían mujeres de toda condición social, fue capellán de las Damas del Cenáculo durante los treinta años de Milán, enseñaba el catecismo y preparaba a los niños de condición humilde que acudían a la iglesia del Sagrado Sepulcro y atendía regularmente a los penitentes en uno de los confesonarios

de la catedral, a donde acudían muchos extranjeros, dada su condición de políglota.

En 1912 san Pío X (1903-1914) le trasladó a la Biblioteca Vaticana, donde dos años después sucedió en la prefectura al padre Franz Ehrle (1845-1934). El papa le nombró canónigo de San Pedro y protonotario apostólico. Cuando ya se vislumbraba el final de la Guerra Mundial en 1918, Benedicto XV (1914-1922) le designó (19 mayo 1918) visitador apostólico de Polonia —que se constituía como nuevo Estado al integrar en su territorio nacional el Gran Ducado de Varsovia, Galitzia occidental, la región de Poznan y parte de la zona de Teschen, y se convertía a partir de noviembre de 1918 en la República de Polonia— para que reorganizara todas las diócesis, misión que se amplió también a las Repúblicas bálticas y a Rusia. Al solicitar el nuevo gobierno polaco una representación de la Santa Sede en el nuevo Estado constituido, Ratti fue nombrado nuncio apostólico en Polonia (19 julio 1919) y consagrado arzobispo titular de Lepanto (8 octubre 1919). Además de su entrega sacerdotal dio ejemplo de abnegación con motivo de la guerra ruso-polaca, pues cuando en julio de 1920 las tropas bolcheviques llegaron hasta los suburbios de Varsovia, rota la resistencia polaca y a punto de ser evacuada la capital, Ratti fue el único diplomático que permaneció en la ciudad junto con las autoridades polacas. Gracias a su trabajo se regularizó la situación, que quedó encauzada para que en 1925 —siendo ya papa— la Santa Sede pudiera firmar un concordato con Polonia. Restableció, además, cinco obispados, que habían sido suprimidos durante la dominación rusa.

Regresó de Varsovia para suceder en la mitra de Milán al cardenal Andrea Giacomo Ferrari (1850-1921). Benedicto XV anunció su nombramiento episcopal en la misma ceremonia del consistorio en el que fue elevado al cardenato (13 junio 1921). Precisamente, durante su permanencia en la Ambrosiana se había ocupado como estudioso de san Carlos Borromeo (1538-1584), cardenal y obispo que le había precedido en la sede de Milán. Además, durante esos años había formado parte de la asociación de oblatos de San Carlos de Borromeo, lo que le fue de gran ayuda para mejor orientar su vida interior. Después de recibir dicho nombramiento, todavía permaneció unas semanas en Roma ultimando trabajos de distintos dicasterios. Antes de tomar posesión de su diócesis, no obstante, quiso prepararse mediante la oración para su nueva función arzobispal, y se retiró durante un mes al monasterio de Montecassino, desde donde escribió sus dos primeras cartas pastorales. Concluido su retiro, dirigió la peregrinación nacional a Lourdes. De regreso del santuario mariano, hizo su entrada en la ciudad (8 septiembre 1921) como titular de la sede de Milán. Así pues, su actuación episcopal sólo duró cinco meses, pues el 2 de febrero de 1922 comenzaba el cónclave en el que sería elegido papa. Durante esos meses animó al padre Agostino Gemelli (1875-1959) en la puesta en marcha de la Universidad Católica de Milán, que bajo el nombre de Universidad del Sagrado Corazón echó a andar con dos facultades y fue inaugurada (8 diciembre 1921) por el cardenal Ratti.

Ya se han comentado las excepcionales cualidades intelectuales que poseía Pío XI. Pues bien, dichas cualidades las hizo rendir al máximo; el papa Ratti demostró siempre una tenacidad en el trabajo poco común. De temperamento reflexivo y austero por naturaleza, transmitía a sus colaboradores una seguridad, que emanaba de sus dotes de gobierno. Ante las dificultades y problemas que se le presentaban, su fe le llevaba a confiar sobre todo en Dios, por lo que rezaba continuamente y pedía oraciones por intenciones concretas. Como sacerdote, amó intensamente a la Iglesia y comprendió con profundidad su dignidad sacerdotal como ministro de Dios, por lo que procuró ser ante todo un apóstol. Vivió con ejemplar perseverancia su vida de piedad; a sus 80 años seguía realizando las prácticas de piedad que había aprendido cuando todavía era un joven seminarista. Su piedad era profunda, espontánea, sobria y vivida con tal naturalidad y sencillez, que mediante su ejemplo la lucha por alcanzar la santidad se presentaba como una meta deseable y accesible a todos. Aquel hombre, que parecía un coloso tallado en la roca, tenía dentro un alma sencilla y limpia que producía fascinación (C. Confalonieri, Pío XI visto da vicino, Turín, 1957).

El cónclave de 1922 sólo duró cuatro días. El cardenal Ratti sobrepasó los necesarios dos tercios del total de los votos en la última votación de la mañana del día 6. Tras elegir el nombre de Pío XI, manifestó al sacro colegio que, si bien se proponía salvaguardar y defender todos los derechos y prerrogativas de la Santa Sede, quería impartir su bendición urbi et orbi, como prenda de la paz a la que aspira toda la humanidad. Deseaba el nuevo pontífice abarcar con su bendición no sólo a Roma y a toda Italia, sino a toda la Iglesia y a todo el mundo, por lo que la impartiría desde el balcón exterior de San Pedro. Este gesto de paz y buena voluntad fue interpretado en lo que significaba, pues desde la pérdida de los Estados Pontificios en 1870 esta ceremonia se había celebrado en el interior, como respuesta de sus predecesores a la usurpación de los territorios pontificios. Con este gesto, por tanto, Pío XI manifestaba a las claras su intención de llegar a un acuerdo con el reino de Italia, que pusiera fin a la «cuestión romana».

El nombramiento de secretario de Estado recayó en el cardenal Pietro Gasparri (1852-1934), quien después de coronar con éxito la negociación de los pactos lateranenses y debido a sus muchos años se retiró. Le sucedió en el cargo (7 febrero 1930) el cardenal Eugenio Pacelli, futuro Pío XII (1939-1958), quien precisamente por dirigir con acierto la diplomacia vaticana en los años tan difíciles del ascenso de los totalitarismos y por sus cualidades personales, era considerado unánimemente como el más claro sucesor de Pío XI.

Los pactos lateranenses. Después de la Primera Guerra Mundial el mapa político de Europa sufrió una notable transformación. La desaparición del Imperio austrohúngaro dio lugar al nacimiento de nuevos Estados y no pocas de las naciones de las que conservaron las antiguas fronteras se vieron afectadas por cambios internos tan grandes que fue preciso reconstruir el entramado diplomático que existía antes de la guerra. Así se explica que Pío XI tuviera que llevar a cabo una intensa política concordataria, animado como estaba además a establecer relaciones de paz y concordia con todos los gobiernos del mundo. A lo largo de su pontificado, el papa firmó hasta un total de 23 acuerdos, entre convenios, concordatos y tratados. Sin duda, los más conocidos por su significación fueron los suscritos con la Italia de Mussolini (1883-1945) y la Alemania de Hitler (1889-1945) (A. Rhodes, El Vaticano en la era de los dictadores, 1922-1945, Barcelona, 1974).

Con la firma de los pactos lateranenses (11 febrero 1929) se zanjaba un problema que duraba ya casi seis décadas, pues la ocupación de Roma (20 septiembre 1870) liquidaba en beneficio del nuevo Estado italiano los Estados Pontificios. Ya en el pontificado anterior se habían emprendido movimientos de aproximación entre las dos partes, sin que se consiguiera llegar a ningún acuerdo. Pero desde 1926 dieron comienzo unas largas y delicadas negociaciones secretas, hoy conocidas tras la publicación del diario (F. Pacelli, *Diario della Conciliazione*, Vaticano, 1959) de uno de los principales protagonistas por parte del Vaticano, como fue el abogado Francesco Pacelli, hermano del futuro Pío XII, nuncio en Berlín por aquellas fechas, como ya se ha dicho.

Los pactos lateranenses, que permitieron la creación del minúsculo Estado del Vaticano, estaban formados por un tratado entre la Santa Sede y el Estado italiano, un concordato entre la Iglesia e Italia y un convenio económico. El artículo 26 del tratado reconocía la existencia del «Estado de la Ciudad del Vaticano bajo la soberanía del romano pontífice»; el territorio era pequeñísimo, pero resultaba suficiente para facilitar la independencia de las actuaciones del sucesor de san Pedro. En el concordato, Pío XI conseguía frente al fascismo salvaguardar dos aspectos fundamentales como eran el derecho a la enseñanza religiosa en la instrucción pública y el reconocimiento de los efectos civiles del sacramento del matrimonio, regulado por el derecho canónico. En cuanto al convenio económico, la indemnización solicitada en principio de 2.000 millones de liras fue sustancialmente rebajada.

Por su parte Mussolini, personaje agnóstico y pragmático, consciente de que en la Italia católica tarde o temprano había que dar una solución a la «cuestión romana», buscó un acuerdo por el prestigio nacional e internacional que podía proporcionarle una solución, que los gobiernos anteriores no habían sabido encontrar a lo largo de casi sesenta años. Pío XI, aunque se mantuvo siempre firme y combativo frente a la ideología anticristiana del fascismo, a la que llegó a condenar formalmente, manifestó su reconocimiento hacia la persona que hizo posible el acuerdo.

Parece así observarse una actitud similar a la que, hasta el final de sus días, mantuvo Pío VII en relación al emperador francés Napoleón; por más que éste le hubiera hecho sufrir, no olvidó nunca el papa que había sido el hombre que, mediante el Concordato de 1801, había proporcionado la paz a la Iglesia (G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, t. II, Pamplona, 1978).

Por lo demás, dicho concordato estuvo vigente con la República romana hasta el 18 de febrero de 1984.

Sin duda, la firma de los pactos lateranenses causó un gran impacto en la opinión pública de entonces, no sólo en la de la nación italiana, sino en la de todo el mundo. Por lo que significaban los acuerdos de Letrán, aquel acontecimiento histórico era desde luego bastante más importante para la Iglesia que para el Estado italiano. Con la renuncia a los Estados Pontificios, la Iglesia ponía fin a la milenaria época constantiniana. De este modo, al abandonar sus reivindicaciones temporales, la Iglesia se concentraba en su fin primordial y específico: el pueblo de Dios, apoyándose exclusivamente en la fuerza del Espíritu Santo (B. Mondin, *Dizionario enciclopédico del papi*, Roma, 1995). Por lo demás, no deja de ser paradójico que el pontificado recobre en esta nueva etapa un prestigio tal sólo comparable al de los momentos más brillantes de toda su historia. En efecto, desde 1929 hasta la actualidad, cada uno de los sucesivos sumos pontífices han visto aumentar su autoridad espiritual y moral dentro de la Iglesia y también fuera de ella.

Las relaciones de la Santa Sede con Alemania. En cuanto a Alemania, la Constitución de la República de Weimar establecía una clara separación entre la Iglesia y el Estado. Desligadas las autoridades alemanas de los grupos luteranos, la diplomacia de la Santa Sede pudo llegar a conseguir determinados acuerdos parciales en algunas regiones de Alemania. Así, en 1924 se firmó un concordato con Baviera, según el cual en esa zona se toleraba la práctica de la religión católica y, en contrapartida, los nombramientos de los nuevos obispos debían ser presentados al gobierno por si en alguno de los candidatos propuestos recaía algún impedimento político a juicio de las autoridades alemanas. Mayores dificultades encontró el nuncio Pacelli hasta lograr la firma del concordato con Prusia en 1929. La Liga Evangélica promovió una intensa campaña para impedirlo y llegó a recoger hasta tres millones de firmas contra el concordato, que a pesar de todo pudo ser ratificado el 13 de agosto de 1929.

El ascenso de los nazis al poder provocó la inmediata protesta de los obispos alemanes contra el programa del nacionalsocialismo. Ante la crispación surgida entre los católicos alemanes, los nuevos gobernantes trataron de pacificar los ánimos, con el fin de ganar un tiempo que les era necesario hasta que se consolidasen en el poder. Poco después del nombramiento (29 enero 1933) de Adolf Hitler como canciller, el vicescanciller Franz von Papen (1879-1969) iniciaba los contactos con el secretario de Estado, Eugenio Pacelli. Se llegó con rapidez a la conclusión de las conversaciones, lo que permitió firmar un concordato (20 julio 1933). Había que remontarse hasta el año 1448 para encontrar un convenio de validez unitaria para toda Alemania. Según el acuerdo, el Estado alemán permitía el ejercicio público de la religión católica, se reconocía a la Iglesia independencia para dirigir y administrar con libertad los asuntos de su competencia, se garantizaba a la Santa Sede la comunicación con sus obispos y se le reconocía libertad en el nombramiento de cargos eclesiásticos, se daba entrada a la enseñanza de la religión en la escuela primaria y se autorizaba a la Iglesia establecer facultades de Teología en todas las universidades alemanas. Por su parte, el Estado podría ejercer el veto sobre el nombramiento de obispos por motivos políticos y los obispos ya electos debían prestar juramento de fidelidad al führer; además, ningún clérigo podría pertenecer a partidos políticos. Al término de la Segunda Guerra Mundial, la República Federal aceptó el concordato de 1933 sin apenas variarlo.

No ha faltado quien en la interpretación de estos acuerdos ha querido ver una aprobación encubierta del nacionalsocialismo por parte de la Santa Sede, conclusión a la que sólo es posible llegar desfigurando los hechos. Conviene recordar que fue el gobierno alemán quien tomó la iniciativa; por lo tanto, y como manifestara públicamente el propio Pío XI, de haberse negado a conversar hubiera recaído sobre la Santa Sede la responsabilidad de abandonar a los católicos alemanes, pues al menos con las bases del concordato se les proporcionaba un cierto recurso ante una posible defensa de sus derechos. Además, cuando se negoció el concordato, si bien era conocida la ideología nazi, todavía no se

había desarrollado su programa y por lo tanto no se podían conocer ni por aproximación las verdaderas dimensiones de la barbarie que se avecinaba. Por el contrario, quienes sí las conocían, años más tarde, fueron los dirigentes de Francia y Gran Bretaña, y a pesar de ello pactaron en Munich con los nazis en 1938. Ya por entonces hacía tiempo que el papa había condenado al nazismo, por su ideología pagana y anticristiana, mediante la encíclica *Mit brennender Sorge* (14 marzo 1937).

Al igual que en el caso de Mussolini, la causa por la que Hitler tomó la iniciativa para redactar un concordato con la Santa Sede fue su deseo de incrementar su prestigio internacional; más todavía si se considera que anteriormente la República de Weimar (1919-1930) no había conseguido firmar un concordato unitario, por lo que fue preciso llegar a acuerdos regionales. Y es que los esfuerzos del pontífice anterior, Benedicto XV, reclamando una paz justa durante la Primera Guerra Mundial, habían añadido al pontificado un enorme prestigio en los ámbitos internacionales, que todos estaban dispuestos a lucrar en beneficio propio. Precisamente, esta situación de prestigio contribuyó, sin duda, a que se pudiera firmar una larga serie de acuerdos bilaterales durante este pontificado —como ya se dijo— hasta un total de 23. Hitler fue el penúltimo en conseguirlo, pues antes que con Alemania Pío XI había firmado ya 21 convenios, tratados o concordatos con otros Estados diferentes.

La condena de los totalitarismos. Ni Pío XI ni su secretario de Estado, que por sus cargos anteriores conocía muy bien la realidad alemana, se hacían ilusiones de que la firma de los concordatos con los regímenes totalitarios iba a despejar el camino de obstáculos. La realidad es que, de inmediato, los fascistas y los nazis violaron los acuerdos de los concordatos que habían firmado y desataron una implacable persecución contra la Iglesia. Demasiado temprano tuvo que denunciar Pío XI los ataques del fascismo contra la Acción Católica de Italia, mediante la encíclica *Dobbiamo intrattenerla* (25 abril 1931). En el mes de mayo de 1931, Mussolini disolvió las asociaciones juveniles católicas. Al mes siguiente, la condena del fascismo era tajante en la encíclica *Non abbiamo bisogno* (29 junio 1931), documento en el que se podían leer párrafos como los siguientes:

la batalla que hoy se libra no es política, sino moral y religiosa; exclusivamente moral y religiosa [...] Una concepción del Estado que obliga a que le pertenezcan las generaciones juveniles, es inconciliable para un católico con la doctrina católica; y no es menos inconciliable con el derecho natural de la familia.

La advertencia del papa tampoco sirvió para detener a los dirigentes fascistas en su galope hacia la barbarie, que a imitación de los nazis llegaron a promulgar leyes racistas. Ante estos hechos, Pío XI preparó un nuevo texto durísimo que se proponía leer en el décimo aniversario (11 febrero 1939) de la firma de los pactos lateranenses, en presencia de todo el episcopado italiano que había sido convocado en Roma. No se pudo celebrar ese acto, ya que Pío XI murió la víspera de dicho aniversario; sin embargo, conocemos su contenido pues fue publicado posteriormente por Juan XXIII (1958-1963). El documento, conocido como la alocución *Nella luce*, iba dirigido a los obispos italianos y Pío XI ponía de manifiesto, una vez más, la incompatibilidad entre la ideología fascista y la doctrina de Jesucristo que, como su vicario en la tierra, debía conservar y transmitir.

Mucho peor transcurrieron los acontecimientos políticos en Alemania. Y en este punto conviene recordar que es doblemente falsa la interpretación de lo sucedido como que un loco engañó por la fuerza a muchos inocentes. Primero, porque sólo una mente tan cuerda y perversa a la vez como la de Hitler pudo planear tal estado de cosas. Y segundo, porque sus planes se pusieron en práctica gracias a la multitud de admiradores y colaboradores que el tirano encontró en Alemania y fuera de Alemania.

Una vez que Hitler se afianzó en el poder y antes del holocausto, esto es, a partir del verano de 1933, las leyes racistas aprobaron la esterilización y el asesinato de los deficientes mentales, se prohibió el matrimonio entre arios y no arios y se creó el *Rasse-Heirat Institut* (Instituto de Matrimonio Racial) donde no pocas alemanas «puras» incluso se prestaron a ser fecundadas artificialmente. De inmediato reaccionó la Santa Sede, que entre 1933 y 1939 por medio del nuncio Pacelli y apoyándose en el concordato envió a Berlín 55 notas oficiales de protesta. De nada sirvieron, sino para que arreciara la persecución contra los obispos y los católicos alemanes. En 1937, Pío XI, mediante la encíclica *Mit brennender Sorge*, condenaba por anticristianos los planteamientos ideológicos del régimen, «por divinizar con culto idolátrico» la raza, el pueblo, el Estado y los representantes del poder estatal. En ese documento también se especificaban los acuerdos pactados en el concordato y se denunciaba a los dirigentes del III Reich por sus reiteradas violaciones, calificadas en la encíclica de «maquinaciones que ya desde el principio no se propusieron otro fin que una lucha hasta el aniquilamiento». En la encíclica se condenaba igualmente el panteísmo, la falta de libertad religiosa, las desviaciones morales intrínsecas a la ideología nacionalsocialista y la brutalidad con que eran arrollados los derechos en la educación de los niños y los jóvenes.

La *Mit brennender Sorge* era, a la vez, respuesta y aliento para los obispos alemanes, que en la reunión episcopal de Fulda (18 agosto 1936) habían solicitado de Pío XI la publicación de una encíclica que encarase los acontecimientos que se venían sucediendo en Alemania. Entre los obispos más combativos contra el nazismo hay que destacar al arzobispo de Münster, el cardenal Ciernen! August von Galen (1878-1946), al arzobispo de Berlín, monseñor Konrad von Preysing y al cardenal arzobispo de Munich, Michael von Faulhaber (1869-1952). El secretario de Estado pidió al cardenal Faulhaber un primer borrador, que completó el propio Pacelli endureciendo el tono de las condenas contra el nacionalsocialismo. Con este material trabajó Pío XI durante los primeros días de marzo; era la primera vez que se publicaba una encíclica en alemán. Fue fechada el día 14 de marzo e introducida y distribuida clandestinamente en Alemania. De este modo, el domingo de Ramos (21 marzo 1937) se pudo leer en todas las iglesias católicas de Alemania.

La reacción por parte de los nazis no se hizo esperar; en las semanas siguientes fueron encarcelados más de mil católicos, entre ellos numerosos sacerdotes y monjas y, en 1938, fueron deportados a Dachau 304 sacerdotes. También fueron disueltas las organizaciones juveniles católicas y, en 1939, se prohibió la enseñanza religiosa. Ante todos estos atropellos,

Pío XI adoptó una postura firmísima, de modo que durante la visita de Hitler a Roma (3 al 9 de mayo de 1938) el papa se recluyó en Castelgandolfo, se cerraron los museos del Vaticano, L'Osservatore Romano ignoró la presencia del führer y el nuncio no acudió a ninguna de las recepciones. Por si todo eso no era lo suficientemente claro, en directa referencia a las grandes cruces gamadas que engalanaban las calles de Roma, Pío XI en una audiencia con recién casados pronunció las siguientes palabras el cuatro de mayo: «Ocurren cosas muy tristes, y entre éstas la de que no se estime inoportuno izar en Roma el día de la Santa Cruz, una cruz que no es la de Cristo.»

Cinco días después de la fecha de la encíclica que condenaba el nazismo, Pío XI publicaba otra nueva encíclica, la *Divini Redemptoris* (19 marzo 1937), contra el ateísmo comunista, ideología a la que se calificaba como «intrínsecamente perversa» por socavar los fundamentos mismos de la civilización cristiana y proponer una falsa redención basada en un pseudoideal de la justicia, la igualdad y la fraternidad. En esta misma encíclica el papa hacía referencia también a la persecución comunista que padecía la Iglesia en México y en España. Durante la guerra civil española (1936-1939) fueron asesinados 13 obispos, 4.184 sacerdotes seculares, 2.365 frailes y 283 monjas, lo que equivalía a uno de cada siete sacerdotes y a uno de cada cinco frailes (A. Montero, *Historia de la persecución religiosa en España. 1936-1939*, Madrid, 1961). Recientes investigaciones han rectificado al alza las cifras de A. Montero; el estudio de José Luis Alfaya sobre la diócesis de Madrid, en el que se da cuenta de los sacerdotes seculares asesinados con sus nombres y apellidos, eleva en un 30 % más el número de A. Montero para aquella diócesis. A estos datos habría que añadir el elevado número —imposible de establecer con exactitud— de tantos católicos españoles que murieron víctimas del odio contra la religión, en una persecución que hasta para asemejarse a la de los primeros cristianos dio cabida a acontecimientos como los de la «Casa de Fieras», el zoo situado entonces en el parque madrileño del Retiro, donde se arrojaban las personas para que fuesen devoradas por los osos y los leones (J. L. Alfaya, *Como un río de fuego*. Madrid 1936, Pamplona, 1998).

Pío XI, en la *Divini Redemptoris*, salía al paso de los errores antropológicos propuestos por el materialismo histórico, cuya doctrina se había convertido en el molde con el que los comunistas pretendían construir una nueva humanidad. En línea con las condenas lanzadas sobre el comunismo, ya incluso desde el pontificado de Pío IX (1846-1878), cuando todavía no se había publicado el Manifiesto comunista (1848), la encíclica advertía sobre las consecuencias deshumanizadoras que podrían sobrevenir a la humanidad con el triunfo de la ideología comunista. Lo cierto es que en esta ocasión tampoco se prestó mucha atención a las advertencias del sucesor de san Pedro. Es más, en algunos ambientes intelectuales de Occidente, deslumbrados por el marxismo, las condenas del comunismo y muy particularmente la *Divini Redemptoris* fueron descalificadas sistemáticamente y tachadas de retrógradas hasta hace bien poco tiempo. Y en honor a la verdad se debe dejar constancia de que no han faltado católicos y hasta clérigos, que afectados por un complejo de inferioridad, también se mostraron partidarios del comunismo. Sin embargo, tras la caída de los regímenes comunistas en Europa, la historia ha venido a dar la razón al magisterio de los romanos pontífices sobre el comunismo. Por otra parte, el tiempo ha venido a demostrar que esas denuncias, además de evangélicas y pastorales —es decir, no políticas— eran plenamente proféticas.

La persecución religiosa en México. Las leyes de reforma de 1859 promulgadas por Benito Juárez (1806-1872) fueron el punto de arranque de una política de desacuerdos entre el Estado mexicano y la Iglesia durante la segunda mitad del siglo xix. Esta falta de entendimiento se suavizó durante la dictadura (1876-1910) de Porfirio Díaz (1830-1915). Por otra parte, la sociedad mexicana marchaba en dirección bien opuesta a la de sus autoridades; sus creencias y prácticas religiosas hablaban bien a las claras de sus sentimientos. Sin embargo, no había llegado todavía lo peor para los católicos mexicanos, pues la persecución religiosa se desató durante el largo proceso de la revolución mexicana que transcurre entre 1910 y 1940.

En 1910, coincidiendo con el centenario de la independencia, Francisco Madero (1873-1913) encabezó una revolución contra el porfiriato, a la que se unieron distintos personajes, entre otros los legendarios Emiliano Zapata (1883-1919) y Pancho Villa (1887-1923). La cuantía y la personalidad de los revolucionarios, así como la ausencia de un programa común, complicó y prolongó en exceso la revolución, hasta el punto de que sería más propio hablar de «revoluciones», en plural, para referirse a los acontecimientos que se suceden en México a lo largo de esas tres décadas. El trágico final de varios de los revolucionarios, asesinados entre ellos mismos, refleja el desgobierno y el caos reinante en México durante todo este período. No es éste el lugar para describir los acontecimientos en su conjunto (J. Meyer, *La révolution mexicaine*, París, 1973), ya que nos debemos limitar a la situación de la Iglesia en México.

La nueva Constitución de 1917 negaba toda personalidad a la Iglesia en México, secularizaba la enseñanza, prohibía las órdenes religiosas y, en suma, marcaba el comienzo de la persecución religiosa. El sectarismo antirreligioso arreció con la llegada a la presidencia de la República, en 1924, de Plutarco Elías Calles (1877-1945). Al no estar permitida la reelección, fue sustituido en 1929, pero de hecho controló la situación política de México hasta el mes de junio de 1935, en que fue expulsado del país por su contrincante, el presidente Lázaro Cárdenas (1895-1970). Calles consideraba a la Iglesia católica como el enemigo número uno del régimen y se propuso su exterminio; político sin escrúpulos, utilizó cuantos recursos creyó oportunos para lograr sus propósitos, incluida la promoción de una Iglesia cismática. Por su parte, Pío XI, mediante la encíclica *Paterna sane sollicitudo* (2 febrero 1926), se dirigía a los obispos mexicanos y denunciaba la injusticia de las disposiciones legales antirreligiosas de México, de las que decía que «no merecen el nombre de leyes». A continuación, el romano pontífice recomendaba calma en el obrar y prohibía expresamente que se formase un partido católico. En los planes de Pío XI se confiaba en que la Acción Católica fuera cambiando la situación. Como muestra de buena voluntad envió a México a monseñor Caruana, a donde llegó a principios de marzo de 1926.

La reacción de Calles fue violentísima. Expulsó de México a monseñor Caruana y se endurecieron aún más las leyes, por lo que se reformó el Código penal en 1926. De acuerdo con la reforma, la administración de los sacramentos y la celebración de la santa misa se castigaban con penas de prisión. El Comité Episcopal protestó por la medida y ordenó la

suspensión de cultos en toda la República (11 julio 1926). A esta reacción enérgica y contraria a la voluntad del papa, contrarreplicó con saña el gobierno de Calles. Una nueva encíclica, la *Iniquis afflictisque* (18 noviembre 1926), llamaba a la calma. En este clima de tensión, sucedió lo imprevisto; en el mes de enero de 1927 los campesinos mexicanos se levantaron en armas al grito de «Viva Cristo Rey y la Virgen de Guadalupe», contra un poder que les impedía vivir la religión. El levantamiento fue una sorpresa para la jerarquía, pero también y sobre todo para el gobierno mexicano, que estaba convencido de que la religión era cosa de mujeres.

Lo que despectivamente fue juzgado por el gobierno como una algarada de alborotadores, a los que apodó con el nombre de «cristeros», fue el comienzo de una guerra que se prolongó hasta 1929 (J. Meyer, *La Cristiada*, 2 vols., México, 1973). Los cristeros llegaron a encuadrar 50.000 hombres y de hecho se hicieron con el control de la mitad del país. La represión fue durísima y sanguinaria, y se pudo llegar a la pacificación por la intervención del delegado papal, monseñor Ruiz Flores. Los denominados Arreglos (22 junio 1929) con el gobierno prometían una amnistía, la restitución de los lugares de culto y la suspensión —que no la modificación— de la legislación antirreligiosa. De nuevo, Pío XI apostaba por la vía pacífica, precisamente en el momento en el que los cristeros estaban en su momento más fuerte y tenían al gobierno contra las cuerdas.

Pero firmar los Arreglos y proseguir la persecución religiosa por parte del gobierno mexicano fue todo uno. «La revolución no ha terminado —afirmaba Calles, en el Grito de Guadalajara de 1934—, es preciso entrar en una nueva etapa que yo llamaría psicológica; debemos penetrar y apoderarnos de las conciencias de la infancia, de la juventud, puesto que ellos son y deben ser para la revolución, para la colectividad.» En 1935, se modificaba el artículo tercero de la Constitución en los siguientes términos: «La educación dada por el Estado será socialista, y no contenta con excluir toda doctrina religiosa, combatirá el fanatismo y los prejuicios.» Todo ello provocó el estallido de la «segunda» guerra en 1935. En esta ocasión se protestaba por la persecución religiosa, por la educación socialista y sexual de los colegios y se pedía la reforma agraria; y como novedad, en esta guerra a los combates abiertos se agregaron las acciones terroristas contra los funcionarios del gobierno y las autoridades agrarias. La jerarquía desautorizó las acciones y castigó con la excomunión a los rebeldes. En estas circunstancias surgió la pugna política entre Cárdenas y Calles, que se saldó con la expulsión del país del segundo.

En los primeros meses de 1936, por la vía de los hechos y poco a poco, Cárdenas llegó a una distensión con la Iglesia en México, pragmática y no escrita, sistema que ha estado en vigor hasta la década de los noventa. Por otra parte, y garantizado el proceso de pacificación, muy pocos días después de publicar la *Mit brennender Sorge* y la *Divini Redemptoris*, Pío XI daba a la luz la *Firmissimam constantiam* (28 marzo 1937), donde reconocía la lealtad de los católicos mexicanos a la Iglesia, condenaba de nuevo el comunismo, reprobaba la acciones violentas de los católicos para dejarse oír y volvía a recomendar que los seglares se encuadraran en la Acción Católica, que como instrumento de la jerarquía y ajena a posiciones partidistas era quien debía restaurar la sociedad. Naturalmente, había también referencias al gobierno mexicano y a cuantos gobiernos creían ver en la Iglesia a su enemigo: «Se engañan creyendo no poder hacer reformas favorables al pueblo si no es combatiendo la religión de la mayoría.»

Las relaciones de la Santa Sede con Francia y la condena de *Action Française*. La actitud de la Santa Sede respecto a Francia prosiguió en la línea promovida por León XIII, que se conoce como *ralliement*. Ya se vio cómo esta tendencia de buen entendimiento fue abortada por el sectarismo de Combes (1835-1921), hasta el punto de romper relaciones con la Santa Sede durante el pontificado de san Pío X. Por su parte, Benedicto XV consiguió normalizar la situación diplomática. Pío XI prosiguió las relaciones con las autoridades francesas en este mismo clima, que algunos definen como de «concordia sin concordato». Precisamente todo esto sucedía cuando en 1924 había ganado las elecciones el Cartel des Gauches (coalición de izquierdas con mayoría socialista), capitaneado por Edouard Herriot (1872-1957) que había basado la campaña electoral en una lucha contra la Iglesia, hasta el punto de prometer que en caso de ganar suprimiría la embajada francesa en la Santa Sede. Pero las protestas sociales fueron de tal magnitud que tuvo que dar marcha atrás, de modo que se puede afirmar que el sectarismo anticlerical de los políticos triunfadores fue derrotado por la sociedad francesa en el bienio 1925-1926.

Por su parte, Pío XI, mediante la encíclica *Maximam gravissimamque* (18 enero 1924), había aceptado la propuesta de las autoridades francesas para la formación de asociaciones diocesanas, que se debían hacer cargo de los bienes de la Iglesia que todavía no habían sido vendidos. Dichas asociaciones estaban presididas por el obispo, quien a su vez tenía facultad para designar a sus componentes. Y aunque el triunfo del Cartel des Gauches en 1924 impidió de momento la restitución de estos bienes, en 1926 las Cámaras acabaron por votar la devolución gratuita de los bienes eclesiásticos requisados, que todavía no habían sido adjudicados a particulares. No era mucho lo que se podía devolver por entonces, pero al menos con ese resto los católicos franceses pudieron recomenzar y emprender una etapa de recuperación.

El cambio de situación de la Iglesia en Francia no se debía exclusivamente a la habilidad de los diplomáticos del Vaticano o al oportunismo del gobierno de izquierdas. Dicho cambio obedecía sobre todo a las profundas transformaciones que estaban teniendo lugar en el seno de la sociedad francesa. Ya me he referido anteriormente a la presión social sobre las autoridades políticas, lo que sin duda guardaba relación con la renovación religiosa de los católicos franceses, después de los duros años de prueba. Dicha renovación se tradujo en un llamativo aumento de franceses que volvieron a la práctica religiosa y en la conversión de no pocos intelectuales, entre los que destacan los nombres de Francois Mauriac (1885-1970) —académico francés desde 1933 y premio Nobel en 1952— y Henri Millón de Montherlant (1896-1972). A la vista de esta situación, en 1929 el gobierno francés permitió que algunas congregaciones misioneras pudieran establecer en Francia sus noviciados y sus procuradurías.

Pero en medio de esta bonanza surgió el conflicto con *Action Française*, un grupo monárquico, antidemocrático y nacionalista, que estaba dirigido por Charles Maurras (1868-1952) y Léon Daudet (1867-1942), aglutinado en torno a la

revista del mismo nombre. Maurras era seguidor del positivismo de Comte (1798-1857), antiliberal y ateo; para él la Iglesia tenía solamente una entidad sociológica y cultural, por lo que debía ser supeditada a la razón de Estado como supremo fin. En consonancia con las doctrinas totalitarias («todo es política»), Maurras expresaba a la francesa su concepto reduccionista del hombre con su *politique d'abord* («política ante todo»). Pero no faltaron católicos franceses que vieron con simpatía el grupo de Action Française por lo que podía suponer de freno a la política anticlerical de los partidos de izquierda; de hecho, la revista ejerció una gran influencia en los sectores más jóvenes de la población francesa. Maurras proponía a la juventud sustituir el objetivo de vida del seguimiento a Jesucristo por su *politique d'abord*.

Ante esta situación, ya san Pío X había condenado las doctrinas de Maurras, aunque decidió no hacer pública la condena. Preocupado por el auge que tomaba el grupo de Maurras, Pío XI promovió una serie de gestiones, que concluyeron en la publicación de la condena de san Pío X del ateísmo y de la concepción naturalista del hombre de Maurras, mediante un decreto del Santo Oficio (29 diciembre 1926). Maurras respondió con su rebelión pública contra el papa en su célebre artículo «Non possumus». Todo concluyó en unos cuantos dramas personales, pues algunos católicos, partidarios de Maurras, se vieron incurso en excomunión. Quizás el caso más notorio sea el del jesuita y cardenal Louis Billot (1846-1931), que no había disimulado sus simpatías por Maurras, aunque siempre lamentó su agnosticismo. Billot acabó renunciado al cardenalato en 1927. Años después, en 1939, el comité de Action Française envió a Pío XII (1939-1958) una carta de sumisión. A partir de entonces se levantó la prohibición sobre el periódico, pero los números anteriores permanecieron incluidos en el Index. En cuanto a Maurras, tras la Segunda Guerra Mundial sufrió prisión como colaboracionista de Vichy; en sus últimos días se reconcilió con Dios y murió en el seno de la Iglesia.

El magisterio de Pío XI. En otro orden de cosas, se entiende que el magisterio de Pío XI se desarrollase en muchos y profundos escritos doctrinales, pues si por una parte los problemas suscitados durante su mandato fueron de suma gravedad, el papa, que tenía que hacer frente a los mismos, subía a la cátedra de san Pedro después de adquirir una sólida formación intelectual, que como dijimos le había granjeado fama de sabio. Por su número —30 encíclicas y numerosos discursos y alocuciones radiofónicas— resulta imposible hacer ni siquiera una breve referencia a todos ellos, por lo que a continuación sólo se mencionan los escritos más importantes. La línea continua de todo su magisterio consistió en poner freno a la alocada carrera de una sociedad que paulatinamente se alejaba de Dios y cuyos dirigentes establecían unas normas sociales al margen de Dios y en no pocas ocasiones enfrentadas a los mandatos divinos. Así las cosas, todo el empeño de Pío XI se concentró en abrir puertas para que fuese posible el reinado de Jesucristo entre los hombres y en sus variadas manifestaciones sociales.

La encíclica inaugural del pontificado, *Ubi arcano* (23 diciembre 1922), fue un llamamiento a buscar la paz para un mundo tan carente de ella. Tres años después, en la encíclica *Quas primas* (11 diciembre 1925), ofrecía una guía para encontrarla: «La paz de Cristo en el reino de Cristo», palabras que se convirtieron en lema de su pontificado; esa realeza —especificaba el papa— debía entenderse referida al ámbito espiritual y se oponía al laicismo y a los sistemas que o bien habían construido una sociedad al margen de Dios, o incluso cimentaron los sistemas de las relaciones humanas sobre la impiedad y el desprecio del Creador. En ese mismo documento, el papa instituía la fiesta de Cristo Rey con el fin de recordar «a las naciones que el deber de adorar públicamente y obedecer a Jesucristo, no sólo obliga a los particulares, sino también a los magistrados y gobernantes».

De algún modo el resto de las encíclicas de Pío XI guardan una unidad, por cuanto vienen a iluminar con la doctrina cristiana a la familia, a la sociedad y al sacerdocio, tres ámbitos concretos de importancia capital para hacer realidad el reinado de Jesucristo. En primer término, habría que empezar por fortalecer la institución familiar, a la que trataban de minar las ideologías dominantes en dos de sus más firmes pilares como son la educación de los niños y los jóvenes y el matrimonio. Al primero de estos aspectos se refiere la encíclica *Divini illius Magistri* (31 diciembre 1929) y al segundo la *Casti connubii* (31 diciembre 1930).

A pesar de los años transcurridos desde la publicación de la encíclica *Divini illius Magistri*, este documento pontificio sigue siendo un punto de referencia de la doctrina de la Iglesia sobre la educación. Su actualidad se convierte, por tanto, en la mejor prueba de que Pío XI la escribió con criterios plenamente universales en el tiempo y en el espacio. Ahora bien, conviene recordar que este texto con toda intención, en principio, fue publicado en italiano, bajo el título *Rappresentanti in terra*. Naturalmente, Pío XI reprobaba el monopolio estatal en materia de enseñanza que era uno de los puntos capitales del programa fascista y fijaba con claridad el derecho de la educación en los siguientes términos:

La familia ha recibido del Creador la misión y por lo tanto el derecho de educar a la prole; es un derecho inalienable porque está estrechamente unido a esa obligación; es un derecho anterior a cualquier derecho de la sociedad y del Estado, y por lo tanto inviolable para cualquier potestad terrena.

No obstante, el pontífice reconoce en la misma encíclica el papel subsidiario que le corresponde al Estado en esta materia, a pesar de la prevención que había provocado en las décadas anteriores el empeño de no pocos en identificar la intervención del Estado en la escuela con la enseñanza laicista. En su conjunto, la *Divini illius Magistri* es uno de los textos pontificios con más propuestas positivas de los últimos tiempos. Ciertamente se condena el monopolio estatal en la docencia, que se rechaza que la educación sexual sea competencia de los profesores y no de los padres por las implicaciones morales que conlleva y que se desenmascara el partidismo de la pretendida «escuela neutra». Pero justamente en la argumentación de esas condenas se lanzan muchos retos. De entrada, Pío XI aboga por un clima de armonía entre la familia, la Iglesia y el Estado para que cada uno desempeñe el papel que le corresponda, además de empujar a los padres para que asuman el protagonismo que les compete en esa materia, porque en honor a la verdad y a la vista del pasado hay que afirmar que los padres habían hecho no pocas dejaciones de derechos en la educación escolar de sus hijos. Y es que si bien Pío XI en su empeño por reconstruir una nueva civilización cristiana concedía al clero un protagonismo decisivo, en ésta y en otras muchas ocasiones puso de manifiesto que sin contar con la familia no se lograría

dicha reconstrucción, pues eran las familias en cuanto que cristianas los elementos fundamentales para levantar esa civilización donde fuera posible el reinado de Cristo.

Y, en efecto, la familia se convertía en el tema central de la encíclica *Casti connubii*. En dicho documento, Pío XI rebasa la conocida definición de la familia como célula básica de la sociedad, para ir más lejos y proponer una espiritualidad propia de la familia. Naturalmente que el romano pontífice denuncia los males que atañían contra el vínculo matrimonial, como el amor libre y el divorcio, condena también el aborto y el eugenismo, para a continuación poner de manifiesto el origen divino de la institución del matrimonio y sus fines primarios que son la procreación y la educación de los hijos. Y esa espiritualidad de la familia, donde los planes de los hombres cuentan como parte y colaboración de los planes creadores de Dios, tiene su fundamento en la definición que Pío XI hace en dicha encíclica del matrimonio:

La sagrada unión del matrimonio se constituye por voluntad divina y por voluntad humana. De Dios procede la institución del matrimonio, sus leyes, sus fines y sus bienes. Del hombre, con la ayuda y la colaboración de Dios, depende la constitución de cada matrimonio particular con las obligaciones y los bienes establecidos por Dios, mediante la donación generosa de la propia persona a la otra persona para toda la vida.

No se defendía la familia sólo como la célula de la sociedad y elemento de estabilidad social; Pío XI elevaba el punto de mira y fijaba a la familia no sólo objetivos humanos, sino también espirituales. En consecuencia, quedaba excluida de ese ámbito la mentalidad neomaltusiana que entonces rebrotaba y las prácticas que atentaran contra la santidad de los esposos, como «todo uso del matrimonio en cuyo ejercicio el acto quede privado, por industria de los hombres, de su fuerza de procrear vida». Quizás se pueda comprender el auge del neomaltusianismo si se considera que tras la amarga experiencia de la Primera Guerra Mundial, durante el período de entreguerras se trazaron los presupuestos de una cultura de la muerte; un profundo pesimismo invadió las mentalidades de entonces hasta llegar a elaborar años después una concepción que definía al hombre como «un ser para la muerte». Así se entiende que quienes se rindieron ante postulados tan pesimistas y negativos sobre la vida no la quisieran transmitir a sus descendientes.

Por otra parte, la descristianización del mundo del trabajo y de las relaciones laborales fue abordada por Pío XI en la encíclica *Quadragesimo anno* (15 mayo 1931), escrita con motivo del cuarenta aniversario de la *Rerum novarum*. En este documento Pío XI reafirma la doctrina social ya expuesta por León XIII y añade nuevos matices exigidos por el período en que fue publicada; así, por ejemplo, pone un mayor énfasis en plantear como objetivo la búsqueda de la concordia en las relaciones laborales, en unas circunstancias históricas concretas en las que la lucha de clases se justificaba nada menos que con carácter de necesidad científica.

La encíclica *Quadragesimo anno*, junto con las dos anteriores referidas a la educación y la familia componen la gran triología doctrinal de Pío XI. Telegráficamente, las principales ideas de este documento pontificio son las siguientes: defensa del principio de subsidiariedad frente a la concentración de funciones por parte del Estado, apelación al entendimiento mediante la reconstrucción de los «cuerpos profesionales» en las relaciones laborales frente a la lucha de clases, promoción del bien común por parte del Estado, favorecer la justicia social —concepto innovador entonces, que venía a completar el contenido de la noción de justicia conmutativa— para paliar las desigualdades y las injusticias que se derivan cuando los sistemas de producción se abandonan de un modo absoluto a las leyes del mercado.

La ambigüedad con la que la encíclica se refería a los cuerpos profesionales, permitió que algunos interpretasen la encíclica como una propuesta de regreso al corporativismo medieval; por su parte, otros creyeron ver en esos términos la justificación del concepto social de los regímenes autoritarios de la nación de Austria de Engelbert Dollfuß (1892-1934) y del Estado de Portugal de Antonio de Oliveira Salazar (1889-1970). Lo único seguro era que tales términos —cuerpos profesionales— se empleaban en el documento pontificio en contraposición del estatismo social y de la lucha de clases, ideologías que parten de un concepto anticristiano del hombre que eran las que se condenaban, sin proponer ninguna como solución concreta. Y debido a todas estas equivocadas interpretaciones —algunas, por supuesto, interesadas—, Pío XI salía al paso años después en la encíclica *Divini Redemptoris* con estas palabras:

La Iglesia, en efecto, aunque nunca ha presentado como suyo un determinado sistema técnico en el campo de la acción económica y social, por no ser ésta su misión, ha fijado, sin embargo, claramente, las principales líneas fundamentales, que si bien son susceptibles de diversas aplicaciones, según las diferentes condiciones de tiempos, lugares y pueblos, indican, sin embargo, el camino seguro para obtener un feliz desarrollo progresivo del Estado.

A las cuestiones sociales estaba dedicada también la encíclica *Caritate Christi* (3 mayo 1932), en cuyo texto, tras manifestar la incompatibilidad entre el comunismo y el sentido cristiano de la vida, se hacía referencia a la situación derivada de la crisis económica de 1929 en los siguientes términos: «los cabecillas de toda esta campaña de ateísmo, aprovechan la crisis económica actual y con infernal dialéctica se esfuerzan en hacer creer a las muchedumbres hambrientas que Dios y la religión son la causa de esta miseria general».

Y en cuanto al sacerdocio, Pío XI llamaba la atención sobre la importancia de que los sacerdotes tuvieran una sólida formación teológica en la encíclica *Deus scientiarum Dominus* (24 mayo 1931), para lo que ya desde el principio de su pontificado había dado instrucciones precisas en la encíclica *Studiorum ducem* (29 junio 1923), en el sentido de desarrollar la teología sobre los principios de santo Tomás, a quien proponía Pío XI como guía de los estudios filosóficos y teológicos. Además de la ciencia, recordó el papa en otro documento, la encíclica *Ad catholici sacerdotii* (20 diciembre 1935), el sacerdote debía esforzarse por vivir santamente, por lo que su acción exterior debía ser el resultado de una intensa vida de piedad personal levantada sobre la oración, los sacramentos y la celebración del santo sacrificio de la misa; sólo de este modo, concluía Pío XI, podrán atender con una solicitud adecuada a todas las necesidades de los fieles.

La vida de la Iglesia. Como instrumento operativo para establecer el reinado de Cristo, propuesto por Pío XI, el papa dio un nuevo sentido a la Acción Católica, orientación tan diferente a la que hasta entonces la había animado que se puede afirmar —sobre todo a partir de 1928, año en que comienzan a aparecer los numerosos documentos pontificios al

respecto— que nos encontramos con una realidad distinta a la que hasta entonces llevaba ese mismo nombre. Como es sabido, Pío XI fue designado popularmente como «el papa de la Acción Católica», y él mismo se refirió a esta organización en repetidas ocasiones como «la niña de mis ojos», para manifestar la confianza que había depositado en esta institución. Precisamente porque el papa diseñaba una Acción Católica, sin ninguna connotación política, quiso que su desarrollo tuviera lugar al margen de los partidos confesionales católicos, como el Partito Popolare Italiano de Don Sturzo (1871-1959) o el Zentrum de monseñor Ludwig Kaas (1881-1952), a cuyos líderes retiró su apoyo.

No siendo política sino religiosa, afirmaba el pontífice, la Acción Católica era sin embargo acción social porque promovía el reino de Cristo en la sociedad, tratando de orientar la solución de los problemas según los principios cristianos (J. Escudero Imbert, «El pontificado de Achille Ratti, papa Pío XI», Anuario de Historia de la Iglesia, VI, Pamplona, 1997). En sus documentos, la Acción Católica era definida por Pío XI como un apostolado auxiliar de la Iglesia, sin otra finalidad que la de que los seglares participasen en cierto modo del apostolado jerárquico, de modo que actuasen tan sólo como una longa manus de la jerarquía y en concreto del sacerdote de la parroquia con quien de hecho tenían contacto. A luz del Concilio Vaticano II puede afirmarse que tal concepción dejaba sin desarrollar en plenitud la teología bautismal, como hoy la conocemos. Pero sería injusta una descalificación retrospectiva, sin considerar que la Acción Católica fue ideada en un tiempo concreto y para un tiempo concreto. Por otra parte, no está de más recordar que dicha concepción pertenece al ámbito operativo y no al dogmático, por lo que la Acción Católica puede ser objeto de cuantas modificaciones resulten oportunas al cambiar las circunstancias históricas.

Coincidiendo en el tiempo con el pontificado de Pío XI, el beato Josemaría Escrivá de Balaguer, a partir de que Dios le hiciera ver el Opus Dei (2 octubre 1928) (A. Vázquez de Prada, El fundador del Opus Dei, 1.1: Señor que vea, Madrid, 1997), comenzó a hacerlo realidad mediante un intenso trabajo apostólico en Madrid. Dicha intensidad no estuvo reñida con un echar a andar con sencillez y sin ruido, por lo que en los años del pontificado de Pío XI el Opus Dei pasó inadvertido. Diez años después de su fundación todos los miembros del Opus Dei podrían rondar la docena y la mayoría de ellos todavía eran estudiantes. Concluida la guerra civil española, en 1939, la entraña universal del Opus Dei desplegaba a sus miembros por diversas ciudades de España. Sólo tras la conclusión de la Segunda Guerra Mundial el Opus Dei pudo comenzar a extenderse por los cinco continentes (P. Berglar, Opus Dei Vida y obra del fundador Josemaría Escrivá de Balaguer, Madrid, 1987). Con el tiempo se veía la trascendencia de esta intervención de Dios en la historia, que llamaba a todo cristiano a santificarse en medio del mundo, sin sacar a nadie de su sitio y con plena libertad y responsabilidad en sus actuaciones sociales y profesionales. Tales planteamientos, si bien entonces no pudieron ser fácilmente comprendidos por las mentalidades del momento, acabaron más tarde por recibir el espaldarazo de la doctrina del Concilio Vaticano II.

Durante el pontificado de Pío XI, las misiones experimentaron un notable desarrollo. Sin duda, Pío XI ya comenzó a recoger los frutos que por falta de tiempo no pudo ver su antecesor Benedicto XV, a quien se deben toda una serie de reformas decisivas. Pío XI fue un buen continuador de Benedicto XV en este punto y sustentó las misiones sobre el siguiente trípode: centralización en Roma de las obras misionales, responsabilidad de todos los fieles por cuanto ellos debían cooperar también con su oración y con su limosna a la evangelización y evitar las interferencias de las potencias colonizadoras en las misiones. Se pretendía que en esos territorios la Iglesia se hiciese compatible con las costumbres del lugar y se nutriera con clero autóctono, para que así cuanto antes dejasen de ser «tierra de misión» y se convirtiesen en una porción más de la Iglesia de Jesucristo, caracterizada por ser una y universal. Durante la celebración del Año Santo en 1925, Pío XI organizó una exposición misionera universal en los jardines vaticanos que sirvió para acercar todavía más a los fieles la realidad de las misiones. Y en un intento de que cada católico se hiciera responsable del trabajo misional de la Iglesia mediante la oración y la limosna, Pío XI estableció en 1926 el Domingo Mundial de las Misiones, que en España se celebra con el nombre de «Domund».

La encíclica misional de Pío XI es la *Rerum Ecclesiae* (28 febrero 1926), donde se manifiesta como un decidido impulsor del clero indígena. El papa también implicó en la tarea misional a los religiosos contemplativos, para hacer ver a todos los fieles el valor de la oración como el medio fundamental e imprescindible en la expansión del Evangelio. En este sentido instó a que se establecieran monasterios de carmelitas y trapenses en tierras de misión. No deja de ser significativo que él mismo, en 1927, proclamase patrona de las misiones, junto con san Francisco Javier (1506-1552), a santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897), una monja carmelita de clausura a la que él mismo había beatificado en 1923 y canonizado dos años después. El propio Pío XI pudo ver los primeros resultados; durante su pontificado los 12.000 sacerdotes misioneros aumentaron a 18.000, se crearon unas 300 nuevas circunscripciones misioneras y se multiplicó por dos el número de los católicos en tierras de misión. Con Pío XI se produjo el tránsito del concepto de «misiones» al de «Iglesias locales»; prueba de ello fue la consagración en Roma (20 octubre 1926) de los seis primeros obispos chinos, y más tarde de japoneses y vietnamitas, lo que ponía de manifiesto la catolicidad o universalidad de la Iglesia fundada por Jesucristo.

De acuerdo con el mandato de Jesucristo de predicar el Evangelio a todos los hombres, Pío XI había procurado impulsar las misiones. Por la misma razón, durante su pontificado se realizaron algunas reuniones con los cristianos separados de Oriente y Occidente. Ya en el pontificado anterior había tenido lugar el primero de los cuatro encuentros entre anglicanos y católicos, conocidos como las conversaciones de Malinas, que se celebraron entre 1921 y 1926. La experiencia era particular, aunque contó con la autorización de Benedicto XV. Por parte de los anglicanos, la iniciativa partió de lord Charles Lindley Halifax (1839-1934), un político inglés que había tenido contacto con el movimiento de Oxford, pero que creía ver una mejor disposición para este tipo de encuentros entre los católicos belgas que entre los ingleses. Por este motivo, se valió de un antiguo conocido suyo, el religioso lazarista Fernand Portal, que entonces era vicario del cardenal primado de Bélgica, Desiré Joseph Mercier (1851-1926). Realmente la iniciativa era novedosa; así es que por ser uno de los primeros pasos de lo que con el tiempo se llamó movimiento ecuménico, más que por los resultados que de aquellos

encuentros se derivaron es por lo que se hace referencia de las conversaciones de Malinas en la historia de la Iglesia. Con la muerte del cardenal Mercier, Pío XI consideró oportuno dar por liquidada aquella experiencia.

En 1925, la Liga mundial para la colaboración amistosa de las Iglesias, había celebrado un congreso en Estocolmo, en el que se habían aparcado las cuestiones dogmáticas. Por otra parte, en 1927 la organización ecuménica Faith and Order había celebrado en Lausana un congreso mundial, en el que no quiso estar representada la Iglesia católica. Después de la Segunda Guerra Mundial estas dos organizaciones se fusionaron en el Consejo Ecuménico de las Iglesias. En cierta medida, estos movimientos partían del principio del indiferentismo y el relativismo religioso. Por este motivo Pío XI mantuvo una prudencial reserva, y abordó estas cuestiones en la encíclica *Mortalium ánimis* (6 enero 1928), expresando con claridad la pauta a seguir:

no se puede profesar la fe cristiana sin creer que Jesucristo fundara la Iglesia como una única Iglesia [...] la unión de los cristianos no se puede facilitar más que de un modo: favorecer el retorno de los disidentes a la única y verdadera Iglesia de Cristo.

Respecto a los orientales, católicos y ortodoxos, hay que decir que Pío XI desplegó hacia ellos numerosas iniciativas. Además de las referencias de la encíclica anterior, Pío XI dedicó otras dos a los cristianos ortodoxos: la *Ecclesiam Dei* (1923) y la *Rerum orientalium* (8 septiembre 1928). Promovió fundaciones para los estudios orientales para facilitar un mayor conocimiento de todo ese mundo, en 1929 codificó el derecho de la Iglesia oriental y en 1935 el patriarca de Siria Tappouni se convertía en el primer oriental que pasó a formar parte del colegio cardenalicio. En este sentido, hay que destacar la figura de Dom Lambert Beauduin (1873-1970), que mediante los encuentros entre monjes de Oriente y Occidente consiguió un mayor conocimiento de los valores espirituales de ambas zonas, que fueron divulgados a través de la revista *Irenikon*, por él fundada.

Pío XI no fue sólo el papa sabio de los profundos escritos doctrinales, sino que fue también guía personal para los fieles. B. Mondin ha escrito que Pío XI fue «un gran maestro y también un sublime modelo de vida interior». Así se explica que sus profundas vivencias espirituales —Cristo Rey, la eucaristía, el Sagrado Corazón, la Virgen y el rosario— tuvieron su correspondiente reflejo en encíclicas específicas. Éste es el caso de la encíclica *Ingravescentibus malis* (29 septiembre 1937), donde propone el rezo del rosario como remedio para conseguir detener la guerra, ante los empujes contra la paz de la ideología neopagana del nacionalsocialismo, que por entonces se empezaron a manifestar de un modo amenazante.

Particularmente significativos fueron los modelos de santidad que Pío XI propuso a los fieles, al elevar a los altares a un buen número de santos. Concretamente, 496 beatos en 42 beatificaciones y 33 santos en 16 ceremonias de canonización. En este sentido, ya se comentó la canonización de santa Teresa del Niño Jesús y su patronazgo sobre las misiones; Pío XI sentía por esta monja de clausura tal admiración que en repetidas ocasiones se refirió a ella como «la estrella de mi pontificado». Otro tanto sucedió con san Juan Bosco (1815-1888), a quien Pío XI había conocido en su juventud; un papa que tuvo que hacer frente al sectarismo laicista en los ámbitos educativos y que tantos escritos dejó en defensa de la educación cristiana de los niños y los jóvenes, tuvo que sentir un gran gozo al canonizar en 1934 a san Juan Bosco, fundador de los salesianos, a quienes se deben tantas iniciativas educativas. También fueron canonizados durante su pontificado san Juan Eudes (1601-1680), formador de sacerdotes, y san Juan María Bautista Vianney (1786-1859), el cura de Ars, propuesto como patrono de los párrocos. Y además de éstos, entre otros fueron elevados a los altares san Juan Fisher (1445-1535), santo Tomás Moro (1478-1535), santa Magdalena Sofía Barat (1779-1865). Por otra parte, Pío XI elevó a la categoría de doctores de la Iglesia a san Pedro Canisio (1521-1597), san Juan de la Cruz (1542-1591), san Alberto Magno (1206-1280) y san Roberto Belarmino (1542-1621).

En 1936, ya octogenario, a Pío XI se le diagnosticó una miocarditis y una arteriosclerosis de la que se pudo reponer. Pero la enfermedad y los años habían minado seriamente su robusta salud de deportista, por lo que los últimos años de su vida fueron particularmente duros, ya que a los sufrimientos morales que le produjo el auge de los totalitarismos, que anunciaban una nueva guerra (J. Pabón, *Los virajes hacia la guerra 1934-1939*, Madrid, 1946), vinieron a añadirse los padecimientos físicos. En noviembre de 1938 recayó; a duras penas pasó las Navidades y pudo transmitir por la radio su alocución de Navidad. El 4 de febrero de 1939 celebraba su última misa, pues ese día su crisis cardíaca se complicó con una aguda insuficiencia renal. Falleció en la víspera de la celebración del décimo aniversario de la firma de los pactos lateranenses, a las cinco y media de la madrugada.

No son pocos los estudios rigurosos que ya han emitido un juicio histórico acerca del pontificado de Pío XI. Igualmente han sido varios los congresos celebrados para analizar su mandato al frente de la Iglesia (Pío XI nel trentesimo delta morte, 1939-1969. *Raccolta di studi e di memorie*, Milán, 1969; // *pontificato di Pio XI a cinquant'anni di distanza*, Milán, 1991). Un justo balance del pontificado de Pío XI es el que se encierra en las siguientes palabras de un historiador italiano:

Pastor celoso, sabio maestro, padre afectuoso, guía segura, condotiero enérgico guió con mano experta la navecilla de Pedro en uno de los momentos más difíciles y oscuros de la historia. Luchó denodadamente no sólo contra los totalitarismos —comunismo, fascismo y nazismo— que empujaban a la humanidad hacia una horrenda barbarie, sino también contra las raíces más profundas de los males que conducían a la modernidad hacia su propia ruina: el ateísmo, la secularización, la descristianización; en una palabra, el abandono de Dios, de Cristo y de la Iglesia.

Pío XI dirigió la Iglesia a su objetivo primario y esencial: la evangelización, el apostolado, la adoración, el rezo, comprometiendo en todo ello no sólo al clero sino también a los laicos, promoviendo la Acción Católica y el apostolado misional. Pío XI hizo sentir a los católicos la grandeza de su propia fe y el honor de pertenecer al reino de Cristo. Con Pío XI la Iglesia conquista nuevamente la figura de «Iglesia militante», de modo que sus miembros se volvieron a sentir orgullosos de esa militancia (B. Mondin, *Dizionario enciclopédico...*, ob. cit.).

Pío XII (2 marzo 1939 - 9 octubre 1958)

Personalidad y carrera eclesiástica. Eugenio Pacelli fue elegido papa el mismo día de su 63 cumpleaños, y como nuevo sucesor de san Pedro adoptó el nombre de Pío XII. Había nacido en Roma y fue el tercero de los cuatro hijos de Filippo Pacelli y Virginia Graziosi. Los Pacelli pertenecían a una de las familias romanas más distinguidas y estaban estrechamente ligados al Vaticano por los servicios prestados al papa desde generaciones anteriores. Su abuelo, Marcantonio, fue nombrado por Pío IX (1846-1878) sustituto del Ministerio del Interior, cargo que desempeñó entre 1851 a 1870, y recibió de la Santa Sede un título nobiliario; a uno de sus hijos, Ernesto, se le encomendó la administración de las finanzas vaticanas y a otro —al padre de Pío XII— se le nombró abogado consistorial, uno de los cargos más altos que podían ocupar los seglares en el Vaticano. Filippo Pacelli fue uno de los consejeros, que colaboró en la redacción del Código de derecho canónico. Y, como ya se dijo, uno de los hermanos de Pío XII, durante el pontificado anterior, contribuyó como abogado al éxito de los acuerdos de los Pactos Lateranenses.

En efecto, Eugenio Pacelli había nacido (2 marzo 1876) en el seno de una familia con firmes raíces cristianas de la que recibió una sólida formación religiosa. El cardenal Domenico Tardini (1888-1961), buen conocedor de su alma, ha descrito su trayectoria espiritual con estas palabras: «En su dura lucha interior, Pío XII fue guiado y sostenido por su ardiente piedad hacia Dios, por su tierna devoción a la Virgen y por el altísimo concepto que poseía del papado» (D. Tardini, Pío XII, Ciudad del Vaticano, 1960). Y también el mismo cardenal se refiere a su vida de mortificación y penitencia; según Tardini, los médicos decían de Pío XII que «llevaba una vida inhumana», y es que el dominio de sí mismo y sus exigentes horarios no eran sino la manifestación concreta de su deseo de inmolar su vida por la gloria de Dios. Así, en años especialmente duros como los de la Segunda Guerra Mundial, llegó a pesar sólo 57 kilos, lo que estaba totalmente desproporcionado con sus 1,82 metros de estatura (J. E. Schenk, «Pío XII y Juan XXIII», en A. Fliche y V. Martin, Historia de la Iglesia, t. XXVII, 1, Valencia, 1983).

Pues bien, el aprendizaje de todas estas virtudes cristianas lo realizó en el hogar familiar exclusivamente, sin que el colegio influyera ni mucho ni poco, ya que sus primeros estudios los realizó en el liceo estatal Visconti, cuyos docentes en su mayoría eran afamados laicistas militantes. Cuentan sus biógrafos que en más de una ocasión Eugenio Pacelli tuvo que defender públicamente su fe en las aulas ante los ataques de sus propios profesores. Sin embargo, en ese ambiente anticlerical y nada favorable al arraigo de una vocación religiosa decidió hacerse sacerdote, si bien es cierto que las tensiones del colegio eran compensadas con el clima tan distinto de la iglesia de Santa María Vallicella, donde se había integrado en uno de los grupos apostólicos juveniles que dirigían los clérigos del Oratorio Giuseppe Lais.

A los 18 años comenzó los estudios eclesiásticos en el Colegio Capránica y, posteriormente, se doctoró en filosofía y teología en la Universidad Gregoriana. Al día siguiente de su ordenación sacerdotal (2 abril 1899) celebró su primera misa en la capilla Borghesiana de la basílica de Santa María la Mayor, presidida por el famoso icono de la Virgen, Salus Populi Romani, imagen a la que Eugenio Pacelli tuvo siempre gran devoción y a la que coronó solemnemente en la basílica de San Pedro, siendo ya papa. Su primer ministerio sacerdotal lo desarrolló en la Chiesa Nuova, entregado a la atención de los penitentes en el confesonario, a la enseñanza del catecismo a los niños y a la atención espiritual de enfermos y moribundos. A la vez acudía al Ateneo Pontificio de San Apolinar, donde obtuvo otros dos doctorados, en derecho canónico y civil. Además, aprendió a hablar correctamente en francés, inglés y alemán.

El cardenal Vincenzo Vannutelli (1836-1930), amigo de la familia, le introdujo en la curia, lo que unido a sus grandes cualidades y a su preparación hizo posible que empezara a trabajar como oficial menor de segundo grado, el oficio más modesto de la Secretaría de Estado, a cuyo frente estaba entonces el cardenal Rampolla (1843-1913). Y cuando éste fue relevado por el cardenal Merry del Val (1865-1930), Eugenio Pacelli fue ascendido a minutante, por lo que a partir de entonces se le encomendaron trabajos de mayor responsabilidad, como la preparación del borrador del decreto de 1904 por el que san Pío X (1903-1914) abolía el derecho a veto en las elecciones de los pontífices y el nuevo reglamento de cónclaves de ese mismo año. Por entonces, había sido ya nombrado monseñor y prelado doméstico de su santidad. Su prestigio como jurista traspasó las fronteras italianas y la Universidad Católica de Washington le ofreció la cátedra de derecho romano, cargo al que renunció porque san Pío X quiso mantenerlo cerca de sí. Desde 1909 explicó derecho público eclesiástico en la Academia Pontificia, institución donde se formaban los sacerdotes a los que posteriormente se les encomendaban funciones diplomáticas en las Nunciaturas Apostólicas y en la Secretaría de Estado.

Durante estos años, monseñor Pacelli supo hacer compatible el trabajo en las dependencias vaticanas con las tareas apostólicas que venía desempeñando en la Chiesa Nuova. Es más, aumentó incluso su responsabilidades, ya que también asumió el cargo de consiliario de la Casa de Santa Rocca, donde acudían jóvenes obreras. Y, además, por sus dotes de buen orador, era requerido frecuentemente para predicar en distintas instituciones religiosas y parroquias de Roma.

Eugenio Pacelli, en efecto, era un intelectual, pero a la vez tenía los pies bien asentados en el suelo. Buen conocedor de la condición humana, había dado muestras más que suficientes de unas excepcionales dotes de gobierno. De modo que san Pío X le nombró sustituto de la Secretaría de Estado (1911) y prosecretario (1912). Benedicto XV (1914-1922), por su parte, le designó secretario de la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios (1914), para que se encargara de las iniciativas humanitarias y pacificadoras que el mismo papa había emprendido durante la Primera Guerra Mundial.

En 1917, el propio Benedicto XV le consagró obispo y le envió como nuncio a Munich, ya que entonces no existía nunciatura en Berlín y los asuntos de la Santa Sede en Alemania se atendían desde la capital de Baviera, único Estado alemán que mantenía entonces relaciones con la Santa Sede. De su actividad en Alemania dimos cuenta en el pontificado de Benedicto XV, ya que su trabajo como nuncio facilitó la redacción de la nota (1 agosto 1917) de las seis propuestas concretas que Benedicto XV envió a los gobiernos de los Estados beligerantes para tratar de llegar a una paz justa. Al término de la guerra mundial fue nombrado nuncio en Berlín (22 junio 1920), cargo desde el que impulsó la política

concordataria del período de entreguerras. A su gestión directa se debe la firma de los concordatos de la Santa Sede con Baviera y Prusia. Por su prestigio en Alemania, Pacelli consiguió que el nuncio papal fuera considerado decano del cuerpo diplomático, práctica habitual en los países de mayoría católica. Pero no era éste el caso de Alemania, donde la nunciatura de Berlín era la primera que se abría en un Estado donde los católicos eran minoría.

Eugenio Pacelli permaneció en Alemania hasta finales del año 1929. Por entonces regresó a Roma, donde Pío XI (1922-1939) le impuso el capelo cardenalicio (19 diciembre 1929) y tomó el relevo poco después (7 febrero 1930) al frente de la Secretaría de Estado del anciano cardenal Gasparri (1852-1934), que poco antes había coronado con éxito las conversaciones de los Pactos Lateranenses.

Su gestión como secretario de Estado hasta su elección como sumo pontífice, quedó ya reflejada en la descripción del pontificado de Pío XI. Para completar las referencias anteriores hay que decir ahora que además de sus gestiones en orden a la firma de los diferentes concordatos y demás funciones diplomáticas por toda Europa, realizó una serie de misiones más espirituales que diplomáticas, que le permitieron conocer de cerca la realidad universal de la Iglesia. Para dar una idea de la amplitud de su acción, basta con citar tan sólo sus viajes más importantes: en 1934, presidió el XXXII Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, como legado pontificio, y de regreso pasó por Río de Janeiro donde fue recibido por el Congreso y el Tribunal Supremo de Brasil; en 1935, de nuevo como legado pontificio, asistió en Lourdes a la celebración del 77.º aniversario de las apariciones de la Virgen; en 1936, recorrió Canadá y Estados Unidos, donde mantuvo una entrevista con el presidente Franklin D. Roosevelt (1882-1945); en 1937, consagró en Lisieux la nueva iglesia dedicada a santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897) y fue oficialmente recibido como legado papal por el gobierno galo presidido por Albert Lebrun (1871-1950), lo que no sucedía desde 1814; y, por fin, en 1938 acudió a Budapest para representar al papa en la presidencia del XXXIV Congreso Eucarístico Internacional.

En resumen, Eugenio Pacelli estaba intelectualmente muy bien dotado, era piadoso, sabía moverse a la perfección en la curia romana y era el personaje eclesiástico más conocido en las cancillerías (A. Hatch y S. Walshe, *Corona de gloria. Vida del papa Pío XII*, Madrid, 1958), condición ésta que fue valorada también por los cardenales reunidos en el cónclave, ya que las potencias hacían entonces los últimos preparativos para una nueva guerra, cuyo estallido todos veían inminente. Por todo ello se entiende que en 1939 no se cumpliera el vaticinio popular que afirmaba que «quien entra papa en un cónclave, sale cardenal», porque en esta ocasión era casi unánime la opinión de que Eugenio Pacelli sería el sucesor de Pío XI. Y en efecto, en menos de veinticuatro horas, a la tercera votación obtuvo la mayoría exigida para ocupar la cátedra de san Pedro, al votarle 48 de los 62 cardenales reunidos (C. Marcora, *Storia dei Papi*, t. VI, Milán, 1974).

Pío XII nombró secretario de Estado al cardenal Luigi Maglione (1879-1944), a quien mantuvo en este puesto hasta su muerte (22 agosto 1944). Pero, a partir de 1944, dejó vacante dicho cargo:

«No quiero colaboradores, sino ejecutores», me dijo Pío XII el 5 de noviembre de 1944 —ha escrito el cardenal Tardini— cuando me anunció que no nombraría sucesor al llorado cardenal Maglione. Fue un acto de valentía, si bien en tal decisión no estuvo ausente la duda de que su benignidad natural lo expusiese a dejarse influir excesivamente o que su condescendencia lo impulsase a seguir sugerencias no siempre o no en todo convenientes. También bajo este punto de vista fue el gran «Aislado». Solo en el trabajo, solo en el combate (J. E. Schenk, *Pío XII y Juan XXIII...*).

Así pues, él mismo asumió el contenido del cargo que dejaba sin cubrir y para auxiliarse en esta competencia añadida nombró prosecretarios a dos de sus colaboradores más directos desde los años en que él mismo había sido secretario de Estado de Pío XI. Estas dos personas eran los entonces monseñores Tardini y Montini; con los años, el primero llegó a ser nombrado secretario de Estado por Juan XXIII (1958-1963) y el segundo ocupó la cátedra de san Pedro con el nombre de Pablo VI (1963-1978).

Se suele destacar el entorno germánico que rodeó a Pío XII durante su pontificado, compuesto de unas pocas personas de su entera confianza, que ya habían colaborado con él desde su época de nuncio en Alemania. Alemanas eran las monjas, que dirigía sor Pascualina en los trabajos de limpieza y asistencia de las estancias vaticanas que ocupaba el romano pontífice. También era alemán su confesor, el padre jesuita y futuro cardenal Agustín Bea (1881-1968). Asimismo era alemán su secretario particular, el padre jesuita Robert Leiber, a quien el papa normalmente encargaba además las cuestiones que tenían que ver con Alemania. Era igualmente alemán y jesuita el padre Frank Hürth, a quien Pío XII encargaba los asuntos de moral familiar. Por último, el jesuita Gustav Gundlach, especialista en problemas sociales, era como los anteriores alemán. Y además de este grupo de colaboradores directos, Pío XII encontró una fiel y estrecha colaboración en estos cinco cardenales: Giuseppe Pizzardo (1877-1970), Alfredo Ottaviani (1890-1979), Nicola Canali (1874-1961), Clemente Micara (1879-1965) y Marcello Mimmi (1882-1961).

La Segunda Guerra Mundial. Consciente de la crítica situación internacional que atravesaba Europa, Pío XII al día siguiente de su elección pronunció un mensaje en el que exhortaba a buscar la paz «en estas horas agitadas y difíciles». En efecto, el papa no hablaba sin fundamento, pues once días después de pronunciar estas palabras, los nazis establecían el protectorado de Bohemia-Moravia y así Hitler (1889-1945) completaba la ocupación de Checoslovaquia, que había iniciado seis meses antes al anexionar a Alemania la región de los Sudetes. Y si se tiene en cuenta que un año antes ya se había producido el Anschluss (15 marzo 1938), por el que Austria quedaba incorporada al III Reich, se comprenderá que sólo faltaba dar el último golpe de fuerza en el corredor de Danzig para que estallara la Segunda Guerra Mundial.

De marzo a septiembre, Pío XII no regateó ningún esfuerzo para evitar la guerra. El 5 de marzo escribió personalmente a Hitler y recordándole «con sumo gusto los muchos días que pasamos en Alemania en calidad de nuncio», trataba de acercar posiciones. Hitler tardó más de un mes y medio en acusar recibo y lo hizo de un modo frío y distante. Ante el silencio de los nazis, Pío XII cambió de táctica e intentó un acercamiento entre Francia e Italia, con el fin de separar a esta última de los nazis. La maniobra tampoco dio resultado, pues Mussolini (1883-1945) estaba decidido a seguir la política expansionista de Hitler y los primeros días de abril las tropas italianas ocupaban Tirana, proclamando a Víctor Manuel III

(1900-1944) rey de Albania. Volvió a intentarlo Pío XII de otro modo y los últimos días de abril encargó al padre Tachi Venturi (1861-1956), como emisario oficioso, que promoviese contactos para celebrar una conferencia a cinco, con representantes de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Polonia para resolver los problemas en una mesa de negociaciones; y esta vez los que abortaron el encuentro fueron los polacos.

Por el contrario, lo que sí fraguaba eran los acuerdos en favor de la guerra. En mayo se firmaba con toda solemnidad (22 mayo 1939) la alianza entre Alemania e Italia, conocida como «Pacto de Acero». En agosto, la noche del 23 al 24, nazis y comunistas celebraron una peculiar fiesta en el Kremlin, que la historia académica ha denominado «Pacto de no Agresión». Joachim von Ribbentrop (1893-1946), ministro de Asuntos Exteriores del Reich, viajó a Moscú, desde donde informó: «Me sentía como si hubiera estado entre los viejos camaradas del partido.» Stalin (1879-1953), en un brindis, afirmó que «sabía cuánto amaba a su Führer el pueblo alemán». Se dijo que el pacto Anticomintern estaba dirigido sencillamente a impresionar «a los tenderos británicos». Los dos cómplices pudieron llegar a un acuerdo —pacto de no agresión germano-soviético, con cláusulas secretas sobre el reparto de Europa oriental— porque representaban a dos mundos con los mismos métodos y, lo que era más grave, con la misma moral.

Por su parte, el mismo día 24 de agosto de 1939, el papa dirigió un angustioso ruego al mundo, que se tradujo en varias lenguas, en el que se podían escuchar mensajes como los siguientes:

La política emancipada de la moral traiciona a aquellos mismos que la practican [...] El peligro es inminente, pero todavía estamos a tiempo. Nada se pierde con la paz; todo puede perderse con la guerra [...] Escúchenos los fuertes, para no llegar a ser débiles practicando la injusticia. Escúchenos los poderosos, si desean que su potencia no se convierta en simple destrucción, sino en fortaleza de los pueblos y tranquilidad en el orden y en el trabajo.

Aunque no fue escuchado el romano pontífice en esta ocasión, no por ello dejó de hacer llamamientos hasta el último momento para evitar la guerra. El día 31 de agosto envió otra nota más a las potencias para tratar de frenar el conflicto.

Pero la llamada del papa del último día de agosto no fue escuchada. El 1 de septiembre los nazis invadieron Polonia y ocuparon su parte occidental en tan sólo dos semanas. Los comunistas, por su parte, y de acuerdo con lo pactado con los nazis, el día 17 hicieron otro tanto por la frontera oriental de Polonia, sin encontrar a su paso ni tan siquiera la más mínima resistencia del ejército polaco. Había comenzado la Segunda Guerra Mundial. Antes de que estallara el conflicto armado, Pío XII ya había redactado su primera encíclica, la *Summi pontificatus* (20 octubre 1939); por lo que a última hora y antes de publicarse, hubo que añadir alguna referencia a los sufrimientos de Polonia, digna del «derecho a la compasión humana y fraterna de todo el mundo», según podía leerse en el documento pontificio. Naturalmente, la encíclica condenaba el Estado totalitario, por cuanto se había atribuido el derecho de rescindir las obligaciones contraídas en el ámbito internacional. Y poco más podía decir respecto al conflicto el papa a mediados de octubre, ya que la guerra todavía no había adquirido sus dimensiones mundiales y por entonces ni tan siquiera se sospechaba lo terrible de su balance final: unos cuarenta millones de muertos, de los que casi la mitad fueron civiles. Pero cuando tuvo los primeros datos y pudo hacerlo, Pío XII habló con toda claridad, como sucedió en la audiencia que concedió a Von Ribbentrop el 11 de marzo de 1940. El ministro de Asuntos Exteriores del III Reich había acudido a Roma fundamentalmente para entrevistarse con Mussolini con el fin de empujar a Italia para que entrara en la guerra, y con este propósito le anunció que pronto empezarían las operaciones contra Francia e Inglaterra. Y en efecto, tres meses después (10 junio 1940) Italia declaró la guerra a Francia e Inglaterra.

Pues bien, Von Ribbentrop, aprovechando su viaje a Roma, quiso ser recibido en el Vaticano por lo que de propaganda podría tener la entrevista cara a los católicos alemanes. El encuentro duró más de una hora, y en la conversación Pío XII denunció con datos, fechas y nombres concretos la persecución de los nazis contra los católicos, a lo que Von Ribbentrop no quiso ni responder; se limitó a manifestar que nada sabía de todas esas cuestiones por no corresponder a las competencias de su cartera ministerial. Y es que al igual que le sucediera al papa Benedicto XV durante la Primera Guerra Mundial, ahora tampoco nadie estaba dispuesto a escuchar las llamadas en favor de la paz de Pío XII, y mucho menos las reclamaciones por legítimas que fuesen. A pesar de todo, durante los años de la contienda la Santa Sede no escatimó esfuerzos en sus gestiones diplomáticas. Y, desde luego, el papa hizo valer su autoridad moral en apoyo de muy diversas gestiones humanitarias, incluida por supuesto su intervención directa y personal.

Como ya hiciera su predecesor durante la Primera Guerra Mundial, el mismo día que se desencadenó el nuevo conflicto mundial Pío XII organizó los servicios para facilitar información sobre prisioneros de guerra y desaparecidos. Tras la conclusión de la guerra, esta organización humanitaria todavía permaneció en activo un cierto tiempo. Durante todos estos años se atendió a once millones de peticiones de búsquedas. Los medios de que disponía la curia y sobre todo la Secretaría de Estado se pusieron al servicio de una comisión especial para socorros, dirigida por el entonces monseñor Montini.

Las ayudas humanitarias de Pío XII se dirigieron con especial atención a los grupos más perseguidos, como el de los judíos. Durante el tiempo de guerra y en los años posteriores a la misma, fue unánime el reconocimiento sobre la actuación de Pío XII en favor de los judíos. Pero en 1963, la obra de teatro del alemán Hocchuth, titulada *El Vicario*, en un alarde de deformación de la realidad, culpaba a Pío XII de ser cómplice del holocausto. El escándalo, que se había montado sobre una sarta de calumnias, se convirtió en un pingüe éxito editorial, que otros trataron de imitar. Y así es cómo ha llegado hasta hoy semejante especie, que incluso algunos siguen repitiendo con tan buena voluntad como falta de sentido crítico. El infundio, no obstante, ha servido para espolear la curiosidad histórica de varios intelectuales, de manera que al día de hoy conocemos con precisión la actuación de Pío XII respecto a los judíos. Es más, me atrevería a afirmar que de no haber sido por ese escándalo, el paso del tiempo hubiera perdido en el olvido muchas de las realizaciones humanitarias de Pío XII.

Así, sabemos entre otras cosas que en universidades, ateneos y en cuantos edificios pontificios gozaban del derecho de extraterritorialidad, se dio acogida y protección a los miembros de la comunidad judía, en un número que se calcula en las

5.000 personas. Fueron numerosas las actuaciones diplomáticas de la Santa Sede que evitaron deportaciones de judíos; especialmente decisivas resultaron las que se ejercieron sobre Mussolini para que no enviase ningún judío a los campos de exterminio. Afirma el prestigioso historiador José Orlandis que, además conoció los hechos directamente por realizar investigaciones de posgrado en Roma durante la guerra mundial (J. Orlandis, *Memorias de Roma en guerra*, Madrid, 1992):

Tal vez no haya mejor argumento para responder a las críticas contra Pío XII hechas por algún escritor de la posguerra y magnificadas por un coro de voces parciales o sectarias, que recordar tan sólo un hecho, pero éste bien significativo: el que fuera gran rabino de Roma durante la guerra, Israel Zolli, al llegar la paz y cuando su decisión había de depararle mucho más perjuicio que provecho, se convirtió al catolicismo y al ser bautizado quiso tomar, en signo de gratitud al papa Pacelli, el nombre cristiano de Eugenio (J. Orlandis, «El papa Pío XII», *Anuario de historia de la Iglesia*, VI, Pamplona, 1997).

En cuanto a la presunta culpabilidad de los «silencios» del papa sobre la condena del nazismo durante la guerra, hay que decir que siempre que pudo habló en privado y en público. Pero la experiencia según la cual a la denuncia de los obispos de un determinado lugar seguía sistemáticamente una durísima represión, especialmente cruel en el caso de Holanda, aconsejaba no realizar condenas públicas, que además en este caso de haberla pronunciado el papa y tener por lo tanto un mayor eco que la de los obispos, hubiera acarreado con seguridad graves daños, a quienes precisamente se trataba de proteger.

A pesar de todo, siempre que las más elementales normas de prudencia lo permitieron, la Santa Sede dejó oír su voz. Ya me he referido a la entrevista de Pío XII con Von Ribbentrop en 1940. En 1943, cuando la situación era mucho más complicada, el secretario de Estado, el cardenal Maglione, convocó al embajador alemán ante la Santa Sede, Ernst von Weizsacker, para manifestarle el dolor del papa por el exterminio de los judíos. Al tener conocimiento de este encuentro, Francis D'Arcy Godolphin Osborne, embajador de Gran Bretaña en la Santa Sede, quiso dar publicidad al contenido de la entrevista y se puso en contacto con el secretario de Estado, quien le confirmó lo tratado con el embajador alemán, a la vez que le autorizó a dar fe de lo tratado pero a título personal, pues de confirmarlo oficialmente la publicación de la noticia contribuiría a recrudecer la persecución de los judíos.

La descripción de la actitud humanitaria de Pío XII nos obligaría a extendernos excesivamente; sin embargo, es obligado detenernos en un hecho concreto. De todos sus gestos ha quedado para la historia como uno de los más significativos su comportamiento durante el bombardeo de la periferia de Roma. En la mañana del 19 de julio de 1943, mientras recibía en audiencia a un grupo de diplomáticos extranjeros, sonaron las sirenas como preludio de la tragedia. A las once y diez de la mañana comenzaron a caer las primeras bombas. Suspendida la audiencia, el papa ordenó a monseñor Montini que sacara todo el dinero del Banco Vaticano —unos dos millones de liras eran todos los fondos en esos momentos—, que lo metiera en una bolsa y que le acompañara de inmediato al lugar más afectado, el barrio de San Lorenzo Extramuros. Allí, fueron sorprendidos por la presencia del papa quienes lloraban sobre los cadáveres y quienes luchaban por sacar a los heridos de entre los escombros. De inmediato, la gente se arremolinó junto al papa que pronto vio manchada su sotana blanca por las manos sucias y ensangrentadas de quienes le tocaban. Cayó de rodillas y tras orar unos momentos, acarició el cuerpo inerte de un niño que su madre tenía entre los brazos. Después, cuando hubo repartido todo el dinero que Montini llevaba en la bolsa, regresó al Vaticano (*Actes et documents du Saint-Siège relatifs á la seconde guerre mondiale*, t. X, Ciudad del Vaticano, 1965-1980).

Durante los siete años que duraron los combates fueron muchos y muy variadas las intervenciones de la Santa Sede en favor de la paz, gestiones reflejadas en la documentación recogida en diez volúmenes (*Actes et documents du Saint-Siège relatifs á la seconde guerre mondiale...*). Ante la imposibilidad de mencionarlas en esta pequeña semblanza biográfica, diremos que por su comportamiento Pío XII es reconocido por la historia como uno de los personajes de la época que más luchó en favor de la paz. Con el fin de evitar represalias mayores, se vio obligado a guardar un silencio oficial en determinadas ocasiones, pero ni tan siquiera en estas críticas circunstancias dejó de hacer cuanto estuvo de su mano. Por eso, reprochar al papa una actitud de indiferencia —según un bando— porque no se condenó oficialmente a la Rusia comunista o porque —según el otro bando— no denunció lo suficientemente claro a su entender los horrores nazis, es cuando menos un juicio injusto y no pocas veces calumnioso. Porque lo cierto es que las enseñanzas de Pío XII durante este tiempo no sólo se limitaron a denunciar las calamidades de la guerra, sino que además ofrecieron soluciones para un futuro, ya que en buena medida se adelantaron a la doctrina de la Carta de las Naciones Unidas, al señalar los fundamentos de una justa convivencia. Y así el tema central de su encíclica inaugural —antes citada— se refería a la construcción de un orden social justo, como fundamento de la democracia. «La paz —decía el papa— es obra de la justicia.» El magisterio de Pío XII. Pío XII no quiso que su magisterio llegara sólo a un público restringido, y por eso sus enseñanzas fueron transmitidas por la radio, hasta el punto que su pensamiento hay que rastrearlo tanto en las encíclicas como en los radiomensajes. De todos, sin duda, los emitidos cada Navidad fueron los más populares. En el radiomensaje navideño de 1942, Pío XII precisaba así lo que se debería entender por un orden social justo:

el orden interior de cada nación no es una simple yuxtaposición exterior de partes numéricamente distintas; [...] es la tendencia y la realización cada vez más perfecta, de una unidad interior que no excluye las diferencias, fundadas en la realidad y sancionadas por el Creador o por normas sobrenaturales [...] a través de todos los cambios y transformaciones, el fin de toda la vida social subsiste idéntico, sagrado y obligatorio —es el desarrollo de los valores personales del hombre como imagen de Dios— y todo miembro de la humana familia continúa obligado a cumplir sus inmutables fines, cualquiera que sea la legislación y la autoridad a que obedece.

Y en este mismo radiomensaje, Pío XII enumeraba una serie de derechos de la persona, como los de mantener y desarrollar la vida física, intelectual y moral, el derecho a la educación y a la formación religiosa, el derecho a dar culto

privado y público a Dios, el derecho a contraer matrimonio y poder elegir estado, el derecho al trabajo y el derecho al uso de los bienes materiales limitado por las obligaciones y deberes sociales.

Como ya se dijo, uno de los aspectos más relevantes del magisterio de Pío XII desde su primera encíclica, fue su doctrina sobre la democracia. En otro radiomensaje de 1944 se refería a las circunstancias del momento como causas que forzaban a reclamar con urgencia la convivencia democrática, pues precisamente debido a esas circunstancias que se padecían, al vivir los pueblos «bajo el siniestro resplandor de la guerra —decía el papa— opónense con el mayor ímpetu a los monopolios de un poder dictatorial, irresponsable e intangible, y requieren un sistema de gobierno más compatible con la dignidad y libertad de los ciudadanos». Y proseguía diciendo el papa que los ciudadanos tenían derecho a «manifestar su propio parecer sobre los deberes y los sacrificios que les vienen impuestos, y no estar obligados a obedecer sin haber sido escuchados». En suma, las enseñanzas de Pío XII sobre la democracia se pueden resumir en los siguientes puntos: la democracia es un medio al servicio del hombre y no un fin en sí misma, la moral debe marcar los límites de la democracia, ya que ésta es incompatible con un Estado que se atribuye una capacidad de legislar sin frenos ni límites, y en consecuencia el concepto de democracia cristiana debía entenderse no como un partido concreto en el que todos los católicos debían militar, sino como una concepción del entero conjunto social en el que se pudieran desarrollar los derechos humanos y las libertades fundamentales, manifestaciones de la dignidad humana que Dios ha concedido de un modo inmutable a sus criaturas los hombres, y por último, existen normas fundamentales e inquebrantables que son precisamente las que permiten que la persona tenga siempre primacía sobre el sistema. El matiz tiene su importancia, si se tiene en cuenta que a comienzos de 1946 una comisión iniciaba los trabajos para redactar la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

El problema no estribaba en firmar este puñado de irreprochables afirmaciones; surgía más bien a la hora de determinar si esos derechos eran conferidos por el Estado, por la Organización de las Naciones Unidas o por el contrario eran inherentes a la naturaleza humana. En los dos primeros casos, derechos y obligaciones podrían ser variables; no así en el tercero (G. Redondo, *Historia universal. Las libertades y las democracias*, t. XIII, Pamplona, 1979).

No obstante, al igual que le sucediera a Benedicto XV al final de la Primera Guerra Mundial, Pío XII no fue invitado por las potencias para organizar el mundo de la posguerra. Sin embargo, el papa no se conformó con resignarse a aceptar esta situación, por lo que utilizó los medios de comunicación para movilizar a todos los católicos, invitándoles a construir una civilización cristiana. De este modo, Pío XII y sus sucesores han venido cobrando una importancia cada vez mayor en la opinión mundial por su autoridad moral y espiritual. A diferencia del pujante nacionalismo que surgió después de la Primera Guerra Mundial, al término de la Segunda se apostó por la unión entre las potencias europeas. Y, precisamente, entre los padres de la nueva Europa se encuentran los estadistas católicos Konrad Adenauer (1876-1967), Robert Schuman (1886-1963) y Alcide de Gasperi (1881-1954).

Dicha civilización cristiana no debía producirse por ninguna imposición desde arriba, sino por la actuación responsable y coherente de los católicos a la vez que respetuosa con la libertad de los demás. Así actuó Arsene Heitz, un artista de Estrasburgo que ganó el concurso de ideas para confeccionar la bandera de la recién nacida Comunidad Europea. Según el testimonio del artista, concibió las doce estrellas en círculo sobre un fondo azul, tal como la representa la iconografía tradicional de esta imagen de la Inmaculada Concepción. Es cierto que ni las estrellas ni el azul de la bandera son propiamente símbolos religiosos, lo que respeta las conciencias de todos los europeos, sean cuales sean sus creencias. En este sentido, cuando Paul M. G. Lévy, primer director del servicio de prensa e información del Consejo de Europa, tuvo que explicar a los miembros de la Comunidad Económica el sentido del diseño, interpretó el número de las doce estrellas, como «guarismo de plenitud», puesto que en la década de los cincuenta no eran doce ni los miembros de dicho Consejo, ni los de la Comunidad Europea. Sin embargo, en el alma de Heitz habían estado presentes las palabras del Apocalipsis: «Una gran señal apareció en el cielo: La Mujer vestida de sol y la luna bajo sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas.» Y sin percatarse, quizás, los delegados de los ministros europeos adoptaron, oficialmente, la enseña propuesta por Heitz en la fiesta de la Señora: el 8 de diciembre de 1955.

Por otra parte, en el célebre discurso de Winston Churchill (1874-1965) pronunciado en Fulton (5 marzo 1946), el político inglés afirmó que desde «Stettin en el Báltico hasta Trieste en el Adriático un telón de acero ha caído a través del continente europeo». Con estas palabras se reconocía una evidencia como era la división del mundo en dos bloques, cuyo enfrentamiento daría lugar a la etapa conocida como la guerra fría. Ya desde el siglo XIX la Iglesia había condenado el comunismo por su doctrina atea, materialista y antirreligiosa. Pero no fueron pocos los intelectuales de Occidente que hasta la caída del muro de Berlín (9 noviembre 1989) reprobaron la condena del comunismo por parte de la Iglesia, convirtiéndose así en cómplices de una ideología de terror, crimen y pobreza.

Pues bien, concluidas las hostilidades de la Segunda Guerra Mundial, en los países controlados por los comunistas se desencadenó una nueva persecución contra la Iglesia: se prohibió el culto y las manifestaciones de fe, se cerraron escuelas e iglesias, se encarceló, se torturó y se asesinó. Naturalmente, la persecución empezó en Rusia. Cuando los comunistas se hicieron con el poder en China, desaparecieron las 105 diócesis y las 40 prefecturas apostólicas que existían en 1946. Igualmente, la Iglesia fue perseguida en Hungría, Checoslovaquia, Rumania, Yugoslavia, Polonia, Lituania, Letonia y en Ucrania, donde fueron encarcelados 1.000 sacerdotes y todos los obispos, entre ellos el famoso Iossif Sliipyi (1892-1984), cardenal desde 1965, a quien la diplomacia vaticana consiguió liberar tras permanecer 18 años en prisión. Fue una dura y larga prueba a la que fueron sometidos millones de católicos europeos, a los que Pío XII denominó como la «Iglesia del silencio». En efecto, desde el otro lado del telón de acero ni tan siquiera se podía oír la protesta por tantos atropellos. Como símbolos de esta persecución han quedado los nombres del cardenal Alojzije Stepinac (1898-1960), arzobispo de Zagreb, el del cardenal primado de Polonia Stepham Wyszyński (1901-1981) o el primado de Hungría József Mindszenty (1892-1975), «el cardenal de hierro», cuyas memorias (cardenal Mindszenty, *Memorias*, Barcelona, 1974), escritas sin

odio a pesar de las torturas a las que fue sometido durante su encarcelamiento y famoso proceso, son un testimonio estremecedor de lo que supuso la persecución comunista contra la Iglesia. Los años más duros de la persecución religiosa, de la conculcación de los más elementales derechos y de los asesinatos por millones, coincidieron con el período en el que estuvo al frente de la Unión Soviética un antiguo seminarista de Tiflis, Iosif Visarionovich Dyugashvili, más conocido por el sobrenombre de Stalin. Tras la muerte de Stalin se mitigó la persecución en los países de ámbito comunista, lo que no era poco, pero los católicos sólo tuvieron libertad cuando desaparecieron los regímenes comunistas.

Desgraciadamente, no todos los males de la Iglesia se reducían a la persecución en el mundo comunista. Pío XII tuvo que denunciar también los ataques a los principios cristianos, procedentes del mundo occidental, que trataba de establecer un orden social que —en palabras del papa— «ni era cristiano, ni tan siquiera humano». A partir de Pío XII, una de las constantes del magisterio pontificio ha sido la denuncia de los ataques anticristianos dentro del llamado mundo libre. Sin duda, los aspectos más reiterados en las denuncias de los romanos pontífices son las situaciones de injusticia social, la legislación contra la familia y las leyes inspiradas en la cultura de la muerte, como son las disposiciones legales sobre el aborto. Por el momento, baste con recordar que a partir de 1952, año en que en Japón se liberaliza de hecho el aborto, se inicia la escalada abortiva en el resto de los países. El resultado no puede ser más estremecedor: en tan sólo unas décadas han perecido muchos más niños en las clínicas abortivas, que todas las bajas mortales juntas del siglo xx, tanto las de los escenarios bélicos como las de los campos de exterminio. Por lo demás, semejante balance se establece con un siglo en el que tienen lugar, además de otras muchas, dos guerras mundiales en las que se emplearon las armas más mortíferas de la historia y con una centuria que pasará a la historia como el tiempo de los genocidios.

En otro orden de cosas, Pío XII hizo gala de un rigor extraordinario y de un trabajo concienzudo a la hora de escribir sus enseñanzas, lo que quedó reflejado en los numerosos escritos de su magisterio ordinario (Pío XII, *Discorsi e radiomessagi*, 20 vols., Milán/Roma, 1941- 1959) y en las muchas e importantes encíclicas de su actividad magisterial más solemne. De la encíclica inaugural ya nos hemos ocupado, por lo que a continuación describiremos brevemente sólo las más importantes.

La *Mystici Corporis Christi* (23 junio 1943) analiza la naturaleza de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo y sale al paso de quienes sostienen que existe una Iglesia carismática y otra jerárquica, al afirmar que no «puede haber [...] ninguna verdadera oposición o pugna entre la misión invisible del Espíritu Santo y el oficio jurídico que los Pastores y Doctores han recibido de Cristo». Dicha encíclica es considerada por los teólogos como una de las bases más importantes de la eclesiología actual. Las encíclicas *Divino afflante Spiritu* (30 septiembre 1943) y *Mediator Dei* (20 noviembre 1947), en buena medida vienen a completar la anterior. La *Divino afflante Spiritu* se ocupa del estudio de los libros sagrados para un mejor conocimiento de Dios. La *Mediator Dei* está dedicada a la liturgia, que define como el culto público que la Iglesia como Cuerpo Místico rinde a Dios; según esta encíclica, el sacerdote que celebra la santa misa no es ningún representante ni presidente de ninguna asamblea, sino que actúa in persona Christi y por lo tanto a quien representa es a la misma persona de Jesucristo.

Estas tres encíclicas centran la atención sobre los sacramentos, especialmente la confesión y la eucaristía, la oración, y el culto a la Santísima Virgen y a los santos. En este sentido conviene recordar que, con el fin de facilitar la comunión frecuente, Pío XII modificó la disciplina del ayuno eucarístico reduciéndolo a tres horas, pues hasta entonces se debía ayunar desde las 12 de la noche del día anterior y tampoco se podía beber agua durante esas horas. También fue Pío XII quien permitió que se pudiera cumplir con el precepto dominical, asistiendo a misa los sábados por la tarde. E igualmente fue Pío XII quien modificó la liturgia de la Semana Santa, lo que hizo más comprensibles a los fieles los misterios de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo.

Pero, sin duda, la decisión más trascendente de todo el pontificado, sólo por la cual Pío XII ya pasaría a la historia, se iba a producir durante la celebración del Año Santo de 1950, en una solemne ceremonia a la que asistieron 600 obispos y una gran número de fieles. Previa consulta al episcopado universal, Pío XII mediante la bula *Munificentissimus Deus* (1 noviembre 1950) definió el dogma de la Asunción al cielo de la Virgen María, por lo que la devoción a la Madre de Dios se reforzaba aún más como elemento clave en la teología de la salvación, si bien este privilegio mariano formaba parte de la tradición cristiana desde tiempos remotos. Como muestra de su devoción a la Virgen, consagró el mundo al Sagrado Corazón de María e instituyó la solemnidad de María Reina.

Las relaciones entre la fe y la ciencia constituyen el tema central de la encíclica *Humani generis* (12 agosto 1950), cuyo contenido se puede resumir del siguiente modo: Todas las ciencias, también la filosofía y la teología, deben tender, más allá del afán de novedad, a la búsqueda de la verdad en su orden. Dentro de la Iglesia, los hallazgos del pasado de las ciencias sagradas deben ser tenidos en cuenta en los desarrollos actuales. Por lo que se refiere a las ciencias profanas, en línea con las enseñanzas del concilio Vaticano I, la encíclica subraya su lícita autonomía metodológica, si bien sus conclusiones no pueden contradecir la fe, ya que tanto el mundo como el saber teológico tienen su origen en Dios. De este modo, Pío XII desautorizaba a la llamada «nueva teología», que se presentaba como una nueva versión del modernismo, que ya había sido condenado por san Pío X.

La *Humani generis* llamaba la atención sobre los errores doctrinales del falso irenismo, el poligenismo, la moral de situación, el relativismo moral y la interpretación de las Sagradas Escrituras sin tener en cuenta el magisterio. En cuanto a la libertad de los teólogos, se admitía la posibilidad de establecer discrepancias y de crear escuelas diferentes, dentro de los márgenes doctrinales del magisterio, que delimitan el espacio donde se pueden mover con libertad los teólogos. Pues, en efecto, como confirma dicha encíclica, la teología no tiene una autonomía absoluta en cuanto que no puede actuar ni de espaldas, ni mucho menos contra el magisterio, ya que para cualquier teólogo el magisterio de la Iglesia, en materia de fe y costumbres, es la norma próxima y universal de verdad, en cuanto que a la Iglesia se ha confiado el sagrado depósito de la fe, esto es, las Sagradas Escrituras y la tradición divina, para que lo custodie, lo defienda y lo interprete.

Es preciso destacar, cercanos a la nueva teología, a algunos dominicos agrupados en el Centro dominicano de Le Saulchoir, entre los que cabe mencionar a Yves-Marie Congar (1904-1995) y a Marie-Dominique Chenu (1895-1990) y a los jesuitas de Lyon-Fourviere, Henri de Lubac (1896-1991) y Jean Daniélou (1905-1974). Fue suficiente esta advertencia del romano pontífice para que rectificaran los integrantes de esta corriente de la nueva teología, y a diferencia de lo que sucedió con los menesianos y los modernistas en esta ocasión no se produjeron deserciones. Es más, algunos tuvieron un destacado papel en el Concilio Vaticano II y, concretamente, Congar, De Lubac y Daniélou fueron nombrados cardenales (J. L. Illanes y J. I. Saranyana, *Historia de la teología*, Madrid, 1995).

La vida de la Iglesia. Pío XII continuó el esfuerzo de sus predecesores para potenciar las misiones. Y para poner de manifiesto la oposición entre el racismo y la misión universal de la Iglesia, en uno de sus primeros actos, poco después de comenzar la Segunda Guerra Mundial, ordenó al primer obispo malgache y al primer obispo negro de la historia de la Iglesia. Fueron muchas las referencias de Pío XII a las misiones en radiomensajes y discursos, cuyas ideas quedan sintetizadas en las encíclicas *Evangelii praecones* (2 junio 1951) y *Fidel donum* (21 abril 1957). Como novedades respecto a etapas anteriores, Pío XII quiso concretar en dos puntos la responsabilidad general que sobre todos los católicos recaía en el desarrollo misional: primero, Europa debía dejar de ser el único continente desde donde salieran los misioneros y por lo tanto se implicaba también a los países americanos a cristianizar el mundo pagano y, segundo, había que dejar de identificar a los misioneros exclusivamente con las órdenes religiosas, por lo que el clero secular también debía colaborar en la expansión del Evangelio en tierras de misión.

El carácter universal de la Iglesia quedó también patente en las importantes reformas del Sagrado Colegio Cardenalicio. Desde el cisma de Occidente, es decir desde hacía unos mil años, la mayoría de los cardenales eran italianos. Y fue precisamente Pío XII, uno de los pocos papas nacidos en Roma en los siglos modernos —el anterior había sido Clemente XII (1670-1676)—, quien confirió internacionalidad al Colegio Cardenalicio. Al final de la guerra, había 32 plazas vacantes de un total de 70. Pues bien, en el primer consistorio (18 febrero 1946) el papa cubrió todas las vacantes, designando sólo a cuatro cardenales italianos y a los otros 28 del resto del mundo. Y como reconocimiento a su fidelidad a la Iglesia en la lucha contra el nazismo, Pío XII otorgó el capelo cardenalicio al obispo de Berlín, Konrad von Preysing (1880-1950), al arzobispo de Colonia, Joseph Frings (1887-1978) y al obispo de Münster, Clement August von Galen (1878-1946). El mismo criterio de internacionalidad fue adoptado por Pío XII en su segundo consistorio (12 enero 1953): de los 24 cardenales que nombró en esta ocasión, sólo ocho eran italianos.

Durante el pontificado de Pío XII surgieron toda una serie de iniciativas pastorales que tuvieron distintos resultados. Quizás una de los que más ruido organizó fue la de los «curas obreros», impulsada por el arzobispo de París, monseñor Suhard (1874-1949) y alentada por parte de la jerarquía francesa a partir de 1943. Tan peculiar iniciativa, desde luego nacida de la buena voluntad, acabó en un rotundo y lamentable fracaso, precisamente por apartar al sacerdote de su misión específica, es decir espiritual, como es la de predicar y administrar los sacramentos. El propio papa, que siguió la experiencia muy de cerca, tras informarse directamente por los obispos franceses, ordenó en 1953 que se pusiera fin al experimento. Y es que la popularidad y el ruido que organizaron los «curas obreros» guardaba una relación inversamente proporcional con sus frutos apostólicos. Participaron en el experimento unos cien curas franceses y la mayoría acabaron abandonando el sacerdocio. Por lo demás, dicho experimento no dejaba de ser una de las formas más extremistas del tradicional clericalismo, porque si en ocasiones algunos no acertaron a comprender la dignidad de todos los bautizados, lo que les había impulsado a considerar como inferiores a los laicos, la desconsideración de los curas obreros hacia los obreros bautizados fue lamentable, hasta el punto que se creyeron en la obligación de invadir su territorio para organizarles su mundo profesional. No es de extrañar, por tanto, que desde un principio algunos protestaran por semejante intromisión, a lo que se venía a añadir la evidente incompetencia profesional de los curas obreros, al tratar de desempeñar unas funciones laborales para las que no habían sido capacitados.

Por otra parte, ya se dijo que durante el pontificado anterior había nacido el Opus Dei, una realidad diferente por su naturaleza a los denominados movimientos apostólicos. La Santa Sede concedió al Opus Dei un primer reconocimiento en 1943 y, en 1947, la primera aprobación pontificia, erigiéndole en instituto secular, fórmula jurídica que aun siendo inapropiada era la que menos inconvenientes presentaba para el Opus Dei en aquel momento (A. de Fuenmayor y otros, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Pamplona, 1989). Y es que por entonces se hacía ya necesario dar algún cauce jurídico a una realidad pujante en la Iglesia que había nacido en 1928 sin que hubiera una norma canónica apropiada a su naturaleza. Pues si bien en el pontificado anterior los miembros del Opus Dei se reducían a unas docenas de personas residentes en España, durante el pontificado de Pío XII se multiplicaron extraordinariamente hasta hacerse presentes en 24 países de cuatro continentes (B. Müller, *Opus Dei. Datos informativos*, Madrid, 1996).

Pío XII fomentó el culto a los santos y elevó a los altares a casi un centenar de personas, concretamente 51 beatos y 33 santos; muchos de ellos habían vivido ya en el mundo contemporáneo. Así, cabe citar a santa Gemma Galgani (1878-1903), san Antonio María Claret (1808-1870), santa María Goretti (1890-1902), san Pío X (1835-1914) y santo Domingo Savio (1842-1857).

Pío XII pudo ver el avance de las excavaciones bajo la basílica de San Pedro, iniciadas en 1939. Los arqueólogos localizaron una sencilla sepultura en la tierra del siglo i, rodeada de varios monumentos funerarios datados hasta el siglo iv, en el que el emperador Constantino construyó la primitiva basílica. En 1968, Pablo VI anunció el hallazgo de los restos mortales que científicamente pueden corresponder al primer papa. Quedó confirmado que la cúpula de la basílica de San Pedro se proyecta sobre la humilde tumba del primer vicario de Cristo en la tierra.

Por fin, los últimos días de 1953 Pío XII sufrió —según el parte médico— una indisposición de naturaleza gástrica derivada de un no adecuado sistema neurovegetativo. Padecía un hipo continuo y la comida se la tuvieron que suministrar por sonda. Pudo salir de aquella extrema gravedad, pero su salud desde entonces se vio afectada por varias recaídas, a

pesar de las cuales no aminoró en su intensidad de trabajo. El día 6 de octubre de 1958, mientras se encontraba en Castelgandolfo sufrió una trombosis cerebral, por lo que de inmediato se le administraron los últimos sacramentos. Tras una larga agonía falleció en la medianoche del jueves día 9, a los 82 años y medio de edad. Sus restos mortales fueron enterrados en las grutas vaticanas en la capilla de la Madonna della Bocciata.

Expresamente había dejado escrito que no se le hiciera ningún monumento, puesto que quería ser enterrado con toda sencillez. En su testamento queda reflejada toda la grandeza de su alma que, justo por estar muy cerca de Dios, se sentía ante Él muy poca cosa. Y precisamente por esto, en su testamento se dirigía en estos términos al Dios que perdona:

Miserere mei, secundum magnam misericordiam tuam. Estas palabras, que, consciente de ser indigno e inepto pronuncié en el momento en que di, temblando, mi aprobación a la elección de sumo pontífice, con mucho mayor fundamento las repito ahora, cuando la certidumbre de las deficiencias, de las faltas y de las culpas cometidas durante un pontificado tan largo y en una época tan grave, ha mostrado con mayor claridad a mi mente mi insuficiencia.

Pido humildemente perdón a quienes haya podido ofender, perjudicar o humillar con obras o con palabras.

Ruego a aquellos a quienes compete, que no se ocupen ni se preocupen de erigir monumento alguno en mi memoria. Basta que mis restos mortales sean colocados sencillamente en lugar sagrado.

Pablo VI inició su proceso de beatificación, que actualmente se encuentra abierto.

Juan XXIII (28 octubre 1958 - 3 junio 1963)

Personalidad y carrera eclesiástica. Angelo Giuseppe Roncalli nació (25 noviembre 1881) en Sotto il Monte, un conjunto de caseríos entre colinas a 12 kilómetros de Bérgamo. Fue hijo de Battista Roncalli y Marianna Mazzola, modestísimos campesinos que tuvieron una numerosa familia, pues Angelo Giuseppe Roncalli fue el cuarto de trece hermanos. Según costumbre del lugar y de la época, su familia vivía integrada en un clan más amplio. Su tío abuelo Javier —Barba, como se le llamaba afectuosamente— ejercía una autoridad patriarcal sobre todos los parientes. Siguiendo las prácticas habituales de toda familia cristiana, que bautiza a los niños cuanto antes, Barba Javier se encargó de que su sobrino nieto recibiera las aguas bautismales el mismo día que nació por la tarde.

Barba Javier reunía a los suyos cada día y dirigía el rezo del rosario en torno a más de treinta Roncalli; el patriarca de la familia era intendente de los condes Morlini, y como hombre cultivado y piadoso se ocupó de la primera instrucción de Angelo Giuseppe. Éste, por su parte, nunca perdió el sentido de pertenencia a una familia, sin olvidar por supuesto a los difuntos, de modo que al cumplir los ochenta años el papa escribía desde el Vaticano a uno de sus hermanos en los siguientes términos:

Yo tengo siempre próxima a mi cama la fotografía que recoge, con sus nombres inscritos sobre el mármol, todos nuestros muertos: el abuelo Ángel, Barba Javier, nuestros venerados padres, nuestro hermano Juan, las hermanas Teresa, Ancilla, María y Enrica. ¡Qué hermoso coro de almas nos esperan y ruegan por nosotros! Yo pienso siempre en ellas. Recordarlas en la oración, me da ánimos y me infunde alegría en la confiada espera de unirme a ellas, todos juntos, en la gloria celeste y eterna (Juan XXIII, *Lettere ai familiari* [1901-1962], Roma, 1968).

Y como Juan XXIII se trazó como línea de conducta morir pobre como había nacido, no promocionó a ningún miembro de su familia, ni antes ni después de ser papa. Su hermano menor todavía a sus 86 años seguía cultivando las pocas viñas de los Roncalli, como siempre había hecho para poder vivir.

A los seis años acudió a la escuela, donde dio las primeras muestras de poseer una inteligencia despierta y comenzó a adquirir afición a la lectura. Naturalmente, como los demás niños ayudaba en las faenas del campo. Se incorporó al grupo de monaguillos del párroco Rebuzzini, que pronto descubrió en él síntomas de vocación sacerdotal. Sus amigos de la infancia le llamaban «Angelito, el cura». Fundado estaba el sobrenombre, pues al final de sus días él mismo dijo de sí que no había habido un instante en toda su vida en el que no hubiera deseado ser sacerdote.

Ante la falta de recursos económicos para llevarle al seminario, Rebuzzini acordó con sus padres que el niño acudiera todos los días hasta la parroquia vecina de Cervico, a dos kilómetros de su casa, donde su titular, Pedro Bolis, le iría enseñando el latín. Más tarde se pudieron arreglar las cosas para que se trasladara a casa de una pariente de los Roncalli que vivía en Celana, donde continuó sus estudios en el colegio episcopal. A los once años fue admitido en el seminario de Bérgamo donde, sin haber cumplido los catorce años, los superiores del seminario, seguros de su vocación por la madurez que demostraba, le permitieron recibir la tonsura, lo que implicaba vestir desde entonces obligatoriamente de sotana. Recibir esas órdenes menores a tan temprana edad era una rara excepción, incluso en aquellos años.

Al día siguiente de la tonsura, su director espiritual le entregó un cuaderno con tapas de tela negra, que contenía las «reglas breves». Esto sólo se hacía con los más selectos de los futuros sacerdotes, que así pasaban a formar parte de la Congregación de la Anunciación de la Inmaculada. El reglamento de dicha Congregación era una guía para mejorar en la vida de piedad, que entre otros medios ascéticos indicaba la necesidad de realizar un exigente examen de conciencia. Para un mejor control de sus propósitos, Angelo Giuseppe Roncalli decidió hacer el examen por escrito y anotar las victorias y las derrotas sobre los propósitos. Y así lo hizo desde los quince años hasta su muerte, con algunas interrupciones periódicas que, eso sí, cada año ponía al día durante los ejercicios espirituales.

La lectura de este diario íntimo (*Diario del alma*, Madrid, 1964, introducción y notas de Loris F. Capovilla) permite conocer la evolución de su vida interior desde 1895. Con la sencillez —rasgo característico de su carácter— que tienen todas las cosas grandes, su diario se puede resumir con estas palabras que él mismo escribió antes de ser sacerdote: «El pensamiento de que estoy obligado, como mi tarea principal y única, hacerme santo cueste lo que cueste, debe ser mi preocupación constante.» Y, naturalmente, porque su preocupación por ser santo no era un brindis al sol, su empeño se

concretaba día a día:

mortificaciones corporales, pocas pero continuas [...] no tomaré nunca sal, no comeré nunca fruta por la noche, ni beberé más de un vaso de vino [...] con mujeres de cualquier condición aunque sean parientes o santas tendré un cuidado especial huyendo de su familiaridad, particularmente si se trata de jóvenes [...] ¡Bueno va esto! Es hora de acabar de jugar con el Señor... Hasta ahora hemos ido tirando por la buenas, pero ahora pasamos a las malas... O mañana hago la visita y rezo el santo rosario como se debe, y entonces todo va bien; o continúo portándome como en estos últimos días, y entonces el viernes no comeré nada hasta mediodía y haré dos horas de meditación. Hagamos las cuentas: yo quiero ganar de las dos maneras.

Pues bien, gracias a la constancia en su esforzada lucha ascética de tantos años, ni siquiera el importantísimo y trascendental oficio de ser papa le distrajo de la «tarea principal y única» que se había impuesto desde los quince años. La misma noche de su elección, tras los cansados días del cónclave y después de dar la bendición urbi et orbe, cuando ya se hizo la calma y se retiró a su habitación, se presentó su secretario particular, Loris F. Capovilla, para preguntarle si deseaba que redactasen entonces la alocución del día siguiente o mejor las minutas de los mensajes a enviar. El recién elegido Juan XXIII respondió: «Por ahora, como estoy retrasado en mi breviario, recitaremos vísperas y completas» (Loris F. Capovilla, *Giovanni XXIII. Quindici lettere*, Roma, 1970); el que fuera secretario del papa ha publicado numerosos documentos y testimonios sobre la vida de Juan XXIII).

Pero volvamos a la época de juventud. Durante el curso académico 1899-1900 terminó el segundo año de Teología en el seminario de Bérgamo y recibió las órdenes menores. Al año siguiente se trasladó a Roma (3 enero 1901), pues su obispo le designó junto con otros dos compañeros como beneficiarios de una beca con cargo a un legado de la diócesis, para ampliar estudios en el Ateneo de San Apolinar. Pero como las leyes de Italia no excluían a los clérigos del servicio militar, en 1902 tuvo que interrumpir sus estudios para incorporarse al regimiento de infantería de Bérgamo, donde permaneció doce meses en lo que él llama en el diario su «cautividad de Babilonia»; se licenció con el grado de sargento en noviembre de 1902. En la primavera de 1903 recibió el subdiaconado en la basílica de San Juan de Letrán. Meses después y en la misma basílica recibió el diaconado (18 diciembre 1903). A partir de entonces remató la preparación del doctorado, grado que alcanzó (13 julio 1904) actuando como miembro del tribunal Eugenio Pacelli, futuro Pío XII (1939-1958). Pocos días después (10 agosto 1904) fue ordenado sacerdote en la iglesia de Santa María en el Monte Santo por monseñor Ceppetelli. Al día siguiente de su ordenación celebró la misa en la capilla de la Confesión de la basílica de San Pedro, donde se encuentra el sepulcro del primer papa; tras finalizar, durante la acción de gracias hizo suyas las mismas palabras de san Pedro para manifestarle a Jesucristo sus sentimientos: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que amo.»

Los primeros días de 1905 se trasladó a Bérgamo, al ser nombrado secretario del obispo de esta diócesis Giacomo Maria Radini Tedeschi (1857-1914). Desde entonces permaneció a su lado hasta el último instante, pues le asistió en el momento de su muerte (22 agosto 1914). La vida ejemplar del obispo de Bérgamo causó una notable influencia en la de su secretario, lo que le movió a escribir una emocionada biografía poco después de su muerte. Este libro se publicó en Bérgamo en su primera edición de 1916 y se reeditó años después (Morís, *Giacomo Maria Radini Tedeschi*, Roma, 1963). Durante estos años, dio clases de Historia de la Iglesia en el seminario de Bérgamo, disciplina por la que sentía una particular inclinación. Por este motivo y aprovechando los frecuentes viajes que Radini Tedeschi hacía a Milán para visitar al cardenal Andrea Cario Ferrari (1850-1921), su secretario solía acudir la biblioteca Ambrosiana, donde era muy bien acogido por su prefecto el entonces Achille Ratti, el futuro Pío XI (1922-1939), que compartía con él la admiración y el interés intelectual por la figura de san Carlos Borromeo (1538-1584). En la Ambrosiana consultó las actas de las visitas apostólicas de san Carlos Borromeo realizadas en Bérgamo en los tiempos difíciles que sucedieron al Concilio de Trento (1545-1563), cuya edición crítica fue publicando a partir de 1936 (*Gli Atti della visita apostolica di S. Cario Borromeo a Bérgamo*, Florencia, 1936-1957).

Con motivo de la Primera Guerra Mundial fue llamado de nuevo a filas. En Bérgamo se incorporó al ejército (23 mayo 1915), primero como sargento en el cuerpo de sanidad militar y a partir del mes de marzo de 1916 como capellán militar. Permaneció en este destino hasta el 10 de diciembre de 1918. Un mes antes de licenciarse ya había sido nombrado director espiritual del seminario de Bérgamo. Además, en ese mismo año de 1918 y de acuerdo con su obispo, fundó en el antiguo palacio de Marenzi un hogar para jóvenes, al que denominó la Casa del Estudiante. Como director de la misma dio acogida a muchachos que acudían desde el medio rural para estudiar en las escuelas públicas de Bérgamo. En la Casa del Estudiante podían permanecer como pensionistas y formarse, evitando a la vez su desarraigo en la creciente y desconocida ciudad. Trató de implicar a otros sacerdotes de Bérgamo en esta acción apostólica con la juventud, pero lo cierto es que no cuajó su iniciativa, pues el obispo de Bérgamo no tuvo más remedio que clausurar la Casa del Estudiante, cuando Roncalli fue requerido para incorporarse a la curia romana.

En efecto, el prefecto de la Congregación De Propaganda Fide, el cardenal Wilhelm von Rossum (1854-1932), nombró a Roncalli secretario para Italia de la Obra de la Propagación de la Fe, por lo que el 18 de enero de 1921 se trasladó a Roma. Meses después, Benedicto XV (1914-1922) le nombraba (7 mayo 1921) prelado doméstico de su Santidad. Por motivo de su cargo debía visitar a todos los obispos italianos para informarles de las reformas que el papa deseaba introducir para financiar las misiones. Todos estos viajes le proporcionaron un conocimiento de la situación de la Iglesia en Italia, conocimiento que se amplió todavía más al desplazarse a otras diócesis situada más allá de las fronteras italianas, pues durante estos años tuvo que viajar también a Francia, Bélgica, Países Bajos y Alemania.

En 1922 ascendía a la cátedra de san Pedro un antiguo conocido suyo y adoptaba el nombre de Pío XI; como se dijo, se habían tratado durante las visitas a la biblioteca Ambrosiana. Pío XI le nombró miembro de la comisión encargada de realizar la Exposición misionera, que se debía celebrar en el año jubilar de 1925. Y precisamente al interés que siempre había tenido Pío XI por el mundo oriental, vino a añadirse después de la Gran Guerra la necesidad de atender a las

minorías católicas en territorios ortodoxos, por lo que el papa envió en misión exploratoria al entonces monseñor Eugenio Tisserant (1884-1972), a quien más tarde el propio Pío XI hizo cardenal. De vuelta, Tisserant aconsejó al romano pontífice el nombramiento de un visitador apostólico, como representante oficial de la Santa Sede en Bulgaria. Pues bien, para ocupar este puesto Pío XI designó (3 marzo 1925) a Roncalli. Pocos días después de este nombramiento era consagrado obispo titular de Aeropoli (19 marzo 1925).

Como obispo, monseñor Roncalli eligió la divisa *obediencia et pax*, que ya había sido utilizada por César Baronio (1538-1607), figura que él mismo había estudiado y a la que dedicó una de sus publicaciones (la primera publicación sobre Baronio es de 1908 y se trata de una conferencia pronunciada por Roncalli con motivo del tercer centenario de la muerte de Baronio; la última y más completa edición de este trabajo tiene la siguiente ficha bibliográfica: // *cardinale Cesare Baronio*, Roma, 1961). Por el ejemplo de su vida santa, Roncalli le consideró siempre como uno de sus modelos y se refirió a él como uno de sus «padres espirituales», de quien aprendió la paz de espíritu. Baronio, además de sus cargos pastorales como general de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri (1515-1595) y cardenal, fue un brillante intelectual, ocupó el cargo de bibliotecario del Vaticano y es considerado como uno de los renovadores de la historia de la Iglesia.

El 25 de abril de 1925 Roncalli llegó a la capital de Bulgaria, un país destrozado por la inestabilidad política y el terrorismo. Nueve días antes de su llegada se había producido un atentado en la iglesia Svata Nedela de Sofía, donde se celebraban los funerales por un general del ejército que había sido asesinado por los terroristas. En dicho atentado murieron doscientas cincuenta personas y fueron heridas unas mil, a quienes Roncalli visitó nada más llegar; el rey Boris III (1918-1943), contra quien en realidad se dirigía el atentado, se salvó por casualidad, pues contra lo previsto, a última hora no acudió al funeral. Desde 1923, el país había quedado a merced del régimen autoritario y despótico de Boris III, y en esta situación se adentró en la Segunda Guerra Mundial, colocándose del lado de Alemania. Desde el golpe de Estado militar de 1923 había sido disuelto el partido comunista, por lo que todos los empeños de Boris III por estrechar lazos con Occidente se veían como un contrapeso a la presión comunista que facilitaban la estabilidad del régimen. Por lo tanto, el establecimiento de relaciones con el Vaticano venía a reforzar la estrategia diplomática de Bulgaria.

Después de siete siglos, un representante oficial del papa pisaba tierra búlgara, entonces un Estado confesional ortodoxo, donde residía una minoría de católicos —unas cuarenta mil almas—, dos obispos y numerosos sacerdotes, pertenecientes a distintas órdenes religiosas, que les habían enviado a Bulgaria como a tierra de misión. Roncalli fue de inmediato recibido en audiencia por Boris III, estableció contactos con la jerarquía ortodoxa, el Santo Sínodo, y visitó las distintas comunidades de católicos esparcidas por todo el país. A la difícil situación de Bulgaria venía a añadirse la poca claridad con que estaban definidas las competencias del visitador, por lo que las relaciones entre Roncalli y la Congregación para la Iglesia Oriental no fueron nada fáciles; además, desde Roma tampoco le proporcionaban los medios que Roncalli consideraba necesarios para cumplir su misión. Fueron años de enorme dificultad y de escasez que le impulsaron a confiar absolutamente en Dios, como escribió en su diario en 1928: «Cómo comprendo —y ahora sin dificultad— que el principio de la santidad es mi completo abandono a la santa voluntad del Señor, incluso en las cosas pequeñas.» A su gestión en Bulgaria se debe el nombramiento de monseñor Kurtiev como nuevo exarca de Bulgaria, quien años después daría ejemplo de comportamiento heroico durante la persecución comunista, en la que si bien él logró sobrevivir, murieron los otros dos obispos de Bulgaria. Uno de ellos fue el pasionista Eugenio Bossilkov (1900-1952), que ha sido beatificado por Juan Pablo II el 15 de marzo de 1998.

El 24 de noviembre de 1934, Roncalli fue nombrado delegado apostólico para Turquía y Grecia. Hacía tiempo que el movimiento nacional turco había triunfado, concretamente en 1923. Los nacionalistas (Jóvenes Turcos) habían extinguido el sultanato y habían proclamado la República, cuya presidencia desempeñó hasta su muerte Mustafá Kemal (1880-1938) —desde 1935, Kemal Atatürk, que significaba «padre de los turcos»— (G. Redondo, *Las libertades y la democracia*, t. XIII de Historia universal, Pamplona, 1979). El kemalismo propugnaba para la nueva Turquía un Estado autoritario, intervencionista en lo económico, nacionalista y beligerantemente laicista, por lo que se propuso desterrar la influencia social del islam en la sociedad y por supuesto de cualquier otra religión cristiana. Así, por ejemplo, los sacerdotes católicos no podían utilizar la sotana y estaban obligados a vestir con traje civil.

Y para complicar lo delicado de su situación, sus funciones de delegado apostólico se extendían también a Grecia, un país en continuo litigio con Turquía por cuestiones territoriales y, a la vez, con muy malas relaciones con la Iglesia católica. Tal era el recelo de las autoridades griegas respecto al representante del papa, que la primera vez que Roncalli visitó Grecia lo tuvo que hacer con un visado de turista que se lo habían extendido por un plazo máximo de ocho días. Hizo lo que pudo en estos dos países y logró acortar en cierto modo las enormes distancias que existían desde hacía siglos en las relaciones entre el Vaticano y la jerarquía ortodoxa. Por otra parte, durante los años de la Segunda Guerra Mundial, «el gran rabino de Palestina comunicaba casi diariamente con el Vaticano, cuando se encontraba en Turquía, gracias a Roncalli, amigo sincero de Israel, que salvó a miles de hebreos, como contó más tarde el secretario del rabino, Y. Lippel. Roncalli hizo llegar, en toda la Europa ocupada por los nazis, cartas secretas del gran rabino dirigidas a numerosos obispos y sacerdotes que se dedicaban con energía desinteresada a la salvación de los judíos» (J. Neuvécelle, «Pío XII y Juan XXIII», en A. Fliche y V. Martin, *Historia de la Iglesia*, XXVII (2), Valencia, 1984).

El 6 de diciembre de 1944 se le comunicaba a monseñor Roncalli por telegrama cifrado su nombramiento como nuncio en París. Sustituía en el cargo a monseñor Valerio Valeri, que había mantenido relaciones diplomáticas con la Francia ocupada, y al final de la guerra, tras la caída del régimen de Vichy, se había trasladado al Vaticano. Abandonó Ankara el día 27 de diciembre y dos días después le recibía en audiencia Pío XII. El día primero de año a las diez de la mañana, monseñor Roncalli presentaba sus cartas credenciales ante el general CharlesAndré de Gaulle (1890-1970) y una hora después, como decano del cuerpo diplomático leía ante el jefe del Estado francés el discurso de felicitación del año nuevo

en nombre de todos los diplomáticos acreditados en París. Desde 1951, desempeñó también el cargo de observador permanente de la Santa Sede en la Unesco (A. G. Roncalli, *Souvenirs de un nonce*. Cahiers de France 1944- 1953, Roma, 1963).

El primer problema al que tuvo que hacer frente el nuevo nuncio en París fue a la petición de las autoridades francesas para que se destituyera a 33 obispos, a los que se les acusaba de haber secundado al régimen colaboracionista de Vichy, durante la ocupación alemana. La cifra de los acusados parecía excesiva y tras largas y difíciles conversaciones, el nuncio consiguió que sólo tres obispos fueran destituidos como titulares de sus respectivas sedes episcopales. El nuevo nuncio y su peculiar modo de hacer, lleno de humanidad y alejado de la frialdad del protocolo diplomático, pronto se ganaron la estima de los franceses. Todo este afecto que generaba a su alrededor supo ponerlo al servicio de la Iglesia y en definitiva al servicio de los demás. Así, por ejemplo, acudió a visitar a doscientos seminaristas alemanes que permanecían prisioneros en el campo de concentración de Chartres, logró que les suministrasen libros de teología para que no interrumpiesen sus estudios y a algunos de ellos, incluso, llegaron a ordenarse sacerdotes.

Pero no todo fueron alegrías durante su estancia en la nunciatura de París. Hubo, por supuesto, situaciones difíciles y nada podía ser más doloroso para aquel hombre que se había propuesto desde su juventud la meta de la santidad por encima de cualquier otro objetivo, que comprobar la gravedad con la que a veces atentan contra la Iglesia sus propios hijos. Más todavía si se trata de sacerdotes, por las consecuencias que para muchas almas comporta su falta de correspondencia al ministerio recibido.

Ya se hizo referencia en el pontificado de Pío XII a los infructuosos resultados que reportó la experiencia de los curas obreros. No hace falta repetir ahora, sino sólo recordar que tal experimento le tocó vivirlo de cerca y en directo a monseñor Roncalli.

Por excepcionales que fueran las circunstancias, don Ángel se entristecía ante el pensamiento de jóvenes sacerdotes que deseaban despojarse de estos signos externos para confundirse con la masa que deseaban evangelizar. Recordaba la solemne ceremonia que había organizado en Turquía cuando el gobierno obligó a los eclesiásticos a vestir el traje civil, y ahora, aquí, veía abandonar voluntariamente aquella sotana que él nunca dejaba de besar, por la noche, antes de irse a acostar (J. Neuvécelle, «Pío XII y Juan XXIII», ob. cit.).

Y si como nuncio no tenía más remedio que contemplar todo aquello con dolor, sin poder intervenir por no tener jurisdicción sobre aquellos clérigos, años después ya como papa tuvo que actuar en este asunto, como veremos más adelante.

Cumplidos los ocho años como nuncio en París, Roncalli fue nombrado cardenal y patriarca de Venecia. El presidente de la República francesa, Vincent Auriol (1884-1966), según privilegio concedido a los jefes de Estado de algunas naciones católicas —anulado recientemente por Juan Pablo II— le impuso (15 enero 1953) el birrete cardenalicio en una ceremonia celebrada en el Elíseo. Por deseo del nuevo cardenal, junto con los representantes diplomáticos, también asistió al acto de imposición el anciano párroco de su aldea natal, Sotto il Monte. Días después, para despedirse de los ambientes políticos parisinos, invitó a almorzar en la nunciatura a cuantos habían sido jefes de gobierno o presidentes de la Asamblea durante su estancia como nuncio. Acudieron todos cuantos se encontraban en París y se sintieron —como alguno recuerda— no en un banquete oficial, sino en una reunión de amigos, por el clima que monseñor Roncalli sabía crear a su alrededor. Allí se dieron cita, entre otros, personajes tan políticamente diversos como Edouard Herriot (1872-1957), Georges Bidault (1899-1983), Edgar Faure (1908-1988), Antoine Pinay (1891-1994), René Pleven (1901-1993) y René Mayer (1895-1972).

El 15 de marzo de 1953 hizo su entrada en la pequeña aunque importante diócesis de Venecia. Él consideraba que había dado comienzo la última etapa de su vida, y se sentía sorprendido de que la Providencia le hubiera devuelto al servicio pastoral directo con las almas, después de tantos años como diplomático. Gracias a los apuntes de su diario conocemos las disposiciones con las que afrontó esta nueva tarea:

En los pocos años que me quedan de vida, quiero ser un santo pastor en la plenitud del término, como el beato Pío X, mi antecesor, como el venerado cardenal Ferrari, como mi monseñor Radini Tedeschi mientras vivió y si hubiera seguido viviendo [...] La vida interior del pastor no debe sufrir por los cuidados materiales exteriores. Mi jornada debe ser siempre una oración; la oración es mi alimento. Prometo rezar a diario el rosario completo de quince misterios, con la intención de encomendar así al Señor y a la Virgen —de ser posible en la capilla, ante el Santísimo Sacramento— las necesidades más graves de mis hijos de Venecia y diócesis: clero, seminaristas, vírgenes sagradas, autoridades públicas y pobres pecadores.

Y, en efecto, durante los cinco años largos que allí permaneció se recuerda su paso por Venecia como el tránsito de un pastor en el sentido más pleno de la palabra. Se le veía con frecuencia rezando en la catedral, se paraba por la calle para hablar con la gente sencilla, como los gondoleros, visitaba las parroquias, administraba las primeras comuniones en colegios e institutos, iba a ver a los enfermos pobres de los hospitales y especialmente a los sacerdotes enfermos o ancianos, acudía a la cárcel para estar con los prisioneros y recibía a los personajes famosos en la política, las ciencias o las artes que visitaban Venecia y acababa por hacerse amigo suyo, dado su espíritu paternal y bondadoso. Debido a las pequeñas dimensiones de la diócesis, sin desatender sus ocupaciones episcopales, pudo realizar diversos viajes oficiales y particulares, entre los que cabe mencionar su predilección por las peregrinaciones marianas. Concretamente visitó, entre otros, los santuarios de Lourdes, Einsiedeln, Mariazell, Fátima y Czestochowa.

En la segunda quincena de septiembre de 1958, hizo sus ejercicios espirituales, como acostumbraba cada año. Estaba a punto de cumplir los 77 años y ya se sentía viejo: «por lo avanzado de mi edad —escribía en su diario en esos días de oración y examen— debería imponerme mayores reservas en aceptar compromisos de predicación fuera de mi diócesis». Cuando escribió estas líneas no podía ni sospechar que quince días después tendría que abandonar Venecia (12 octubre

1958) para asistir al cónclave del que saldría elegido papa. En aquel mes de octubre los planes de Roncalli iban a ser enmendados por los designios divinos, pues dejaba Venecia, y además definitivamente, para atender con solicitud de pastor supremo todas las diócesis de la Iglesia universal.

Los rasgos de su personalidad, amable y paternal que inspiraba confianza a todos, han sido descritos con acierto por Mondin con las siguientes palabras:

Bueno por naturaleza, Juan XXIII consigue ser virtuoso por el continuado cultivo de una vida interior intensa y profunda. Desde niño hasta su muerte fue un hombre de oración [...] «El mantenerme siempre en presencia de Dios —según escribió en su diario— desde la mañana hasta la noche, con Dios y con las cosas de Dios, me proporciona una alegría perenne y me induce a la calma y a la paciencia.» La humildad, la paciencia, la prudencia, el amor por la verdad, la paz, la unión, el amor por Cristo y por la Iglesia, la fe viva, el abandono confiado en la divina Providencia, la firmeza en la disciplina, eran todas ellas las virtudes que el papa Juan había admirado en san Carlos Borromeo y en san Lorenzo Justiniano, dos grandes obispos de la época postridentina y que él había tomado como modelo de su acción pastoral [...] la profunda espiritualidad del papa Juan estaba alimentada por el intenso amor a la Eucaristía y por su filial veneración por la Virgen. «A Jesús por María», era su lema. La veneración de Juan XXIII por la Santísima Virgen queda de manifiesto en el hecho de que fijó el primer período de los trabajos conciliares en el tiempo comprendido entre las fiestas de la Maternidad de María y la Inmaculada Concepción [...] Consideró su oficio de sucesor de san Pedro como un servicio. El fue ciertamente *servus servorum Dei*, el siervo de los siervos de Dios (B. Mondin, *Dizionario enciclopédico dei papi*, Roma, 1995).

El pontificado de Juan XXIII. El sábado, 25 de octubre de 1958, comenzó el cónclave del que salió elegido Angelo Giuseppe Roncalli como nuevo papa. En un primer momento, la elección del nombre planteó algún problema que fue resuelto de inmediato, pues durante el cisma de Occidente uno de los tres papas había llevado el nombre de Juan XXIII. Pronto se decidió que como el Concilio de Constanza (1411-1418) depuso al llamado Juan XXIII por ser antipapa, Roncalli no ocuparía la cátedra de san Pedro con el nombre de Juan XXIV, sino con el de Juan XXIII. La coronación tuvo lugar el 4 de noviembre, haciéndola coincidir con la fiesta de san Carlos Borromeo, figura estudiada y admirada por Juan XXIII, como ya sabemos.

Al nuevo papa le faltaba sólo un mes para cumplir los 77 años, por lo que no pocos juzgaron aquella elección como una apuesta por un pontificado de tránsito. Sin duda, dada la edad de Juan XXIII, su mandato iba a ser necesariamente breve, y en efecto sólo duró cuatro años, siete meses y seis días. Pero, si acertaron en cuanto a su duración, se equivocaron quienes pronosticaron que iba a ser un pontífice de tránsito, por cuanto sus decisiones convirtieron a este breve pontificado en uno de los más trascendentales de la historia reciente de la Iglesia, como veremos. Una vez más quedaban descalificados los juicios de quienes por reducir la Iglesia de Jesucristo a una mera organización humana, no aciertan a ver en ella más que una simple burocracia clerical. Bien diferente era la visión sobrenatural que de su misión tenía el recién elegido papa, lo que le animaba a asumir esa responsabilidad con entera serenidad. El propio Juan XXIII manifestó en múltiples ocasiones en qué se fundaba esa serenidad y se lo dijo por última vez a sus colaboradores íntimos durante su agonía, cuando ya le habían administrado los últimos sacramentos: «No temáis, el Señor es quien conduce a la Iglesia.» Ya en la ceremonia de la coronación se hizo evidente el contrapunto entre la solemnidad propia de aquel acto y la sencillez del nuevo papa:

Algunos esperan del pontífice —dijo Juan XXIII en el mensaje de su coronación— que sea un estadista, un diplomático, un sabio, un organizador de la vida colectiva o, finalmente, una persona cuya mente esté abierta a todas las formas de progreso de la vida moderna, sin ninguna excepción [...] Todas esas personas tienen un concepto del sumo pontífice que no se ajusta al verdadero ideal. En realidad, el nuevo papa, al pasar por los varios acontecimientos de la vida, es como el hijo de Jacob, quien uniéndose a las tribulaciones humanas de sus hermanos, les descubre la bondad de su corazón y deshaciéndose en lágrimas dice: «Yo soy vuestro hermano José.» [...] Deseamos sobre todas las cosas insistir que tenemos en el corazón de una forma especialísima nuestra misión de pastor de todo el rebaño. Todas las demás cualidades humanas como ciencia, diplomacia, tacto y capacidad organizadora pueden servir para embellecer y complementar el reinado de un pontífice, pero no pueden en forma alguna sustituir a aquello (Discorsi, messaggi, colloqui del santo padre Giovanni XXIII, 1958-1963, 6 vols., Città del Vaticano).

Desde el primer momento, Juan XXIII dio muestras de su independencia en la manera de gobernar la Iglesia. Así, por ejemplo, restableció de inmediato la tradicional figura del cardenal secretario de Estado que su predecesor Pío XII había dejado de nombrar tras la muerte del cardenal Maglione (1879-1944). Para dicho cargo designó (17 noviembre 1958) al cardenal Domenico Tardini (1888-1961), que desde 1921, año en que ingresó en la Secretaría de Estado, había desempeñado múltiples funciones diplomáticas y de gobierno; Tardini era conocido en el Vaticano por el sobrenombre de «el expertísimo». Pero el domingo 30 de julio de 1961, Juan XXIII tras rezar el Ángelus desde su ventana, anunció que el ángel de la muerte había entrado esa mañana en los palacios apostólicos, para llevarse el alma del cardenal Tardini, de quien dijo que era el colaborador del papa más próximo y el más fuerte en el gobierno de la Iglesia. Tardini había fallecido en la madrugada, a consecuencia de una crisis cardíaca que se había desatado tres días antes. Para sustituirle fue designado el cardenal Giovanni Cicognani (1883-1973), que durante casi un cuarto de siglo había sido el representante de la Santa Sede en Estados Unidos.

También restableció la costumbre de celebrar audiencias, que había sido suprimida por Pío XII en los últimos años de su pontificado. Además, frente al gobierno personalista de Pío XII, Juan XXIII revitalizó y renovó los diferentes organismos de la curia romana. Nombró como canciller de la misma al arzobispo de Buenos Aires, el cardenal Santiago Luis Copello (1880-1967) y designó a otros cuatro cardenales no italianos para distintos cargos de la curia, con lo que se rompía con una larga tradición al internacionalizar de hecho este organismo pontificio.

Pero quizás nada más significativo de la personalidad del nuevo sucesor de san Pedro como la actividad que llevó a cabo

en la primera Navidad, a los pocos meses de haber sido elegido papa. El día 25 de diciembre, por la mañana, tras la celebración de la misa solemne en la basílica de San Pedro, impartió la bendición *urbi et orbe* desde el balcón central de San Pedro a la muchedumbre que se congregaba en la plaza. Ese mismo día, por la tarde, se trasladó al hospital pediátrico de las laderas del Janículo, donde visitó a los niños internados, y a continuación marchó al hospital del Espíritu Santo, donde permaneció con los ancianos de este centro de Roma; aquí habló de las obras de misericordia, de las que dijo que basta con empezar a practicar una de ellas para que a dicha práctica venga a agregarse la de todas las demás. Y, en efecto, él mismo dando ejemplo fue al día siguiente a visitar a los reclusos de la cárcel Regina Coeli; desde la época de Pío IX (1846-1878) ningún otro romano pontífice había visitado la prisión de Roma. Ante la multitud de reclusos que se agolpaban para ver al papa, Juan XXIII afirmó: «Mis queridos hijos, mis queridísimos hermanos, todos nosotros estamos en la casa del Padre, aquí como en otro lugar...» De repente sus palabras fueron interrumpidas por un emocionado grito de «¡Viva el papa!», que fue secundado por todos los allí presentes.

Y, naturalmente, esa misma sencillez que se traslucía en los actos públicos del papa, presidió la vida cotidiana de Juan XXIII en el Vaticano. Celebraba su misa a las siete de la mañana, y a continuación en el mismo altar celebraba su secretario, Capovilla, mientras Juan XXIII permanecía en la capilla. Desayunaba café con leche y un poco de pan con mantequilla, mientras repasaba los resúmenes de prensa que le habían preparado. A las nueve comenzaban los sucesivos despachos en la biblioteca privada, cuya serie solía abrir el cardenal secretario de Estado. Su secretario particular comía antes, ya que Juan XXIII solía almorzar solo. Le servía la mesa su doméstico el fiel Guido Gusso, que permanecía a su servicio desde hacía años y se acababa de casar hacía muy poco tiempo, por lo que se había trasladado con su familia a un apartamento de las dependencias del Vaticano; y mientras el papa almorzaba, Capovilla le leía el correo o libros de espiritualidad; uno de los más leídos era el conocido *De consideratione* que san Bernardo (1090-1153) había redactado a modo de *vademécum* para Eugenio III (1145-1153), que había sido discípulo suyo en el claustro, en el que figuraban pensamientos como los siguientes: «Te será muy saludable pensar que eres Sumo Pontífice y polvo humildísimo [...] Se te ha dado el puesto más alto, pero no es el más seguro [...] Tus mismos predecesores te advierten de tu muerte pronta y segura, y la breve duración de sus gobiernos te anuncian los pocos días que te son concedidos. Como les has sucedido en el trono, así sin duda les seguirás en la muerte.» Tras la jornada vespertina de trabajo, a las siete y media de la tarde el papa rezaba el rosario con sus colaboradores, y los domingos, tras el rosario, asistían a la bendición con el santísimo sacramento. Las últimas horas del día, además de sus devociones, el papa despachaba el correo o preparaba discursos con su secretario, Capovilla. No solía tener una hora fija para acostarse, aunque, eso sí, dormía siempre el mismo número de horas, cinco concretamente.

Pues bien, esta imagen del papa bueno, paciente y paternal, que es real, no puede ocultar otros valores tan reales de Juan XXIII que contribuyeron a hacer de su pontificado uno de los más importantes de los últimos tiempos, lo que hubiera sido imposible si toda su personalidad se reduce y se queda sólo en ser una persona bondadosa. Así, por ejemplo, ya se dijo que poseía una seria preparación intelectual, especialmente destacable en el ámbito histórico, como dejó constancia en sus publicaciones. Todas estas cualidades humanas de Juan XXIII, además de su docilidad a las mociones del Espíritu Santo a la hora de dirigir la Iglesia, han contribuido a convertirle en uno de los grandes personajes históricos del siglo xx.

Muy pocos días después de ocupar la cátedra de san Pedro, las actuaciones de Juan XXIII desautorizaron a quienes pronosticaron que su mandato se iba a reducir a un período de trámite. Ya me referí a este aspecto, al comentar la reforma de la curia romana. Igualmente innovadora y temprana fue la celebración del primer consistorio (15 diciembre 1958). A partir de una disposición de 1586 debida a Sixto V (1585-1590), el colegio cardenalicio no había sobrepasado desde entonces el número de setenta miembros. Juan XXIII, al mes y medio de ser elegido papa, nombró 23 nuevos cardenales, los que unidos a los 52 ya existentes rebasaban el límite que se había respetado durante tantos siglos. La razón esgrimida por el sumo pontífice no dejaba de estar cargada de sentido común, y es que, si desde Sixto V había aumentado el número de fieles y se habían ensanchado las fronteras de la Iglesia, lo lógico era que los modos de gobernar se adecuaran a esas circunstancias. La primera lista de cardenales de Juan XXIII iba encabezada por Giovanni Battista Montini, futuro Pablo VI (1963-1978), y en ella se incluyó a varios obispos extraeuropeos y a responsables de la órdenes religiosas que trabajaban en las misiones. Y no iba a ser ésta la última ampliación del colegio cardenalicio realizada por Juan XXIII, pues en los cinco consistorios —casi a uno por año del pontificado de Juan XXIII— los cardenales acabaron por sumar un total de 87 miembros. Por su número y la procedencia de sus integrantes de esa institución eclesiástica, quedaba reflejada en ella, aún más, el carácter universal de la Iglesia. Por ejemplo, entre los nombrados figuraban un africano, el cardenal de Tanganika Laurean Rugambwa (1912-1997), un japonés, el cardenal Peter Tatsuo Doi (1892-1970), y un filipino, el cardenal Rufino J. Santos (1908-1973).

Después de unos años de puesta en marcha de la Misión de Francia, conocida popularmente como movimiento de los «curas obreros», Pío XII retiró su apoyo a esta iniciativa, como vimos. Juan XXIII pudo ser testigo de aquella estéril experiencia, durante su estancia en París. Años después, ya como romano pontífice, tuvo que intervenir en este asunto, pues a pesar de la desaprobación de Pío XII, los curas obreros se empeñaron en seguir adelante. En el verano de 1959, el cardenal arzobispo de París, Maurice Feltin (1883-1975), en calidad de presidente de la Misión de Francia, cursó una solicitud de permiso a Roma, para que los curas obreros pudiesen trabajar en las fábricas a tiempo completo y no sólo unas horas, desentendiéndose así de su dedicación a las parroquias. Se había llegado a un punto en el que tuvo que intervenir la asamblea plenaria del Santo Oficio. Los primeros días de julio de 1959, el cardenal Giuseppe Pizzardo (1877-1970) comunicó al arzobispo de París formalmente la decisión de la Congregación del Santo Oficio, en la que se podía leer: «el trabajo en fábricas y talleres es incompatible con la vida y las obligaciones sacerdotales». Naturalmente, el cardenal Pizzardo intervino en nombre de Juan XXIII; el papa, a pesar de que conocía directamente la Misión de Francia, había querido escuchar el parecer de los organismos competentes. Emitida la opinión de los expertos que habían estudiado aquel

problema, Juan XXIII aprobó las conclusiones del Santo Oficio. El cardenal Feltin viajó incluso al Vaticano, con el fin de influir en la decisión del papa, quien a pesar de todo se mantuvo firme en su decisión, con lo que definitivamente la Iglesia se desentendía y desautorizaba el experimento de los llamados curas obreros.

Juan XXIII, que antes de ser papa había peregrinado a tantos santuarios marianos, sorprendió a la opinión pública al anunciar su propósito de viajar hasta Loreto y Asís, con el fin de pedir la intercesión de la Virgen y de san Francisco (1181-1226) para la buena marcha del concilio. Evidentemente, desde la perspectiva del pontificado actual, no puede tacharse este viaje de Juan XXIII como sorprendente. Pero tal decisión hay que enjuiciarla en el momento en el que se tomó. Y es que desde los primeros años del pontificado de Pío IX, los papas habían permanecido siempre en el Vaticano. Los seiscientos kilómetros del viaje que realizó en el tren que puso a su disposición el gobierno italiano, sirvieron para que los italianos pudieran manifestar su testimonio de cariño y fidelidad al papa, que se vio acompañado por las multitudes a lo largo de todo su recorrido. A los pocos días de regresar de viaje, Juan XXIII inauguraba las sesiones del Concilio Vaticano II.

Sin duda, Juan XXIII pasará a la historia por haber convocado el Concilio Vaticano II, decisión que fue anunciada oficialmente el día de la festividad de la conversión de san Pablo, el 25 de enero de 1959, en la basílica de San Pablo Extramuros, a donde había acudido para tomar posesión de dicha basílica. El anuncio de la convocatoria de un nuevo concilio ecuménico se produjo durante la homilía de la misa. En ese acto, el papa además comunicó la celebración de un sínodo romano y la reforma del Código de derecho canónico. Así pues, Juan XXIII convocó, inauguró (11 octubre 1962) y presidió la primera fase del concilio (1962-1963), pero la muerte le impidió conducirlo.

El Concilio Vaticano II es objeto de un análisis específico en otro apartado de este mismo libro, por lo no me voy a referir a él. Sin embargo, es obligado ofrecer los datos de los participantes por lo que significan respecto a la universalidad, el progreso y la extensión de la Iglesia después de veinte siglos de existencia. A diferencia de los concilios de los siglos anteriores, cuyos participantes eran en su inmensa mayoría europeos, los padres conciliares que asistieron al Vaticano II procedían de los cinco continentes. En esta ocasión, de los 2.540 padres conciliares con derecho a voto, menos de la mitad (1.041) eran europeos, y de éstos sólo 379 eran italianos, lo que representaba que los obispos italianos eran menos de una quinta parte del total de los asistentes, lo que hubiera sido inimaginable en los siglos medievales de esplendor religioso. Quizás no esté de más considerar todos estos datos, ante análisis derrotistas que se refieren a la pérdida del sentido religioso del mundo contemporáneo y el ocaso de la Iglesia en una sociedad secularizada.

Otro de los rasgos peculiares del pontificado de Juan XXIII fue el impulso decidido del ecumenismo. Concedor de la situación de los cristianos en Oriente, donde había dejado un grato recuerdo durante el desempeño de sus cargos, trató de acercarse a las autoridades de la Iglesia ortodoxa. Con el patriarca Atenágoras I (1886-1972), a quien conocía desde su estancia en Turquía, mantuvo muy buenas relaciones y era habitual que los emisarios de ambos fueran también portadores de pequeños obsequios materiales —dulces turcos, iconos o libros—, que reflejaban a las claras el crecimiento de una amistad entre los dos personajes. Pero quizás nada tan relevante como la visita realizada al Vaticano en 1960 por el arzobispo anglicano de Canterbury, Goeffrey Fisher, primado de la Iglesia anglicana, que desde hacía más de cuatro siglos se había separado de Roma, sin haber establecido ningún contacto de ese nivel desde entonces. A esta visita siguieron las de otras personalidades de los cristianos separados, como la del moderador de la Iglesia presbiteriana de Escocia, Archibald C. Craig, que fue recibido por Juan XXIII en marzo de 1962, o la del obispo Lichtenberger, presidente de la Iglesia episcopaliana de Estados Unidos.

Juan XXIII elevó al cardenalato al confesor de su predecesor, el jesuita Agustín Bea (1881-1968), como reconocimiento de su servicio a la Iglesia hasta entonces y para encomendarle como cardenal una nueva misión. La promoción del padre Bea se producía cuando por sus años estaba a punto de retirarse para dedicarse de nuevo a sus investigaciones. El papa le puso al frente del Secretariado para la Unidad de los Cristianos, de modo que a través de este organismo se encauzasen, se impulsasen y se coordinasen las conversaciones y los contactos con los responsables de otras confesiones, que hasta entonces se venían manteniendo de un modo un tanto desorganizado y extraoficialmente.

La autoridad moral de Juan XXIII se dejó sentir también entre los políticos de máximo rango mundial, contribuyendo así con su influencia al fortalecimiento de la paz en las relaciones internacionales. Fueron muchas y muy importantes las visitas y las relaciones diplomáticas que mantuvo el sumo pontífice durante los pocos años que dirigió la Iglesia, precisamente en un tiempo en el que se avivaron las tensiones entre los dos bloques, dirigidos por Estados Unidos y Rusia, durante la etapa que siguió a la Segunda Guerra Mundial, y que se conoce como la «guerra fría». Conviene recordar que el año de elección de Juan XXIII coincide con el comienzo de la «segunda crisis de Berlín» (1958-1961) (G. Mammarella, *Historia de Europa contemporánea desde 1945 hasta hoy*, Barcelona, 1996), cuya manifestación externa más significativa fue la construcción del muro que separará las dos Alemanias hasta la caída de los regímenes comunistas en 1989. La tensión entre los bloques adquirió suma gravedad en octubre de 1962, cuando se desató la crisis de los misiles de Cuba, que a punto estuvo de desencadenar una nueva guerra, que esta vez por fuerza debía ser atómica. Juan XXIII medió entre John Fitzgerald Kennedy (1917-1963) y Nikita Sergueievich Krushev (1894-1971) y contribuyó a evitar la catástrofe.

La Fundación Balzan, cuyo objetivo era favorecer la coexistencia entre el mundo capitalista y el comunista y cuyos dirigentes pertenecían a los dos bloques, concedió el primer premio de la paz a Juan XXIII, que oficialmente le fue entregado en 1963 por el presidente de la República italiana, Antonio Segni (1891-1965). Los 150 millones de liras del premio, por deseo del papa, se sumaron al capital de la Fundación para que siguiese luchando por la paz.

Y fue en este clima de búsqueda de la distensión en el que Juan XXIII recibió en audiencia privada a Rada, la hija de Krushev, acompañada de su marido, Alexis Adjubei, que además era el director del periódico *Izvestia*. Se interesó por sus hijos, los nietos de Krushev, y les preguntó por sus nombres. Al saber que los niños se llamaban Nikita, Sergio e Iván, le comentó a su madre que le había proporcionado una gran alegría porque Sergio y Nikita habían sido dos grandes

monjes de Oriente que tenían iglesias dedicadas en Bulgaria y además porque tenía un hijo que se llamaba como él, pues como le aclaró a sus visitantes Iván significaba Juan. Al final de la audiencia, que se desarrolló en un tono muy afectuoso y sencillo, Juan XXIII regaló a Rada un rosario, y al mirarlo la hija del secretario general de los comunistas con cierta extrañeza por ser la primera vez que tenía en sus manos semejante instrumento, el papa le explicó que servía para recitar las alabanzas de la Madre Dios. Al despedirse rogó a Rada Kruschev que de vuelta a casa hiciera a su hijo Iván una caricia especial, pues estaba seguro que a sus hermanos no les iba a molestar aquella preferencia cuando les explicara la razón. Pues bien, permanentes manifestaciones como éstas que eran la expresión exterior de su fondo humano, hicieron que muy desde el principio Juan XXIII fuera un personaje querido y popular, conocido por las gentes como «el papa bueno».

El magisterio de Juan XXIII. Durante los pocos años que Juan XXIII gobernó la Iglesia fueron numerosos sus discursos e intervenciones públicas, cuya doctrina se recoge de una manera más sistemática en las nueve encíclicas que publicó. Por esta razón expondré su magisterio al presentar por orden cronológico cada una de ellas. En 1959 publicó cuatro, una en 1960, dos en 1961 y las otras dos restantes en los años 1962 y 1963.

La encíclica inaugural de Juan XXIII es la *Ad Petri cathedram* (29 junio 1959), en la que como venía siendo costumbre de sus predecesores traza las líneas maestras de su pontificado. En ella propone a la Iglesia y al mundo la búsqueda de la verdad, la unidad y la paz, «tres bienes —según sus propias palabras— que se deben promover y conseguir según el espíritu de la caridad cristiana». Estos tres bienes con raíz evangélica siempre fueron anunciados por los pastores de la Iglesia de todos los tiempos, pero se predicaron de un modo más marcado en la época contemporánea por exigencias de las circunstancias y de un modo todavía más reiterado desde Benedicto XV. Juan XXIII sistematiza esa doctrina de todos los siglos y la expone en un tiempo concreto. Por eso, en el apartado de la verdad, el papa de 1959 hace referencia a la responsabilidad que en este punto tienen los medios de comunicación, incluida la televisión, que por entonces había comenzado a dar sus primeros pasos.

Cuando Juan XXIII, como cualquier papa en sus múltiples exposiciones magisteriales, se pronuncia por medio de encíclicas, no lo hace ni como filósofo ni como ideólogo ni como un político, sino como pastor supremo de la Iglesia que predica la doctrina perenne de Jesucristo. Por lo tanto, lo que en la *Ad Petri cathedram* se dice sobre la verdad, la unidad y la paz no es ninguna ideología, sino una exposición de la enseñanza de la Iglesia respecto a esos aspectos concretos. Por eso cuando Juan XXIII se refiere a la verdad de la vida presente, afirma que dicha verdad cobra pleno sentido y se orienta a la vida inmortal, a la otra patria donde viviremos para siempre, «pues arrancada del alma del hombre esta doctrina, esta consoladora esperanza, se desvanecen todas las razones de la vida, se adueñan fatalmente de las almas las pasiones, las luchas y las discordias, que ningún freno podrá contener eficazmente». Otro tanto cabría decir cuando Juan XXIII se refiere a la unidad, la del mundo y la de la Iglesia, derivada de la fraternidad y en definitiva de la filiación divina por la que todos somos hijos de Dios y por lo tanto hermanos. Igualmente se habla de la paz con un sentido sobrenatural, que no se deriva de transigir con el error, sino que se funda en la justicia y en el amor. Pero que Juan XXIII se refiera a la paz con sentido sobrenatural, no quiere decir que este bien no tenga reflejo en el orden natural; es más, en esta encíclica Juan XXIII pide que cese el odio en las relaciones humanas con unas palabras tan elocuentes y rotundas como las siguientes: «Ya existen demasiados cementerios de muertos en combate, que nos reclaman con voz severa conseguir de una vez por todas llegar a la concordia, a la unidad y a una justa paz.»

Un mes después de que apareciera su primera encíclica, publicaba la segunda, *Sacerdotii nostri primordia* (1 agosto 1959), con motivo del centenario de la muerte del santo cura de Ars, a quien se designa como *imago sacerdotis* (modelo para los sacerdotes). En este documento Juan XXIII propone a san Juan María Bautista Vianney (1786-1859) como modelo del pastor de almas, destacando de un modo especial su atención a los penitentes en el confesonario, a la vez que señala que el fundamento de la santidad sacerdotal es la vida de oración que bebe como en sus fuentes de la adoración eucarística y de la celebración de la misa. Desde la santidad y sólo desde la santidad, como objetivo permanente y primordial en la vida de los fieles de la Iglesia desde hacía veinte siglos por haberlo querido así su Fundador, podían y debían hacerse cuantos cambios y adaptaciones accidentales fueran precisos —que eso era lo que significaba la palabra *aggiornamento*, que tan popular hizo Juan XXIII—, precisamente para conseguir con mayor eficacia la santidad de todos los fieles.

En los últimos meses de ese mismo año de 1959, Juan XXIII publicó otras dos encíclicas más: *Grata recordatio* (26 septiembre 1959) y *Princeps pastorum* (28 noviembre 1959). La primera está dedicada al rosario y la segunda a las misiones. En la *Grata recordatio*, Juan XXIII invita a los fieles a la práctica de la más popular de las devociones marianas, recordándoles que el mes de octubre está consagrado especialmente a dicha práctica; a la vez, el papa solicita en esa encíclica que la oración de todos los fieles de cara a la celebración del concilio se concrete en el rezo del rosario, con el fin de implorar la mediación de la Virgen María para esa importantísima reunión de todos los obispos del mundo. La encíclica *Princeps pastorum* tiene como tema central las misiones, de las que ya se había ocupado en su primera encíclica. Su publicación se hizo coincidir con el cuarenta aniversario de la encíclica *Maximun illud* de Benedicto XV, que —como ya se dijo— sentó las bases de la actividad misional de la edad contemporánea. Siguiendo las enseñanzas de su predecesor Benedicto XV, Juan XXIII resalta la importancia de la extracción entre los indígenas de los miembros del clero y de la jerarquía, por lo que el papa insiste en su adecuada preparación espiritual y doctrinal; a la vez que llama a la responsabilidad a los laicos para que apoyen las misiones con sus aportaciones económicas y sobre todo mediante su oración, como manifestación y exigencia de su condición de cristianos, que deben responder al requerimiento evangélico de propagar la doctrina de Jesucristo por todo el mundo.

Tras dar a conocer la encíclica *Inde a primis* (2 julio 1960) sobre la devoción a la Preciosísima Sangre de Jesucristo, Juan XXIII publicó la *Mater et Magistra* (15 mayo 1961), sin duda una de las dos grandes encíclicas de su pontificado junto con la *Pacem in terris* (11 abril 1963). A la vez que su publicación era el homenaje con el que Juan XXIII quería contribuir al setenta aniversario de la *Rerum novarum* de León XIII (1878-1903), al igual que ya hicieran Pío XI al escribir la encíclica

Quadragesimo anno y Pío XII en su radiomensaje de Pentecostés de 1941, el papa volvía a insistir en la doctrina social de la Iglesia, asumiendo y actualizando a la vez todo el magisterio de sus predecesores en esta materia. Y conviene insistir una vez más que el papa no exponía en este documento una ideología humana, sino que pretendía iluminar con su magisterio la actuación temporal de los fieles, a quienes correspondía bajo su responsabilidad aplicar las soluciones concretas en sus múltiples actuaciones sociales, ya que la encíclica «social» de Juan XXIII se refería al amplio campo de las manifestaciones sociales del hombre, sin limitarse al aspecto de las relaciones laborales, aunque naturalmente también a ellas se hacía mención muy explícita.

Frente a la concepción del hombre como individuo, es decir, como un ser autónomo y desligado de Dios al no querer reconocerse criatura suya, según defendía la ideología liberal progresista desde el siglo anterior, el núcleo de la *Mater et Magistra* insiste en la defensa de la persona y define el orden moral en los siguientes términos:

El orden moral no se sostiene sino en Dios; separado de Dios se desintegra. Pues el hombre no es solamente un organismo material, sino también espiritual, dotado de inteligencia y libertad [...] No habrá en el mundo justicia ni paz, mientras los hombres no vuelvan al sentimiento de la dignidad de criaturas y de hijos de Dios [...] El hombre separado de Dios se vuelve deshumano consigo mismo y con sus semejantes.

Y en otro párrafo de la encíclica, Juan XXIII expone las diferentes formas de actuar que se derivan de estas dos interpretaciones contrapuestas del hombre: «Hoy prevalece acá y allá la concepción y la tendencia hedonista que querría reducir la vida a la búsqueda del placer y a la plena satisfacción de todas las pasiones.» Frente a este neopaganismo, el papa recuerda que los cristianos deben distinguirse por el sentido de sobriedad y sacrificio en sus actuaciones sociales:

En el plano natural, la moderación y la templanza de los apetitos inferiores es sensatez fecunda en bienes. En el plano sobrenatural, el Evangelio, la Iglesia y toda la tradición ascética exige el espíritu de mortificación y penitencia.

La *Mater et Magistra* reafirma el derecho de la propiedad privada, pues —según se dice en ese documento— «constituye un medio apropiado para la afirmación de la persona humana», para a continuación exponer con la misma firmeza la función social de la propiedad privada. Este documento pontificio propugna, por fin, la efectiva difusión de la propiedad privada entre todas las clases sociales. También en esta misma encíclica, el papa justifica la propiedad pública y establece los límites y los principios doctrinales a los que se debe ajustar. Puede suceder que por exigencias del bien común, el Estado o entidades públicas asuman la propiedad de ciertos bienes instrumentales, precisamente para evitar que la concentración de esos bienes en manos privadas lesione el bien común. En consecuencia, la propiedad pública, de acuerdo con el principio de subsidiaridad, sólo se justifica en los casos de manifiesta y verdadera necesidad del bien común.

Los peligros de la propiedad pública proceden, además, de la posible irregularidad de su administración (por incompetencia, falta de honradez o escaso sentido de responsabilidad) y del peligro —proporcionado a la carencia de un adecuado control— de que, en el seno de la propia organización del Estado, se formen centros de poder económico con daño del bien común (A. de Fuenmayor, «La propiedad privada y su función social», en «Estudios sobre la encíclica *Mater et Magistra*», *Nuestro Tiempo*, 93, marzo 1963).

La encíclica *Mater et Magistra* tuvo un eco en todo el mundo realmente sorprendente. El *New York Times* la reprodujo íntegramente en uno de sus números y la calificó de «documento histórico»; *Le Monde* dijo de ella que se «adecuaba a las exigencias de las generaciones más jóvenes, a las que apenas llegaban los mensajes de los discursos académicos de los que habitualmente desconfiaban»; y, por su parte, *Corriere della Sera* la calificó como un «monumento al sentido común». Igualmente positiva fue la aceptación con que fue recibida la encíclica por todas las personalidades políticas de los distintos Estados, especialmente las de los países del Tercer Mundo. En este sentido, hay que mencionar que el presidente del gobierno de la India, Jawaharlal Nehru (1889-1964), dijo públicamente de la *Mater et Magistra* que era el documento social de todos los tiempos que más le había gustado.

Seis meses después de la *Mater et Magistra*, Juan XXIII publicaba su séptima encíclica, la *Aeterna Dei sapientia* (11 noviembre 1961), para conmemorar el mil quinientos aniversario de la muerte de san León Magno, a quien Juan XXIII presentaba como maestro y pastor que sostuvo una lucha ejemplar en favor de la unidad de la Iglesia, representada en la doctrina del primado de san Pedro y sus sucesores, los obispos de Roma.

Por otra parte, la octava encíclica de Juan XXIII, *Poenitentiam agere* (1 julio 1962), era una nueva llamada a todos los fieles para responsabilizarles en el desarrollo del concilio. Si anteriormente les había pedido que rezasen el rosario por los frutos del concilio, en esta ocasión les recordaba que la recepción del sacramento de la penitencia era la mejor colaboración que podían ofrecer por la buena marcha del Concilio Vaticano II. Esta petición tan concreta a todos los fieles de la Iglesia se basaba en la doctrina de la comunión de los santos, por lo que recordaba a todos, clérigos y laicos, que era en dicho sacramento de la penitencia donde se perdonan los pecados y que por lo tanto la confesión es un sacramento necesario para conseguir la salvación eterna.

Tres meses antes de morir daba a conocer su última encíclica, la *Pacem in terra* (11 abril 1963), documento que muchos califican como su testamento doctrinal. En esta encíclica Juan XXIII se dirige no sólo a los cristianos, sino también a todos los hombres de buena voluntad, pues a todos —escribe el papa—, aunque eso sí de un modo más exigente a los seguidores de Cristo, incumbe la defensa y la promoción de la paz, que a modo de puntos cardinales queda fijada por la verdad, la justicia, el amor y la libertad.

La paz a la que se refiere Juan XXIII era un valor asumido por la Iglesia desde hacía veinte siglos; y conviene recordar que fue el primero de los mensajes anunciados a los hombres por medio del ángel, cuando el Niño Dios nació en un establo de Belén. No, Juan XXIII no hablaba por tanto de esa paz «fría», sinónimo de la suspensión de hostilidades, como consecuencia del miedo recíproco que se tenían los bloques enfrentados durante la guerra fría de aquellos años. Juan XXIII, por el contrario, se dirigía al interior de las conciencias; y por lo tanto su discurso no podía interpretarse, ni entonces ni ahora, como la ocurrencia genial de un experto en relaciones internacionales. El papa hablaba en la *Pacem in*

terris, naturalmente, de la paz que Dios quiere para los hombres en los siguientes términos: «La paz no puede darse en la sociedad humana si primero no se da en el interior de cada hombre, es decir, si primero no guarda cada uno en sí mismo el orden que Dios ha establecido.»

El cristianismo defiende la dignidad de la persona y sus derechos. Como vimos, Pío XII se adelantó en 1942 a la Asamblea Plenaria de Naciones Unidas (Declaración Universal de los Derechos Humanos, 10 diciembre 1948). Juan XXIII reafirmó el valor de la persona humana, especialmente querida por la Iglesia, pues además de su dignidad propiamente humana, cada hombre tiene el valor añadido de haber sido rescatado personalmente, uno a uno, por la sangre de Cristo. En efecto, la *Pacem in terris* puede considerarse como un jalón importante en esa larga etapa de defensa y reconocimiento de los derechos de la persona, que iniciada ya en los tiempos antiguos, tendrá un desarrollo notable en los siglos modernos, en los que la escuela de Salamanca jugó un papel tan decisivo, sin que se agote toda su riqueza hasta el presente, como se deduce de la defensa y exposición que de dichos derechos viene realizando el magisterio del sumo pontífice actual, Juan Pablo II, capaz de encontrar cada día matices y fundamentos nuevos que consolidan su vigencia.

La *Pacem in terris* consta de una introducción y cinco partes. La primera parte se refiere a las relaciones de convivencia basadas en el respeto a la dignidad de la persona, dotada de derechos con sus correlativos deberes; la segunda parte estudia las relaciones políticas en el interior de los Estados; la tercera analiza las relaciones internacionales entre los Estados; la cuarta se ocupa de la ordenación de las relaciones mundiales, y por fin la quinta parte, que confiere una marcada originalidad a toda la encíclica por sus planteamientos pastorales, es una orientación para los cristianos en orden a su actuación temporal (F. Guerrero, *El magisterio pontificio contemporáneo*, t. II, Madrid, 1996). A esta última parte pertenecen las siguientes palabras de Juan XXIII que resumen el mensaje de todo el documento pontificio, en su llamada universal a la consecución y fortalecimiento de la paz:

Entre las tareas más graves de los hombres de espíritu generoso hay que incluir, sobre todo, la de establecer un nuevo sistema de relaciones en la sociedad humana, bajo el magisterio y la égida de la verdad, la justicia, la caridad y la libertad: primero entre los individuos; en segundo lugar, entre los ciudadanos y sus respectivos Estados; tercero entre los Estados entre sí, y, finalmente, entre los individuos, familias, entidades intermedias y Estados particulares de un lado, y de otro, la comunidad mundial. Tarea sin duda gloriosa, porque con ella podrá consolidarse la paz verdadera según el orden establecido por Dios.

La muerte de Juan XXIII. Como dejó escrito en su diario, Juan XXIII se había propuesto desde su juventud la tarea de ser santo, costase lo que le costase. Su avanzada edad y su salud debilitada hablaban bien a las claras de que la llegada a esa meta estaba cada vez más próxima. En el último tramo, Juan XXIII era bien consciente que la mayor dificultad consiste en saber morir. Por eso, impuso a su secretario, monseñor Capovilla, la obligación de que, llegado el momento, no le ocultase la verdad. Al declinar el año 1962, se presentó el primer síntoma de su enfermedad mortal. Una hemorragia puso en guardia a los médicos, que en pocos días después pronosticaron la existencia de un cáncer muy avanzado. Cuando se confirmó el diagnóstico, el secretario de Juan XXIII, en cumplimiento de la palabra dada, se dirigió al sumo pontífice con estas palabras: «Ha llegado la hora, el Señor os llama.»

Desde que recibió esta noticia, todavía transcurrieron unos meses de heroica y ejemplar aceptación de su enfermedad. Ofreció todos sus sufrimientos «para impetrar abundantes bendiciones para el concilio ecuménico, para la sana Iglesia y para la humanidad entera que suspira por la paz». En el mes de mayo se agravaron sus dolencias, y, consciente de su situación, el día 17 de ese mes al revestirse con los ornamentos sagrados, se dirigió a su secretario para manifestarle: «Es mi última misa.» Y, en efecto, así fue. Desde ese día permaneció postrado en su lecho. El 30 de mayo se produjo una esperanzadora mejoría, que incluso hizo concebir la posibilidad de que pudiera celebrar la misa de Pentecostés e impartir la bendición en la plaza de San Pedro, pero ese mismo día por la noche se produjo la peritonitis, frente a la que sólo cabía atenuar los agudos dolores del enfermo. Todo el mundo siguió con preocupación la evolución de su enfermedad, a través de los medios de comunicación. Desde el día 1 de junio fue en aumento el número de personas que se congregaban, ininterrumpidamente, en la plaza de San Pedro; y el papa era bien consciente de cuánta gente le acompañaba en sus últimos días. Quizás por eso, al final de su lenta agonía, la despedida de aquel papa de gran corazón siempre agradecido, el último gesto del «papa bueno» —como todos le llamaban— fue impartir una bendición en la que quiso abarcar a todo el mundo. Falleció el 3 de junio de 1963.

En 1965, Pablo VI introdujo su causa de beatificación, junto con la de su predecesor Pío XII. En la actualidad, dicha causa ha concluido la fase de elaboración de la positio, en la que el responsable del proceso o postulador reúne y presenta todo el material sobre el ejercicio de todas las virtudes cristianas en grado heroico, con el fin de que, primero, la congregación correspondiente, después, los cardenales, y por último el papa, emitan su juicio positivo para que concluya el proceso de beatificación de Juan XXIII.

Pablo VI (21 junio 1963 - 6 agosto 1978)

Personalidad y carrera eclesiástica. Giovanni Battista Montini nació (26 noviembre 1897) en la casa de campo que su familia tenía en Concesio, un pequeño núcleo agrícola a ocho kilómetros de Brescia, ciudad donde habitualmente residían los Montini. El matrimonio formado por Giorgio Montini y Giuditta Alghisi, tuvo otros dos hijos más: Lodovico, el primogénito, y Francesco, el más pequeño de los tres hermanos. Y junto con el matrimonio y los tres hijos, la abuela paterna de Pablo VI, Francesca Buffali, y su hija soltera, la tía María, completaban el grupo de una verdadera familia patriarcal.

Giorgio Montini, era un conocido abogado, dirigente de la organización católica de Brescia y director del periódico // *Cittadino di Brescia* desde 1881. En las elecciones administrativas de 1914 fue elegido concejal en Brescia y cinco años

después consiguió el escaño de diputado, como militante del Partido Popular de Luigi Sturzo (1871-1959). Durante la etapa fascista, el padre de Giovanni Battista fue víctima de la persecución política. En 1925 el periódico que dirigía fue secuestrado diez veces y en ese mismo año, también, sus instalaciones fueron asaltadas y toda su imprenta quedó inservible. Declarado ilegal el Partido Popular, Giorgio Montini se vio obligado a abandonar el Parlamento y se integró en el grupo de los diputados aventinianos, que trataron de organizar una oposición política, fuera de las instituciones del Estado fascista. Por los testimonios y cartas del propio Pablo VI, conocemos la influencia que el ejemplo de su padre ejerció en la formación de su personalidad. A Jean Guittou (1901) le manifestó lo siguiente:

Debo a mi padre ejemplos de coraje, la obligación de no rendirse débilmente al mal, la promesa de no preferir nunca la vida a lo que da sentido a la vida. Su enseñanza puede resumirse en una palabra: ser un testigo. Mi padre no tenía temores (J. Guittou, *Dialoghi con Paolo VI*, Milán, 1986).

Giuditta, su madre, pertenecía a una distinguida y rica familia de Brescia. Huérfana de padre y madre desde los cuatro años, fue educada en el colegio de las monjas Marcelianas de Milán, que daba acogida a las niñas de las clases acomodadas. Aunque se comprometió con Giorgio desde 1893, su tutor no otorgó su consentimiento para la boda, por lo que tuvo que esperar a cumplir la mayoría de edad para casarse (2 agosto 1895). Dedicada preferentemente al cuidado del hogar, Giuditta perteneció a la asociación de las damas católicas de la Cruz Roja y colaboró con numerosas instituciones asistenciales. Sobre la importante influencia materna, Pablo VI manifestó igualmente a Jean Guittou:

A mi madre debo el sentido del recogimiento, de la vida interior, de la meditación que es oración y de la oración que es meditación. Toda su vida ha sido un don. Al amor de mi padre y de mi madre, a su unión, debo el amor a Dios y el amor a los hombres.

Desde los primeros días de su existencia y hasta su muerte, Giovanni Battista se vio aquejado por continuas enfermedades, pues constitutivamente era de muy frágil salud. Durante el período de lactancia tuvo que abandonar la ciudad y sus padres encomendaron al recién nacido a una nodriza campesina de Nave, que lo crió en su casa hasta que tuvo un año y medio. Comenzó los primeros estudios en el colegio de los jesuitas Cesare Arici, pero no pudo mantener una asistencia regular a las clases a causa de sus numerosas convalecencias. Su prolongada postración por las enfermedades le obligaron a abandonar el colegio y tuvo que continuar los estudios en su casa, de modo que concluyó el bachillerato en una institución pública, el Instituto Arnaldo de Brescia, donde se presentó a los exámenes como alumno libre. Así fue como obtuvo su título de bachiller superior, antes de ingresar en el seminario.

Durante estos años frecuentó el Oratorio della Pace de Brescia, donde se formaron muchos jóvenes de esa ciudad, bajo la orientación de la espiritualidad de san Felipe Neri (1515-1595). Allí conoció al padre Giulio Bevilacqua (1881-1965), con quien siempre mantuvo un estrecho contacto. Algún autor sostiene que en las convicciones firmemente democráticas y por la tanto antifascistas de Pablo VI influyeron además del ejemplo de su padre y las lecturas del filósofo francés Jacques Maritain (1882-1973), el trato con Giulio Bevilacqua. Debido a sus ideas políticas fue visto con recelo por algunos regímenes autoritarios, como fue el caso de Franco (1892-1975), sin que por ello se le pueda tachar de antiespañol o de alineado con los promotores de la persecución religiosa en España, como algunos han afirmado injustamente (V. Cárcel Ortí, *Pablo VI y España. Fidelidad, renovación y crisis* (1963-1978), Madrid, 1997).

Por informaciones de sus amigos de su juventud se puede asegurar que, al menos, desde 1913 había considerado seriamente la posibilidad de hacerse sacerdote (F. Molinari, *G. B. Montini giovane 1897-1944*, Turín, 1979). Así lo manifiesta Lionello Nardini, compañero suyo del Cesare Arici, que ingresó en el seminario en 1913 y falleció en un hospital de campaña en 1918. En cierta ocasión, Pablo VI llegó a afirmar que fue el buen ejemplo de su discípulo Nardini el que le dio el último empujón para ingresar en el seminario. Más claro todavía es el testimonio de su gran amigo de juventud, Andrea Trebeschi, que en 1914 anotó en su diario: «Battista Montini ofrece su vida a Dios, se hace sacerdote» (G. B. Montini, *Lettere a un giovane amico. Carteggio di G. B. Montini con Andrea Trebeschi, a cura di Cesare Trebeschi*, Queriniana, Brescia, 1978). Su decisión por tanto no fue repentina, pero no por ello dejó de sorprender a sus padres, porque debido a su estado de salud era evidente que no podría soportar el régimen de un internado. Pero se sobrepuso a las dificultades y consiguió del obispo un permiso para cursar los estudios en el seminario Sant'Angelo de Brescia como externo, a partir del curso 1916-1917.

Battista acudía allí para asistir a las clases, después volvía con su familia. En casa, su padre era también su «rector»; le había trazado un horario exigente y minucioso: levantarse, misa, desayuno, estudio, visita a la iglesia, estudio, cena, hasta irse a la cama a las diez de la noche. Había incluso un NB: que, durante el «recreo», podía dedicarse voluntariamente a hacer ejercicios de piano (C. Cremona, *Pablo VI*, Madrid, 1995).

Por su condición de seminarista externo pudo hacer compatible sus estudios de preparación al sacerdocio con su participación activa en distintos movimientos asociativos católicos. Ya se mencionó anteriormente su presencia en las actividades del Oratorio della Pace de Brescia. También desempeñó cargos de responsabilidad en las Congregaciones Marianas y en la Acción Católica y colaboró en las actividades caritativas de San Vicente de Paúl.

Pero de todas las actividades de juventud, ninguna fue tan destacada como la fundación de un periódico, *La Fionda* («La Honda»), que puso en marcha junto con su amigo Andrea Trebeschi. El periódico nació en 1915, como un «hoja estudiantil» promovida por la Unión de Bachilleres Católicos Italianos. En carta que el propio Giovanni Battista Montini envió a Pío XI (1922-1939) solicitando su bendición para este proyecto, presentaba *La Fionda* como una iniciativa de jóvenes estudiantes, aunque sin excluir de sus páginas la colaboración de profesores universitarios, financiado por ellos mismos y con este triple objetivo: «difundir la palabra cristiana en el alma estudiantil moderna, con atrevida sinceridad, pero a la vez con serenidad noble y gozosa; confortar con juvenil ardor la pureza amenazada de los jóvenes y preparar con una formación básica las conciencias de los estudiantes de secundaria para sus futuros deberes religiosos y civiles». Las colaboraciones del joven Montini aparecen firmadas con las siglas «G. B. M.» o con el seudónimo «Gibienne», que es la

pronunciación de las siglas anteriores. Tras la guerra, en 1918, un nutrido grupo de estudiantes católicos se agruparon en torno a La Fionda y se integraron en la Federación de Universitarios Católicos de Italia (FUCI), en la que —con el paso de los años— el sacerdote Montini ejercería su ministerio pastoral.

El obispo de Brescia le confirió la tonsura (30 noviembre 1919). Un año más tarde fue ordenado como subdiácono y meses después como diácono (8 marzo 1920). El 29 de mayo de 1920 fue ordenado sacerdote por el obispo de Brescia, Giacinto Gaggia, y al día siguiente celebró su primera misa en Santa Maria delle Grazie, santuario muy popular entre los brescianos. Tras la ordenación, su obispo le envió a Roma para que ampliara sus estudios de teología y derecho canónico, para lo que se matriculó en la Pontificia Universidad Gregoriana. Fijó su residencia en el Seminario Lombardo. También se matriculó en Letras en la antigua Universidad de Roma, La Sapienza, aunque poco después tuvo que interrumpir esta carrera. En 1921 inició sus estudios diplomáticos en la entonces denominada Escuela de Nobles Eclesiásticos, que en la actualidad se conoce como Pontificia Academia Eclesiástica.

En 1923 fue nombrado agregado de la nunciatura en Polonia, y permaneció en Varsovia durante los meses de mayo a octubre de ese mismo año, junto al nuncio Lorenzo Laconi, donde pudo conocer a Józef Pilsudski (1867-1935), a quien en sus cartas designa como «el Garibaldi polaco», y a los principales personajes de la jerarquía eclesiástica de Polonia. De regreso a Roma, fue nombrado asistente eclesiástico del Círculo Universitario Romano, organización dependiente de la FUCI. Estos años fueron también para él tiempo de estudio, en los que consiguió el grado de doctor. En 1925 se incorporó a la Secretaría de Estado, donde desempeñaría diversos cometidos durante casi tres décadas, pues comenzó desde el nombramiento más bajo de minutante y acabó siendo prosecretario de Estado. También en ese mismo año de 1925 fue designado consiliario de la FUCI, cargo que ocupó hasta 1933.

Por las repercusiones que tuvo en Italia, uno de sus biógrafos equipara el trabajo de Giovanni Battista Montini en la FUCI al de Luigi Sturzo como fundador del Partido Popular.

Éste llevó a cabo la organización del resurgir católico en un partido nacional; aquél, la nueva fundación de un partido aconfesional, inspirado en los valores cristianos: con hombres bien preparados que, en la segunda posguerra, contribuirían a la reconstrucción del país y a la salvaguarda de la democracia. Muchos de los políticos de la Democracia Cristiana, a la caída del fascismo, habían sido nutridos con la linfa montiniana en los Círculos de la FUCI. Para dar un solo nombre: Aldo Moro (C. Cremona, Pablo VI, ob. cit.).

Por obligaciones de su cargo tuvo que visitar las organizaciones estudiantiles católicas de toda Italia, lo que le puso en contacto con sus principales líderes. Además, ejerció una significativa influencia por medio de las publicaciones de la FUCI, entre las que destacó la revista *Studium*, en la que lo mismo que en La Fionda diez años antes aparecían con frecuencia las siglas «G. B. M.». Los escritos de Giovanni Battista Montini tuvieron una decisiva repercusión en ámbitos intelectuales italianos y contribuyeron a promover una renovación cultural. Por otra parte, sus publicaciones le permitieron darse a conocer y ponerse en contacto con intelectuales como Tommaso Gallarati Scotti, G. Prezzolini y sobre todo con Jean Guittou (L. Bedeschi, // modernismo italiano, Roma, 1995).

En el mes de marzo de 1933 la revista *Azione Fucina* publicaba una carta del consiliario general de la Acción Católica Italiana, Giuseppe Pizzardo (1877-1970), aceptando la dimisión de Giovanni Battista Montini en la FUCI. Pizzardo justificaba la retirada de Montini de la FUCI por sus crecientes obligaciones en la Secretaría de Estado. Pero recientes investigaciones han desvelado que las verdaderas causas, realmente, fueron otras. En primer lugar, se entienden mejor las cosas si se hace una referencia al ambiente italiano de aquel momento, en el que las apetencias del Estado fascista por controlar las organizaciones juveniles chocaron contra las posiciones de la FUCI. Por su parte, la FUCI encontró en su consiliario un firme defensor frente al control de la juventud, que pretendían los fascistas. Giovanni Battista Montini nunca disimuló sus convicciones; por el contrario, manifestó incluso su opinión crítica respecto a los arreglos conocidos como Pactos Lateranenses (1929). Todo ello, unido a la reputación antifascista de su familia, acabó por convertirle en un elemento incómodo para todos, en las delicadas relaciones que durante esos años mantenían la Santa Sede y el Estado fascista. Y el transcurrir de los acontecimientos deterioró aún más su ya de por sí difícil posición. Así, por ejemplo, cuando su antiguo mentor Giulio Bevilacqua fue desterrado de Brescia por oponerse al fascismo, Montini le acogió en su domicilio de Roma; su hospitalidad ponía de manifiesto una vez más su consecuente y noble modo de proceder. Sin embargo, su comportamiento desencadenó las represalias de los fascistas; el centro romano de la FUCI sufrió un registro en mayo de 1931 y fue confiscada buena parte de su documentación. Lo cierto era que el consiliario de la FUCI se convertía cada vez con más frecuencia en el objeto de los ataques de las autoridades políticas italianas.

A los problemas de tipo político se vinieron a añadir las celotipias clericales entre la Acción Católica y las Congregaciones Marianas, que dirigía el jesuita padre Gagnani. Frente a las excusas oficiales y nada creíbles que aparecieron en la revista de la FUCI, el sacerdote Montini tuvo que exponer por escrito (19 marzo 1933) a su obispo la verdad de lo sucedido. En su larga carta explicativa se podía leer —entre otras cosas— lo siguiente:

El verdadero motivo de mi dimisión ha sido una adversidad, que todavía me resulta inexplicable. La única explicación que encuentro para ella es el querer de Dios, que lo ha permitido. Tal adversidad se remonta al año pasado. A mi entender, ha tenido origen en el deseo de cierto padre jesuita de apoderarse del movimiento universitario católico, y en el temor de que nuestras asociaciones empobreciesen a otras instituciones suyas de este tipo. En todo momento he buscado abiertamente el acuerdo, y he mantenido siempre relaciones personales y oficiales corteses y correctas. Pero los padres jesuitas se hallan ahora en un momento de pánico y de preponderancia: de pánico, porque no se sienten rodeados de afectos espontáneos y, por tanto, se ven inclinados a sospechar que se trame algo contra ellos; de preponderancia, porque trabajan mucho y gozan de gran crédito en la curia romana.

Y por eso hubo quien me pintó ante el Emmo. cardenal Vicario como antijesuita y, por tanto, como una persona cuya actitud había de ser vigilada continuamente... La insinuación bastó para privarme de la confianza del cardenal, quien hasta

ese momento había mostrado hacia mí una cordialidad que llegaba casi a la parcialidad en su estima y benevolencia [...] No soy consciente de haber hecho nunca nada, absolutamente nada, que pudiera ofender de algún modo a los padres jesuitas. Nunca he disuadido a un solo joven de participar en sus obras; es más, he tratado de facilitar a nuestros jóvenes la asistencia a ellas. Nunca he tratado de hacer prevalecer las prerrogativas de la Acción Católica de un modo que afectase mínimamente a la autonomía de ellos, o discutiese la bondad de su educación (C. Cremona, Pablo VI, ob. tit.).

Desde 1933, por tanto, dirigió todos sus esfuerzos al trabajo en la curia romana. La actividad desarrollada por Giovanni Battista Montini en la Secretaría de Estado nos resulta ya conocida, por las referencias que de ella se hizo en el pontificado de Pío XII (1939-1958). Por esta razón, se expone ahora su trayectoria de un modo ordenado y conciso a la vez, con el fin de evitar reiteraciones. Como se dijo, la dimisión del cargo que tenía en la FUCI, le dejó más tiempo para dedicarse a su trabajo en la Secretaría de Estado, desde el modesto cargo que allí tuvo hasta 1937, por más que las misiones desempeñadas en ocasiones fueran de gran trascendencia. Así, por ejemplo, en julio de 1933 durante el período de vacaciones, reemplazó como suplente al entonces monseñor Alfredo Ottaviani (1890-1979), que fue sustituto de la Secretaría de Estado desde 1929 hasta 1935. Como es sabido, en el gobierno de la Iglesia dicho cargo es el tercero en responsabilidad, después del papa y del secretario de Estado. Pero los pocos días que duró aquella suplencia fueron suficientes para comentar a su familia que en modo alguno le atraía el cargo de sustituto (G. B. Montini, *Lettere ai familiari 1919-1943*, Brescia, 1986).

Pues bien, el 13 de diciembre de 1937 monseñor Montini fue nombrado sustituto de la Secretaría de Estado para Asuntos Eclesiásticos Ordinarios, cargo en el que sucedía a Domenico Tardini (1888-1961), que a su vez pasó a ocupar el puesto que Giuseppe Pizzardo dejó vacante de sustituto de la Secretaría de Estado para Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, al ser promovido a cardenal. Por lo tanto sirvió a la Iglesia desde ese puesto durante el último año del pontificado de Pío XI, mientras el entonces Eugenio Pacelli era secretario de Estado. Durante esos meses tuvo que acompañar al entonces cardenal Pacelli a Budapest, a donde éste acudió como legado pontificio del XXXIV Congreso Eucarístico Internacional que se celebró en esta ciudad del 22 al 31 de julio de 1938. Durante estos meses estrechó sus relaciones con Tardini, puesto que los nuevos cometidos que a ambos se les encomendaron debían realizarse de un modo coordinado. Y, por razón de su cargo, estuvo presente en la agonía de Pío XI en la madrugada del 10 de febrero de 1939.

Al ser elevado al pontificado, Eugenio Pacelli (Pío XII) designó al cardenal Luigi Maglione (1879-1944) para cubrir la vacante que él mismo había dejado como titular de la Secretaría de Estado. Y, como ya sabemos, al fallecer Maglione el papa dejó sin cubrir ese puesto, asumió él mismo esas funciones y mantuvo a su lado como sus dos colaboradores más directos a Tardini y Montini, a quienes más tarde (29 noviembre 1952) promovió al cargo de prosecretarios de Estado.

Conocemos las misiones humanitarias que Pío XII encomendó a Giovanni Battista Montini durante la Segunda Guerra Mundial, por lo que no hace falta volver sobre ellas. Al término del conflicto, la permanencia de monseñor Montini en las dependencias vaticanas se vio agitada por los diversos ataques de que fue objeto, procedentes en unas ocasiones de los antiguos fascistas, que nunca le perdonaron que interviniese ante el representante de Estados Unidos ante la Santa Sede, con el fin de evitar la entrada de Italia en la guerra. Otras veces, sin embargo, fue el blanco de ciertas intrigas clericales, de las que, si bien Pío XII no hizo ningún caso, no podía menos de afectarle anímicamente por las falsas acusaciones que sobre él se vertían.

Se le acusaba de ser filoizquierdista, lo que en aquellos años era tanto como decir amigo de los enemigos de la Iglesia, ya que en esos momentos los comunistas llevaban a cabo una persecución contra los católicos; y hasta de manera insidiosa algunos hicieron correr el rumor de que Giovanni Battista Montini defendía posiciones doctrinales heterodoxas, en materias litúrgicas y pastorales. Se trataba de individuos que por carecer de visión sobrenatural sólo entendían la Iglesia como una sociedad humana; eran clérigos o laicos que, por desnaturalizar su actividad en la Iglesia, se limitaban a hacer carrera y todo lo reducían a luchas por el poder. En definitiva, eran los mismos para los que el verbo «servir» sólo tenía conjugación reflexiva, y para las cuales cualquier medio era bueno si con él podían apartar a Montini de la Secretaría de Estado. Y aparentemente —pero sólo aparentemente— los hechos parecían darles la razón, pues el 1 de noviembre de 1954 fue nombrado arzobispo de Milán y por lo tanto alejado del Vaticano. La noticia se hizo pública tres días después en *L'Osservatore Romano*, precisamente en la fiesta de san Carlos Borromeo (1538-1584), que junto con san Ambrosio (334-397) son los patronos de Milán.

Por encontrarse enfermo Pío XII no pudo consagrarle obispo, como hubiera sido su deseo, y el papa tuvo que limitarse a enviarle un mensaje por radio durante la ceremonia. Giovanni Battista recibió la consagración episcopal (12 diciembre 1954) de manos del cardenal decano, Eugenio Tisserant (1884-1972), en la basílica de San Pedro del Vaticano. Tres semanas después abandonó Roma para tomar posesión de su sede. El día 6 de enero hizo su entrada oficial en Milán en un coche descubierto acompañado del alcalde de la ciudad, el socialista Virgilio Ferrari. En su primera homilía pronunciada en la catedral de Milán, tras reconocer con humildad que no tenía otro título para presentarse ante ellos que el haber sido enviado por la Iglesia, a continuación manifestó también con claridad y energía los rasgos que hacían grande su misión, con expresión muy conocida desde que la pronunció: «¡Soy apóstol y soy obispo! ¡Pastor, padre, maestro y ministro del Evangelio! No es otro mi cometido entre vosotros.»

Una de las primeras personas que conoció en Milán fue al sacerdote Pasquale Macchi, a quien la diócesis había designado como secretario privado del nuevo arzobispo. Macchi permaneció a su lado sirviéndole con exquisita fidelidad hasta su muerte. Como veremos, a Pasquale Macchi le debemos el testimonio de cómo fueron los últimos momentos de Pablo VI en esta tierra.

Al mes de haber tomado posesión, publicó su primera carta pastoral *Omnia nobis Christus est* {Cristo es todo para nosotros}, de gran calado cristológico, que se convertiría en una de las constantes de la predicación del nuevo prelado. Junto a este aspecto capital de su catequesis, el segundo motivo en importancia de su predicación fue la Virgen María, a

quien se refería como la encarnación de la Belleza; y conviene recordar que fue él mismo, siendo papa, quien al término de la tercera sesión del Concilio Vaticano II proclamó a la Virgen María Madre de la Iglesia.

La diócesis de grandes dimensiones que se confiaba a monseñor Montini tenía 822 parroquias, y sólo en el primer año las visitó casi todas, exactamente 700, lo que le permitió de inmediato conocer con precisión la realidad que debía gobernar. Fue así cómo concibió la idea de celebrar en Milán una misión, en cuya minuciosa preparación empleó dos años (*La Missione di Milano, Arci-vescovado di Milano*, 1957). La célebre misión de Milán tuvo lugar entre los días 5 al 24 de noviembre de 1957, en la que intervinieron 500 clérigos entre sacerdotes y obispos.

Una misión de nuevo cuño —afirma un autor— encaminada a reconciliar la cultura moderna con la tradición religiosa que, pese al secularismo moderno, impregnaba la vida de la ciudad. Le dio el calificativo de «urbana», en vez de «popular», que tradicionalmente se le aplicaba, e insistió en la moderación y sobriedad de los actos, que sin solemnidades ruidosas, deberían llegar al seno de cada casa, como si se tratara de una celebración familiar. La misma sencillez deberían mantener los sermones, cuyo tema fundamental sería la paternidad de Dios, clave en la espiritualidad de Montini; y el tono, lejos de ser apocalíptico, todavía en boga en aquel tiempo, debía ser el de la exhortación didáctica y convincente: «que nadie se sienta ofendido, ironizado, atacado por la predicación, sino todos invitados, amonestados, como llamados y esperados» (J. L. González Novalín, «Juan Bautista Montini. Una vida para el papado», *Anuario de Historia de la Iglesia*, VI, Pamplona, 1997).

Además de la catequesis y de la predicación, propias de toda misión, se promovieron distintas iniciativas benéficas con el fin de integrar en la sociedad a los grupos marginados, como el de los expresidarios y el de los inmigrantes. Y para conmemorar aquellas jornadas pastorales se construyó un templo dedicado al santo cura de Ars (1786-1859). Es esta última una de las facetas a destacar de monseñor Montini durante su permanencia en la sede de Milán, pues durante esos años consagró 72 iglesias, y cuando fue elegido papa otras 19 se encontraban en construcción.

Como ya se dijo, Juan XXIII (1958-1963) le puso a la cabeza de la lista de los purpurados a los que designó cardenales, en el primero de sus consistorios (17 noviembre 1958). Conviene recordar que Juan XXIII había sido elegido papa tan sólo unos días antes, y precisamente en el mismo día de su coronación, fiesta de san Carlos Borromeo, el propio papa quiso tener el gesto de adelantarle por escrito su nombramiento:

Excelencia queridísima, estoy a punto de bajar a San Pedro para la gran ceremonia. Pienso en san Carlos, en su sucesor y en todos los milaneses juntos, clero y pueblo. En seguida anunciaré el consistorio, en el que figurarán los nombres de monseñor Montini y monseñor Tardini. Pero esto sucederá en el plazo de una semana; mientras tanto quedará en absoluto secreto.

Conocemos su reacción ante el comunicado de Juan XXIII; fue ésta:

Saber que el papa, en el día de su coronación, en la fiesta de san Carlos, antes de la gran ceremonia, se acuerda del que suscribe humildemente y se digna revelarle secretos, con una simplicidad que enriquece enormemente el valor del documento, es algo que deja sin aliento e impide encontrar una adecuada expresión de gratitud (G. Colombo, *Ricordando Giovanni Battista Montini arcivescovo e papa*, Roma, 1989).

El cónclave para elegir al sucesor de Juan XXIII dio comienzo en la tarde del 19 de junio de 1963. Dos días después, a la quinta votación, fue elegido papa y adoptó el nombre de Pablo VI, por su devoción al Apóstol de las Gentes. La coronación tuvo lugar nueve días después, coincidiendo precisamente con la festividad de san Pablo. Por primera vez esta ceremonia se celebró en la plaza de San Pedro, y fue también la última vez que se pudo ver a un papa con tiara. Este ornamento, que se venía utilizando desde el siglo xiii, se lo habían regalado sus fieles milaneses. Tras la solemne ceremonia, Pablo VI no volvió a utilizarla y fue subastada con el fin de recaudar fondos para los pobres.

El pontificado de Pablo VI. Pablo VI, sin duda, pasará a la historia por haber continuado y concluido el Concilio Vaticano II, que su predecesor Juan XXIII había convocado. Así pues, es obligado relacionar dicho acontecimiento con su pontificado. En consecuencia, me remito al apartado específico de este libro, donde se estudian todos los concilios ecuménicos. Las páginas siguientes, por tanto, sólo se ocuparán del resto de los hechos más destacados del pontificado de Pablo VI. Pues, a pesar de la trascendencia del Concilio Vaticano II, también se debe prestar atención a las otras realizaciones de Pablo VI, si se quiere tener una imagen completa y ajustada del paso de Pablo VI por la cátedra de san Pedro.

En principio, Pablo VI mantuvo al frente de la Secretaría de Estado al cardenal Amleto Cicognani (1883-1973). Sin embargo, pronto vendrían las reformas para dar cauce a las disposiciones de los decretos conciliares. En este sentido, se instituyó el Sínodo de los Obispos (15 septiembre 1965) con el fin de que los obispos colaboraran con mayor efectividad en el gobierno central de la Iglesia. Igualmente se reforzó el papel de las Conferencias episcopales, que ya habían sido establecidas en algunos países en el siglo anterior. También mediante el motu proprio, *Integrae servandae* (7 diciembre 1965), se suprimió el índice de libros prohibidos y se reformó profundamente la Congregación del Santo Oficio, que pasó a denominarse Congregación para la Doctrina de la Fe. El cardenal Ottaviani, que hasta entonces había sido la máxima autoridad del Santo Oficio, fue nombrado prefecto emérito de la nueva congregación.

Todas estas innovaciones parciales eran el preludio de una renovación de mayor amplitud. La constitución apostólica *Regimini Ecclesiae universalis* (15 agosto 1967) reformó las instituciones del gobierno central de la Iglesia, que se conocen con el nombre de curia romana, cuya organización se regía hasta entonces por la normativa dictada por san Pío X (1903-1914) en 1908. Como es sabido, las disposiciones de Pablo VI respecto a la curia han sido sustituidas por las de la constitución *Pastor bonus* (28 junio 1988) de Juan Pablo II.

Pablo VI atribuyó a la Secretaría de Estado una función coordinadora de la curia, en la que se concedía un papel importante a la figura del sustituto, cargo para el que fue designado desde 1967 Giovanni Benelli (1921-1982). Se suprimieron varios dicasterios y se crearon otros nuevos. Así, entre los nuevos organismos, cabe mencionar el Pontificio

Consejo para los Laicos y la Comisión *Iustitia et Pax*. Con el fin de internacionalizar las Congregaciones, se limitó el nombramiento de sus miembros a cinco años y se autorizó a que pudieran serlo los obispos diocesanos. E igualmente se impuso el límite de los 75 años a los obispos y a otras dignidades, para presentar su renuncia como titulares de sus cargos eclesiásticos.

Así pues, por sobrepasar el límite de edad, el cardenal Cicognani presentó su dimisión en 1969, se le nombró secretario de Estado emérito y pasó a ocupar ese puesto el cardenal Jean Villot (1905-1979). Los asuntos públicos de la Iglesia, así como las relaciones de la Santa Sede con el resto de los Estados, se encomendaron al cardenal Agostino Casaroli (1914-1998). El hecho de que la Secretaría de Estado la ocupara un cardenal que no era italiano, era todo un síntoma del deseo de internacionalizar la curia. La universalidad de la Iglesia quedó igualmente reflejada en la evolución que sufrió la composición del colegio cardenalicio. En efecto, en 1963 dicha institución se componía de tres tercios de iguales proporciones de cardenales italianos (29 miembros), europeos no italiano (28 miembros) y no europeos (28 miembros). Estas proporciones habían cambiado significativamente en 1978, pues los cardenales italianos eran 33, los europeos no italianos también eran 33 y los no europeos alcanzaban la cifra de 66 cardenales (Yves-Marie Hilaire, *Histoire de la papauté*, París, 1996).

Durante el pontificado de Pablo VI se celebraron cuatro sínodos ordinarios y uno extraordinario. El Sínodo de los Obispos emanaba del Concilio Vaticano II, para ayudar con sus iniciativas e informes al papa en su misión de pastor supremo de la Iglesia, era convocado por él y cuando lo considerase oportuno el romano pontífice podía pronunciarse con voto deliberativo; en consecuencia, en modo alguno limitaba la autoridad del papa. En el primer sínodo ordinario (28 octubre 1967) sus 169 participantes estudiaron la revisión del Código de derecho canónico, la reforma litúrgica y los problemas de los matrimonios mixtos. El sínodo extraordinario (27 octubre 1969) se ocupó de las relaciones entre la Santa Sede y las Conferencias episcopales. El ministerio sacerdotal y la justicia en el mundo fueron los puntos sobre los que se centró el tercer sínodo ordinario (30 septiembre 1971). Y el cuarto de los sínodos ordinarios (27 septiembre 1974) se dedicó a la evangelización del mundo contemporáneo. Por fin, el sínodo de 1977 se centró sobre la catequesis y la importancia de la enseñanza religiosa.

El ecumenismo fue otro de los rasgos característicos del pontificado de Pablo VI. No se le ocultaban a Pablo VI los problemas de este empeño, y en alguno de sus documentos llegó a manifestar la dificultad que comportaba para el progreso del ecumenismo «su primado de honor y jurisdicción». Sin embargo, el reconocimiento de los problemas y las dificultades para encontrarles solución, no podía conducir a recortar o a cambiar la doctrina de Jesucristo. Por esta razón, en una de sus intervenciones (10 junio 1969) ante el Consejo Ecuménico de las Iglesias, durante su viaje a Ginebra, comenzó su discurso con las siguientes palabras: «Mi nombre es Pedro», para exponer a continuación que el ministerio de comunión lo había heredado igualmente de Pedro.

No obstante, la firmeza en la doctrina de Pablo VI no fue incompatible con la multiplicidad de gestos de acercamiento con distintas personalidades. Éste fue el caso de los encuentros que sostuvo con el obispo anglicano Michael Ramsey en 1966 o con el patriarca de los armenios Khoren I, al año siguiente. Pero la imagen que ha quedado para la historia, como su principal gesto ecuménico, se produjo en los primeros días de enero de 1964, durante su viaje a Tierra Santa. Allí, concretamente en el Monte de los Olivos, se fundió en un fraternal abrazo con el patriarca de Constantinopla, Atenágoras I (1886-1972). En 1968, Atenágoras le visitó en Roma. Una de las consecuencias de estos encuentros fue la suspensión de la excomunión, que pesaba sobre ambos cargos desde el cisma de Oriente.

Como el Apóstol de las Gentes, cuyo nombre había adoptado para gobernar la Iglesia como sucesor de san Pedro, quiso romper el aislamiento geográfico en el que permanecían sus predecesores desde 1870, tras la pérdida de los Estados pontificios. Ya vimos cómo Juan XXIII había realizado los primeros viajes por Italia, lo que no sucedía desde el pontificado de Pío IX (1846-1878). Por su parte, Pablo VI recorrió distintos países del mundo en sus nueve viajes, realizados entre 1964 y 1970. A partir de ese año, por motivos de salud, no realizó ninguno más. Si bien es cierto que, en comparación con lo que viene sucediendo durante el pontificado de Juan Pablo II, esos nueve viajes son bien poca cosa, las salidas del Vaticano de Pablo VI hay que juzgarlas en relación con las circunstancias del momento en que se produjeron. Y en ese contexto hay que afirmar que las iniciativas viajeras de Pablo VI fueron una auténtica novedad en la década de los sesenta. Todas sus salidas del Vaticano estuvieron rodeadas de una enorme expectación y se convirtieron en el centro de la información de los medios de comunicación en todo el mundo.

Si a todas las circunstancias anteriores se añade que ninguno de los sucesores de san Pedro había vuelto a pisar la tierra de Jesucristo, se comprenderá lo que pudo suponer el anuncio de su viaje a Tierra Santa, a los pocos días de ser elegido papa. Como ya se dijo, el viaje tuvo lugar los primeros días del año 1964. Por entonces, hacía pocos meses que se había comenzado a propalar la calumnia sobre la actuación de Pío XII respecto a los judíos en la Segunda Guerra Mundial. Y conviene recordar que en los años de guerra, el entonces Giovanni Montini era el más directo colaborador de Pío XII en las iniciativas humanitarias de la Santa Sede.

Pues bien, durante el viaje de Pablo VI a Tierra Santa, los periódicos judíos se hicieron amplio eco de esa calumnia, lo que creó una situación diplomática sumamente delicada. Aquel momento era el menos adecuado para abordar un tema de alta temperatura emocional y bien conscientes de ello fueron los difusores de la calumnia. Pero, por otra parte, el silencio de Pablo VI se tomaría como certificado de verdad de lo que decían los calumniadores de Pío XII, por cuanto Pablo VI había sido un directo colaborador suyo y conocía lo sucedido directamente. Por todas estas razones, cabe la sospecha de si la calumnia lanzada contra Pío XII estaba dirigida contra el papa de la Segunda Guerra mundial, o si por el contrario la infamia tenía un efecto retardado y a quien realmente trataba de destruir era a Pablo VI.

Conjeturas a un lado, los hechos probados es que aunque en los discursos oficiales no había nada escrito al respecto, Pablo VI en el texto ya entregado que iba a ser leído en su despedida de Jerusalén, añadió las siguientes palabras:

Nuestro gran predecesor, Pío XII, afirmó con energía en repetidas ocasiones durante el último conflicto que la Iglesia ama a todos los pueblos. Y todo el mundo sabe lo que él hizo en defensa y auxilio de cuantos se hallaban en apuros, sin distinciones de ningún género. A pesar de lo cual, como sabéis, hay quien se ha propuesto arrojar sospechas e incluso acusaciones contra la memoria de aquel gran pontífice. Nos da mucha alegría tener ocasión de afirmarlo en este día y en este lugar: no existe nada más injusto que ese ataque a una memoria tan venerable {Insegnamenti di Paolo VI, 16 vols., Città del Vaticano, 1963-1978, t. II}.

Pablo VI hizo su segundo viaje (2-5 diciembre 1964) a la India, donde quiso llevar un mensaje de paz y denunciar las situaciones injustas que padecía el Tercer Mundo. En Bombay presidió los actos del XXXVIII Congreso Eucarístico Internacional. En este viaje regaló a la madre Teresa de Calcuta (1910-1997) el coche descapotable que había utilizado en sus desplazamientos, para que con el producto de su venta pudiera ayudar a sus pobres.

El 4 de octubre de 1965 viajó a Nueva York, donde visitó la ONU con motivo de su vigésimo aniversario. Tras ser recibido por su secretario general, U Thant (1909-1974), Amintore Fanfani (1908), como presidente de turno de la Asamblea, le cedió la palabra. Como hiciera san Pablo al dirigirse a los atenienses, Pablo VI habló del Dios desconocido a los representantes de todos los Estados en aquella institución plural:

El edificio de la moderna civilización —dijo el papa— debe construirse sobre principios espirituales, capaces no sólo de sostenerlo sino de iluminarlo y animarlo. Y para que esos indispensables principios de superior sabiduría sean tales, deben fundarse en la fe en Dios ¿El Dios desconocido? ¿El Dios desconocido sobre el que hablaba san Pablo a los atenienses; desconocido para ellos que, sin darse cuenta, lo buscaban y lo tenían cerca, como sucede a tantos hombres en nuestro tiempo? Para nosotros y para cuantos acogen la Revelación inefable que Cristo nos ha hecho de Él, es el Dios vivo, el Padre de todos los hombres.

Al día siguiente la prensa de todo el mundo reprodujo una de sus frases, que había pronunciado en francés, y que resumía su mensaje de paz: «¡Nunca más los unos contra los otros, nunca, nunca jamás!»

Los dos viajes de 1967 —Fátima (13 mayo) y Turquía (22-26 julio)— tuvieron una clara motivación mariana y ecuménica. En los actos celebrados en Fátima con motivo del cincuentenario de las apariciones, estuvo presente sor Lucia. En Estambul, Pablo VI volvió a reunirse con el patriarca Atenagoras I. En agosto de 1968 viajó a Bogotá y Medellín, para asistir al XXXIX Congreso Eucarístico Internacional. En junio de 1969 viajó a Ginebra, donde pronunció la frase que antes hemos comentado, ante el Consejo ecuménico de las Iglesias; también en Ginebra tuvo una destacada intervención en la sede de la Organización Internacional del Trabajo, que ese año celebraba su cincuenta aniversario. El 31 de julio de 1969 se trasladó a Uganda, para inaugurar el santuario en honor de los 22 jóvenes que habían sido martirizados en la colina de Namugongo por el rey Mwangi en 1886, y a los que el mismo Pablo VI había canonizado en 1964. Y el último y más largo de sus viajes lo hizo por Extremo Oriente; permaneció fuera del Vaticano del 26 de noviembre al 5 de diciembre de 1970, visitando en las distintas escalas Dacca, Manila (donde como después se supo sufrió un atentado producido por arma blanca, que le causó una herida de poca importancia), las islas Samoa, Sydney, Yakarta y Hong Kong. Además de estos nueve viajes, salió del Vaticano para acudir a distintos actos en numerosas ciudades italianas como Orvieto, Montecasino, Pisa, Monte Fulmine, Florencia, Cagliari, Tarento, Anagni, Pomezia, Subiaco y algunas otras más. El día de Navidad de 1974, Pablo VI celebró la ceremonia de apertura de la Puerta Santa, para inaugurar de este modo el Año Santo de 1975. La convocatoria para ese acontecimiento la hizo mediante la bula *Apostolorum Limina*, invitando a los fieles a un tiempo de santificación, de reconciliación y meditación de las enseñanzas del concilio. Procedentes de todos los países del mundo acudieron a Roma más de diez millones de peregrinos.

A Pablo VI se debe la iniciativa de hacer el Via Crucis cada Viernes Santo en el Coliseo de Roma, con la intención de resaltar la continuidad entre los cristianos del siglo xx y los mártires de la primitiva cristiandad, que dieron testimonio de su fe con la entrega de sus vidas de un modo cruento. Y fue también Pablo VI quien instituyó la Jornada Mundial de la Paz, que debía celebrarse el primer día de cada año, bajo un lema concreto sobre el que los creyentes debían meditar y rezar, a la vez que se invitaba a los no creyentes a reflexionar y a unirse a las distintas celebraciones que se desarrollan en toda la Iglesia durante esa jornada.

Por último, cabe señalar en este apartado que además de las beatificaciones y canonizaciones que celebró, Pablo VI proclamó como doctoras de la Iglesia a las dos primeras mujeres: santa Catalina de Siena (1347-1380) y santa Teresa de Jesús (1515-1582).

El magisterio de Pablo VI. Como en otros tiempos, también durante el pontificado de Pablo VI se produjeron graves ataques contra la fe y la moral. Al cabo de dos mil años de historia, desde luego que las herejías no eran ninguna novedad. Desgraciadamente, con mayor o menor virulencia siempre han sido una constante en los últimos veinte siglos. Sin embargo, las desviaciones doctrinales de los años que nos ocupan tienen unas características propias que permiten distinguirlas de las de otros períodos. En primer lugar, llaman la atención por su número y por su diversidad, de manera que se puede afirmar que no hubo aspecto del dogma y de la moral que no fuera rebatido. Por otra parte, los ataques doctrinales del pasado tenían una localización externa, porque o bien procedían de personas que no eran católicas en unos casos, o bien en otros si los promotores eran católicos acababan abandonando la Iglesia; sin embargo, durante el pontificado de Pablo VI, de acuerdo con la táctica del modernismo, el daño y la confusión fue mayor porque no pocos de los que se enfrentaron radicalmente a la doctrina de la Iglesia, permanecieron a la vez dentro de ella. Alguna relación con este calamitoso estado de cosas debe tener la conocida frase de Pablo VI de que el «humo del infierno había penetrado dentro de la Iglesia».

Como algún autor ha afirmado, la defensa del depósito de la fe fue, por tanto, la cruz y la gloria de Pablo VI, cuyo magisterio se nos presenta con una gran riqueza y profundidad. Sus enseñanzas fueron transmitidas por medio de numerosos documentos y discursos, que llegaron incluso a ser rechazados formalmente en algunos ambientes católicos.

Por esta razón, para que al menos la encíclicas —documentos relevantes del magisterio pontificio— no pudieran ser utilizadas como mecanismos de provocación por considerar algunos clérigos que sus contenidos eran materia opinable y discutible, después de publicar la *Humanae vitae* (25 julio 1968), no volvió a publicar ninguna encíclica más. Por prudencia, decidió a partir de entonces exponer la doctrina en otro tipo de documentos menos solemnes, aunque por la importancia de sus contenidos han contribuido a enriquecer el patrimonio doctrinal de la Iglesia. Por el abultado número de documentos magisteriales de Pablo VI, nos tenemos que limitar a continuación sólo a una brevísima descripción de los más importantes, agrupándolos en los siguientes apartados temáticos: dogma, sacerdocio, moral, sagrada liturgia, espiritualidad, evangelización, familia y sociedad civil.

En el apartado del dogma, hay que empezar por referirse a las enseñanzas contenidas en la primera encíclica, *Ecclesiam suam* (6 agosto 1964), que el mismo Pablo VI resumió en la audiencia celebrada el día antes de su publicación con las siguientes palabras:

Los caminos que indicamos son tres: el primero es espiritual; se refiere a la conciencia que la Iglesia debe tener y fomentar de sí misma. El segundo es moral; se refiere a la renovación ascética, práctica, canónica, que la Iglesia necesita para conformarse a la conciencia mencionada, para ser pura, santa, fuerte, auténtica. Y el tercer camino es apostólico; lo hemos designado con términos hoy en boga: el diálogo; es decir, se refiere este camino al modo, al arte, al estilo que la Iglesia debe infundir en su actividad ministerial en el con cierto disonante, voluble y complejo del mundo contemporáneo (F. Guerrero, *El magisterio pontificio contemporáneo*, t. I, Madrid, 1996).

También en relación con las cuestiones dogmáticas hay que referirse a otros dos documentos más de Pablo VI. En primer lugar, la encíclica *Mysterium fidei* (3 septiembre 1965) sobre la doctrina y el culto de la sagrada eucaristía, donde se expone el carácter sacrificial de la misa y se reafirma la doctrina de la tran-substanciación. En segundo lugar, *El Credo del Pueblo de Dios* (30 junio 1968), que es una exposición de la fe de la Iglesia universal, de acuerdo con la estructura que ya empleara el Concilio de Nicea I (325) respecto al símbolo de los apóstoles.

En cuanto al sacerdocio, la encíclica *Sacerdotalis caelibatus* (24 junio 1967) confirmaba la doctrina del Concilio Vaticano II sobre la ley del celibato sacerdotal en la Iglesia latina. Pablo VI salía así al paso de una campaña contra el celibato, organizada en ciertos sectores clericales de Holanda, que se negaban a aceptar las enseñanzas conciliares. En los años posteriores a la publicación de la encíclica, todavía fue necesario insistir sobre este punto por medio de alocuciones y cartas, para hacer frente a los ataques de quienes se oponían abiertamente al magisterio pontificio. Por otro lado, hay que citar también la declaración *inter insigniores* (15 octubre 1976) sobre el sacerdocio ministerial, en la que se exponen los argumentos por los que en la Iglesia católica las mujeres no pueden recibir el orden sacerdotal.

En el apartado de moral hay que mencionar, entre otros, tres documentos fundamentales del pontificado de Pablo VI. La constitución apostólica *Paenitemini* (17 febrero 1966), donde se expone la doctrina sobre la mortificación cristiana y se dan las normas —vigentes en la actualidad— sobre el ayuno y la abstinencia. De aborto procurado (18 noviembre 1974), que es la declaración de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre la práctica del aborto. Este documento fue publicado cuando en algunos Estados europeos se preparaban las distintas iniciativas legales que atentaban contra el derecho a la vida (Federico Trillo-Figueroa Martínez Conde, «La legalización del aborto en el Derecho comparado», en AA. VV., *En defensa de la vida*, Madrid, 1983). El tercero de los documentos, *Persona humana* (29 diciembre 1975), como el anterior, es también una declaración de la misma congregación sobre la moral en cuestiones sexuales; en dicho documento, entre otras enseñanzas, se condena la doctrina de la opción fundamental, según la cual no sería pecado grave una infidelidad conyugal, ni tan siquiera unas cuantas infidelidades conyugales, pues el cambio de pareja de manera aislada —sostienen los defensores de la opción fundamental— no tiene ninguna importancia, si a la vez y de un modo intelectual se respeta y mantiene la opción fundamental respecto a la otra parte del matrimonio.

Entre los documentos referidos a la sagrada liturgia, hay que destacar la exhortación apostólica *Marialis cultus* (2 febrero 1974). La primera parte de este documento está dedicada al culto a la Virgen en la liturgia; la segunda parte trata sobre la renovación de la piedad mariana, y la tercera contiene una serie de indicaciones sobre los ejercicios de piedad mariana. En sus páginas finales, el documento se ocupa extensamente del Ángelus y sobre todo del rosario, de la que se dice que es «una de las más excelentes y eficaces oraciones comunes que la familia cristiana está invitada a rezar».

En cuanto a la espiritualidad, el documento más representativo es la exhortación apostólica *Gaudete in Domino* (9 mayo 1975), sobre la alegría cristiana. Tras exponer con profundidad teológica la esencia de la alegría cristiana como «participación espiritual de la alegría insondable, a la vez divina y humana, del ánimo de Jesucristo glorificado», el papa hace un repaso histórico por orden de importancia de los maestros de la alegría. Comenzando por la Virgen, a quien el papa presenta no sólo como ejemplo sino también como «causa de nuestra alegría», siguiendo por los mártires, los santos de la Edad Media y los de los tiempos modernos, Pablo VI acaba citando a san Maximiliano Kolbe (1894-1941), mártir en un campo nazi de concentración, precisamente porque como dice el documento pontificio, la más pura alegría se encuentra precisamente allí donde con más fidelidad es abrazada la cruz de Jesucristo.

La exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 diciembre 1975), sobre la evangelización en el mundo contemporáneo, es uno de los documentos posconciliares más citados. Este escrito de hondo calado teológico expone el concepto y el contenido de la evangelización, así como los medios, los destinatarios, los agentes y el espíritu de la evangelización.

El documento del magisterio de Pablo VI sobre la familia más importante es la encíclica *Humanae vitae*, sobre la regulación de natalidad. Juan XXIII había creado en 1963 una comisión consultiva de expertos en moral, biología, medicina y sociología para que estudiaran esta cuestión. Por su parte, Pablo VI amplió dicha comisión que prosiguió sus debates de un modo errático y acabó presentando una serie de conclusiones en 1966 que sembraron una auténtica confusión doctrinal, lo que condujo a pensar en algunos ambientes que la Iglesia podía cambiar las normas de moralidad en esta materia. En estas circunstancias, por tanto, faltaba que el papa pronunciase la última palabra. Del estado de ánimo

del romano pontífice pueden dar una idea las siguientes palabras que pronunció en una audiencia, pocos días antes de publicar la *Humanae vitae*:

Nunca como en este momento —manifestó Pablo VI— habíamos sentido el peso de nuestro cargo. Hemos estudiado, leído y discutido todo lo posible; y también hemos rezado mucho... ¡Cuántas veces hemos tenido la impresión de quedar desbordados por tal cúmulo de argumentaciones! ¡Cuántas veces hemos temblado ante el dilema existente entre una fácil condescendencia con la opiniones corrientes y una sentencia que pudiera parecer intolerable a la sociedad actual, o que pudiera ser arbitrariamente gravosa para la vida conyugal! (Insegnamenti di Paolo VI..., ob. cit., t. VII).

El papa reafirmó la doctrina tradicional en la encíclica, y, tras exponer los principios doctrinales de la ley natural y evangélica establecidos por Dios, que la Iglesia no puede variar por cuanto sólo es su depositaria e intérprete, declaró como inmoral el uso de los contraceptivos. Era sabido que en ésta como en otras materias, quienes desde hacía tiempo se habían enfrentado al magisterio pontificio no iban a acatar las enseñanzas pontificias de la *Humanae vitae*. Sin embargo, en este caso, para atacar los principios morales de la *Humanae vitae* se utilizó más que la táctica del rechazo frontal, la táctica de sembrar una enorme confusión. Fue así cómo algunos se erigieron en difusores de una interpretación manipulada de la *Humanae vitae*, haciéndole decir por su boca a Pablo VI lo contrario de lo que dice la encíclica. En este sentido, es muy significativa la opinión extendida en ciertos ámbitos de que es lícito el uso de los contraceptivos como derivación de la «paternidad responsable», de la que, en efecto, habla Pablo VI pero en sentido bien diferente. Bien es cierto que a poco que se preste atención a los argumentos de los voceros de la manipulación, se percibe que sus propuestas van dirigidas realmente a la promoción de una paternidad «confortable», en consonancia con la sociedad hedonista de los últimos años. Por lo demás, la recta interpretación de la paternidad responsable en orden a buscar la santidad en el matrimonio ha sido objeto de importantes estudios (J. L. Soria, *La paternidad responsable*, Madrid, 1971) y artículos que salieron al paso de esa perversa manipulación muy desde el principio (C. Wojtyła, «La verità dell'enciclica *Humanae vitae* di Paolo VI», *L'Osservatore Romano*, 5 enero 1969).

Junto con la anterior, otra gran encíclica de Pablo VI es la *Populorum progressio* (26 marzo 1967), que proyecta la doctrina sobre el orden social, con el fin de promover el desarrollo de los pueblos. La encíclica comienza con un análisis de la situación económica mundial, para proponer a continuación un «desarrollo solidario de la humanidad», dificultado en buena parte por las barreras que levantan los nacionalismos y el racismo. Con palabras exigentes, el papa manifiesta en más de un pasaje la realidad de la injusticia y hace un llamamiento a la conversión del corazón, como condición indispensable para llevar a cabo una acción solidaria. Por ser uno de los documentos sociales más importantes de la edad contemporánea, la resonancia del eco que se produjo con su publicación sigue oyéndose todavía hoy, después de treinta años, y se mantiene como una de las guías fundamentales con la que la Iglesia ha querido orientar la actuación de los cristianos en el orden social. Por otra parte, la carta apostólica *Octogésima adveniens* (14 mayo 1971), publicada con ocasión del ochenta aniversario de la *Rerum Novarum*, además de insistir en los aspectos principales de la doctrina social que habían sido desarrollados en la encíclica anterior, se ocupa también de otros que no habían sido tratados o simplemente enunciados en la *Populorum progressio*, como el medio ambiente, las problemas de la urbanización, el paro —y de manera concreta el desempleo juvenil—, los medios de comunicación social, la emigración y las discriminaciones. Realmente, frente a los gravísimos ataques contra la doctrina, el magisterio de Pablo VI se eleva con autoridad y trasciende su pontificado. Por ello, le asistía toda la razón cuando en la homilía del decimoquinto aniversario (29 junio 1978) de su coronación dijo las siguientes palabras, que por pronunciarlas semanas antes de fallecer tienen un carácter testamentario:

Nos, al echar una mirada de conjunto sobre todo el período en que el Señor nos ha confiado su Iglesia, aunque nos vemos como el último e indigno sucesor de Pedro, nos sentimos confortados y sostenidos, en este umbral, por la conciencia de haber repetido incansablemente ante la Iglesia y el mundo: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.» También Nos, como Pablo, nos sentimos capaces de decir: «He luchado en el noble combate, he alcanzado la meta, he guardado la fe» (Insegnamenti di Paolo VI..., ob. cit., t. XVI).

Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades. En la vigilia de Pentecostés del Año del Espíritu Santo (30 mayo 1998), Juan Pablo II se reunió en la plaza de San Pedro con más de doscientas mil personas, pertenecientes a los movimientos eclesiales y a las nuevas comunidades. Fue un acontecimiento espléndido, que durante esa celebración sacó a la luz algunos de los «recursos» —como el mismo papa ha dicho— con que el Espíritu Santo alimenta el tejido eclesial. Los movimientos aprobados y reconocidos por el Pontificio Consejo para los laicos, en mayo de 1998, eran los siguientes: Adsis, Associazione papa Giovanni XXIII, Asociación de Cooperadores Salesianos, The Catholic Fraternity, Camino Neocatccumenal, Centro Internacional Milicia de la Immaculada, City of the Lord, Covenant Community, The Christian Community of God's Delight, Comunidad de El Arca, Comunidad El Emmanuel, Communauté des Beatitudes, Communauté du Chemin Neuf, Communauté du Pain de Vie, Communauté du Verbe de Vie, Communauté «Réjouis toi», Comunidad de communauté Béthanie, Comunidad Católica Shalom, Comunión y Liberación, Comunidad de San Egidio, Comunidad Vida Cristiana, Comunità Gesu Risorto, Comunità Maria, Comunità Missionaria di Cristo Risorto, Couples for Chríst, Cursillos de Cristiandad, El Shaddai, Equipos Notre-Dame, Equipos Notre-Dame Jeunes, FASTA (Fraternidad de Agrupaciones Santo Tomás de Aquino), Fe y Luz, Foyers de Charité, ICCRS (International Catholic Charismatic Renewal Services), ICPE (International Catholic Programme of Evangelisation), Katholische Integrierte Gemeinde, Kolpingwerk, Jeunesse-Lumière, La Dieci-Associazione Laicale, Legión de María, Luz y Vida, Movimiento contemplativo misionero «P. de Foucauld», Movimiento de los Focolares, Movimento di Spiritualità «Vivere In», Movimiento Nazareth, Movimiento Oasis, Movimento Pro Sanctitate, Movimento Teresiano dell'Apostolato, Movimento de Seglares Claretianos, Movimiento de Vida Cristiana, Opera di Schonstatt, Ordine Franciscano Secolare, Regnum Christi, Rinnovamento nello Spirito Santo, «Seguimi» Gruppo Laicale, Talleres de Oración y Vida, Worldwide Marriage

Encounter y Werkgroep Katholieke Jongeren.

Todos estos movimientos que existen en la Iglesia son muy diversos entre sí, pero en ese variado conjunto se pueden distinguir dos rasgos comunes. El primero es su enorme vitalidad y empuje para acercar a tanta gente a Dios. El segundo es que la mayoría de los movimientos o bien nacen como fruto del Concilio Vaticano II, o, si son anteriores, experimentan un notable empuje en estos años. Todo ello pone de relieve lo que ha significado el desarrollo de la teología bautismal y la doctrina del Concilio Vaticano II para que los laicos asuman las responsabilidades que comporta su condición de bautizados.

Antes de entrar en su descripción, conviene que hagamos tres advertencias. La primera es que, a sabiendas de que los nuevos movimientos eclesiales sobrepasan en el tiempo el pontificado de Pablo VI, se les dedica ahora un apartado específico, por corresponder a estos años la conclusión del Concilio Vaticano II y la aparición de sus primeros frutos, entre los que se cuenta la promoción del laicado. La segunda es que, debido a su elevado número, es imposible materialmente en estas páginas describirlos todos y por lo tanto me referiré sólo a algunos de ellos. Por desgracia, esta laguna tampoco se puede cubrir con referencias bibliográficas, pues no existen publicaciones que se ocupen de ellos en su totalidad. Lo más aproximado a un estudio de conjunto es un reciente libro (Manuel M.a Bru, *Testigos del espíritu. Los nuevos líderes católicos: movimientos y comunidades*, Madrid, 1998), que describe las características de los más importantes e incluye unas breves biografías de sus dirigentes. Y, como tercera advertencia, antes de describir los movimientos, conviene señalar que algunos de los ya citados no pueden considerarse laicales —valga la expresión— en estado «químicamente puro», sin que esta observación mía se pueda interpretar como un demérito de los mismos, ni mucho menos como una descalificación del estado religioso por mi parte. Es, sencillamente, la constatación de hechos evidentes. Como veremos, algunos de los movimientos no tendrían consistencia sin la existencia de una congregación religiosa, que es realmente la entidad importante y decisiva de ese movimiento; otras veces, esa nueva comunidad está dirigida por religiosos, y hasta las hay que admiten en sus filas a los religiosos junto con los laicos. Esta conexión entre el estado religioso y lo laical se pone igualmente de manifiesto cuando se analizan sus prácticas religiosas, pues como con agudeza escribiera en su día el cardenal Luciani, futuro Juan Pablo I, una cosa es una «espiritualidad para los laicos» y otro muy distinta una «espiritualidad laical». En la primera, suele ser frecuente la aparición de los modos religiosos, aunque acomodados a los laicos, lo que no es ni mejor ni peor que la segunda, son —como ya se dijo, citando a Juan Pablo II— «recursos» del Espíritu Santo, con los que se vivifica la Iglesia.

Los Legionarios de Cristo es una congregación religiosa de derecho pontificio. Marcial Maciel (1920), seminarista mexicano de 16 años de edad, en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús de 1936, percibe la llamada de Dios para formar una agrupación de sacerdotes que se entreguen con entusiasmo a la difusión del reino de Cristo entre los hombres. El día 3 de enero de 1941 fundó la congregación de los Legionarios de Cristo en los sótanos de una casa prestada, en la ciudad de México, cuando todavía era estudiante de teología. Tras recibir la ordenación sacerdotal (26 noviembre 1944), se trasladó a España en 1946 con un grupo de 36 seminaristas para que cursasen los estudios humanísticos en la Pontificia Universidad de Comillas. Al mismo tiempo les inculca una sólida formación integral (espiritual, intelectual, humana y pastoral) a fin de que puedan llevar a cabo la misión específica del instituto (M. Maciel, *La formación integral del sacerdote*, Madrid, 1994).

El 25 de mayo de 1948 la Santa Sede concedió el nihil obstat para la erección canónica de la congregación, que se efectúa el 13 de junio del mismo año en la diócesis de Cuernavaca. Dos años más tarde, se inaugura en Roma el primer Centro de Estudios Superiores, donde los legionarios habrán de prepararse en las disciplinas filosóficas y teológicas, junto a la roca de Pedro. En 1954 ve nacer la primera obra de apostolado de la Legión de Cristo, dedicada a la formación cristiana de la niñez y la juventud: el Instituto Cumbres de la ciudad de México. En España se crea, en 1958, el centro de noviciado y de estudios de humanidades y ciencias de Salamanca. Ese mismo año los Legionarios de Cristo, por deseo de Pío XII, construyen y toman a su cargo la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Guadalupe en Roma, posteriormente erigida como basílica menor.

La Santa Sede concedió en 1965 a la Legión de Cristo el *Decretum laudis*, reconocimiento por el que la congregación pasa a ser de derecho pontificio. Cinco años después, Pablo VI confió a la congregación la recién creada prelatura de Chetumal, en el estado mexicano de Quintana Roo, en la península del Yucatán, cuyos habitantes son, en su mayoría, indígenas mayas. El 29 de junio de 1983, con la intervención personal de Juan Pablo II, la Santa Sede otorgó la aprobación definitiva de las constituciones.

Dada la creciente afluencia de vocaciones, en los años sucesivos se establecen nuevas casas de formación en Irlanda, Estados Unidos, Chile, Alemania, Brasil, Colombia, Italia, Canadá y Francia. En 1990, se inauguró en Roma un nuevo Centro de Estudios Superiores con capacidad para 400 seminaristas. En 1997 surgió un segundo Centro de Estudios Superiores, esta vez en Nueva York.

La clave de su espiritualidad es el conocimiento, amor e imitación de Cristo, como indican sus constituciones: «la formación de los legionarios ha de ser eminentemente cristocéntrica, de modo que en todo y sobre todo Cristo Señor sea el criterio, el centro y el modelo de toda su vida religiosa, sacerdotal y apostólica». Penetrado hondamente por la caridad de Cristo hacia la humanidad, el legionario de Cristo se entrega incansable y ardentemente a anunciar y extender el reino de Dios en la sociedad, llevando la luz del Evangelio a las conciencias y promoviendo la renovación interior del hombre por la gracia. El legionario de Cristo ama apasionadamente a la Iglesia, única razón de ser de su vocación, y se da a ella con espíritu de servicio a través de la adhesión y la colaboración con el romano pontífice y los obispos. El legionario de Cristo confía su ministerio apostólico a la solicitud materna de María, esforzándose por imitar su ejemplo de fe, obediencia, humildad y colaboración en la obra redentora del Salvador.

Su fin específico es la instauración del reino de Cristo en la sociedad, de acuerdo con las exigencias de la justicia y caridad

cristianas. Para ello la Legión de Cristo, a través del movimiento de apostolado Regnum Christi, ofrece a los laicos un camino particular para alcanzar la santidad propia de su estado y para participar de manera eficaz en la acción misionera de la Iglesia, dando testimonio del Evangelio en su ambiente familiar, social y profesional y desarrollando un apostolado esforzado y exigente, que apoye los programas de pastoral de cada diócesis.

Chiara Lubich fundó (7 diciembre 1943) en Trento el movimiento de los Focolares (en el dialecto tridentino focolar significa fuego de hogar) u *Obra de María* (Chiara Lubich y Franca Zambonini, *La aventura de la unidad*, Madrid, 1992). Los focolares se encuentran en los cinco continentes y difunden la unidad entre los pueblos, las razas, las generaciones, las clases sociales, tratando de hacer realidad la oración sacerdotal de Jesucristo: «Que todos sean uno.» Su perfil mariano y su amor a la Iglesia son rasgos muy propios de los focolares. Existen unos 600 focolares con más de 5.000 miembros. Ellos son el corazón dinamizador del movimiento.

Del tronco de los focolarinos saldrán más de 22 ramas distintas, de vocaciones, de instituciones, de movimientos de masas, de grupos y de iniciativas, todos al servicio de la unidad, y formando una única familia [...] La originalidad del focolar, ya sea femenino o masculino es la convergencia entre la dimensión laical, el apostolado misionero, la consagración (promesas de los consejos evangélicos), y una vida cotidiana «familiar» de continua comunicación entre todos, para que nada de lo que le concierne a un miembro de la familia le sea extraño a los demás (Manuel M.a Bru, *Testigos del espíritu...*, ob. cit.).

En 1964 los estatutos del movimiento de los focolares recibieron la primera aprobación pontificia; la última se produjo en 1990, bajo el nombre de *Obra de María* y como asociación privada y universal de fieles de derecho pontificio. Además de los focolarinos, consagrados o casados, hay voluntarios que llevan la presencia de Jesucristo a los distintos ambientes de la sociedad. Dan así origen a un movimiento ramificado, y entre las organizaciones que surgen, unidas a ese tronco común, se pueden citar: *Familias Nuevas*, para la unidad de las familias; *Humanidad Nueva*, para la renovación social; *los Gen*, donde se integran los jóvenes; el *Movimiento Sacerdotal*, del que participan los sacerdotes diocesanos. También los religiosos y las religiosas se pueden integrar en el movimiento, revitalizando sus propio carisma, así como los jóvenes que se encuentren en los seminarios y en los noviciados (*El Movimiento de los Focolares, La unidad es nuestra aventura, Ciudad Nueva, Madrid, 1993*).

Comunión y Liberación fue fundada por el sacerdote italiano Luigi Giussani (1922). En 1954, siendo un joven sacerdote de la diócesis de Milán, obtiene permiso para dedicarse a la enseñanza de la religión en un instituto de enseñanza media de Milán. Esta decisión, que en la práctica significó también un cambio de orientación radical en la vida de Giussani (había comenzado una prometedora carrera teológica) fue el origen de lo que después, en la época de la revuelta estudiantil del 68, se comenzó a denominar *Comunión y Liberación* (R. Ronza, *Comunión y liberación. Una entrevista en dos tiempos, Madrid*).

Giussani tuvo la percepción de que bajo la apariencia de una hegemonía cultural y social del catolicismo italiano de los años cincuenta —época de gobiernos democristianos y altísima militancia en asociaciones católicas— se comenzaba a manifestar una debilidad que permitía presagiar la inminente incapacidad de entusiasmar y conformar a las masas populares con el anuncio del Evangelio. Aunque todavía no tuvieran una preponderancia social, los planteamientos laicistas, que hacían concebir y orientar la vida al margen de Dios, ya habían obtenido una primacía cultural y presentaban al catolicismo como algo sentimental e intimista, sin influencia en la vida cotidiana, y en cualquier caso incompatible con una vida razonable y adulta.

Fiel a la autenticidad de la experiencia religiosa que él había recibido en su hogar y en el seminario, Giussani propuso a los jóvenes del Liceo Berchet algo que parecía imposible en su ambiente: que el cristianismo no sólo no iba contra la razón, sino que la exaltaba y generaba una madurez afectiva, y no como una receta individualista, sino como una propuesta popular (Luigi Giussani, *Curso básico de cristianismo, 4 vols., Madrid, 1998*). Así, lo que comenzó siendo un grupo de adolescentes en torno a un profesor de religión, hoy, 44 años después, es un movimiento católico extendido por más de setenta países dentro del cual han surgido experiencias de vida consagrada, asociación laical *Memores Domini*, y que goza de una gran vitalidad.

Renovación Carismática Católica aparece en Estados Unidos durante 1967, como fruto de la acción gratuita del Espíritu Santo y como una de las respuestas a la oración del papa Juan XXIII, que pidió un nuevo Pentecostés para la etapa que la Iglesia abría con el Concilio Vaticano II (Patti Gallagher Mansfield, *Como un nuevo Pentecostés, Madrid, 1994*). Bendecida por todos los papas desde Pablo VI, no ha dejado de expandirse por los cinco continentes. No tiene fundador ni grupo de fundadores como otros muchos movimientos. Tampoco tiene lista de miembros participantes, es un movimiento mundial, pero no uniforme ni unificado. Sus componentes se congregan en grupos de oración y comunidades (Chus Villarreal, *La Renovación Carismática, Madrid, 1995*). En la actualidad, su principal guía y portavoz es Patti Gallagher Mansfield, casada con Al Mansfield y madre de cuatro hijos que reside en Nueva Orleans (Louisiana). El responsable de *Renovación Carismática* en España es el jesuita Ceferino Santos.

Los numerosos carismáticos extendidos por todo el mundo buscan una conversión personal a Jesucristo, propiciando una apertura decisiva al Espíritu Santo y pidiendo una nueva efusión sobre ellos o bautismo en el Espíritu, con el que fomentar la recepción y uso de los carismas para el enriquecimiento de la comunidad, que le ayude en su crecimiento personal progresivo en santidad y en la obra evangelizadora.

Entre los carismáticos, tiene especial relevancia la oración comunitaria de alabanza y acción de gracias, combinándose ésta con los dones y carismas: oración en lenguas, profecía, palabra de conocimiento, sanación, etc., que aparecen enriqueciéndola en el caminar diario de un grupo carismático, como respuesta natural de Dios a sus hijos que oran. La *Renovación Carismática* promueve, especialmente, la participación en la misión de la Iglesia, proclamando el Evangelio con palabras y obras y dando testimonio de Jesucristo mediante la vida personal y aquellas obras de fe y justicia a las que

cada uno está llamado.

El Camino Neocatecumenal es una realidad muy importante en la Iglesia que, en la actualidad, estudia la forma canónica adecuada a su carisma específico. Francisco José Gómez de Arguello, más conocido como Kiko Arguello, es el iniciador del Camino Neocatecumenal. Hijo de un abogado madrileño, primogénito de cuatro hermanos, estudió Bellas Artes. En los años sesenta se instaló en el barrio marginal de Palomeras Altas, en el distrito madrileño de Vallecas, donde tuvo lugar los inicios del Camino. También, en estos primeros momentos aparece junto a él otra figura clave del Camino Neocatecumenal, como es Carmen Hernández.

La institución de Kiko Arguello es un camino de conversión vivido en pequeñas comunidades, formadas por personas de distinta edad, condición social, mentalidad y cultura, mediante el cual, dentro de la actual estructura de la parroquia y en comunión con el obispo, se revive en plenitud el propio bautismo. Nace del anuncio de la Buena Noticia, que es Cristo, vencedor en nosotros de la muerte y del pecado. Este anuncio lo hace, de acuerdo con el párroco, un equipo de catequistas provenientes de otra comunidad más avanzada en el camino. Después del anuncio, que dura alrededor de dos meses, la comunidad que se forma comienza su camino, similar al de la Iglesia primitiva, en el que se revive el bautismo en distintas etapas. La vida de la comunidad se basa en un trípode: palabra de Dios, liturgia y comunidad. Estas pequeñas comunidades, inaugurando una vía de conversión en la parroquia, abren un camino para todos aquellos que quieren pasar de una fe infantil a una fe adulta. No se imponen, sienten el deber de no destruir nada, de respetar todo, presentando el fruto de una Iglesia que se renueva y que dice a sus padres que han sido fecundos, porque ha nacido de ellos (Ricardo Blázquez, *Las Comunidades Neo-catecumenales*, Bilbao, 1998).

El Camino Neocatecumenal es una respuesta concreta a la necesidad de evangelización en la parroquia y en la diócesis, donde el proceso de secularización ha llevado a tanta gente a abandonar la fe y la Iglesia. Por esto ha recibido un apoyo por parte de los papas Pablo VI y Juan Pablo II. Lleva adelante esta misión viviendo el propio camino dependiendo de la comunidad madre, para dar dentro de la parroquia los signos de fe: el amor en la dimensión de la cruz y la unidad perfecta que llaman a la conversión al hombre actual. De este modo la comunidad se hace ella misma anunciadora de la Buena Nueva, suscitando nuevas comunidades. A la luz del Concilio Ecuménico Vaticano II, del cual es fruto, aparece como un camino concreto para edificar la Iglesia, en pequeñas comunidades que sean en el mundo el cuerpo visible de Cristo resucitado.

El Camino Neocatecumenal está extendido en 105 naciones de los cinco continentes, con unas quince mil comunidades; está presente en más de ochocientas diócesis y cinco mil parroquias. Ha ayudado a abrir 35 seminarios misioneros diocesanos en distintos países. Además, hay familias con hijos que dejan su país para ir de misioneros a las zonas más difíciles del mundo; actualmente son más de cuatrocientas las familias misioneras del Camino Neocatecumenal.

La muerte de Pablo VI. Ya se dijo que Pablo VI padeció diversas enfermedades a lo largo de toda su vida, como consecuencia de su frágil constitución física. Lógicamente, con el paso de los años los achaques se multiplicaron. Durante su pontificado, tuvo que ser intervenido quirúrgicamente en la próstata el 4 de noviembre de 1968, cuando tenía 71 años. Con sentido cristiano y por espíritu de servicio convivió con la enfermedad de forma ejemplar. Fue él mismo quien decidió retrasar la intervención de próstata unos meses, para poder asistir al Sínodo de los Obispos y atender al patriarca Atenágoras I, que visitó el Vaticano los últimos días de octubre de ese mismo año.

A pesar de todo, durante los últimos días de su vida lo que de verdad le dejó una huella dolorosa en su alma fueron dos acontecimientos relacionados con la muerte: el secuestro y asesinato de Aldo Moro (9 mayo 1978) y la aprobación de la ley del aborto en Italia (6 junio 1978). En cuanto al trágico final del estadista italiano, a quien Pablo VI conocía desde su juventud, fueron varias la declaraciones que hizo condenando ese crimen y por extensión los crímenes y la violencia de todas las bandas terroristas. Respecto a la disposición del Parlamento italiano, al día siguiente de su aprobación, Pablo VI pronunció las siguientes palabras en la basílica de San Pedro:

Nos, no podemos eludir el deber de recordar nuestros reparos contra esa ley favorable al aborto que ya se aplica también en Italia con grave ofensa a la ley de Dios [...] La vida inocente, sea cual sea la condición en que se halle y desde el primer instante de su existencia, no puede ser objeto de ningún directo ataque voluntario. Este es un derecho fundamental de la persona humana.

Días después de pronunciar las palabras que hemos transcrito, tenía lugar su último acto público. El 12 de julio se dirigió a los asistentes que participaban en un coloquio sobre «Clasificación espectral de las estrellas», organizado por el observatorio astronómico vaticano y concluyó su discurso con estas palabras: «¡Deum creatorem, venite adoremus!». Poco después se retiró a Castelgandolfo, donde el día 3 de agosto recibió al presidente de la República italiana, Sandro Pertini (1896-1990).

El sábado, 5 de agosto, después de cenar, rezó el rosario y recitó completas en la capilla. Después, trabajó durante media hora. Por la noche comenzó a sentirse mal. Ya en la mañana del domingo, 6 de agosto de 1978, fiesta de la Transfiguración, no pudo celebrar la misa y siguió la de su secretario Pasquale Macchi. Al agravarse su estado de salud, le administraron los últimos sacramentos, que recibió conscientemente y respondiendo en latín, cuando le ungían las distintas partes de su cuerpo. Los médicos diagnosticaron un edema pulmonar.

Al anochecer ya no respondía a los cuidados médicos. Pablo VI rezaba continuamente, mientras los médicos intentaban lo imposible.

Y cuando su voz comenzó a no ser clara como antes —según ha manifestado su fiel secretario, Pasquale Macchi— el cardenal secretario de Estado, que estaba presente, me dijo que escuchara la voz del papa para captar si tenía alguna cosa especial que decir; yo arrimé dos veces al oído y escuché siempre esto: «Pater noster qui es in coelis.»

Así pues, hasta el último instante en que fue capaz de hablar y comprender, no hizo otra cosa que repetir «Pater noster qui es in coelis». Diría yo que ésas fueron las únicas verdaderas palabras que dijo el papa cuando se moría. No quiso

pronunciar frases. Su espíritu estaba ya en diálogo con Dios, y todo lo que sucedía a su alrededor —la agitación de los médicos, la nuestra— no le interesaba.

Su coloquio se dirigía ya a Dios. Y se apagó serenamente; en el momento en que cesó de latir su corazón, su rostro se suavizó y apareció casi juvenil (C. Cremona, Pablo VI..., ob. cit.).

Juan Pablo I (26 agosto 1978 - 29 septiembre 1978)

Personalidad y carrera eclesiástica. Albino Luciani nació (17 octubre 1912) en Forno di Canale (Belluno), localidad que actualmente se llama Canale d'Agordo. En el mismo momento de nacer, la comadrona le bautizó de inmediato, pues temía que se muriese de un momento a otro; su delicada salud fue una de sus constantes desde el primer momento de su existencia. Sus padres, de origen muy modesto, fueron Giovanni y Bartolomea Tancon, y además de Albino, su primogénito, tuvieron otros tres hijos: Federico, que murió de niño, Edoardo y Antonina. El cabeza de familia se ganaba la vida como albañil, viéndose obligado a emigrar a Suiza y Alemania para encontrar trabajo.

Siendo niño, al escuchar la predicación de un padre capuchino, descubrió los primeros síntomas de su vocación. Al cumplir los once años, en el mes de octubre de 1923, ingresó en el seminario menor de Feltre. Poco después de tomar esta decisión, su padre, que apenas frecuentaba la iglesia e ideológicamente estaba próximo al socialismo, le escribió una carta en uno de cuyos párrafos se podía leer lo siguiente: «Espero que cuando seas cura te pondrás de parte de los pobres y de los trabajadores, porque Cristo estuvo de su parte.» Albino Luciani conservó esta carta entre sus objetos personales hasta el último día de su vida.

En 1928 pasó al seminario mayor de Belluno. Fue ordenado de subdiácono en 1934, al año siguiente de diácono, y recibió la ordenación sacerdotal (7 julio 1935) de manos del obispo Cattarossi en la iglesia de San Pedro de Belluno. Entre 1935 y 1937 fue capellán del Instituto Técnico Minero de Agordo. En 1937 fue nombrado vicerrector del seminario de Belluno, puesto en el que permaneció durante diez años, explicando diversas asignaturas. Durante este tiempo también elaboró su tesis doctoral en teología que defendió el 27 de febrero de 1947 en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, bajo el título *El origen del alma humana según Antonio Rosmini*, que sería publicada tres años después. Su predilección por la catequesis fue uno de los rasgos peculiares de su ministerio pastoral, lo que se puso de manifiesto especialmente, como veremos, en las cuatro audiencias generales de su breve pontificado. En 1949, como director del centro catequético organizó un congreso diocesano de catequesis y publicó su *Catecheutica in bricioli* {Catequesis en migas}, una guía clara y útil para la formación de los catequistas. Durante sus últimos años de permanencia en Belluno fue designado vicario general de la diócesis (6 febrero 1954) y canónigo de la catedral (30 junio 1956).

Juan XXIII (1958-1963) le promovió a la sede episcopal de Vittorio Véneto, y el propio papa le consagró obispo en la basílica de San Pedro (27 diciembre 1958). Durante los once años que permaneció en esta diócesis desarrolló un intenso trabajo: impulsó el seminario, fortaleció la vida parroquial, para lo que construyó nuevas iglesias, y fomentó las iniciativas en las actividades parroquiales, impulsó la práctica de los ejercicios espirituales entre sus feligreses y muy especialmente entre los sacerdotes, a los que en más de una ocasión les predicó personalmente durante esos días. Después de su muerte, fueron publicadas las meditaciones que predicó en una de estas tandas, bajo el título de *El buen samaritano*. Su espíritu universal, misionero, le hacía sentir como propias las necesidades de toda la Iglesia, especialmente las que afloraban en las zonas en las que todavía hacía muy poco tiempo que se había comenzado a predicar el Evangelio. Por esta razón, al solicitarle el obispo Makarakiza ayuda para su diócesis de Kuntega en Burundi, la «adoptó», envió sacerdotes y estableció allí una misión diocesana; durante la segunda quincena de agosto de 1966 viajó a Burundi para impulsar los trabajos misionales de aquella región.

Participó en las cuatro sesiones del Concilio Vaticano II, a donde acudió —según sus palabras— «más para aprender que para enseñar». En las cuatro sesiones tuvo que abandonar por algunos días los trabajos conciliares, para atender algunos problemas de su diócesis que exigían su presencia en Vittorio Véneto.

El 15 de diciembre de 1969, Pablo VI le nombró patriarca de Venecia, donde dos meses después hizo su entrada oficial. En junio de 1972 fue elegido vicepresidente de la Conferencia episcopal italiana, cargo que ocupó hasta junio de 1975. El 5 de marzo de 1973 fue nombrado cardenal. Como patriarca de Venecia realizó dos viajes pastorales al extranjero: a Suiza, en 1971, y a Brasil, en 1975, donde fue nombrado doctor honoris causa por la Universidad estatal de Santa María de Río Grande do Sul. Ante la buena acogida que tuvieron entre los venecianos los artículos doctrinales y catequéticos que su patriarca publicaba periódicamente en // *messaggero di sant'Antonio*, se reunieron en un volumen y se editaron con el conocido título de *Ilustrísimos señores*. Tras su elección como sucesor de san Pedro, el libro fue traducido a muchos idiomas y alcanzó una altísima difusión.

En cuanto a su talante, bien se puede decir que no le falló a su padre, cuando éste le solicitó que estuviera siempre de parte de los pobres. Tanto en Vittorio Véneto como en Venecia, monseñor Luciani fomentó el trato con los parados, los marginados, los alcohólicos y las ex prostitutas, para ayudarles materialmente y acercarles a Cristo. Pero si todas estas personas fueron objeto de su dedicación, hasta el punto de que muchos de ellos le consideraban su amigo, el espacio preferente de los afectos de Luciani estuvo siempre reservado para los niños discapacitados. Tal actitud era la manifestación de la virtud de la caridad que se dejaba ver en Juan Pablo I revestida de una sincera amabilidad. Al presentarse en la plaza de San Pedro, antes incluso de pronunciar palabra alguna, conquistó a todo el mundo con su sonrisa. La caridad, la sencillez y la humildad encarnadas en su persona se convirtieron desde el principio en sus principales enseñanzas, hechas vida en él; sin duda que fue una gran herencia para tan corto pontificado, aceptada y reconocida unánimemente, por lo que popularmente ha pasado a la historia como «el papa de la sonrisa».

Su talante humano y comprensivo no fue incompatible con la virtud de la fortaleza, imprescindible en aquellos años para

defender la doctrina de la Iglesia. En su diócesis hizo cumplir con fidelidad las enseñanzas del concilio, corrigiendo como maestro y pastor todas aquellas desviaciones que se produjeron durante los años posteriores al concilio. Luciani fue de los primeros y uno de los más firmes apoyos que tuvo Pablo VI, tras la publicación de la *Humanae vitae* (25 julio 1968). Otro momento en el que también dio pruebas de su fortaleza fue cuando las organizaciones de la FUCI (Federación de Universitarios Católicos de Italia) se alinearon en 1975 con los partidarios del divorcio; ante esa rebelión doctrinal, Luciani no dudó en disolver en su diócesis dicha organización y suspender el nombramiento del asistente eclesiástico que les había proporcionado. Sin duda era bien consciente de la impopularidad de la medida en las circunstancias por las que atravesaba Italia, pero se mantuvo firme en su decisión a pesar de los duros ataques de los que fue objeto por parte de diversos sectores influyentes de Italia.

¿Cómo fue posible, entonces, tan difícil equilibrio entre la mansedumbre y la fortaleza, virtudes las dos muy sobresalientes en su personalidad? La clave, sin duda, nos la ofrecen quienes le trataron de cerca, porque si la distancia se reconoce en Juan Pablo I a «un hombre de Iglesia», en la proximidad se ponía de manifiesto que además era «un hombre de Dios»:

El papa Luciani era un hombre de oración. La oración era para él a la vez una necesidad y el origen de su fortaleza. A primeras horas de la mañana, cuando todo permanecía inactivo, se le podía ver en la capilla rezando frente al sagrario. El superior de los agustinos de Santa Mónica, donde se alojaba, cuando tenía que permanecer en Roma durante su etapa de cardenal, ha escrito de él lo siguiente: «Su vida era la oración. Su vida interior, su unión con Dios y su santidad irradiaban a través de su rostro sonriente. Con amor paterno anima a todos a sentirse íntimos amigos suyos. En cierta ocasión, glosando a san Agustín, que había dicho que para "predicar era necesario previamente rezar", Luciani lo expresaba a su manera con estas palabras: "para hablar 'de' Dios, es necesario previamente hablar 'con' Dios"» (B. Mondin, *Dizionario enciclopédico dei papi*, Roma, 1995).

El 10 de agosto el cardenal Luciani partió para Roma con el fin de asistir al cónclave, que, a primera vista, se presentaba largo y muy complicado. Su nombre no figuraba en ninguno de los pronósticos que se hicieron. Es más, en la apertura del cónclave él permanecía tranquilo y ajeno a la responsabilidad que estaba a punto de caerle sobre sus hombros. Según testimonio de algunos asistentes a dicho cónclave, pasaba de continuo las cuentas del rosario, que era una de sus devociones predilectas. En palabras del cardenal Leo Jozef Suenens (1902-1996), aquélla fue una elección verdaderamente carismática. Igualmente sobre la repentina y temprana concentración de votos sobre la persona de Luciani se han manifestado también otros participantes en aquel cónclave, como los cardenales Johannes Willebrands (1909), Francois Marty (1904-1994), Franz König (1905) y Paolo Bertoli (1908). En verdad, el cónclave con mayor número de participantes y el más internacional de la historia de la Iglesia, si se tiene en cuenta la procedencia geográfica de los electores, tuvo un desenlace inesperado, pues «en sólo nueve horas de votaciones, 110 cardenales coinciden "casi por aclamación" —como me diría personalmente uno de ellos— en la persona que había de asumir el ministerio papal» (J. Navarro Valls, *Fumata blanca*, Madrid, 1978).

El pontificado de Juan Pablo I. Al día siguiente de la elección de Juan Pablo I era domingo, y después del rezo del Ángelus, el nuevo sucesor de san Pedro contaba con sencillez lo que «le» había pasado y descubría con toda naturalidad sus sentimientos a quienes le escuchaban en la plaza de San Pedro y en todo el mundo, a través de la radio y la televisión:

Ayer por la mañana fui a la Sixtina a votar tranquilamente. Nunca podría haber imaginado lo que me iba a suceder. Cuando comenzó a desatarse el «peligro» sobre mí, dos colegas que estaban a mi lado me susurraron palabras de ánimo. Uno me dijo: «Ánimo, que cuando el Señor da una carga, concede también la ayuda para llevarla.» Y el otro colega: «No tengas miedo, que hay mucha gente en todo el mundo rezando por el nuevo papa.» Llegado el momento, he aceptado. Después, a la hora de elegir el nombre que quería tomar, he tenido que pensar muy poco tiempo. Hice el siguiente razonamiento. Juan XXIII quiso consagrarme obispo con sus propias manos aquí, en la basílica de San Pedro; después, aunque indignamente, fui sucesor suyo en Venecia en la cátedra de San Marcos [...] Después, Pablo VI no sólo me hizo cardenal, sino que también, hace unos meses, sobre la pasarela de la plaza de San Marcos me puso colorado ante 20.000 personas, porque quitándose su estola la colocó sobre mis hombros; jamás me había puesto tan colorado. Por otra parte, en los quince años de su pontificado, no sólo a mí, sino a todo el mundo, Pablo VI ha demostrado cómo se ama, cómo se sirve, cómo se trabaja y cómo se sufre por la Iglesia de Cristo. Por todo esto me llamaré Juan Pablo. Aunque yo no tengo ni el corazón de Juan XXIII, ni la cultura y la preparación de Pablo VI, sin embargo estoy ahora en su puesto y debo intentar servir a la Iglesia. Espero que me ayudéis con vuestra oración.

En los 33 días que duró el pontificado de Juan Pablo, no hubo materialmente tiempo para tomar decisiones. Confirmó al cardenal Jean Villot (1905-1979) como secretario de Estado. En definitiva, todo el magisterio de su pontificado se puede resumir en los ocho discursos o alocuciones que pronunció con diferentes motivos y las cuatro audiencias generales que pudo celebrar durante los cuatro miércoles del mes de septiembre. En su alocución ante el colegio cardenalicio (30 agosto 1978) expuso las líneas que se proponía trazar en su programa: aplicar las normas conciliares, reforzar la disciplina eclesiástica, concluir la reforma del Código de derecho canónico, impulsar las misiones, continuar el esfuerzo ecuménico y contribuir a la paz del mundo. Otras intervenciones suyas tuvieron lugar al recibir al cuerpo diplomático, a los representantes de la prensa internacional, a los obispos norteamericanos y filipinos que habían acudido a Roma para su visita ad limina, al alcalde de Roma y al clero romano.

Por otra parte, las cuatro audiencias generales que se celebraron los días 6, 13, 20 y 27 de septiembre, tienen un rico contenido doctrinal. En la primera de ellas, Juan Pablo I manifestó su intención de convertir aquellos encuentros en verdaderas catequesis, como ya hiciera Pablo VI. Y lo hizo con palabras muy directas, para que le entendiera todo el mundo. Así, por ejemplo, en la primera de ellas dijo: «Debemos sentirnos pequeños delante de Dios. Cuando yo digo: Señor yo creo, no me avergüenzo de sentirme como un niño pequeño delante de su mamá. Como él cree a su mamá, yo

creo al Señor y creo también en aquello que Él me ha revelado» (Juan Pablo I, Los textos de su pontificado, Pamplona, 1978). El segundo de los miércoles, tomando pie de una cita de Juan XXIII que él había anotado en uno de sus retiros, Juan Pablo I propuso a la audiencia ir hablando en las semanas sucesivas de las «siete lámparas de la santificación»; esto es, de las tres virtudes teológicas (fe, esperanza y caridad) y las cuatro virtudes cardinales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza). Y siguiendo con la catequesis del miércoles anterior, refirió a los presentes que su madre le contaba, cuando ya fue mayor, las enfermedades que tuvo de niño y cómo tuvo que llevarle de un médico a otro, para a continuación sacar de esa vivencia personal la enseñanza catequética: «ante lo que me contaba mi madre... ¿Cómo podía decirle entonces, pues yo no te creo...?». Y hablando de fe, se refirió a la Iglesia como madre a la que hay que creer. El miércoles siguiente se ocupó de la esperanza. Y el último de los miércoles, la víspera de su muerte, su exposición se centró en la virtud de la caridad. Algunas de las palabras que pronunció el día 27, a la luz de su tránsito de unas horas después, cobraban pleno sentido: «Amar es tanto como viajar, correr con el corazón hacia el objeto amado [...] Amar a Dios es, pues, viajar con el corazón hacia Dios. Un viaje bellissimo.»

Sin duda, que aquellas cuatro semanas y media de pontificado fueron muy intensas para el papa. De todos los acontecimientos de esos pocos días, hay que destacar uno, por la impresión que le causó a Juan Pablo I. Me refiero a la muerte repentina del metropolitano Nikodim de Leningrado, mientras le recibía en su biblioteca privada el 5 de septiembre. Él mismo contó lo sucedido al clero de Roma:

Hace dos días ha muerto en mis brazos el metropolitano Nikodim de Leningrado. Yo estaba respondiendo a su saludo. Os aseguro que nunca en la vida había escuchado palabras tan hermosas para con la Iglesia, como las que él acababa de pronunciar; no puedo decirlas, quedan en secreto. Verdaderamente estoy impresionado. ¡Ortodoxo, pero cómo amaba a la Iglesia! Y creo que haya sufrido mucho por la Iglesia, haciendo muchísimo por la unión.

El mismo día de su fallecimiento (28 septiembre 1978), Juan Pablo I tuvo una intensa jornada de trabajo. Celebró varias audiencias; entre otras con el grupo de obispos filipinos, con el cardenal Bernardin Gantin (1922) y con el vicario de Venecia. Por la tarde, habló con el cardenal Giovanni Colombo (1902-1992), a quien pidió que rezara por el papa. Tras recitar completas, se retiró poco después de las once. A las seis de la mañana, su secretario particular se lo encontró muerto en su habitación. Avisados de inmediato el cardenal secretario de Estado, Jean Villot y el doctor Buzzonetti, este último no pudo hacer otra cosa que certificar la defunción de Juan Pablo I. Al igual que se hiciera con Pablo VI, sus restos fueron depositados en una sencilla caja de madera y enterrados en la cripta de san Pedro. Días después, en la homilía que pronunció el cardenal Carlo Confalonieri (1901-1986) para resumir el paso de Juan Pablo I por la cátedra de San Pedro, afirmó que su pontificado se podía definir como un diálogo amoroso entre un padre y sus hijos.

Juan Pablo II (16 octubre 1978)

Personalidad y carrera eclesiástica. El 263 sucesor de san Pedro, nació (18 mayo 1920) en Wadowice, cerca de Cracovia. En el bautizo le impusieron el mismo nombre de su padre. Karol Wojtyła (1879-1941), padre, había contraído matrimonio con Emilia Kaczorowska (1884-1929) en 1906; los dos eran naturales de la región de Galitzia y de un origen social muy modesto. En ese tiempo, dicha región polaca pertenecía al imperio austrohúngaro, por lo que Karol Wojtyła entró en filas en 1900 para hacer el servicio militar en el ejército austríaco, en el que se reenganchó. En 1904 ascendió a sargento, y con esa graduación le sorprendió la Primera Guerra Mundial (1914-1918), en la que fue derrotada Austria. Los tratados de paz hicieron posible la recomposición y el renacimiento de Polonia, que invadida por los rusos, los prusianos y los austríacos se la habían repartido varias veces y había permanecido sometida a sus vecinos durante 123 años. Así pues, al término de la Gran Guerra, Karol Wojtyła continuó su carrera militar pero en el nuevo ejército polaco, del que llegó a ser teniente. El matrimonio tuvo tres hijos, Edmund (1906-1932), Olga y Karol, a quien todos —familiares y discípulos— llamaban Lolek, que era el apelativo familiar que su madre impuso a Karol. Sin embargo, la muerte fue arrebatando a todos sus miembros, hasta dejar sólo a Karol, en plena juventud. Su hermana Olga murió muy pequeña. En 1929 murió la madre. Su hermano mayor, joven médico, murió en el hospital municipal de Bielsko, donde trabajaba, al contagiarse de escarlatina. Y a su padre se lo encontró muerto (12 febrero 1941) cuando llegó a casa después del trabajo a última hora de la tarde. Años después, siendo ya papa, recordando en una entrevista privada el fallecimiento de su padre, comentó que nunca como entonces se había sentido tan solo. Aquella noche la pasó entera rezando de rodillas ante el cadáver de su padre. De su familia, Juan Pablo II ha escrito lo siguiente:

La preparación para el sacerdocio, recibida en el seminario, fue de algún modo precedida por la que me ofrecieron mis padres con su vida y su ejemplo en familia. Mi reconocimiento es sobre todo para mi padre, que enviudó muy pronto. No había recibido aún la primera comunión cuando perdí a mi madre: apenas tenía nueve años. Por eso, no tengo conciencia clara de la contribución, seguramente grande, que ella dio a mi educación religiosa. Después de su muerte y, a continuación, después de la muerte de mi hermano mayor, quedé solo con mi padre, que era un hombre profundamente religioso. Podía observar cotidianamente su vida, que era muy austera. Era militar de profesión y, cuando enviudó, su vida fue de constante oración. Sucedió a veces que me despertaba de noche y encontraba a mi padre arrodillado, igual que lo veía siempre en la iglesia parroquial. Entre nosotros no se hablaba de vocación al sacerdocio, pero su ejemplo fue para mí, en cierto modo, el primer seminario, una especie de seminario doméstico (Juan Pablo II, Don y misterio. En el quincuagésimo aniversario de mi sacerdocio, Madrid, 1996).

Karol Wojtyła cursó brillantemente sus estudios de bachillerato en el instituto estatal de Wadowice, donde era reconocido entre sus compañeros como líder indiscutible. Al graduarse en mayo de 1938, él fue el encargado de pronunciar el discurso de despedida, en nombre de todos sus compañeros. La seriedad con la que realizó los estudios anteriores a la universidad es sorprendente; además de su expediente académico hay otras muchas pruebas. Por ejemplo, en su primera

intervención en el Concilio Vaticano II dejó impresionados a todos los asistentes por la fluidez y elegancia con las que hablaba en latín, cuyo dominio había adquirido siendo bachiller, pues para conseguir la máxima nota en esta asignatura tuvo que superar un examen que consistía en responder en dicha lengua y sin preparación previa a las preguntas que le hizo un tribunal durante una hora. Sus conocimientos de griego eran similares, aunque no alcanzaba el excepcional dominio que poseía de la lengua latina. Como es sabido, su condición de políglota ha ido en progreso hasta dominar media docena de idiomas, además de defenderse en otros tantos. Según los testimonios de los que convivieron con él en el instituto de Wadowice, además de hablar en latín y en griego, sobresalía en el resto de las disciplinas, por lo que siempre fue considerado como el mejor alumno del centro, sin que se le pudiese tildar de rata de biblioteca. Su carácter reflexivo no excluía un talante alegre, comunicativo y deportista, aunque de este último aspecto se debe elogiar más su buena voluntad que sus destrezas. En los partidos de fútbol del instituto solían enfrentarse el equipo de los católicos contra el de los judíos, y como a estos últimos les fallaba a menudo su guardameta, Karol Wojtyła se ofrecía a defender casi siempre la portería de los judíos. «Era un tipo estupendo —según ha manifestado Kluger, uno de sus compañeros de equipo, al biógrafo de Juan Pablo II— pero, en confianza, un portero espantoso» (Tad Szulc, *El papa Juan Pablo II*, Barcelona, 1995).

El Wadowice de la infancia de Juan Pablo II tenía unos siete mil habitantes, de los que un 25 % eran judíos. No era nada frecuente encontrar en Galit- , zia una comunidad de judíos tan numerosa como la de Wadowice, que contaba con una sinagoga y un cementerio propios. Durante la década de los veinte la •> convivencia no presentó ningún problema, pero en los años treinta las relaciones comenzaron a cambiar. Bandas de jóvenes racistas y fanáticos comenzaron a acosar a sus convecinos judíos, lo que obligó a los Beer, vecinos de los Wojtyła, a abandonar Wadowice. Una de sus hijas, Ginka, emigró a Palestina y fue entrevistada por Tad Szulc, a quien tras comentarle las razones de su huida, añadió: «Existía una sola familia que nunca mostró hostilidad racial hacia nosotros, y esa familia eran Lolek y su papá.» Y cuando se trasladó a la Universidad de Cracovia, Karol Wojtyła defendió a los judíos de los ataques de los radicales, que a sí mismos se llamaban «Juventud de Polonia», e incluso protegió manifiestamente a una de sus colegas, Anka Weber, y la acompañaba con frecuencia para defenderla de los ataques de los racistas. Y como es sabido, tras ser elegido papa, Juan Pablo II conservó y mantuvo el trato con sus amigos judíos de la infancia y juventud.

También fue muy temprana la afición de Karol Wojtyła por la escritura. Su primer artículo lo redactó como presidente del círculo de monaguillos, con motivo de la despedida del padre Kazimierz Figlewicz, y fue publicado en *Campanita*, suplemento de la *Campana dominical*, que era un conocido periódico religioso de Cracovia. Posteriormente, publicó otros muchos artículos y poemas en *Tygodnik Powszechny*, semanario de la oposición de Cracovia. Así es que por su predisposición literaria, en junio de 1938 se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Jagellón de Cracovia para estudiar filología polaca. Por este motivo, padre e hijo se trasladaron al barrio *Debniki* de Cracovia, y se instalaron en el pequeño sótano de una casa que habitaban unos parientes de su madre. A unos pocos minutos de su casa se encontraba la iglesia de San Estanislao de Kostka, regentada por los salesianos, a donde diariamente acudía a la misa que se celebraba a las seis de la mañana, para a continuación seguir el horario habitual de cualquier estudiante universitario. La normalidad en los estudios universitarios sólo duró un curso, pues el 1 de septiembre de 1939 estalló la Segunda Guerra Mundial. Cinco días después los nazis ocuparon Cracovia. Buena parte de los profesores de la universidad fueron deportados al campo de concentración de *Sachsenhausen*. Además, al mes y medio de la invasión, los nazis impusieron a todos los polacos, de entre 18 y 60 años, la «obligación del trabajo público», un eufemismo para designar los trabajos forzados en carreteras, ferrocarriles y granjas, a donde ellos dispusieran y sin sueldo. Solo quienes a juicio de los invasores realizaran un «trabajo social, útil y permanente», podían eludir la arbitraria imposición de los nazis. Conocemos alguna de sus vivencias durante la ocupación nazi, transmitidas por el propio Juan Pablo II:

Para evitar la deportación a trabajos forzados en Alemania —ha escrito Juan Pablo II en su libro *Don y misterio*— en el otoño de 1940 empecé a trabajar como obrero en una cantera de piedra vinculada a la fábrica química de *Solvay*. Estaba situada en *Zakrzówek*, a casi media hora de mi casa de *Debniki*, e iba andando allí cada día [...] Los responsables de la cantera que eran polacos, trataban de evitarnos a los estudiantes los trabajos más pesados. A mí, por ejemplo, me asignaron el encargo de ayudante del llamado *barrenero*, de nombre *Franciszek Labús*. Lo recuerdo porque, algunas veces, se dirigía a mí con palabras de este tipo: «Karol, tú deberías ser sacerdote. Cantarás bien, porque tienes una voz bonita y estarás bien...» Lo decía con toda sencillez, expresando de ese modo un convencimiento muy difundido en la sociedad sobre la condición del sacerdote.

Por entonces, Karol Wojtyła ya había cumplido los veinte años y ninguna de las circunstancias que le rodeaban ofrecían ninguna pista de la alta misión que iba a desempeñar en la Iglesia. Es más, cuando estalló la guerra no había tomado ni siquiera la decisión de hacerse sacerdote. Y se puede afirmar que, al menos hasta 1938, esa posibilidad no sólo no había sido tenido en cuenta, sino que había quedado excluida de sus proyectos, como manifestó personalmente al mismísimo cardenal y príncipe metropolitano, el arzobispo de Cracovia, *Adam Stefan Sapieha* (1867-1951).

Cuando el arzobispo *Sapieha* se desplazó desde Cracovia para visitar el instituto de segunda enseñanza para chicos de Wadowice en mayo de 1938, Karol le recibió en nombre de todos los estudiantes [...] El arzobispo que se sentó en un sillón de cuero rojo, quedó tan impresionado por el discurso de bienvenida, que preguntó al párroco de Wadowice, el padre *Zacher*, qué proyectos tenía *Wojtyła* para después de la graduación, que iba a efectuarse aquel mismo mes. ¿Pensaba ingresar en el seminario? *Zacher* repuso: «No estoy seguro, pero probablemente irá a la universidad.» Entonces *Karol* dijo: «Si vuestra excelencia me lo permite, me gustaría contestar yo mismo: pienso estudiar filología polaca en la Universidad de Jagellón.» El severo obispo suspiró y dijo: «¡Qué lástima! ¡Qué lástima!... Nos vendría bien...» (Tad Szulc, *El papa Juan Pablo II*, ob. cit.).

En efecto, desde que comenzó a estudiar en la universidad *Karol Wojtyła* ya pasaba por ser un intelectual conocido a pesar

de su juventud. En los círculos culturales en los que se desenvolvía se le pronosticaba un futuro muy prometedor en el campo de la literatura. Durante la ocupación alemana participó en las reuniones clandestinas de filólogos y literatos que tenían lugar en Cracovia y formó parte muy activa del grupo de teatro de La Palabra Viva, que había fundado Mieczyslaw Kotlarczyk, a cuyo domicilio se trasladó a vivir tras la muerte de su padre, en 1941. Por dar una idea de su actividad intelectual, baste decir que durante los últimos meses de 1939 y parte del año 1940, hasta que tuvo que dedicarse plenamente al trabajo de la cantera, compuso incontables poemas, tradujo y adaptó del griego al polaco Edipo Rey de Sófocles, y escribió tres obras dramáticas de tema bíblico: David, la primera, cuyo manuscrito ¡por no ser de su gusto lo destruyó, y posteriormente los dramas de Job y Jeremías, que los escribió a mano y posteriormente los mecanografió con una máquina que le prestaron. Estas dos últimas obras de teatro las conservó y fueron publicadas después de su elección como sumo pontífice.

Como toda llamada divina, la historia de la vocación sacerdotal de Karol Wojtyla tiene unas circunstancias y unos protagonistas bien concretos. La llamada y la respuesta se localizan también en un tiempo determinado: el otoño de 1942, cumplidos ya los veintidós años. Pero tan tardía fecha para la que era costumbre entonces, pues se solía ingresar en el seminario siendo niño, no quiere decir que, hasta 1942, Karol Wojtyla no se tomara en serio su vida de piedad y su formación religiosa, como un lógico y consecuente comportamiento que el bautismo exige a todo cristiano sea o no sea sacerdote.

Ya se comentó el ejemplo de la piedad sólida y profunda que recibió de su padre, quien le enseñó desde las oraciones vocales hasta el modo de tratar al Espíritu Santo. También sabemos que Karol Wojtyla fue presidente del círculo de monaguillos, donde su párroco, el padre Figlewicz, ejerció una positiva influencia en su alma de niño, que continuó más tarde cuando de nuevo se encontraron los dos en Cracovia, pues se confesaba frecuentemente con él. Y conviene decir ahora que a los quince años ingresó en la Hermandad Mariana de Wadowice, de la que fue elegido presidente; la Hermandad Mariana era una asociación de jóvenes extendida por toda Polonia, que les proporcionaba una muy buena formación espiritual. Es importante saber, también, que al trasladarse a Cracovia entró en contacto con el círculo Rosario Vivo, que funcionaba en su parroquia de Debniki, regentada por los salesianos, que como buenos hijos de Don Bosco (1815-1888) fomentaron en él la devoción a la Madre de Dios, bajo la advocación de María Auxiliadora.

Y por supuesto es obligado relacionar todas estas actividades con el intenso compromiso cristiano del joven Karol Wojtyla, como ponen de manifiesto cuantos le trataron entonces. Su profunda vida interior, todo lo íntima y reservada que se quiera, por fuerza se tenía que notar; por eso en cierta ocasión sus compañeros de universidad, para gastarles una broma, clavaron en su escritorio una tarjeta en la que se podía leer: «Karol Wojtyla, ¡aprendiz de santo!» Pero al leerla ni se inmutó y no se dio por ofendido, sencillamente porque aquella tarjeta expresaba a las claras algo que era verdad, pero que un elemental pudor reservaba en la intimidad, y eso no era otra cosa que su firme decisión en luchar para conseguir la santidad, empeño en el que con humildad se reconocía sólo un aprendiz. Sin embargo, todas estas vivencias no hacían referencia directa a su vocación sacerdotal, a pesar de que no faltaron las invitaciones a emprender ese camino, como se vio, por parte de personas tan diversas como el barrendero de la cantera o el cardenal de Cracovia. Como se dijo, la decisión de hacerse sacerdote no se produjo hasta 1942.

No deja de ser sorprendente que el instrumento humano del que se sirvió la Providencia divina para guiar al sacerdocio a Karol Wojtyla, no fuera ni un intelectual que pudiera hablarle de tú a tú al futuro Juan Pablo II, ni un príncipe de la Iglesia como el cardenal Sapieha. Quien pasará a la historia como uno de los personajes importantes del siglo xx por encauzar a Karol Wojtyla hacia el sacerdocio y colocarle así en disposición de ser el sucesor de san Pedro fue una persona en la que muy pocos reparaban en Cracovia; se trataba de un modestísimo sastre, llamado Jan Tyranowsky (1900-1947). Karol Wojtyla ha dejado varios testimonios sobre él y ha escrito, en 1949, que fue «alguien verdaderamente santo», sencillamente por cumplir fielmente, por excederse —sería más exacto— en algo aparentemente sin mucha importancia, pero que a la larga tendría una gran trascendencia en la historia de la Iglesia.

Sucedió que todos los salesianos de la parroquia de Karol Wojtyla fueron deportados por los nazis al campo de concentración de Dachau, a excepción de un viejo párroco. Y ante la carencia de sacerdotes, encargó a Jan Tyranowsky que, en aquellas calamitosas circunstancias, restableciera el contacto con los jóvenes del Rosario Vivo. Sin embargo, el sastre no se limitó a cumplir ese encargo de manera burocrática, sino que como consecuencia de su profunda vida interior se preocupó también del alma de todos aquellos chicos, pues además de reunirles cada semana, que era el encargo que le dieron, cada siete días hablaba personalmente con cada uno de ellos, realizando así una auténtica dirección espiritual para acercarlos de uno en uno hacia Dios. Concretamente, a Karol Wojtyla le descubrió el valor de los escritos de san Juan de la Cruz (1542-1591) y de santa Teresa de Jesús (1515-1582), decisivos en su formación, y como consecuencia de las conversaciones que mantuvieron los dos, Karol Wojtyla decidió ingresar en el seminario.

Fue así cómo Karol Wojtyla pasó a formar parte del seminario clandestino que había organizado el cardenal Sapieha, que comenzó a funcionar en octubre de 1942 con un total de siete seminaristas. Hasta la conclusión de la guerra tuvo que compaginar su trabajo en la cantera con los estudios eclesiásticos, que realizaba después de la jornada laboral. Pero debía mantener en secreto su condición de seminarista, pues el riesgo al que se exponía de ser descubierto era el de ser ejecutado o, en el mejor de los casos, ser deportado a un campo de concentración. Téngase en cuenta que durante los cinco años y medio de la ocupación alemana, además de los sacerdotes encarcelados —sólo en Dachau había 3.000 sacerdotes polacos— los nazis asesinaron en Polonia a 1.923 sacerdotes, 850 religiosos y 298 religiosas.

En 1944 esos pocos seminaristas clandestinos de la diócesis se trasladaron a vivir al palacio arzobispal. Y a partir de esta fecha los acontecimientos de su carrera eclesiástica se producen a una velocidad vertiginosa. En otoño de 1944 recibió lo que, según estaba establecido entonces, se conocían como órdenes menores, tales como la tonsura. Los nazis huyeron de Cracovia el 18 de enero de 1945, el seminario dejó de ser clandestino y éste pasó a formar parte de la Facultad de Teología

de la Universidad de Jagellón. Por lo tanto, a partir del curso 1944-1945, pudo consolidar más libremente su formación en la Facultad de Teología de la Universidad de Jagellón, donde fue elegido vicepresidente de la organización estudiantil Socorro Fraternal. Sin embargo, los planes que para él había trazado el arzobispo Sapieha precipitaron los acontecimientos. Con el fin de que se trasladara a Roma cuanto antes para completar sus estudios, el cardenal Sapieha decidió adelantar su ordenación sacerdotal, respecto a los otros seis compañeros suyos. Por este motivo, el 13 de octubre de 1946 fue ordenado de subdiácono, siete días después de diácono, y el uno de noviembre de 1946 recibió la ordenación sacerdotal en la capilla privada del cardenal. Todas las órdenes sagradas las recibió de manos de Adam Sapieha.

El recuerdo de su primera misa ha permanecido imborrable en la memoria de Juan Pablo II, y así nos lo transmite:

Habiendo sido ordenado sacerdote en la fiesta de Todos los Santos, celebré la «primera misa» el día de los Fieles Difuntos, el 2 de noviembre de 1946. En este día, cada sacerdote puede celebrar para provecho de los fieles, tres santas misas. Mi «primera misa» tuvo, por tanto —por así decir—, un carácter triple. Fue una experiencia de especial intensidad. Celebré las tres santas misas en la cripta de San Leonardo, que ocupa, en la catedral del Wawel, en Cracovia, la parte anterior de la llamada cátedra episcopal de Hermán. Actualmente la cripta forma parte del complejo subterráneo donde se encuentran las tumbas reales. Al elegirla como lugar de mis primeras misas quise expresar un vínculo espiritual particular con los que reposan en esa catedral, que por su misma historia es un monumento sin igual. Está impregnada, más que cualquier otro templo de Polonia, de significado histórico y teológico. Reposan en ella los reyes polacos, empezando por Wladyslaw Lokietek. En la catedral del Wawel eran coronados los reyes y en ella eran también sepultados. Quien visita ese templo se encuentra cara a cara con la historia de la nación [...].

Pero no sólo eso. Había en esa elección una especial dimensión teológica. Como he dicho, fui ordenado el día anterior, en la solemnidad de Todos los Santos, cuando la Iglesia expresa litúrgicamente la verdad de la Comunión de los Santos (Communio Sanctorum). Los santos son aquellos que, habiendo acogido en la fe el misterio pascual de Cristo, esperan ahora la resurrección final.

También las personas cuyos restos reposan en los sarcófagos de la catedral del Wawel esperan allí la resurrección. Toda la catedral parece repetir las palabras del Símbolo de los Apóstoles: «Creo en la resurrección de los muertos y en la vida eterna.» Esta verdad de fe ilumina la historia de las naciones. Aquellas personas son como «los grandes espíritus» que guían la nación a través de los siglos. No se encuentran allí solamente soberanos junto con sus esposas, u obispos y cardenales; también hay poetas, grandes maestros de la palabra, que han tenido una importancia enorme para mi formación cristiana y patriótica.

Fueron pocos los participantes en aquellas primeras misas celebradas sobre la colina del Wawel. Recuerdo que, entre otros, estaba presente mi madrina, Maria Wiadrowska, hermana mayor de mi madre. Me asistía en el altar Mieczyslaw Malinski, que hacía presente de algún modo el ambiente y la persona de Jan Tyranowski, ya entonces gravemente enfermo (Juan Pablo II, Don y misterio..., ob. cit.).

Karol Wojtyla partió para Roma el 15 de noviembre de 1946 para ampliar estudios en la Universidad del Angelicum, regentada por los padres dominicos. Al igual que en Tyranowski había encontrado a su mentor espiritual, descubrió en la figura de A. Garrigou-Lagrange a su maestro intelectual. Este gran teólogo, considerado también un asceta y un místico, fue su relator de la tesis de doctorado sobre san Juan de la Cruz, que defendió en el Angelicum (19 junio 1948). Pocos días después de doctorarse regresó a Polonia, donde por entonces se produjo el nombramiento del cardenal Stepham Wyszyński (1901-1981), como primado de Polonia, que tomaba el relevo del cardenal August Hlond (1881-1948), que había fallecido el 23 de octubre, a los 67 años de edad. Como se dijo al comentar el pontificado de Pío XII (1939-1958), por entonces ya se había desatado la persecución religiosa en los países controlados por lo comunistas: en 1946 había sido detenido y condenado a perpetuidad Alojzije Stepinac (1898-1960), arzobispo de Zagreb, y pocos días después del nombramiento del nuevo primado de Polonia fue detenido el primado de Hungría, József Mindszenty (1892-1975).

En esas circunstancias, a su regreso de Roma, Karol Wojtyla fue enviado como coadjutor a una parroquia rural de Niegowici, situada a unos cincuenta kilómetros de Cracovia, donde desarrolló un impresionante trabajo pastoral durante los siete meses que permaneció en aquel destino. Después, el cardenal Sapieha le nombró coadjutor de la iglesia de San Florián en Cracovia, lo que le permitió retomar el contacto con la vida universitaria. Y fue precisamente durante su etapa de San Florián cuando escribió una de sus obras más conocidas, Hermano de nuestro Dios, un drama en tres actos, que recientemente ha sido llevada al cine por el productor italiano Giacomo Pezzali, bajo la dirección cinematográfica del polaco Krzysztof Zanussi. La obra está basada en la vida del pintor bohemio de Polonia, Adam Chmielowski (1845-1916), que en la insurrección contra los rusos de enero de 1863 perdió una pierna. Posteriormente, tras abandonar el arte, cambió su vida y su nombre por el de Hermano Alberto y fundó una orden para servir a los pobres, pero no para actuar como distribuidor de limosnas, sino para darse a sí mismo sirviendo a los desheredados. El Hermano Alberto ha sido beatificado (22 junio 1983) en Blonie Krakowskie (Polonia) y canonizado (12 noviembre 1989) en Roma por el propio Juan Pablo II. En dicha obra ya está presente con toda su fuerza su pensamiento acerca de la filosofía del ser frente a la ideología del tener, la defensa de los derechos humanos y hasta las expresiones que cuarenta años después empleará como sumo pontífice. Así, por ejemplo, en uno de los pasajes de Hermano de nuestro Dios, se critica la práctica hipócrita de la caridad y la injusticia en los siguientes términos:

¡Aja, misericordia! Una moneda aquí, una moneda allá, por el derecho de poseer tranquilamente millones... en bancos, bosques, granjas, títulos, acciones... Y con ello, trabajo arduo, propio de animales, durante diez, doce o dieciséis horas por unos céntimos, por la esperanza de un dudoso consuelo, que no cambia nada, y que a lo largo de los siglos ha estado acumulando una poderosa y espléndida explosión de rabia humana, de rabia creativa humana.

En otro momento, uno de los personajes dirigiéndose a los desheredados, les grita: «Tenéis derecho a tener derechos humanos... He venido a despertar lo que duerme dentro de vosotros...» Y, para acabar de animarles en su esfuerzo,

concluye el mismo personaje: «¡No tengáis miedo!», la misma expresión que, cuatro décadas después, daría la vuelta al mundo por formar parte del mensaje de la ceremonia con la que inauguraba oficialmente su pontificado (22 octubre 1978), en el que invitaba a los Estados, a las instituciones y en definitiva a cada hombre, a que se sobrepusieran al miedo que impide abrir las puertas de par en par a Jesucristo. Quizás el impacto que produjeron esas palabras en 1978 en buena medida se deba a la autoridad moral de quien las pronunció, no sólo por haber padecido en su vida la opresión y el terror de los nazis y de los comunistas, sino sobre todo porque había sabido sobreponerse a las dos tiranías más crueles e inhumanas de todos los tiempos; y a pesar de esos dos regímenes totalitarios, ateos y antirreligiosos, se había mantenido firme en su empeño de fortalecer y extender la fe de Jesucristo en su Polonia natal.

Karol Wojtyła supo hacer compatibles sus obligaciones en la parroquia de San Florián con una intensa y concienzuda dedicación a la universidad, como profesor de ética, primero en la de Jagellón y desde 1956 en la Universidad Católica de Lublín (KUL), donde por su prestigio y autoridad moral entre alumnos y profesores se convirtió en el personaje más reconocido de toda la universidad.

El aula número 33 —ha escrito Tad Szulc en su documentada biografía— del antiguo monasterio, donde la KUL se hallaba alojada en aquel entonces, estaba siempre llena hasta los topes cuando Wojtyła daba clase. Los estudiantes ocupaban bancos y sillas, se sentaban en los alféizares de las ventanas y en el suelo y de pie junto a las paredes. También parecían ver en Wojtyła a un amigo, además de un profesor: siempre se hallaba a su disposición para charlar, para hacerles algún pequeño préstamo (no era necesario devolvérselo) y para escuchar el tipo de confesiones que no querían hacer ante otros sacerdotes.

Porque —y ésa es otra de las características propias del modo de realizar su ministerio pastoral— Karol Wojtyła predicó a menudo y dedicó mucho tiempo a administrar el sacramento de la penitencia. Y ésta ha sido también una de las constantes que ha mantenido hasta el día de hoy, pues no sólo ha seguido enseñando con fuerza e insistencia la doctrina sobre el sacramento que perdona los pecados personales, sino que incluso se ha llegado a sentar en más de una ocasión en uno de los confesonarios de la basílica de San Pedro, para escuchar las confesiones de los penitentes. Sin duda, un evidente acto de su magisterio —o un gesto, como algunos dicen— acerca del valor del sacramento de la penitencia. Enseñanza que, por lo demás, venía a sumarse a la del resto de los papas de la edad contemporánea, como ya se ha visto en los pontificados anteriores. Pues no deja de ser significativo que siendo casi todos ellos mentes egregias y preclaras y teniendo todos importantes obligaciones que atender, decidieran emplear una parte importante de su preciado tiempo a permanecer sentados en un confesonario, para atender a los penitentes.

El 4 de julio de 1958 fue nombrado obispo auxiliar de Cracovia. Y debemos referirnos a una de sus vivencias de juventud, cuando trabajaba en la cantera de la fábrica Solvay, para comprender el lema que quiso escoger para su escudo episcopal. Él mismo lo ha contado con las siguientes palabras:

Hubo un momento en el cual me cuestioné de alguna manera mi culto a María, considerando que éste, si se hace excesivo, acaba por comprometer la supremacía del culto debido a Cristo. Me ayudó entonces el libro de san Luis María Grignon de Montfort [1673-1716] titulado Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen. En él encontré la respuesta a mis dudas. Efectivamente, María nos acerca a Cristo, con tal de que se viva su misterio en Cristo [...] Comprendí entonces por qué la Iglesia reza el Ángelus tres veces al día. Entendí lo cruciales que son las palabras de esta oración [...] ¡Son palabras verdaderamente decisivas! Expresan el núcleo central del acontecimiento más grande que ha tenido lugar en la historia de la humanidad.

Esto explica el origen del Totus Tuus. La expresión deriva de san Luis María Grignon de Montfort. Es la abreviatura de la forma más completa de la consagración a la Madre de Dios, que dice: Totus tuus ego sum et omnia mea Tua sunt. Accipio Te in mea omnia. Pruebe mihi cor Tuum, María [«Soy todo tuyo y tuyas son todas mis cosas. Te acepto en todas mi cosas. María, muéstrame tu corazón»] (Juan Pablo II, Don y misterio..., ob. cit.).

Debido a la edad y a las enfermedades del titular de la sede apostólica de Cracovia, recayó en monseñor Wojtyła el trabajo que el arzobispo Baziak no podía desarrollar. Así fue cómo se encargó de visitar todas las parroquias, en algunas de las cuales permanecía varios días participando en las actividades de la misma. Además del trabajo pastoral, durante su etapa de obispo auxiliar escribió numerosos artículos, publicó el libro titulado Amor y responsabilidad (1962) y dio a la imprenta una nueva obra de teatro, El taller del orfebre. Este nuevo trabajo en tres partes se publicó en la revista Znak de Cracovia y estaba firmado con el seudónimo Andrzej Jawien. Bajo el título, aparecía el siguiente subtítulo: «Meditación sobre el sacramento del matrimonio que de vez en cuando se convierte en drama».

Tras la muerte del arzobispo Baziak (15 junio 1962), el capítulo de la archidiócesis le eligió vicario capitular, lo que equivalía a entregarle de hecho la plena responsabilidad de la sede de Cracovia. Dicha situación se confirmó cuando fue nombrado arzobispo metropolitano de Cracovia el 30 de diciembre de 1963. Por entonces ya había tomado parte en las sesiones que se habían celebrado en el concilio, donde como dijimos, dejó impresionados a los participantes en su primera intervención. Al término de la segunda sesión del Concilio Vaticano II, realizó una peregrinación a Tierra Santa, junto con otros padres conciliares de distintas naciones, durante los días 5 al 15 de diciembre de 1963. Su protagonismo fue en aumento en las sesiones tercera y cuarta del concilio, que se celebraron durante los años 1964 y 1965 y participó activamente en los trabajos del esquema trece de la Gaudium et spes, sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, y fue uno de los redactores de la Declaración sobre libertad religiosa. Su figura se fue agigantando en Polonia, sobre todo en el año 1966, en el que participó en los numerosos actos que se celebraron con motivo del milenio de Polonia. Y, desde luego, el peso específico de su personalidad era igualmente reconocido fuera de sus fronteras patrias. Por lo tanto, a nadie extrañó que Pablo VI (1963-1978) le hiciera cardenal el 28 de junio de 1967. Tenía entonces tan sólo 47 años recién cumplidos y apenas habían transcurrido veinticinco desde su ingreso en el seminario clandestino de Cracovia.

En 1969 la Sociedad Teológica Polaca publicó un importante trabajo filosófico del cardenal Wojtyła, cuyo título es

Persona y acto. El contenido de este libro, junto con el de Amor y responsabilidad, forman el núcleo de las ideas básicas que con posterioridad irá desarrollando en su magisterio pontificio. El libro tiene un alto valor especulativo y no es de fácil lectura para el gran público no especializado. Si en Amor y responsabilidad eran las cuestiones éticas las que trababan la relación de sus páginas, en Persona y acto el hilo conductor del discurso del cardenal Wojtyła es su concepción antropológica.

Sin embargo, ni sus trabajos intelectuales, y mucho menos los nombramientos y los cargos eclesiásticos, le detuvieron en el ejercicio propio de su ministerio sacerdotal. Por el contrario, avivaron el ritmo de su trabajo pastoral. Por la imposibilidad de reseñar en estas pocas páginas cuantas actividades llevó a cabo durante estos años, nos limitaremos a transcribir el juicio que ha emitido su biógrafo sobre este aspecto:

No hay medidas científicas para definir las actividades de los cardenales ni la calidad de sus realizaciones, pero es difícil imaginar que cualquier otro cardenal de aquella época fuera tan insaciablemente activo y trabajador como Wojtyła. Desde luego, no se me ocurre ningún ejemplo. Y la diversidad de sus preocupaciones e intereses era asombrosa.

Desde el punto de vista histórico, probablemente da lo mismo que el fenómeno Wojtyła surgiese de la fuerza de su personalidad o fuera fruto de un plan trazado con vistas a un futuro o de ambas cosas a la vez. El hecho es que el fenómeno existía en un grado impresionante. Los visitantes que con creciente frecuencia llegaban del extranjero quedaban muy impresionados por el estilo y la forma de actuar Wojtyła. Y el futuro papa pronto empezó a ensanchar sus horizontes con viajes por todo el mundo.

El cardenal trabajaba de sol a sol, o al menos eso les parecía a sus colaboradores y ayudantes, mediante una incesante serie de ideas innovadoras y proyectos. Estaba convirtiendo la archidiócesis en un singular establecimiento eclesiástico, sin ninguna duda comparado con lo que era normal en Polonia, a la vez que desempeñaba personalmente un papel dominante y muy visible en todos los empeños concebibles.

Inevitablemente, daba la máxima prioridad a encontrar nuevas maneras de difundir la fe, fomentar el culto y la enseñanza religiosa, y crear una estructura poderosa en Cracovia. Al mismo tiempo, no ahorra esfuerzos por hacer de la archidiócesis un importante centro intelectual y cultural. No había nada parecido en Polonia (Tad Szulc, *El papa Juan Pablo II...*, ob. cit.).

Naturalmente que semejante despliegue de actividad preocupaba y mucho a las autoridades comunistas de Polonia. Pero el cardenal Wojtyła contaba de antemano con las dificultades de ese régimen y mantuvo una firmeza impresionante. Quizás nada refleje mejor su posición como la construcción de la iglesia de Nowa Huta. El gobierno había construido el barrio de Nowa Huta, como modelo de lo que debía ser la «ciudad socialista», donde naturalmente no se había previsto ningún local para Dios. En 1967, monseñor Wojtyła arrancó un permiso de construcción y a continuación se sucedieron las dificultades de todo tipo, con el fin de impedir que se diera remate a la construcción de la iglesia, sin duda una de las más famosas de Polonia por lo que simboliza. El pulso de Nowa Huta duró diez años, y lo ganó siendo ya cardenal. Y junto a la firmeza la claridad; por eso cuando en las Navidades de 1970, una nueva versión de los enfrentamientos de 1956, los trabajadores se amotinaron en Gdansk para protestar por el altísimo precio de los alimentos y las duras condiciones de vida y el ejército los mató por decenas, en el sermón de Año Nuevo, el cardenal Wojtyła se dirigió a los suyos para rechazar los acontecimientos sangrientos y, una vez más, también para condenar el clima del miedo: «La demostración de la tragedia de los días recientes —dijo en la catedral— es el hecho de que haya habido derramamiento de sangre polaca por parte de los polacos.» Y a continuación, como condiciones para conseguir la paz, exigió «el derecho al pan, el derecho a la libertad..., un clima de libertad..., un clima de libertad verdadera..., el derecho a no sentir miedo a lo que pueda pasar si haces esto o aquello».

Naturalmente que la dimensión de su personalidad y sus capacidades eran de sobra conocidas y reconocidas en el Vaticano. Como experto profesor de ética fue requerido por Pablo VI para que trabajara en cuestiones relacionadas con el derecho a la vida, y con el tiempo se ha sabido que el texto de la *Humanae vitae* se redactó en buena parte con los materiales y escritos que el cardenal Wojtyła envió desde Cracovia. Y es que ya desde entonces no regateaba ningún esfuerzo para promocionar la cultura de la vida. En Cracovia fundó un Instituto de la Familia y puso en marcha una iniciativa, conocida como «SOS, cardenal Wojtyła», para ayudar material y moralmente a las mujeres embarazadas que renunciaban a sus planes de abortar. En dicho centro de acogida, las madres solteras podían permanecer hasta un año después de haber dado a luz.

Del prestigio de que gozaba en el Vaticano pueden dar una idea las numerosas veces que fue recibido en audiencia privada por Pablo VI; desde luego, bastantes más de lo que solía ser habitual en el caso de un cardenal que no tenía cargos en la curia. E igualmente hace referencia a la consideración que de él se tenía el hecho de que, en febrero de 1976, fuera requerido para predicar los ejercicios espirituales de la Cuaresma, a los que asistió el papa acompañado de los miembros de la curia. Las meditaciones de estos días fueron publicadas posteriormente en un libro, que lleva por título *Signo de contradicción*.

Así pues, cuando asistió al primero de los cónclaves, del que saldría elegido su predecesor Juan Pablo I, Karol Wojtyła ya era reconocido como una personalidad por el resto de los cardenales. Lo que a su vez es compatible con que su elección, tras el breve pontificado de Juan Pablo I, por las circunstancias que rodeaban su personalidad, y por supuesto por proceder de un país gobernado por los comunistas, despertara en todo el mundo una gran expectativa ante la nueva etapa que se abría en la historia de la Iglesia.

El pontificado de Juan Pablo II. Llegados a esta etapa, conviene advertir que, cuando se escriben estas páginas, el pontificado de Juan Pablo II está a punto de cumplir sus veinte primeros años. Somos bien conscientes, por tanto, de la imposibilidad que existe de historiar un proceso que todavía sigue vivo y en desarrollo. Así, por ejemplo, la periódicos del día 13 de julio informan que durante los días de vacaciones en los Alpes, Juan Pablo II ha acabado de redactar la que será

su decimotercera encíclica, que llevará por título *Fides et Ratio*, y que probablemente será publicada en el próximo otoño de 1998. Pues bien, a juzgar por alguno de los contenidos que en dicha información se adelantan, resulta obligado juzgar dicho documento como continuación o complemento de otros anteriores. Y, a su vez, por encontrarnos ante un proceso abierto y en desarrollo como se dijo, el juicio de alguno de estos documentos ya publicados no podrá ser ni certero ni completo sin tener en cuenta el contenido de la *Fides et Ratio*. Algo similar se podría decir de la innegable influencia de Juan Pablo II en la caída del comunismo, sobre lo que nada definitivo se puede decir todavía, pues además de que nos falta conocer muchos datos, todavía se siguen produciendo cambios cada día, sin que haya concluido ese proceso en uno de los últimos reductos del comunismo, precisamente después del viaje apostólico de Juan Pablo II a la isla de Cuba.

Así pues, a diferencia del esquema seguido en el resto de los pontificados, hemos decidido suspender el juicio, omitir las valoraciones e interrumpir el relato histórico en el momento que Juan Pablo II es elegido como nuevo sucesor de san Pedro. Por el contrario, la etapa anterior de su vida, por estar en cierto modo ya cerrada, la hemos expuesto del mismo modo que la del resto de los romanos pontífices. Por todo ello y con el fin de orientar al lector, a continuación sólo se expondrán los principales acontecimientos por orden cronológico desde el 16 de octubre de 1978 hasta el presente. No nos ha parecido oportuno concluir bruscamente el 16 de octubre de 1978, porque aunque no se pueda valorar todavía con una aceptable medida histórica lo que ha pasado, al menos sí que es posible dar noticia de qué y cuándo ha pasado, sin más comentarios.

Insistimos, de nuevo, que no es posible realizar una síntesis histórica, por ser el pontificado de Juan Pablo II algo todavía inacabado, lo que no impide que ya se puedan expresar algunos juicios. En efecto, no resulta aventurado emitir al menos tres juicios, o si se quiere tres pronósticos, sin riesgo a equivocarse por ser admitidos unánimemente. En primer lugar, Juan Pablo II que conocía muy bien y desde dentro el Concilio Vaticano II lo ha interpretado y aplicado fundamentalmente por medio del Código de derecho canónico, la publicación del Catecismo de la Iglesia y el cuerpo doctrinal que contiene la serie de sus encíclicas. Ciertamente, y en segundo lugar, sólo con las realizaciones conocidas hasta el día de hoy, se puede ya afirmar que el paso de Juan Pablo II por la cátedra de san Pedro es uno de los más importantes de la historia de la Iglesia. Y en tercer lugar, es también unánime considerar la figura del actual romano pontífice como la personalidad más relevante del mundo actual. Debo añadir a lo dicho que además comparto la opinión de muchos de mis colegas, especialistas en historia contemporánea, de que no hay personaje histórico de los dos últimos siglos que se pueda equiparar a Juan Pablo II. Y, por mi parte, además de lo anterior, sostengo que ni siquiera los peores tiranos, en los que el siglo xx ha sido tan pródigo, han descendido a tanta profundidad como en altura se ha elevado la figura de Juan Pablo II, que de mantener ese progresivo ascenso, sin duda, está llamado a convertirse no sólo en uno de los grandes personajes de la edad contemporánea, sino también en uno de los principales protagonistas de la historia de todos los tiempos. Tales afirmaciones, desde luego, no son gratuitas, sino que encuentran su apoyo en hechos bien concretos.

Las magnitudes de estos casi veinte años de pontificado son casi todas gigantescas y suele ser bastante frecuente las referencias de prensa que comentan los distintos récords que a lo largo del tiempo va batiendo Juan Pablo II. Su pontificado ya es el más largo del siglo xx, al lograr superar los 7.152 días durante los que gobernó la Iglesia Pío XII. Juan Pablo II, como se dijo, es el 263 sucesor de san Pedro; pues bien, de los 264 papas, sólo 11 permanecieron más de veinte años en el solio pontificio: san Silvestre I (314-335), san León I Magno (440-461), León III (795-816), Urbano VIII (1623-1644), Clemente XI (1700-1721), Alejandro III (1159-1181), Adriano I (772-795), Pío VII (1800-1823), Pío VI (1775-1799), León XIII (1878-1913) y, por fin, el más largo de todos, el de Pío IX (1846-1878). Repasando esta lista se comprende por qué afirmamos páginas atrás que la época contemporánea se puede considerar la de los «grandes pontificados», no sólo por las importantes realizaciones que en ellos se producen, sino también por su larga duración.

También es espectacular el número de personas que Juan Pablo II ha elevado a los altares, en torno a un millar, y tampoco tiene mayor importancia precisar la cifra hasta este momento, por cuanto en los próximos meses el lector puede encontrarse con un dato desfasado notablemente. Sin embargo, sí que conviene comentar una cuestión que suele pasarse por alto en las referencias a tan importante número, como es el empeño del papa en proponer con tan elevado cupo a todas las vocaciones y situaciones como posibles para alcanzar la santidad: religiosos, sacerdotes y laicos; ricos y pobres; cultos e incultos; intelectuales y trabajadores manuales; solteros, casados y viudos; personas ancianas, adultas y, por supuesto, también los niños. En efecto, con motivo del cuarto centenario de la Congregación de la Causa de los Santos (1588-1988), se celebraron una serie de sesiones en las que se llegó a la conclusión de que la llamada universal a la santidad no podía excluir a los niños, porque si bien es cierto que la Iglesia reconoció siempre la santidad de los niños mártires, es relativamente reciente la elevación a los altares de los niños confesores, es decir, de aquellos que a pesar de su corta vida supieron responder a su condición de bautizados viviendo las virtudes cristianas en grado heroico.

El primero de los niños que tuvo tal reconocimiento fue santo Domingo Savio (1842-1857), canonizado por Pío XII en 1954, pero después de esta fecha el curso de los procesos de beatificación sufrió un parón, hasta el centenario al que antes nos hemos referido. Pero recientemente ha sido beatificada la niña chilena Laura Vicuña (1891-1904), que murió a los doce años y medio. Y, en la actualidad —entre otros muchos casos de menores de quince años, que aquí no podemos mencionar en su totalidad como sería nuestro deseo—, están muy avanzados los procesos de la francesa Anne de Guigné (1911-1922), el del alemán Bernard Lehner (1930-1944), los de los italianos Galileo Nicolini (1882-1897), Anfosina Berardi (1920-1933) y Antonietta Meo (1930-1937), «Nennolina», dos de cuyos milagros tras su muerte han sido relatados precisamente por el maestro intelectual de Juan Pablo II Garrigou-Lagrange, y las españolas María Carmen González Valerio (1930-1937), María Pilar Cimadevilla (1952-1962) y Alexia González-Barros y González (1971-1985). Además, por supuesto, los conocidos niños videntes de Fátima, Francisco (1908-1919) y Jacinta Marto (1910-1920). Algunos de los niños citados anteriormente ya han sido declarados venerables, tras otorgarles el reconocimiento de haber vivido las virtudes en grado heroico y permanecen a la espera de ser declarados beatos.

Pero donde no se pueden establecer referencias con ninguno de sus predecesores es en los viajes apostólicos. Y si bien es cierto que la existencia del reactor ha hecho posible todos estos desplazamientos, a pesar de ello no deja de ser sorprendente el esfuerzo de Juan Pablo II por predicar personalmente la doctrina de Jesucristo en todos los rincones de la Tierra. Hasta el momento ha realizado un total de 83 viajes apostólicos fuera de Italia, y hasta no ha faltado quien se ha entretenido en calcular las idas y venidas que se hubieran podido realizar a la Luna, si se sumasen todos esos kilómetros de los viajes de Juan Pablo II. Ha visitado 115 países diferentes, pero se debe tener en cuenta que en algunos de estos países ha estado en más de una ocasión. Y si nos referimos al número de personas que han podido escucharle en persona, la cifra resultaría incalculable; téngase en cuenta que la asistencia a alguno de sus actos se cuenta por millones, como fue el caso de la misa de Manila donde se calcula que hubo más de cinco millones de personas. No hay ninguna duda que en la actualidad, y por tanto en todos los tiempos, no ha habido líder alguno con el poder de convocatoria de Juan Pablo II. Desde luego que si resulta casi imposible calcular los millones que le han podido escuchar en persona, tenemos que concluir que es inimaginable el número de cuantos han podido seguirle por televisión y radio.

Y si a todo lo anterior añadimos el tiempo que necesariamente debe dedicar al gobierno de la Iglesia, a despachar, a recibir visitas, a presidir las audiencias, a escribir..., habrá que concluir que su ritmo de actividad es sencillamente impresionante, continuación del que mantuvo desde su juventud, desde sus años de sacerdote, desde su etapa de obispo o desde cuando era cardenal, como vimos anteriormente. Lógicamente, los años y las enfermedades le han tenido que frenar, pero de todos modos su actividad sigue siendo impresionante.

Pues bien, a pesar de todo, no es su dinamismo el rasgo de su personalidad que más sorprende a quienes le conocen y han tenido la posibilidad de tratarle de cerca. Lo que según todos los testimonios de verdad les impresiona es que toda esa ingente actividad la genera la misma persona que reza y que reza mucho. Afirma Tad Szulc que Juan Pablo II medita unas siete horas diarias. Según este autor, éste es el horario habitual del papa: se levanta a las cinco de la mañana y la primera oración en su capilla, delante del sagrario, dura dos horas, después celebra la misa, desayuna y se retira solo a su estudio, para leer, escribir, o rezar; a partir de esa hora comienzan las audiencias hasta las dos, que es almuerzo y descansa media hora; vuelve a su estudio, solo otra vez, y permanece allí hasta las 6.30, hora en la que comienza a recibir a los prefectos de la curia y los altos cargos del Vaticano; cena a las ocho, y a continuación vuelve a trabajar o a rezar. Rara vez se acuesta antes de la medianoche. Más todavía, el citado autor a lo largo de su biografía, tantas veces citada, se refiere en muchas ocasiones a la capacidad de Juan Pablo II para concentrarse en oración en medio de las situaciones más diversas: cuando viaja en coche o en avión, cuando preside una audiencia, cuando recibe a sus visitas, mientras pasea... Es decir, a todas horas, sin acertar a definir con las palabras precisas esa actitud, que no es otra que su gran capacidad para mantener una continua presencia de Dios, como resultado, sin duda, de sus muchos años de lucha ascética.

Y es que la deuda de Juan Pablo II con Tiranowski es doble, pues además de guiarle hacia el sacerdocio, le descubrió a través de los escritos de santa Teresa y san Juan de la Cruz los horizontes de la vida contemplativa, que consiste precisamente en mantener la presencia de Dios a lo largo del día y en las más variadas situaciones, pues como debió aprender de la santa de Ávila hasta en los pucheros anda Dios. Incluso pasó por su mente la posibilidad de ingresar en el Carmelo, pero las orientaciones de su obispo le hicieron abandonar ese proyecto. Sin duda que el espacio de un convento se presta a la vida contemplativa; es más, algunos tienen ese fin específico. Pero como también fuera de esos espacios conventuales es posible llevar dicha vida contemplativa, Juan Pablo II desde que conoció a Tyranowski se reafirmó en esos métodos ascéticos que convierten al viajar y al rezar en una misma cosa, y por supuesto también al trabajo, y a las relaciones humanas y, en definitiva, a las múltiples y variadas situaciones que se presentan ante todo hombre. En el caso de Juan Pablo II su situación —todo lo sublime que se quiera, pero al fin y al cabo una situación, su situación concreta— es la de ser el 263 sucesor de san Pedro. Pero debemos detenernos en este límite, más allá del cual traspasaríamos sin conocimiento de causa e indebidamente su intimidad, que a buen seguro algún día será escrutada por los tribunales eclesiásticos competentes para poder reconocerle ese título que —con propiedad plena y definitiva— no se puede conseguir, mientras se vive en esta Tierra.

Por fin, una última advertencia antes de exponer la cronología de los principales acontecimientos del pontificado de Juan Pablo II: queremos manifestar que buena parte de los datos han sido obtenidos y contrastados con la información que el Vaticano ofrece en su interesante página de Internet:

1978. Seis días después de su elección (16 de octubre), se celebra la solemne ceremonia con la que comienza oficialmente su ministerio, como supremo pastor de la Iglesia.

El cinco de noviembre se traslada a Asís, para venerar a san Francisco, patrón de Italia y ese mismo día visita la tumba de santa Catalina de Siena, patrona de Italia, en la iglesia de Santa María sopra Minerva de Roma.

Como obispo de Roma, toma posesión de la iglesia de San Juan de Letrán (12 de noviembre).

1979. Recibe en audiencia al ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, Andrei Gromyko (24 de enero).

El 15 de marzo se publica su primera encíclica, *Redemptor hominis*.

Nombramiento de Agostino Casaroli como prosecretario de Estado y proprefecto del Consejo para los Asuntos Públicos de la Iglesia (25 de abril).

El 30 de junio celebra su primer consistorio, en el que crea catorce nuevos cardenales, además de uno in pectore, el chino Ignatius Kung Pin-Mei, como se hizo público en el consistorio de 1991.

A lo largo de este año, realizó sus cuatro primeros viajes apostólicos fuera de Italia: en el primero (24 de enero a 1 de febrero) visitó Santo Domingo, México y las Bahamas; en el segundo (del 2 al 10 de junio) viajó a Polonia; en el tercero (29 de septiembre a 8 de octubre) estuvo en Irlanda y Estados Unidos, y pronunció un discurso ante la Asamblea General de la ONU; y en el cuarto (28 al 30 de noviembre) se trasladó a Turquía.

1980. El 4 de abril, día de Viernes Santo, administra el sacramento de la penitencia a varios penitentes en uno de los

confesonarios de la basílica de San Pedro. La foto de Juan Pablo II entrando en el confesonario, una expresiva catequesis sobre el sacramento de la penitencia, dio la vuelta al mundo.

El tema de la familia es el motivo de la quinta asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos (26 de septiembre al 25 octubre).

El 25 de noviembre visita la región de Nápoles, que fue afectada por un terremoto.

El 2 de diciembre se publica su segunda encíclica, *Dives in misericordia*.

El penúltimo día del año proclama patronos de Europa a los santos Cirilo y Metodio, junto con san Benito.

Entre las personalidades que le visitaron en el Vaticano durante este año, cabe mencionar las siguientes: el presidente de los Estados Unidos, Jimmy Cárter (21 de junio), la reina Isabel II de Inglaterra (17 de octubre) y Cvijetin Mijatovic, presidente de la República Socialista de Yugoslavia.

Durante ese año realizó otros cuatro viajes apostólicos, fuera de Italia: en el quinto viaje de su pontificado (2 al 12 de mayo) visitó Zaire, República del Congo, Kenia, Ghana, Alto Volta y Costa de Marfil; en el sexto (30 de mayo al 2 de junio) se trasladó a Francia; en el séptimo (30 de junio a 12 de julio) viajó hasta Brasil, y en el octavo (15 al 19 de noviembre) estuvo en Alemania.

1981. Recibe en audiencia a una delegación del sindicato Solidaridad, presidida por Lech Walesa (15 de enero). En el mes de diciembre el papa pide la oración de todos en favor de Polonia, tras haber sido declarado el estado de asedio.

En el noveno viaje apostólico da una vuelta completa al mundo al visitar Pakistán, Filipinas, Guam (islas Marianas en el Pacífico), Japón y Anchorage (Alaska) (16 al 27 de febrero).

El 13 de mayo, festividad de la Virgen de Fátima, el turco Alí Agca dispara contra el papa en la plaza de San Pedro, mientras hacía el recorrido en coche para saludar a los asistentes en la audiencia general. Durante las horas de la intervención quirúrgica se teme por su vida. Permanecerá ingresado en el Policlínico Gemelli 22 días. En junio volverá a ser ingresado por una infección y el 5 de agosto es sometido a una segunda intervención quirúrgica. El día 15, fiesta de la Asunción, ya está en el Vaticano.

Se publica su tercera encíclica, *Laborem exercens* (14 de septiembre).

Se publica su exhortación apostólica postsinodal *Familiaris consortio* (22 de noviembre).

Nombra al cardenal Joseph Ratzinger prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe (25 de noviembre).

1982. A lo largo de este año Juan Pablo II realiza siete viajes apostólicos fuera de Italia, con lo que suman ya 16: en el décimo viajó a Nigeria, Benin, Gabón y Guinea Ecuatorial (12 al 19 de febrero); en el undécimo (12 al 15 de mayo) se traslada a Fátima en el aniversario del atentado para agradecer a la Virgen el haberle salvado la vida; durante los actos en el santuario se perpetra un nuevo atentado, pero los agentes de seguridad logran detener a tiempo al español Juan Fernández Khron, que se abalanzó sobre el papa con un cuchillo de grandes dimensiones. El viaje número 12 lo realiza a Gran Bretaña (28 de mayo al 2 de junio). En el viaje número 13 se traslada a Argentina (10 al 13 de junio). Durante el viaje número 14 acude a la 68 Conferencia Internacional del Trabajo en Ginebra (15 de junio). Su viaje apostólico número 15 tiene como destino la República de San Marino (29 de agosto). Y en el viaje número 16 y último de este año visita España (31 de octubre al 9 de noviembre) con motivo de la clausura del cuarto centenario de la muerte de santa Teresa; en su último día de estancia en España pronuncia su histórico discurso a los pueblos de Europa en la catedral de Santiago de Compostela.

Entre las personalidades que visitan al papa cabe mencionar al presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan (7 de junio), a Yasser Arafat (15 de septiembre) y al presidente de Alemania, Karl Carstens (28 de octubre). Además, tuvo un encuentro con el presidente de la República italiana, Sandro Pertini, en Castelporziano (19 de octubre).

Canonización de Maximiliano Kolbe a la que asiste Franciszek Gajownizek, por quien se canjeó para ser ejecutado en el campo de Auschwitz (10 de octubre).

Anuncio del Año Santo de la Redención que se celebrará desde la Cuaresma de 1983 hasta la Pascua de 1984 (26 de noviembre).

1983. Mediante la constitución apostólica, *Sacrae Disciplinae Leges*, se promulga el nuevo Código de derecho canónico (25 de enero).

En su segundo consistorio, crea 18 nuevos cardenales (2 de febrero).

Durante la sexta asamblea general del Sínodo de los Obispos, sobre la penitencia, el papa junto con los participantes consagra el mundo a la Virgen de Fátima (16 de octubre).

Acude a la cárcel de Rebibbia para visitar Alí Aagca (27 de diciembre).

En su viaje apostólico número 17 visita Lisboa (Portugal), Costa Rica, Nicaragua, Panamá, El Salvador, Guatemala, Honduras, Belize y Haití (2 al 10 de marzo). En el viaje número 18 vuelve a visitar Polonia (16 al 23 de junio). En el viaje número 19 se traslada a Lourdes (14 de agosto) y en el viaje número 20 acude a Austria (10 al 13 de septiembre).

1984. Se publica la carta apostólica *Salvifici doloris*, sobre el sentido cristiano del sufrimiento (11 de febrero).

La Santa Sede y el Estado italiano firman un nuevo concordato (18 de febrero).

Comienza la renovación de altos cargos en la curia romana (9 de abril).

Clausura del Año Santo (22 de abril).

La Congregación para la Doctrina de la Fe publica una instrucción sobre los errores de la Teología de la Liberación (3 de septiembre).

Se publica la exhortación postsinodal *Reconciliación y penitencia* (11 de diciembre).

En este año el papa realizó otros cuatro viajes apostólicos: en el viaje número 21 visitó Corea, Papua-Nueva Guinea, islas Salomón y Tailandia (2 al 12 de mayo). En el viaje número 22 estuvo en Suiza (12 al 17 de junio). En el viaje número 23 se trasladó a Canadá (9 al 20 de septiembre). Y el recorrido del viaje número 24 (10 al 13 de octubre) fue el siguiente: de

Roma fue a visitar a la Virgen del Pilar en Zaragoza; de España voló a Santo Domingo en la República Dominicana y de aquí marchó a San Juan de Puerto Rico, desde donde regresó a Roma.

1985. Publicación de la carta apostólica dirigida a la juventud (26 de marzo) y celebración de un encuentro internacional de jóvenes en Roma (30 al 31 de marzo).

Celebración del tercer consistorio en el que crea 28 nuevos cardenales (25 de mayo).

Se publica su cuarta encíclica, *Slavorum Apostoli* sobre los santos Cirilo y Metodio, evangelizadores de Europa oriental (2 de julio).

Segunda asamblea general extraordinaria de los obispos sobre el Concilio Vaticano II, veinte años después de su conclusión (25 de noviembre al 8 de diciembre).

Entre otras personalidades, visitaron al papa el primer ministro israelí, Simón Peres (19 de febrero); el ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, Andrey Gromiko (27 de febrero) y el presidente de la República italiana, Francesco Cossiga (4 de octubre).

Juan Pablo II realiza otros cuatro viajes apostólicos: el viaje número 25 a Venezuela, Ecuador, Perú y Trinidad-Tobago (26 de enero al 6 de febrero); el viaje número 26 a los Países Bajos, Luxemburgo y Bélgica (11 al 21 de mayo); el viaje número 27 a Togo, Costa de Marfil, Camerún, República Centroafricana, Zaire, Kenya y Marruecos (8 al 19 de agosto); y el viaje número 28 a Kloten (Suiza) y a Liechtenstein (8 de septiembre).

1986. Juan Pablo II visita la sinagoga de Roma (13 de abril).

Se publica su quinta encíclica, *Dominum et vivificantem*, sobre el Espíritu Santo (18 de mayo). Celebración de la jornada mundial de oración por la paz en Asís (27 de octubre).

Algunas de las personalidades que visitaron al papa durante este año fueron las siguientes: Francesco Cossiga (18 de enero); el presidente del Líbano, Amin Gemayel (19 de febrero); la gobernadora general del Canadá, Jeanne Sauv , y el presidente de la República del Camerún, Paul Biya (31 de octubre).

Juan Pablo II aumentó en cuatro el número de sus viajes apostólicos: el viaje número 29 lo realizó a la India (31 de enero al 10 de febrero); el viaje número 30 tuvo un doble destino: Colombia y el Estado de Santa Lucía en las Pequeñas Antillas (1 al 8 de julio); en el viaje número 31 estuvo en Francia (4 al 7 de octubre) y en el viaje número 32 recorrió Bangladesh, Singapur, islas Fidji, Nueva Zelanda, Australia y Seychelles (18 de noviembre al 1 de diciembre).

1987. La Congregación para la Doctrina de la Fe publica la instrucción sobre el respeto a la vida humana y la dignidad de la procreación (22 de febrero).

Se publica su sexta encíclica, dedicada a la Virgen, *Redemptoris Mater* (25 de marzo).

El 6 de junio comienza el Año Mariano, que concluirá el 15 de agosto de 1988.

Por primera vez el papa se toma vacaciones y se traslada a los Dolomitas, para descansar durante seis días (8 al 14 de julio).

Séptima asamblea general ordinaria del sínodo de los obispos sobre la vocación y misión de los laicos (1 al 30 de octubre).

Entre las personalidades que visitaron al papa cabe mencionar al presidente de Polonia, el general Wojciech Jaruzelski (13 de enero); al presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan (6 de junio); al presidente de Austria, Kurt Waldheim (25 de junio) y al patriarca ecuménico de Constantinopla Dimitrios (3 de diciembre), con quien el papa firmó una declaración conjunta.

Al realizar cuatro viajes apostólicos más, en este año ya sumaban 36 los realizados desde que fue elegido papa: en el viaje número 33 estuvo en Uruguay, Chile y Argentina, en cuya capital celebró la Segunda Jornada Mundial de la Juventud (31 de marzo al 13 de abril); en el viaje número 34 se trasladó a Alemania (30 de abril al 4 de mayo); en el viaje número 35, volvió otra vez a Polonia (8 al 14 de junio), y en el viaje número 36 estuvo en Estados Unidos y Canadá (10 al 21 de septiembre). En este último viaje, a su paso por San Francisco, tuvo un encuentro con los enfermos de sida.

1988. Se publica su séptima encíclica, *Sollicitudo rei socialis* (19 de febrero).

Se inaugura en el Vaticano un centro de acogida, encomendado a la congregación de la madre Teresa de Calcuta (21 de mayo).

La presidenta de Filipinas, Corazón Aquino, visita al papa (18 de junio).

Se publica la constitución apostólica, *Pastor Bonus*, que reforma la organización de la curia romana (28 de junio).

Cuarto consistorio, en el que crea 24 nuevos cardenales (28 de junio).

Mediante el *motu proprio*, *Ecclesia Dei*, trata de recuperar a los seguidores de monseñor Marcel Lef bvre, que deseen permanecer en comunión con el sucesor de san Pedro (2 de julio).

Solemne clausura en la bas lica de San Pedro del Año Mariano (15 de agosto).

Se publica la carta apostólica, *Mulieris dignitatem*, sobre la dignidad y la vocación de la mujer (30 de septiembre).

Ve la luz la exhortación postsinodal *Christifideles laici* (30 de diciembre).

Los cuatro viajes apostólicos de este año fueron los siguientes: viaje número 37 a Uruguay, Bolivia, Paraguay y Perú (7 al 19 de mayo); viaje número 38 a Austria (23 al 27 de junio); viaje número 39 a Zimbabwe, Botswana, Lesotho, Mozambique y Swazilandia (10 al 20 de septiembre), y viaje número 40 a las ciudades francesas de Estrasburgo, Metz y Nancy (8 al 11 de octubre).

1989. Polonia establece relaciones diplomáticas con la Santa Sede (17 de julio).

Carta apostólica de Juan Pablo II con motivo del cincuentenario del estallido de la Segunda Guerra Mundial (27 de agosto).

Jornada mundial de oración para pedir la paz en el Líbano (7 de septiembre).

Robert Runcie, arzobispo de Canterbury y primado de la Iglesia anglicana, visita al papa, con quien firma una declaración conjunta (2 de octubre).

Caída del muro de Berlín (9 de noviembre).

A lo largo del año visitaron a Juan Pablo II, entre otros, las siguientes personalidades: el presidente de Irlanda, Patrick J. Hillery (20 de abril); el presidente de los Estados Unidos, George Bush (27 de mayo), y Mikhail Gorbachov (1 de diciembre).

Los viajes apostólicos aumentaron su número hasta 44. En el viaje número 41 visitó Madagascar, la isla de Reunión, Zambia y Malawi (28 de abril al 6 de mayo). En el viaje número 42 recorrió Noruega, Islandia, Finlandia, Dinamarca y Suecia (1 al 10 de junio). El viaje número 43 sirvió para celebrar la IV Jornada Mundial de la Juventud en Santiago de Compostela, desde donde se trasladó a Asturias, antes de abandonar España (19 al 21 de agosto). Y en el viaje número 44 se trasladó a Corea, Indonesia e isla Mauricio (6 al 10 de octubre).

7990. El presidente de Portugal, Mario Soares, visita al papa (27 de abril).

Octava asamblea general del Sínodo de los Obispos sobre la formación de los sacerdotes (30 de septiembre al 28 de octubre).

Por razones de edad, dimite el secretario de Estado, Agostino Casaroli. Su sucesor en el cargo será el cardenal Angelo Sodano (1 de diciembre).

En su mensaje de Navidad hace una llamada a la paz con motivo del conflicto del golfo Pérsico, y califica a la guerra como «una aventura sin retorno» (25 de diciembre).

Durante este año el papa realizó cinco viajes apostólicos. El recorrido de su viaje número 45 fue el siguiente: Cabo Verde, Guinea Bissau, Malí, Burkina Faso y Chad (25 de enero al 1 de febrero). En el viaje número 46 estuvo en Checoslovaquia (21 y 22 de abril). En el viaje número 47 visitó México y Curacao, en la antiguas Antillas Holandesas (6 al 14 de mayo). En el viaje número 48 voló hasta Malta (25 a 27 de mayo). Y en el viaje número 49 recorrió Tanzania, Burundi, Ruanda, para finalizar en Yamoussoukro, capital de Costa de Marfil (1 al 10 de septiembre).

1991. Se publica la octava encíclica de Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, sobre las misiones (22 de enero).

Lech Walesa, en calidad de presidente de Polonia, visita a Juan Pablo II (5 de febrero).

Se publica la novena encíclica, *Centesimus annus* (1 de mayo).

Quinto consistorio en el que crea 22 nuevos cardenales (28 de junio).

Asamblea especial del sínodo de los obispos sobre la reevangelización de Europa (28 de noviembre al 14 de diciembre).

Juan Pablo II también recibió las visitas del presidente de Chile, Patricio Aylwin (22 de abril), y de los reyes de Suecia, Gustavo y Silvia (3 de mayo).

Al final de año, los viajes apostólicos aumentaron hasta 53. El destino del viaje número 50 fue Portugal (10 al 13 de mayo), el del número 51 Polonia (1 al 9 de junio), el del número 52 Polonia de nuevo (13 al 20 de agosto), para celebrar en el santuario de Czestochowa la sexta jornada mundial de la juventud, y el del número 53 Brasil (12 al 21 de octubre).

7992. La Santa Sede reconoce la Federación Rusa (1 de enero). En los meses siguientes también se reconocen y se establecen relaciones diplomáticas con algunos de los nuevos países que han surgido de la descomposición del bloque comunista.

Exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis* (7 de abril).

Más de 300.000 personas asisten en la plaza de San Pedro a la beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei (17 de mayo).

Juan Pablo II se somete a una nueva intervención quirúrgica para extirparle un tumor intestinal benigno (15 de julio). Abandona el Policlínico Gemelli once días después.

México establece relaciones diplomáticas con la Santa Sede (21 de septiembre).

Presentación oficial del Catecismo de la Iglesia, en el que se recogen las enseñanzas del Concilio Vaticano II (7 de diciembre).

En este año, el papa realizó tres viajes apostólicos. En el viaje número 54 recorrió Senegal, Gambia y Guinea (19 al 26 de febrero). En el viaje número 55 se trasladó a Angola y a la República Democrática de Santo Tomé y Príncipe, situada en la costa atlántica del África ecuatorial (4 al 10 de junio). El viaje número 56 tuvo como motivo la celebración del V Centenario de la Evangelización de América, cuyos actos tuvieron lugar en Santo Domingo (9 al 14 de octubre).

1993. Se publica la décima encíclica, *Veritatis splendor* (5 de octubre).

Una caída al término de una audiencia le produce una luxación del hombro derecho, de la que tardará un mes en restablecerse (11 de noviembre).

Se celebra la apertura del Año Internacional de la Familia (26 de diciembre).

Entre las personalidades que visitan al papa, cabe mencionar al jefe del gobierno italiano, Giuliano Amato (21 de enero); al presidente de Eslovenia, Milán Kucan (19 de febrero), y al presidente de Argentina, Carlos Menem (16 de diciembre).

A lo largo del año realizó otros cinco viajes apostólicos más. El recorrido del viaje número 57 fue éste: Benim, Uganda y Jartum (3 al 10 de febrero). En el viaje número 58 visitó Albania (25 de abril). Volvió a España en el viaje número 59 (12 al 17 de junio). En el viaje número 60 voló a Jamaica, de aquí a Mérida (Venezuela), desde donde se trasladó a Estados Unidos para celebrar en Denver, capital del estado de Colorado, la octava Jornada Mundial de la Juventud (9 al 16 de agosto). Y en el viaje número 61 visitó Lituania, Letonia y Estonia (4 al 10 de septiembre).

1994. El motu proprio de Juan Pablo II, *Socialum scientiarum*, establece la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales (1 de enero).

Con motivo del Año Internacional de la Familia, Juan Pablo II publica su Carta a las familias (2 de febrero).

El motu proprio de Juan Pablo II, *Vitae mysterium*, establece la Pontificia Academia de la Vida (11 de febrero).

Juan Pablo II escribe una carta a los jefes de Estado de todo el mundo y al secretario general de la ONU en defensa de la vida, frente a los ataques que contra ella se perpetran en la preparación de la Conferencia del Cairo, que se celebrará en el

mes de septiembre de este mismo año (19 de marzo).

Juan Pablo II acude a rezar ante los restos mortales de monseñor Alvaro del Portillo, prelado del Opus Dei y primer sucesor del beato Josemaría Escrivá de Balaguer (23 de marzo).

Comienza la restauración de los frescos de Miguel Ángel en la capilla Sixtina (8 de abril).

En una caída se fractura la cabeza del fémur derecho, por lo que se debe someter a una nueva intervención quirúrgica (28 de abril).

Juan Pablo II establece un convento de clausura dentro del recinto del Vaticano, bajo la advocación Mater Ecclesiae (13 de mayo).

La Santa Sede y el Estado de Israel establecen relaciones diplomáticas (15 de junio).

Una delegación de la Santa Sede participa en la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, que se celebra en El Cairo (5 al 13 de septiembre).

Encuentro mundial de las familias con el santo padre (8 y 9 de octubre).

Se publica el libro-entrevista del papa titulado Cruzando el umbral de la esperanza (20 de octubre).

Para preparar el jubileo del año 2000, el papa publica la carta apostólica Tertio Millennio Adveniente (14 de noviembre).

Sexto consistorio en el que crea 30 nuevos cardenales (26 de noviembre).

Carta del papa a los niños, con motivo de la celebración del Año Internacional de la Familia (13 de diciembre).

Entre otros, visitaron al papa los siguientes personajes: el presidente de Alemania, Richard von Weizsacker (3 de marzo); el presidente de la República Checa, Vaclav Havcl (7 de marzo); el primer ministro israelí, Yitzhak Rabin (17 de marzo), y el presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton (2 de junio).

En este año el papa sólo realizó un viaje apostólico, que hacía el número de 62. Se trasladó a Zagreb (Croacia) los días 10 y 11 de septiembre.

1995. Se publica la undécima encíclica, *Evangelium vitae*, sobre el valor y el carácter inviolable de la vida humana (30 de marzo).

Se publica la decimosegunda encíclica, *Ut unum sint*, sobre el ecumenismo (25 de mayo).

Con una misa solemne en San Pedro, el papa conmemora el final de la Segunda Guerra Mundial en Europa (11 de junio).

Se publica la carta del papa a las mujeres (10 de julio).

Por primera vez una mujer, la profesora y madre de familia Mary Ann Glendon, preside una delegación de la Santa Sede, para participar en la IV Conferencia Mundial de la ONU sobre la mujer (4 al 15 de septiembre).

Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in África* (14 de septiembre).

Por primera vez el mensaje de Navidad del papa se transmite a través de la red de Internet (25 de diciembre).

Durante este año el papa realizó seis viajes apostólicos, con lo que unidos a los precedentes sumaron un total de 68. El viaje número 63 tuvo como motivo central la celebración en Manila de la décima Jornada Mundial de la Juventud, pero en este viaje visitó también Moresby (Papua - Nueva Guinea), Sydney y Colombo (Sri Lanka) (11 al 21 de enero). En el viaje número 64 visitó la República Checa (20 al 22 de mayo). Durante el viaje número 65 a Bélgica, beatificó al apóstol de los leprosos, el padre Damiaan de Veuster (3 y 4 de junio). El viaje número 66 lo realizó a la República Eslovaca (30 de junio al 3 de julio). En el viaje número 67 recorrió las tierras de Camerún, África del sur y Kenia (14 al 20 de septiembre). Y en el viaje número 68 voló a Estados Unidos, para pronunciar un discurso en la sede de la ONU, que celebraba su cincuentenario; también aprovechó el vuelo para visitar las diócesis de Newark, Nueva York, Brooklyn y Baltimore (4 al 9 de octubre).

1996. La constitución apostólica *Universi Dominici gregis*, establece la nueva normativa de los períodos de sede vacante y para elección del romano pontífice (22 de febrero).

Exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata* (25 de marzo).

El papa se somete a una nueva intervención quirúrgica, en esta ocasión de apendicitis (8 de octubre).

Celebración de sus bodas de oro como sacerdote. Solemne concelebración eucarística en la que participan sacerdotes de todo el mundo, que como el papa fueron ordenados el año 1946 (10 de noviembre).

Se publica el libro de Juan Pablo II titulado *Don y misterio*. En el quincuagésimo aniversario de mi sacerdocio (15 de noviembre).

Comienza la celebración del trienio de preparación para el jubileo del año 2000 (30 de noviembre).

Durante este año fueron muchas las personalidades que visitaron a Juan Pablo II. Estos son los nombres de algunas de ellas: el presidente de Francia, Jacques Chirac (20 de enero); el presidente de México, Ernesto Zedillo (1 de febrero); el primer ministro italiano, Romano Prodi (4 de julio); Fidel Castro (19 de noviembre), que suscitó grandes expectativas; y Yasser Arafat (19 de diciembre).

Durante este año el papa realizó otros seis viajes apostólicos. En el viaje número 69 se trasladó a Guatemala, Nicaragua, El Salvador y Venezuela (5 al 12 de febrero). Visitó Túnez en el viaje número 70 (14 de abril). En el viaje número 71 estuvo en Eslovenia (17 al 19 de mayo). En el viaje número 72, durante su estancia en Alemania (21 al 23 de junio), pronunció el histórico discurso ante la puerta de Brandeburgo. En el viaje 73 visitó Hungría (6 y 7 de septiembre). Y en el viaje número 74 volvió de nuevo a Francia (19 al 22 de septiembre).

1997. Beatificación de Ceferino Giménez Malla, mártir durante la persecución religiosa de la guerra civil española (1936-1939); es la primera persona de raza gitana que ha sido elevada a los altares (4 de mayo).

Carta de Juan Pablo II a Boris Yeltsin sobre la libertad religiosa (24 de junio).

Fallece la madre Teresa de Calcuta (5 de septiembre); el secretario de Estado, Angelo Sodano, preside los solemnes funerales, a los que acuden personalidades de todo el mundo.

Santa Teresa del Niño Jesús es proclamada doctora de la Iglesia, con lo que de los 33 doctores de la Iglesia, ella es la

tercera junto con santa Teresa y santa Catalina de Siena (19 de octubre).

Actos del comienzo del segundo año de preparación del jubileo del año 2000, dedicado al Espíritu Santo (30 de noviembre).

El papa recibió, entre otras, a las siguientes personalidades: al primer ministro israelí, Benjamín Netanyahu (3 de febrero); al presidente de la República de Brasil, Fernando Henrique Cardoso (14 de febrero); al presidente de Polonia, Aleksander Kwasniewski (7 de abril), y al presidente de Georgia, Eduard Shevardnadze (16 de mayo).

Durante este año realizó seis viajes apostólicos. El viaje número 75 lo hizo a Sarajevo (12 y 13 de abril). En su viaje número 76 asistió en la República Checa a las celebraciones del milenio del martirio de san Adalberto (25 al 27 de abril). En su viaje número 77 visitó el Líbano (10 y 11 de mayo). En el viaje número 78 visitó de nuevo Polonia (30 de mayo al 10 de junio). En el viaje número 79 se trasladó a París para celebrar la XII Jornada Mundial de la Juventud (21 al 24 de agosto). Y en su viaje número 80 volvió a cruzar el Atlántico para asistir en Brasil, en Río de Janeiro, al segundo encuentro mundial de las familias (2 al 6 de octubre).

1998. El papa visita la región de la Umbría y Las Marcas, asoladas por un terremoto (3 de enero).

Séptimo consistorio en el que crea veinte nuevos cardenales, además de dos in pectore (21 de febrero).

Asamblea especial del sínodo de los obispos para Asia (19 de abril al 14 de mayo).

El papa se traslada a Turín para rezar ante la Sábana Santa (23 y 24 de mayo).

Encuentro en la plaza de San Pedro con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades (30 de mayo).

Carta apostólica *Dies Domini*, sobre la santificación del domingo (31 de mayo).

El papa regresa de vacaciones, en las que ha aprovechado para concluir la redacción de la que se anuncia como su posible decimotercera encíclica, *Fides et Ratio*, que podría ver la luz en el próximo otoño (14 de julio).

Entre las personalidades que han sido recibidas hasta el mes de julio de este año, se puede mencionar a la secretaria de Estado de los Estados Unidos, Madeleine Albright (7 de marzo), y a Yasser Arafat (12 de junio).

Los tres últimos viajes hasta el mes de julio de este año son los siguientes: el viaje número 81 lo realizó a la isla de Cuba (21 al 26 de enero), sin duda uno de los que más expectación ha suscitado. En el viaje número 82 se trasladó a Nigeria (21 al 23 de marzo), y en el último de los viajes apostólicos fuera de Italia, realizados —como hemos dicho— hasta el mes de julio, el que hace el número 83, el papa permaneció en Austria durante los días 19 al 21 de junio.